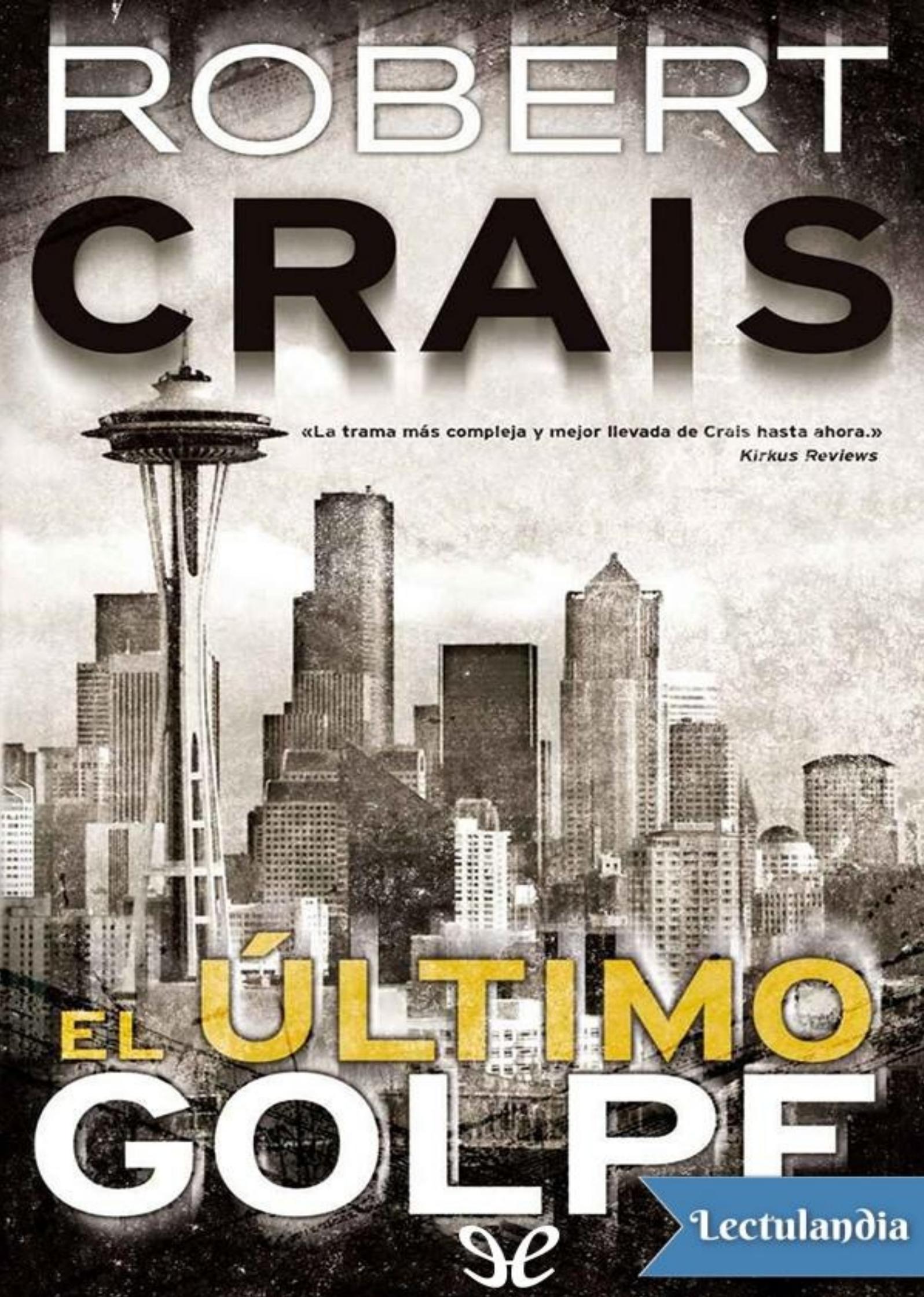


# ROBERT CRAIS

«La trama más compleja y mejor llevada de Crais hasta ahora.»  
*Kirkus Reviews*



## EL ÚLTIMO GOLPE

de

Lectulandia

Tres años después de que, gracias al programa de protección de testigos, su familia abandonara Seattle y se salvara por minutos de ser asesinada, Clark Hewitt se encuentra huyendo de nuevo. Pero esta vez sin los suyos. Su hija mayor, Teri, que a sus quince años tiene la experiencia de una mujer de cuarenta, conduce a sus hermanos a la oficina del detective Elvis Cole, a quien le entrega un grueso fajo de billetes y contrata para que encuentre a su padre. Al principio parece un caso sencillo. A Cole no le toma mucho tiempo descubrir que Clark ha regresado a Seattle, y para cuando se lo diga a sus hijos, probablemente ya se habrá puesto en contacto con ellos. Pero todo lo que Cole encuentra son pistas que indican problemas: Clark es un drogadicto y un falsificador que ha entregado a las autoridades pruebas contra la mafia rusa, que ahora está decidida a matarlo. Pero no puede buscar la ayuda del FBI porque Clark ha vuelto a las andadas y de nuevo está imprimiendo billetes falsos. Las cosas no marchan mucho mejor en la vida de Cole. Su novia, Lucy Chenier, fiscal de Baton Rouge, está buscando un trabajo que la mantenga tan cerca de él como le sea posible, pero su exmarido ha resuelto ponérselo difícil. Cole tendrá que mantenerlo a raya, y no sólo a él sino a los federales y a la mafia rusa, en un intento por poner un poco de orden en su vida.

**Lectulandia**

Robert Crais

# **El último golpe**

**Elvis Cole y Joe Pike - 7**

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2017

Título original: *Indigo Slam*  
Robert Crais, 1997  
Traducción: Francesc Reyes Camps

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Con afecto y admiración  
a Wayne Warga y Collin Wilcox,  
dos hombres enmiabables,  
siempre en lo alto

# AGRADECIMIENTOS

El autor agradece la valiosa ayuda de: Howard A. Daniel III del Southeast Asian Treasury en temas de divisas extranjeras y técnicas de impresión; Kregg P. J. Jorgenson por permitirle conocer mejor Seattle, el servicio de aduanas de Estados Unidos y el crimen en la región de Pacific Northwest; y de Gerald Petievich por abrirle numerosas puertas del Servicio Secreto, así como de los agentes celosos de su anonimato que tuvieron a bien compartir su tecnología y experiencia. Los errores que contenga la obra son responsabilidad única y exclusiva del autor.

Una novela es un trabajo hecho por muchas manos. Gracias a Patricia Crais, Lauren Crais, William Gleason y Andrea Malcolm, Jeffrey Liam Gleason, Carol y Wayne Topping, Aaron Priest, Norman Kurland, Robert Miller, Brian DeFiore, Lisa Kitei, Marcy Goot, Chris Murphy, Kim Dower, Samantha Miller, Jenniffer Lang y, especialmente, a Leslie Wells.

# SEATTLE

A las dos y catorce minutos de la madrugada, cuando abandonaban una vida para empezar otra, la lluvia rugía rabiosa formando una cortina de agua, que caía contra la casa y el porche y la furgoneta Econoline, totalmente blanca, que los agentes federales habían llevado para sacarlos de allí enseguida.

Charles dijo:

—Teri, ven, que te enseñe una cosa.

Su hermano pequeño, Charles, se había apostado en la ventana de la fachada de la casa a oscuras. La casa estaba oscura porque así lo habían querido los policías. Nada de luces, mejor velas o linternas, dijeron.

Teresa, a quien todo el mundo llamaba Teri, se reunió con su hermano junto a la ventana y ambos miraron hacia la furgoneta aparcada en el camino que llevaba a la entrada. Los rayos estallaban como fogonazos gigantescos, iluminando la furgoneta y las casas de madera de los alrededores del Highland Park, en la parte oeste de Seattle, doce kilómetros al sur de la Space Needle. Las puertas laterales y trasera de la furgoneta estaban abiertas y un hombre en cuclillas colocaba en orden las cajas dentro. Otros dos, que habían estado hablando con el conductor de la furgoneta, se acercaron a la casa por el sendero. Los cuatro vestían largos e idénticos impermeables negros y sombreros negros, que tenían que sujetarse para que la lluvia no se los llevara. Realmente, la lluvia les azotaba como si quisiera traspasar los impermeables y sombreros y clavarlos en el suelo. Teri pensó que en unos minutos también la azotaría a ella.

—Mira qué grande es ese camión —dijo Charles—. En un camión tan grande cabe mi bicicleta. ¿Por qué no puedo llevarme la bici?

—No es un camión —contestó Teri—. Es una furgoneta y esos hombres han dicho que solamente podemos llevar las cajas.

Charles tenía nueve años, tres menos que Teri, y no quería dejar allí su bicicleta. Teri tampoco quería dejar allí sus cosas, pero los hombres habían dicho que solamente podían llevar ocho cajas. Cuatro personas a dos cajas cada una son ocho cajas. Simples matemáticas.

—Les queda mucho sitio.

—Ya compraremos otra bici. Lo ha dicho papá.

—Yo no quiero otra bici —dijo Charles enfadado.

El primero en entrar dejando la lluvia atrás fue un gigante de dos metros, y el que le seguía parecía incluso más alto. El agua caía de sus impermeables al suelo de madera y Teri pensó en ir a buscar una toalla antes de que las gotas se convirtieran en manchas, pero enseguida recordó que las toallas también estaban empaquetadas y que de todas maneras no importaba. No volvería nunca a esa casa.

—Soy Peterson —dijo el primer hombre sonriéndole—. Éste es Jasper. —Ambos sacaron unas pequeñas carteras de piel con unas insignias doradas y plateadas. Las placas brillaban a la luz de las velas—. Ya casi hemos acabado. ¿Dónde está tu papá?

Teri estaba ayudando a Winona a despedirse de la habitación que compartían, cuando llegaron los hombres. De eso hacía unos quince minutos. Winona tenía seis años y era la menor de los tres chicos Hewitt. Teri tuvo que quedarse con ella mientras Winona iba por la habitación diciendo: «Adiós, cama. Adiós, armario. Adiós, cómoda». Las camas y los armarios y las cómodas no podían meterse en ocho cajas.

—Está en el baño —respondió Teri—. ¿Quiere que vaya a decirle que venga?

Clark Hewitt, el padre de Teri, era «endeble», como él decía. Eso significaba que iba al baño siempre que se ponía nervioso. Esa noche lo estaba, y mucho.

—¡Clark, venga, todo listo! —gritó el hombre alto, Jasper—. ¡Espabile y salga, que nos vamos!

Peterson sonreía sin dejar de mirar a Teri.

—¿Los más pequeños estáis listos?

Teri pensó que claro que estaban listos. ¿Acaso no lo veía? Hacía más de una hora que había vestido y preparado a Charles y a Winona y que lo había empaquetado todo.

—¡Winona! —llamó.

Su hermana entró corriendo en el recibidor con un impermeable de plástico rosa en el que ponía «Beverly Hills 90210» y con una maleta de juguete. El cabello de color pajizo de Winona estaba sujeto hacia atrás con una banda elástica verde brillante. Teri sabía que en la maleta llevaba muñecas, porque Teri había ayudado a Winona a hacer el equipaje. La mochila del cole de Charles y su impermeable amarillo aguardaban sobre el sofá.

—¡Clark, venga, vámonos! —volvió a insistir Jasper—. ¡Aquí fuera vamos a ahogarnos!

El padre de Teri tiró de la cadena del baño, junto a la cocina, y apareció en el recibidor. Clark Hewitt era un hombre delgado y nervioso cuyos ojos nunca parecían quietos.

—Estoy listo.

—No vamos a volver aquí, Clark. No olvida nada, ¿verdad?

—No —dijo Clark, negando con la cabeza—. No lo creo.

—¿Lo ha cerrado todo?

Clark frunció el ceño, como si no fuera capaz de recordar y miró a Teri, que se lo aclaró:

—He cerrado la puerta de atrás y las ventanas y el garaje. Mañana cortarán el gas, la luz y el teléfono.

Uno de los agentes le había dado a su padre una lista con lo que había que hacer y Teri se había encargado de repasarla. La lista tenía un título: «Pasos que deben

seguirse en una evacuación ordenada».

—Sólo tengo que apagar las velas y podremos irnos —concluyó.

Teri sabía que Peterson la miraba a ella, pero no tenía muy claro por qué lo hacía. Peterson asintió y luego le hizo un gesto a Jasper.

—Ya me encargo yo de las velas, señorita. Jasper, llévatelos al coche.

Clark avanzó hacia la puerta, pero Reed Jasper le detuvo.

—¿Y el impermeable?

—¿Mmm...?

—Llamando a Clark, llamando a Clark... ¡Ahí fuera llueve a cántaros!

—¿El impermeable? —preguntó Clark—. Lo tenía aquí... —Volvió a mirar a Teri.

—Voy a buscarlo —dijo Teri.

Teri corrió por el pasillo, pasó junto a la habitación que había compartido con Winona y entró en el dormitorio de su padre. Sopló para apagar la vela que había allí y luego se quedó en la oscuridad escuchando la lluvia. El impermeable de su padre estaba sobre la cama, donde ella lo había dejado. Cuando dejó allí el impermeable, su padre, que estaba de pie junto a la cama, no se movió. Pero ya estaba acostumbrada, era su manera de ser: olvidadizo, siempre en las nubes. Teri recogió el impermeable y se lo acercó al rostro, para oler aquel tejido barato y aquel conocido olor masculino. Quizás en aquel momento su padre estuviera pensando en Salt Lake City, la ciudad adonde iban. Teri sabía que su padre tenía problemas con unos hombres muy malos que querían hacerle daño. Los agentes federales estaban ahí para llevarlos a Salt Lake City, donde cambiarían de nombre. Y como eso sería lo mismo que empezar una nueva vida, había dicho su padre, allí abriría un negocio y todos podrían vivir felices para siempre. Ella no sabía quiénes eran los hombres malos, ni por qué estaban tan furiosos con su padre, pero tenía algo que ver con hacer de testigo ante un tribunal. Su padre había intentado contárselo, pero se había hecho un lío, como solía pasarle cuando intentaba explicar algo. Como cuando murió su madre. Teri tenía entonces la edad de Winona, y su padre le había dicho que su mamá se había ido a ver a Jesús y luego había empezado a gimotear y nada de lo que le había dicho después tenía sentido. Cuando Teri comprendió por fin que su madre, una empleada del turno de noche de la cadena de alimentación Great Northwest Food Store, había muerto en un accidente de tráfico al chocar con un conductor borracho, habían pasado cuatro días.

Teri miró a su alrededor. Ésa había sido la habitación de su madre, del mismo modo que esa casa había sido la casa de su madre, igual que había sido la de Teri desde que tenía uso de razón. Había un armario y dos ventanas que daban al callejón que había detrás de la casa y una cama de matrimonio y una cómoda y un chifonier. Su madre había dormido en esa cama y había guardado su ropa en ese chifonier y se había mirado en el espejo de la cómoda. Su madre había respirado el aire de esa habitación, y su calor había impregnado las sábanas y las había dejado calentitas y perfectas para acurrucarse entre ellas cuando Teri era pequeña. Su madre le había

leído. Su madre le había cantado «Edelweiss». Teri cerró los ojos e intentó sentir ese calor, pero no pudo. Teri lo pasaba mal recordando a su madre como un ser vivo; recordaba su cara por las fotografías y ahora se iban de allí. Adiós, mami.

Agarró con fuerza el impermeable de su padre. Justo cuando se volvía para salir al pasillo oyó el golpe en el patio de atrás. Un ruido sordo y fuerte contra el muro posterior de la casa, lo había distinguido muy bien a pesar de la lluvia. Miró por la ventana y vio una sombra negra moviéndose bajo la lluvia. En ese mismo instante, Peterson entró sigilosamente en la habitación.

—Teri, quiero que vaya a la puerta de entrada, ¡ya!

Peterson hablaba en voz muy baja y muy apremiante.

—He visto algo en el jardín —dijo Teri.

Peterson la empujó hacia un tercer hombre con un impermeable que todavía goteaba. Era el que había estado cargando las cajas. Mantenía el brazo derecho pegado a la pierna. Teri vio que llevaba una pistola en la mano.

Su padre y Charles y Winona estaban junto a Jasper. En los ojos de su padre se veía el terror. Parecía que fueran a saltar al suelo en cualquier momento.

—Vamos, Dan —dijo Jasper—. Quizá no sea nada.

Su padre lo agarró por el brazo.

—Me habían dicho que no lo sabían. Me dijeron que no corríamos peligro.

Jasper consiguió librarse de Clark Hewitt, mientras Peterson decía:

—Voy a ver qué ocurre. Tú mételos en la furgoneta. —Parecía preocupado—.  
¡Jerry, venga! ¡Largo!

El tercer hombre, Jerry, reapareció y tomó en brazos a Winona.

—Vámonos, cariño. Tú conmigo.

—Te acompaño a ver qué ocurre —dijo Jasper. Respiraba muy deprisa.

—Mételos en la furgoneta —ordenó Peterson empujando a Jasper hacia la puerta—. ¡Ahora!

—Quizá no sea nada —añadió Jasper.

—¿Qué pasa? —preguntó Charles.

Se oyó un chasquido procedente de la cocina, un ruido fuerte, como si abrieran la puerta de atrás. Peterson les empujó entonces a todos más allá de la puerta, gritando:

—¡Vamos, Jasper, llévatelos!

Su padre gimió en lo que parecía un lamento lejano que hizo llorar a Winona. Jerry echó a correr hacia la calle, con Winona en un brazo y empujando al padre de Teri con el otro. Gritó algo que Teri no pudo entender.

—¡Mierda, mierda! —repitió Jasper antes de echarse a Charles al hombro, como si fuera un saco de ropa para lavar.

Agarró a Teri con fuerza, muy fuerte, por el brazo, con tanta fuerza que ella pensó que nunca le habían hecho tanto daño y que la carne y los huesos le quedarían hechos papilla de color roja, como en las películas de Freddie Krueger, y luego Jasper la empujó bajo la lluvia al tiempo que, en algún lugar de la parte posterior de la casa,

Peterson gritaba con mucha claridad:

—¡Agentes federales!

Y entonces se oyeron dos *bum* muy fuertes que no se parecían nada, pero nada de nada, a un trueno.

La lluvia caía como una capa pesada sobre los hombros de Teri y rebotaba sobre la acera empapándole las piernas mientras corrían hacia la furgoneta. Charles pataleaba, sin dejar de gritar:

—¡No tengo chubasquero! ¡Me lo he dejado dentro!

El conductor, con ojos acechantes, tenía la ventanilla bajada, como si no estuviera lloviendo a cántaros. Jerry metió primero a Winona y luego a Clark a través de la puerta lateral. El motor de la furgoneta se puso en marcha con un chirrido.

Jasper se desplazó a la parte de atrás y metió a Teri dentro. Clark sujetaba a Winona, los dos muy juntos entre las cajas y el asiento del conductor. Winona seguía llorando, y a su padre los ojos seguían saliéndosele de las órbitas y no dejaba de jadear. Se oyeron otros dos *bum* procedentes de la casa, fuertes y nítidos, a pesar de aquella lluvia que se metía por las ventanas y puertas abiertas de la furgoneta. El conductor se volvió hacia ellos gritando:

—¿Qué coño está pasando?

Jerry sacó una escopeta corta y oscura de detrás del asiento.

—¡Voy con Peterson! ¡Tú sácalos de aquí!

Jasper volvió a sacar su arma e intentó volver a salir al aguacero.

—¡Voy con vosotros!

Pero Jerry empujó a Jasper, obligándolo a volver a la furgoneta.

—¡Tú sácalos de aquí inmediatamente, por tu madre! Sácalos de aquí, ¡ahora!

Jerry le cerró la puerta en las narices.

—¿Qué ha pasado? —gritaba el conductor—. ¿Dónde está Peterson?

Jasper parecía desolado, pero chilló:

—¡Conduce! ¡Vámonos de una puta vez! —Se abrió paso entre las cajas de cartón hacia la puerta trasera de la furgoneta, sin dejar de maldecir—: Siempre alguna mierda, siempre. ¡Siempre alguna puta mierda!

La furgoneta patinó de lado al arrancar e intentar aferrarse en vano a la calzada. El conductor gritó algo a una especie de radio y Jasper maldijo y el padre de Teri empezó a llorar como lo hacían Winona y Charles. Teri pensó que quizás incluso Jasper, el agente federal, también llorara, pero no podía asegurarlo, porque él no dejaba de mirar por la ventana cuadrada de la parte trasera de la furgoneta.

Teri sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero entonces se dijo a sí misma, con mucha claridad: «No vas a llorar». Y no lo hizo. Dejó de lagrimear y recuperó la calma. Estaba empapada a pesar del impermeable y se dio cuenta de que el suelo también lo estaba por la lluvia que había entrado cuando las puertas

estuvieron abiertas. Las ocho cajas de cartón que contenían la suma de sus vidas también estaban mojadas.

—¿Qué ha ocurrido ahí? —preguntó su padre—. ¡Me dijeron que no corríamos peligro! ¡Me dijeron que no lo sabrían!

Jasper miró a su padre. Jasper también parecía asustado.

—No lo sé. De alguna manera se habrán enterado.

—¡Vaya, estupendo! —empezó a gritar el padre de Teri—. ¡Qué bien! —Muy alto—. ¡Ahora nos matarán!

Jasper volvió a mirar por la ventanilla.

—No, no van a matarlos.

—¡Eso es justo lo que dijeron antes! —El suyo era un grito de terror.

Jasper se volvió lentamente y miró a su padre durante un buen rato antes de decir:

—Peterson sigue ahí atrás, señor Hewitt.

Teri miró a su hermano, a su hermana y a su padre, todos apiñados y lloriqueando, y entonces supo lo que tenía que hacer. Se arrastró entre el amasijo de cajas mojadas y sobre la arenosa superficie de la furgoneta y se acercó a su familia. Encontró un lugar para ella entre Winona y su padre y miró fijamente aquellos ojos asustados. Su padre estaba muy pálido y demacrado. El pelo fino mojado y apelmazado sobre la frente hacía que pareciera perdido.

—No tengas miedo, papá.

Clark Hewitt gimoteó; Teri notó cómo temblaba. Estaban en julio y la lluvia era cálida, no temblaba de frío.

—No voy a dejar que nadie nos haga daño —dijo Teri—. No voy a dejar que a ti te pase nada. Te lo prometo.

Clark Hewitt asintió sin mirarla. Ella lo abrazó con fuerza, y sintió que el temblor disminuía.

La furgoneta avanzó a toda velocidad en la noche, oculta por la oscuridad y la lluvia.

# **TRES AÑOS DESPUÉS LOS ÁNGELES**

# 1

En la ciudad de Los Ángeles era el día de las plantas. Cuando llega este día, reúno las que hay en la oficina y las llevo al balcón que da al zona oeste de la ciudad, donde las limpio y las riego y las abono. Luego paso el resto de la tarde pensando por qué mis plantas son más amarillas que verdes. Un amigo que sabe de plantas me dijo una vez que me excedía con el agua, de modo que reduje la ración a la mitad. Cuando las plantas, además de estar amarillas, empezaron a desparramarse, otro amigo me dijo que seguía ahogándolas, así que volví a reducir el agua a la mitad. Las plantas murieron. Compré plantas nuevas y dejé de pedir consejos. Las plantas amarillas son mi maldición.

Miraba desdeñosamente todo ese amarillo, cuando Lucy Chenier dijo:

—No creo que pueda salir de aquí hasta dentro de un buen rato, Elvis. Me parece que he perdido la tarde.

—¿De veras?

Mientras arreglaba las plantas hablaba con Lucille Chenier con el nuevo teléfono inalámbrico. Estábamos a principios de los ochenta, la calidad del aire era buena y una fresca brisa soplaba hacia lo alto del Santa Monica Boulevard y se colaba en mi despacho a través de la puertaventana de cristal abierta. Cindy, la mujer que trabaja en la oficina de al lado, me vio en el balcón e hizo un ligero saludo con los dedos. Cindy llevaba una camisa blanca anudada a la cintura y una falda sarong larga. Yo llevaba unos *jeans* Gap, una camisa Tommy Bahama de seda y una pistolera Bianchi con un revólver Dan Wesson del 38. La pistolera era nueva, de modo que la llevaba puesta en la oficina para que el cuero se fuera ablandando.

—Tracy quiere presentarme al vicepresidente del área comercial, pero está liado con el departamento de ventas hasta las cinco —dijo Lucy.

Tracy era Tracy Mannos, la directora de la cadena de televisión KROK. Lucy Chenier era una abogada de Baton Rouge, Luisiana, a la que habían ofrecido trabajo en la KROK, aquí en Los Ángeles. Había venido por tres días a hablar del posible trabajo y de detalles del contrato, ésa era la última noche que pasaba en la ciudad. Habíamos planeado pasar la tarde en el mercado mexicano de Olvera Street, en el centro. Allí fue fundada Los Ángeles, y el mercado es ideal para pasearse con las manos entrelazadas.

—No te preocupes por eso, Lucy. Tómate todo el tiempo que quieras.

La verdad es que todavía no había decidido si quería o no el trabajo, pero yo deseaba con todas mis fuerzas que considerara la posibilidad.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro! ¿Qué tal si te recojo a las seis? Podemos cenar

temprano en el Border Grill y luego volver a la casa a hacer la maleta.

—Eres un encanto. —El Border Grill era su restaurante favorito—. Gracias.

—También puedo subirme al coche y plantarme ahí y sacar al vicepresidente de la reunión a punta de pistola. Podría funcionar.

—Sí, pero luego, a lo mejor, el vicepresidente lo tiene en cuenta, en mi contra, en las negociaciones.

—¡Cómo sois los abogados! No podéis pensar en nada que no sea dinero.

Le explicaba a Lucy el terrible aspecto que presentaban mis plantas cuando se abrió la puerta de entrada y tres chiquillos entraron en mi oficina. Tapé el auricular y dije:

—¡Estoy aquí!

La mayor era una niña de pelo largo y oscuro y piel pálida con gafitas ovaladas. Calculé que tendría quince años, aunque podría ser mayor. Tras ella iba un chico más pequeño que a su vez tiraba de una niña mucho menor. El chico llevaba pantalones cortos enormes y zapatillas Nike. Parecía enfadado. La niña más pequeña llevaba una camiseta de Expediente X.

—Me invaden.

—Tracy, pasa cuando quieras. Tengo que dejarte.

La chica mayor avanzó hacia las puertas cristaleras.

—¿Es usted el señor Cole?

Levanté un dedo y la chica asintió.

—Lucy, no te preocupes por el tiempo que te lleve. Si sales tarde no pasa nada.

—Eres un cielo.

—Sí, lo sé.

—Nos vemos fuera del edificio a las seis.

Lucy hizo ruido de besos y yo le contesté con más ruido de besos. La chica hizo como si no oyera, pero su hermano le susurró algo a la más pequeña, que soltó una risita. Nunca pensé que sería una persona de esas que lanzan besos, pero desde que conocía a Lucy hacía y decía todo tipo de tonterías. Es lo que tiene el amor.

Cuando colgué, la chica mayor miraba muy seria mis plantas.

—Cuando se ponen amarillas es porque les da demasiado el sol.

Los expertos abundan.

—Quizá debería probarlo con los cactus —siguió diciendo—. Son difíciles de matar.

—Gracias por el consejo.

La chica me siguió hasta el despacho. La niña se había sentado en el sofá y el chaval inspeccionaba las fotografías y las figurillas de Pepito Grillo que tengo sobre el escritorio. Todo lo consideraba con desdén, encorvado e indolente. Tenía ganas de decirle que enderezara esa espalda.

—Bueno, chicos, ¿qué os trae por aquí? ¿En qué puedo ayudaros?

Quizá vendieran suscripciones a revistas.

—¿Es usted Elvis Cole, investigador privado? —preguntó la chica mayor.

—Sí, yo mismo.

El chaval miraba con disimulo la Dan Wesson y luego el reloj de Pinocho que cuelga en la pared sobre el armario archivador. Ese reloj tiene ojos que se mueven de un lado a otro como si fueran el péndulo y es algo graciosísimo.

—En su anuncio en las páginas amarillas —continuó ella— dice que encuentra a personas desaparecidas.

—Exacto. Esta semana tengo una oferta especial. Encuentro a dos personas desaparecidas por el precio de una.

Quizás estuviera haciendo un trabajo para el colegio: «Un día en la vida del mejor detective del mundo».

Ella me miró, perpleja.

—Es una broma. Es lo que en este negocio llamamos humor de sabueso.

—¡Ah!

El chaval tosió una vez, pero aquello no había sido una tos. Me acababa de llamar «gilipollas» mientras simulaba toser. La niña volvió a reírse.

—¿Qué has dicho? —pregunté mirándole con severidad.

Adoptó una expresión sombría y se acercó a mi mesa. Parecía que quisiera robar algo.

—Apártate de ahí.

—No he hecho nada.

—Te quiero a este lado de la mesa.

—¡Charles! —dijo la chica en tono de advertencia.

Me pareció que estaba acostumbrada a controlar a su hermano en todo tipo de circunstancias.

—¡Hale! —dijo al volver junto al archivador para mirar el Dan Wesson—. ¿Qué clase de pistola es ésta?

—Es un revólver Dan Wesson del treinta y ocho.

—¿A cuántos tipos has matado?

—Estaba pensando en hacer otro orificio justo ahora.

—Charles, ¡por favor! —insistió la chica antes de volver a mirarme—. Señor Cole, me llamo Teresa Haines. Éste es mi hermano, Charles, y nuestra hermana, Winona. Hace once días que mi padre desapareció. Queremos que usted lo encuentre.

La miré. Pensé que se trataba de una broma, pero no parecía que estuviera bromeando. Miré al chaval y luego a la niña, pero ellos tampoco parecían estar de broma. El chaval me miraba por el rabillo del ojo y se mantenía expectante. Winona seguía con los ojos muy abiertos, imperturbable, esperanzada. No, no estaban bromeando. Fui a sentarme al otro lado de la mesa, pero luego lo pensé mejor y me senté en una de las sillas de director, de cuero en vez de lona, que había frente al sofá. El señor Informal. El señor No Intimidante.

—¿Cuántos años tiene, señorita Haines?

—Tengo quince, pero dentro de dos meses cumpla dieciséis. Charles tiene doce y Winona nueve. Nuestro padre viaja a menudo, así que estamos acostumbrados a arreglárnoslas solos, pero nunca se había ausentado tanto tiempo, y estamos preocupados.

Charles volvió a hacer como que tosía. Había dicho «Gili». Pero esta vez no se refería a mí.

Asentí antes de preguntar:

—¿A qué se dedica vuestro padre?

—Trabaja para las imprentas.

—Ajá. ¿Y vuestra madre?

—Murió hace cinco años y medio en un accidente de coche.

—Un puto conductor borracho —dijo Charles.

Escrutaba la fotografía de Lucy Chenier que tengo sobre el archivador, de modo que ni siquiera se dignó mirarme cuando lo decía. Dejé a Lucy y volvió a mi mesa y se puso a investigar el teléfono de Mickey Mouse.

—Así que vuestro padre se fue hace once días. No ha llamado, ni sabéis cuándo volverá.

—Eso es.

—¿Sabéis adónde ha ido?

Se oyó una risita. Era Charles.

—Si lo supiéramos, no estaría desaparecido, ¿verdad?

La miré, pero esta vez no dije nada.

—Dígame, señorita Haines. ¿Por qué me ha escogido a mí?

—Usted trabajó en el asesinato cometido por Teddy Martin.

Theodore Martin era un ricachón que había asesinado a su mujer. Sus abogados me habían contratado para que trabajara en su defensa, pero la cosa no salió como Teddy esperaba. Me habían mencionado en la televisión local y en el *Times* por ese asunto.

—Lo vi en los periódicos de la biblioteca y leí lo que ponía sobre usted. Luego encontré su anuncio en las páginas amarillas.

—Tiene usted muchos recursos.

Mi amiga Patty Bell trabajaba como asistente social del condado. Estaba considerando la posibilidad de llamarla.

Teri Haines sacó un sobre del bolsillo trasero y me lo mostró.

—He escrito su fecha de nacimiento y una descripción y demás. —Lo puso en la mesa de centro que había entre nosotros—. ¿Encontrará a nuestro padre?

Miré el sobre, pero ni lo toqué. Eran las dos y cuarto de una tarde de entresemana, y esos chicos no estaban en la escuela. Quizá lo que tenía que hacer era llamar a un teniente conocido de la División Juvenil del Departamento de Policía de Los Ángeles. Quizás él pudiera orientarme.

Teresa Haines se inclinó hacia mí y de pronto pareció tener treinta años.

—Ya sé lo que está pensando. Piensa que solamente somos unos niños, pero tenemos dinero para pagarle.

Se sacó una cartera roja y barata del bolsillo delantero y abrió en abanico un fajo de billetes de veinte, de cincuenta y de cien que hubiera bastado para detener una 9 mm *Parabellum*. Allí había unos dos mil dólares. Quizá tres mil.

—¿Lo ve? Usted pónganos un precio y ya está.

—¡Vaya, Teri...! ¿Por qué se lo dices? ¡Nos va a dejar pelados!

Charles ya había dejado el teléfono de Mickey y volvía a dedicarse a toquetear los Pepitos Grillos. Quizá lo mejor fuera esposarle al sofá.

Teri me miraba fijamente.

—¿Qué nos dice?

—¿De dónde habéis sacado el dinero?

Pestañeó levemente, pero no apartó la mirada en ningún momento.

—Papá nos lo dejó. Con eso vivimos.

El pelo de Teresa Haines caía suelto sobre sus hombros y se veía limpio y cuidado. Tenía el rostro ovalado y le habían salido un par de granos en el mentón, pero no creo que eso la tuviera muy preocupada. Parecía bien alimentada y en buen estado de salud; de sus hermanos podía decirse lo mismo. Probablemente se hubiera inventado todo aquello. Quizá no fuera más que una demostración de su particular sentido del humor. Pregunté:

—¿Habéis llamado a la policía?

—¡Oh, no! —contestó rápidamente.

—Es lo que haría yo si mi padre hubiera desaparecido... —Ella negó con la cabeza—. Se dedican a eso y además no os cobrarán nada. En cambio yo suelo cobrar dos de los grandes...

—¡Vaya timo! —se oyó gritar a Charles.

Cuando lo decía, una fotografía enmarcada cayó sobre tres figurillas de Pepito Grillo. El chaval se escabulló hacia la puerta.

—¡Yo no he hecho nada!

—No queremos que la policía se mezcle en esto, señor Cole —dijo Teresa muy erguida.

Era evidente que luchaba por mantener la calma. Era evidente que eso le representaba un esfuerzo.

—Si vuestro padre lleva once días sin aparecer y no tenéis noticias suyas, deberíais llamar a la policía. Ellos os ayudarán. No debéis tenerles miedo.

Ella volvió a decir que no con la cabeza.

—La policía llamará a Protección de Menores y nos llevarán.

Intenté mostrarme tranquilizador.

—Lo único que quieren es asegurarse de que estéis bien, eso es todo. Quizá sea yo quien tenga que llamarles...

Pero entonces le tendí mis manos en un gesto tranquilizador y sonreí, en mi papel

de señor «No hay por qué preocuparse». De cualquier modo, Teri Haines no se lo tragaba. Sus ojos se volvieron más fríos, más duros y llenos de miedo.

Teresa Haines se puso de pie despacio y Winona la imitó.

—En su anuncio ponía «confidencial».

Eso había sido como una acusación.

—Este tío no se va a enrollar —dijo Charles.

Parecía que ya hubieran hablado sobre el asunto antes de entrar. Como si los hechos hubieran demostrado que Charles tenía razón.

—Vamos a ver. Sois menores y no deberíais ir solos por la vida.

La frase sonó a adulto, pero por el contrario me sentí pequeño.

Teresa Haines volvió a meter el dinero en la cartera y la cartera en el bolsillo.

—Siento haberle molestado.

—¡Vamos, Teresa! —dije—. Es la única manera de hacerlo.

—¡Soplagaitas! —tosió Charles.

Se oyó un rumor de pasos apresurados y Teresa, Charles y Winona desaparecieron. No se molestaron en cerrar la puerta.

Miré hacia el escritorio. Una de las figurillas de Pepito Grillo había desaparecido. Escuché la radio de Cindy, que se colaba en mi oficina por el balcón abierto. Los Red Hot Chili Peppers cantaban «Music Is My Aeroplane». Apreté los labios y dejé que el aire saliera por las comisuras.

—Bueno, imbécil, ¿vas a dejar que se larguen así?

Puede que lo dijera yo. O quizá Pinocho.

Me puse una chaqueta para cubrir la Dan Wesson, bajé cuatro pisos hasta el vestíbulo y luego salí a la calle justo a tiempo de verles arrancar en un Saturn verde metálico. Legalmente, en California, se puede conducir a partir de los dieciséis años, pero quien conducía era Teresa. No me sorprendió.

Corrí de vuelta al vestíbulo, bajé al aparcamiento y salí zumbando a la calle intentando localizar su coche. Un tío con un camión en el que ponía LEON'S FISH por poco me lleva por delante cuando me lancé hacia el Santa Monica Boulevard, y se quedó pegado a la bocina.

Estaba tan concentrado en localizar el Saturn que no reparé en el hombre que me seguía, pero no tardaría en darme cuenta.

El Saturn de Teresa Haines dobló hacia el sur después de la comisaría de West Hollywood y luego hacia el este por Melrose. No aceleré entre los coches que venían en dirección contraria para cortarles el paso, ni le disparé a los neumáticos. Teri Haines conducía con toda corrección y no habría sabido qué hacer de haberles obligado a parar. ¿Mantenerles inmovilizados a punta de pistola hasta que llegara la policía?

Era la hora de salida del instituto Fairfax y las aceras estaban repletas de chicos con mochilas y tablas de patinaje y de chicas con relucientes anillos en el ombligo. La mayoría de los chicos tendrían la misma edad que Teri. Algunos eran mayores, otros menores, pero en cualquier caso esos chavales iban a la escuela y ella no. Charles se asomó por la ventanilla del acompañante e hizo un gesto burlón a un grupo de chicos reunidos en la parada del autobús. Tres de los chicos le devolvieron el detalle y alguien tiró lo que parecía ser una lata de Coca-Cola y le dio a la rueda de atrás del coche.

Teri siguió por Melrose y dejó atrás *outlets* de ropa ultramoderna, tiendas de cómics y grupos de turistas asiáticos hasta que dobló en dirección sur para meterse por una estrecha calle residencial. A ambos lados se alineaban modestas casas de estuco cuyas aceras estaban atiborradas de coches aparcados. Algunos de los coches pertenecerían a los vecinos, pero la mayoría era de gente que había ido a comprar a Melrose. Me detuve en la esquina y observé. El Saturn se adentró lentamente en la calle siguiente y se metió en el sendero de una casa amarilla de un solo piso con techo de tejas naranja y una única palmera en el jardín. Los tres hermanos Haines salieron del coche y desaparecieron en el interior de la casa. De vuelta al territorio conocido tras una infructuosa entrevista con el detective.

Pasé por delante de la casa, encontré un lugar donde aparcar en la calle siguiente y volví caminando. No se oían gritos procedentes del interior, ni retumbaba la música, ni salía humo por las ventanas o el tejado. Charles debía de haberse desmayado.

Me planté en la acera, frente a la casa de al lado, y pensé en lo que iba a hacer. Mientras los seguía lo tenía claro: localizaría su lugar de residencia y luego llamaría a uno de mis amigos de la sección de Protección de Menores del Departamento de Policía de Los Ángeles. Punto final. Pero la casa y el jardín, lo mismo que el coche y los niños, parecían bien cuidados, y ya no estaba tan seguro. Probablemente los chicos estaban bien, de modo que con llamar a la policía sólo conseguiría asustarlos. Aunque lo único que alcanzaba a ver no era más que el exterior de la casa. Dentro podía haber ratas. Dentro podían vivir en la miseria e inmundicia. Sólo había una manera de saberlo. Ante la duda, había que fisgonear.

Me deslicé junto al Saturn, seguí el camino y eché un vistazo a la cocina por encima del contador del gas. Los chicos no estaban allí, pero la cocina estaba limpia y recogida. Ni ratas, ni moscas, ni pilas de platos sin lavar. Seguí hasta las ventanas siguientes y me asomé al alféizar. La ventana daba a un pequeño comedor contiguo a la sala. Se me ocurrió que Charles podía sorprenderme mirando por allí y darme un ladrillazo, pero son los riesgos que hay que correr cuando estás en la élite de la investigación privada. La vida es riesgo. La tele estaba encendida, y Charles y Winona veían *Aeon Flux*. Nadie agredía a nadie, ni empujaba. Lo mismo que la cocina, la sala estaba limpia y en orden. Once días sin ningún adulto y todo parecía en orden.

Volví al camino y fui hacia el coche. Mientras desde el coche vigilaba la casa intentaba no parecer sospechoso: no quería que ningún vecino susceptible tuviera la ocurrencia de llamar a la policía. Un joven negro en un LeBaron gris pasó junto a mí. Sonreí e incliné la cabeza, pero él no se dignó mirarme. Quizá no resultara lo suficientemente sospechoso.

Dos horas y diez minutos más tarde puse en marcha el coche y me fui de allí para recoger a Lucy Chenier. No estaba seguro de que estuviera haciendo lo correcto dejándolos solos, pero tampoco me parecía acertado lanzar sobre ellos a una horda de trabajadores sociales que con seguridad les buscaría una familia de acogida. Estaba claro que en un hogar de éstos habrían estado mucho más seguros, pero no parecían correr demasiado peligro donde estaban. Lo que quizá sí tenía que hacer era dejar de anunciarme en las páginas amarillas.

Los estudios de la KROK y las oficinas de la corporación están en el Olympic Boulevard, justo al oeste de Doheny Drive y a lo largo del extremo meridional de Beverly Hills. Es un edificio grande y moderno de acero y cristal en un área donde reinan las tiendas de alimentos y los apartamentos y gimnasios caros. La Twentieth Century Fox no queda lejos, ni tampoco Century City.

En Olympic había el típico atasco de las horas punta y los aparcadores del gimnasio situado frente a la KROK se las veían negras para atender al enorme flujo de agentes y abogados y ejecutivos ansiosos por hacer pesas o tirar al aro tras un duro día de trabajo. Cuatro tíos con trajes Versace permanecían en la entrada del gimnasio y miraban hacia la KROK, al otro lado de la acera, pero no era el edificio lo que captaba su interés: miraban a Lucy Chenier. Lucille Chenier mide alrededor de uno setenta, tiene el pelo castaño claro y ojos verdes, y la piel luminosa de alguien que pasa mucho tiempo al aire libre. Había estudiado en la Louisiana State University gracias a una beca de tenis. De hecho seguía jugando y se lo tomaba muy en serio. Se veía en su manera de moverse y por cómo trabajaban sus músculos bajo su piel. Me acerqué a la acera y esboqué una sonrisa cuando ella subió al coche.

—¿Has aceptado el trabajo?

—Todavía no, pero me han hecho una oferta muy interesante.

Sus ojos verdes eran increíbles. No tenían fondo.

—¿Interesante hasta qué punto?

Ella sonrió todavía más.

—Pues muy interesante, sí. —Se inclinó sobre el cambio de marchas para darme un beso, y yo le di otro—. ¿Has hecho la reserva en el Border Grill?

—He reservado mesa, sí.

—¡Fantástico! —Se recostó en el asiento—. Podemos ir a comer, luego hago el equipaje y podemos pasar el resto del día tomando champán y haciendo lo que nos venga en gana.

Le sonreí y sentí que entre nosotros crecía una enorme calidez.

—Lo que tú digas.

Lucy me dio detalles de su entrevista mientras íbamos hacia Santa Monica. Luego le hablé yo sobre Charles y Winona y sobre cómo les había seguido hasta su casa, y mientras se lo explicaba, se le marcó una línea entre las dos cejas, como si frunciera el ceño.

—¿Dices que llevan once días solos?

—Ajá.

—¿Sin ninguna supervisión por parte de un adulto?

—Exacto.

La línea se hacía más profunda.

—¿Y tú miraste por las ventanas?

—Sí. Todo parecía en orden.

Lucy estaba tan afectada que por un momento pensé que iba a salir disparada del asiento. Dijo que no con la cabeza, alzó las manos y añadió:

—Que todo pareciera en orden no basta. Lo mejor será que pasemos por allí.

—¿Qué dices?

—Digo que des la vuelta. Vamos a la casa y vamos a comprobar que todo esté bien.

Di la vuelta. Las hormonas maternas son impresionantes.

Veinte minutos más tarde dejábamos Melrose y pasábamos una vez más frente a la casa. Todo parecía en orden, tal cual, y el Saturn seguía en la entrada. Por lo menos no estaban por ahí dando vueltas con un coche robado antes de abandonarlo.

—Están bien.

El detective profesional habló.

—Para.

Aparcamos a la entrada detrás del Saturn, fuimos a la puerta y llamamos al timbre. Charles abrió la puerta sin mirar quién era y al vernos sus ojos se le salieron de las órbitas e intentó volver a cerrar de un portazo.

—¡Corred! ¡Vienen a por nosotros!

Empujé la puerta y me metí en la casa, con Lucy detrás. El chaval se resistía, entre gruñidos y resoplidos mientras resbalaba sobre el suelo.

—Tranquilo, Charles —le dije—. Nadie os va a llevar a ninguna parte.

—¡Charles, basta! —ordenó Teresa Haines.

Lo dijo una vez, con energía, y su hermano paró.

Teresa y Winona se encontraban en la sala. La tele estaba apagada, de modo que probablemente no la estuvieran viendo. Winona estaba detrás de Teresa y ésta parecía tranquila y con total control de la situación. No me miraba a mí, sino a Lucy.

—Quería asegurarme de que estabais bien —dije.

—¡Te dije que no les dijéramos nada! —exclamó Charles—. ¡Ahora nos van a meter en una casa!

Teresa cruzó la sala y le tendió la mano a Lucy.

—Me llamo Teresa Haines. ¿Quién eres?

—Soy Lucille Chenier —contestó Lucy estrechándole la mano—. Soy una amiga del señor Cole.

En la casa se percibía un ligero olor a salsa de tomate y ajo.

—¿Es de Protección de Menores? —preguntó Teri.

—No, qué va —dijo Lucy, sonriente y relajada—. No vivo en Los Ángeles. Sólo estoy de paso. —Lucy soltó la mano de Teresa, pero siguió sonriendo mientras caminaba hacia la cocina—. El señor Cole me ha explicado que hace más de una semana que estáis sin vuestro padre.

—Estoy segura de que volverá pronto.

—Yo también. ¿Te importa si echo un vistazo? —Su sonrisa era cálida y tranquilizadora.

—¿Tiene una orden de registro? —preguntó Charles, enfadado—. ¡Para echar un vistazo tiene que tener una orden de registro!

Nos miraba con cara de pocos amigos desde la puerta, con la mano todavía en el pomo, como si pudiera volver a abrirla de pronto y salir corriendo de allí en cuanto hiciéramos el más mínimo gesto.

—Si eso la tranquiliza... —dijo Teri, ignorando a su hermano.

Lucy desapareció en la parte posterior de la casa. Teresa me miró ladeando la cabeza. Yo me encogí de hombros y dije:

—Es una madre.

—¿Lo ha pensado mejor y quiere ayudarnos?

—Quería asegurarme de que estabais bien.

—Y por eso nos ha seguido.

—Claro. —Estaba contestando al interrogatorio de una niña—. Quería ver en qué condiciones vivíais. Además, Charles me ha robado una figurita del despacho.

—¡No he hecho nada! —gritó Charles. En aquella ocasión hizo mucho aspaviento sacudiendo los brazos y tirándose de los cabellos—. ¿Por qué todo el mundo me echa la culpa?

Todo teatro.

—Charles —dijo Teri, cerrando los ojos y en tono de advertencia.

Le tendí la mano.

—Ya está bien, muchacho.

Charles se sacó a Pepito Grillo del bolsillo y lo lanzó al suelo.

—¡A la mierda!

Teri lo fulminó con su mirada de rayos láser.

—Charles.

Charles recogió a Pepito Grillo del suelo sin dejar de mirarme, listo para salir corriendo si se me ocurría pegarle.

Me lo puso en la mano y se escabulló rápidamente. Miré a Pepito Grillo y luego se lo devolví.

—Puedes quedártelo.

Charles, con la figurilla en la mano otra vez, parecía sorprendido.

—No tiene por qué hacerlo —dijo Teresa.

—Ya lo sé.

—Siento lo ocurrido —continuó ella.

—No tiene importancia —dije con un gesto—. Cosas que pasan.

Teresa Haines tomó aire y luego dijo:

—Ya ve que estamos bien.

—Sí, parece que lo tienes todo bajo control.

—Así que no tiene por qué llamar a la policía.

Miré esos ojos tranquilos, pero reparé en que ya no lo parecían tanto. Detrás de las gafas ovaladas se percibía una llamita de miedo.

—Eras consciente de esa posibilidad cuando fuiste a verme, pero de todos modos lo hiciste. Tienes que estar muy preocupada por tu padre.

La llama se hizo más intensa y la expresión de su cara cambió. Después, la llama desapareció y los ojos volvieron a reflejar calma. Había luchado por controlarse y lo había conseguido. Qué chica.

—Pues claro que estoy preocupada —dijo—. Es mi padre.

Lucy volvió a aparecer y se dirigió a la cocina.

—Tu habitación está muy ordenada, Teresa. ¿La compartes con Winona?

—Sí, *ma'am*.

Sonrisa.

—La habitación de Charles está hecha un desastre.

—Ya lo sé —concedió Teresa—. No hay manera de que se haga la cama.

—Conozco bien la situación —dijo Lucy riendo—. Tengo un hijo de ocho años, en eso son igualitos.

Charles carraspeó, y en esta ocasión pudo percibirse la palabra «puta».

—¡Oye! —le advertí.

Charles retrocedió hacia el comedor para alejarse al máximo de mí, puso el Pepito Grillo en la mesa y fingió que jugaba con él.

Oí que Lucy abría la nevera, la cocina y la despensa. Estaba llevando a cabo una inspección en toda regla y aquello tenía un cariz de lo más femenino. Había algo

entre Lucy y Teresa, algo que no acababa de comprender; yo no formaba parte de eso.

—¿Qué coméis tú, tu hermano y tu hermana, Teresa?

—Cocino yo.

—¡Y yo también! —añadió Winona.

Lucy volvió a la sala y sonrió a Winona.

—Estoy segura de que eres muy buena cocinera, cariño.

—Hacemos espaguetis.

—¡Lo que más me gusta! ¿Y para desayunar coméis espaguetis?

—¡Noo! —contestó Winona riendo—. Comemos Cheerios.

Lucy volvió a sonreír a Winona. Luego me miró y asintió.

—¿Tienen comida? —pregunté.

—Sí.

—Yo hago la compra y cocino cuando papá está en casa. No es tan complicado.

Parecía considerar una ofensa que alguien pudiera pensar de otro modo.

—No era más que una pregunta —aclaré—. Parece que estáis todos bien.

Teresa parecía animada.

—¿Así que no va a entregarnos a Protección de Menores?

—Sois menores —dije mirándola con seriedad—. No podéis vivir aquí solos.

Lucy se agarró de mi brazo y me apretó. Fuerte. Miraba a Teresa sin dejar de sonreír.

—Todavía no vamos a llamarlos, cariño, pero es algo que tenemos que pensar.

En ese momento a quien yo miraba con seriedad era a Lucy.

—¿Qué es eso de «tenemos»?

Lucy me apretó con más fuerza.

—Pero no te preocupes, Teri. Ahora lo que hará es buscar a tu padre.

—¿Eso voy a hacer? —pregunté.

—¡Pues, claro! —dijo Lucy volviendo hacia mí con su sonrisa—. Si es que sabes lo que te conviene.

—Mmm... —respondí.

—¿Habéis cenado ya? —preguntó Lucy volviéndose hacia Teresa.

—Iba a cocinar algo.

—¡Oye! —añadió Lucy—. Nosotros íbamos a comer algo a un restaurante estupendo. ¿Por qué no venís con nosotros? —Me sacudió un poco el brazo—. ¿A que sería divertido?

—Mmm... —repetí.

—¡Yo quiero espaguetis! —intervino Winona.

Telefoneé a Border Grill y les pregunté si podían ampliar la reserva para un grupo de cinco. Sí podían.

Así que nos fuimos a cenar los cinco: Lucy, Teresa, Winona, Charles y yo. Tuvimos que ir en el Saturn. Winona se sentó entre Lucy y yo. Luego, Charles le lanzó una gamba a la camarera, intentó robar un molinillo de pimienta y se comió dos

postres. La cena salió ciento ochenta y dos con cincuenta.

Mmm...

Llevé a Lucy al aeropuerto, temprano por la mañana, y esperé con ella frente a la puerta de embarque. Cuando llegó el momento nos dimos un abrazo y luego desapareció por el túnel de embarque. Fui hasta el ventanal y miré fijamente el avión intentando no parecer demasiado deprimido.

Un hombre mayor de aspecto distinguido y con bastón, que estaba a mi lado, se puso a mirar afuera e hizo un gesto con la cabeza, como apesadumbrado.

—Una visita más, una despedida más. —Volvió a negar con la cabeza—. Lo que es yo, nunca digo adiós.

—Sí, decir adiós es un palo, estoy de acuerdo.

—Es algo permanente. Dices adiós y lo que haces es abrirle la puerta al desastre. Lo miré.

—¿Qué quiere decir, con eso de «permanente»?

—Esos grandes pájaros se van, esos grandes pájaros vuelven, pero uno nunca sabe qué va a ocurrir. —Suspiró—. Espero que nadie haya puesto una bomba.

Lo miré con más insistencia.

—¿Le conozco?

Él se encogió de hombros.

—Creo haberlo visto antes.

Era un hombre encorvado y calvo, con pantalones cedidos de viejo. Volvió a encogerse de hombros.

—Dios sabe que eso es muy posible. Me paso la vida en este lugar, recogiendo a gente y enviando a gente. Y todo sin decir adiós.

—De eso estoy seguro.

Me dio unas palmaditas en el brazo y sonrió. Era una sonrisa amable y sabia.

—Ahí es donde se equivoca, joven. Lo único seguro es la muerte. —Volvió a darme unas palmaditas y se inclinó más hacia mí—. Espero que no le dijera adiós. Lo digo por la seguridad de esa chica.

Estupendo.

Lo dejé junto al ventanal. Fui a buscar el coche y tomé el Sepulveda Boulevard norte que atravesaba la ciudad. El detective libre como el viento volvía a entrar en el mundo del trabajo. Ya echaba de menos a Lucy y eso me ponía de mal humor, aunque también estaba animado y optimista. Ella pensaba que el trabajo con la KROK iba a salir adelante. En tal caso Lucy y su hijo Ben se mudarían aquí y yo podría verla todos los días. Pensar en ella me hacía sonreír, con lo cual el mal humor fue desapareciendo. El sol había hecho parte de su camino y calentaba el ambiente. Y una tenue bruma naranja se estaba formando al este, más allá de las Baldwin Hills. Un

tiempo perfecto para abrir la capota, a pesar de la niebla.

Seguí por Sepulveda norte hasta Washington Boulevard, luego doblé en dirección este hasta más allá de los viejos estudios de la MGM, rumbo a La Cienaga, cuando vi un Chrysler LeBaron asomándose a la línea blanca, tres coches por detrás de mí. Permaneció sobre la línea unos segundos, como hace un conductor que cree ver algo delante; luego desapareció. Pensé que podría ser el mismo LeBaron que había visto fuera de la casa de Teri Haines, pero me dije «Qué va». Quizás estuviera mirando demasiados capítulos de *Cops*.

Quince minutos más tarde aparcaba detrás del Saturn de Teri Haines e iba hacia la puerta. De algún modo esperaba encontrar la casa reducida a cenizas, aunque quizá Charles se hubiera quedado fuera de combate por el empacho. «Tranquilo, Cole. No es más que un crío». Ya, ya. Seguro que decían eso mismo cuando Atila lo era.

Teresa abrió la puerta en tejanos, unas Keds de color rosa y una camiseta blanca enorme.

—¿Dónde están Charles y Winona? —pregunté.

—Los he llevado al colegio. —Creo que percibió mi sorpresa—. Charles está haciendo sexto y Winona tercero. Supongo que no creería que los iba a dejar crecer sin formación, ¿verdad?

—No, claro.

Aquella chiquilla de quince años me había vuelto a poner en mi sitio.

La casa estaba tan limpia y ordenada como el día anterior, sólo que en esos momentos reinaba el silencio. Una lavadora ronroneaba en algún lugar tras la cocina y los ruidos apagados de la calle se colaban por las ventanas. Teresa me dejó entrar y se hizo a un lado para dejarme pasar a la sala. Atenta a todo.

—¿Quiere un café? Siempre hago café antes de llevarlos al cole.

Una taza humeante reposaba en la mesa de centro, sobre un ejemplar de *Seventeen*.

—¿Y tú?

—Yo ya me he servido una taza.

—Me refiero a la escuela.

Se sentó en la parte delantera del sofá y entrelazó los dedos sobre la rodilla. Estaba tan cerca del borde que pensé que se iba a resbalar.

—Como nos desplazamos de aquí para allá muy a menudo, me cansé de ser siempre la nueva de la clase. El año pasado aprobé el examen del GED cuando nos mudamos a Arizona. —Diploma de equivalencia general—. No voy a la escuela.

—¡Ah!

Ella apretó los labios.

—Perdone, pero ¿sirve de algo que hablemos de mí cuando se trata de encontrar a mi padre?

—Quizá sí. Acabas de decirme que estuvisteis viviendo en Arizona, pues eso es algo que no sabía. Quizás haya ido para allá.

Se puso muy colorada tras aquellas gafas. Supongo que a ella tampoco le gustaba que la pusieran en evidencia.

—Si tengo que encontrar a tu padre necesitaré también lo que en mi trabajo llamamos una pista. Eso significa que te haré un montón de preguntas, que tú me dirás lo que sepas y que quizá de este modo lleguemos a alguna parte. ¿Entiendes lo que digo?

Ella asintió, pero no parecía muy contenta.

Tomé mi bolígrafo y me preparé para tomar notas.

—Háblame de él.

Su padre se llamaba Clark Rudy Haines. Tenía treinta y nueve años, medía un metro setenta y ocho y pesaba sesenta y nueve kilos. Tenía el pelo castaño claro, aunque en gran parte lo había perdido años atrás, y ojos marrones. Llevaba gafas. Me describió las gafas, luego tomó algo de café, antes de mirarme.

—Adelante —dije.

—¿Adelante qué? —preguntó ella.

—Necesito más que eso.

Parecía incómoda, como si no pudiera darme más información. Como si de pronto pensara que tenerme ahí no fuera buena idea, como si deseara no haber entrado nunca en mi oficina.

Di unos golpecitos con el bolígrafo en el bloc.

—Me dijiste que era impresor. Háblame de eso.

—De acuerdo.

Me dijo que su padre era un impresor y que había cambiado Tucson por Los Ángeles porque le habían ofrecido un trabajo en Enright Quality Printing, en Culver City. Me dijo que lo habían despedido, y que parecía preocupado ante la posibilidad de no encontrar otro trabajo. Y luego se calló y volvió a mirarme un rato.

—Así que crees que se fue a buscar otro trabajo.

—Sí, eso creo.

—¿Había hecho lo mismo alguna otra vez?

—Durante tantos días, no.

Me explicó que el trabajo de impresor era nómada porque cuando las compañías tenían pedidos muy grandes contrataban los servicios de los impresores, pero una vez terminado el trabajo volvían a prescindir de ellos. Decía que cuando esto ocurría, su padre tenía que buscar en otros lugares, y que por eso se desplazaban tanto de aquí para allá.

—¿Tiene novia?

Esto la sorprendió.

—Nos movemos demasiado como para que tenga novia.

—¿Y qué me dices de los amigos?

Frunció el ceño, esforzándose por pensar.

—Aquí no creo que tenga ninguno. En Tucson, quizá.

Pensé en su GED. Pensé en cuánto le molestaba ser la nueva de la clase.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Tú tienes amigos?

Tomó otro sorbo de café y no respondió. Supongo que también en su caso se había movido demasiado para eso.

—¿Tu padre tiene antecedentes penales?

—No.

—¿Juega? ¿Va a las casas de juego de Belflower, o hace apuestas en deportes?

—No.

—¿Bebe, o tiene algún antecedente de problemas mentales?

—No, en absoluto. —La expresión de la muchacha de quince años se había vuelto más dura y sujetaba la taza con ambas manos—. ¿Por qué me hace estas preguntas?

—Porque un hombre no se va así como así dejando a sus hijos.

—Lo dice como si nos hubiera abandonado.

La miré. La lavadora cambió de ciclo.

—No es nada de eso. No bebe, ni tiene problemas psíquicos. Es un buen padre. Es amable y cariñoso, y otras veces se había ido, pero siempre volvía. —Negó con la cabeza—. Hay demasiados impresores y pocos trabajos. Cuando te enteras de alguno, tienes que ir corriendo si no quieres perderlo. —Parecía ofendida, como si me echara en cara haber podido pensar otra cosa—. Lo que me preocupa es que haya ido a algún lugar y haya tenido algún accidente. ¿Y si tiene amnesia?

Amnesia.

Hice un círculo alrededor de Enright Printing en el cuadernillo.

—Muy bien. Hablaré con los de Enright y comprobaré si saben algo. Una fotografía me ayudaría mucho.

Frunció el ceño.

—No creo que tengamos ninguna.

—Todo el mundo tiene fotos.

Ella se mordía el labio inferior.

—No, me parece que no.

—Bueno, pero quizá tengas alguna instantánea en donde salga, ¿no?

Un amigo mío tenía una hija de unos quince años. Ella tenía trocientas fotografías de su gato y de sus amigos y parientes, de las vacaciones, de la escuela...  
Cajas y cajas.

Teresa negaba con la cabeza.

—Me temo que no somos de esos que van con la cámara.

Dejé a un lado el cuadernillo y me levanté.

—Bien, vamos a revisar la habitación de tu padre.

Parecía asustada.

—No creo que a él le gustara que fisgoneáramos en su habitación.

—Cuando contratas a un investigador privado —le dije tendiéndole mis manos— contratas a un figón. Curiosear es la manera de encontrar a la gente que se marcha sin dar explicaciones. Es a lo que me dedico.

Eso tampoco le gustó, pero atravesamos una pequeña estancia y pasamos al dormitorio en el otro extremo de la casa. Era una habitación pequeña y de mobiliario escaso: una cama de matrimonio, una cómoda y un galán de noche. Ni en la cómoda ni en la mesilla había fotografías, pero en las paredes, prendidos con tachuelas, había grandes dibujos a la tinta de los tres niños. Los dibujos estaban hechos en cartulina ordinaria con rotuladores de colores, y parecía que los hubieran arrancado de un cuaderno. Iban firmados con una CH.

—¡Vaya! ¿Tu padre ha hecho esto?

—Sí.

—Pues es un señor artista.

Parecían fotografías por su realismo.

Cuando abrí el cajón superior de la cómoda, Teresa volvió a resoplar, pero no dijo nada. Inspeccioné el interior de ambos muebles. En la cómoda habría media docena de camisetas y ropa interior y calcetines, pero no mucho más. También había un armario, pero dentro sólo encontré un abrigo, dos pantalones finos y un impermeable.

—¿Te parece que haya hecho la maleta para un viaje muy largo?

Ella miró dentro del armario como si algo pudiera saltarle encima, pero finalmente asintió.

—Bueno, por lo que sé, tenía dos abrigos, y faltan dos pantalones.

—Bien, de manera que hizo algún equipaje.

—Eso creo.

Estaba en el centro de la habitación e intentaba madurar una idea.

—¿No tendrás alguna fotografía de tu madre?

Si guardaba alguna, quizá pudiera ver a Clark en ella, también.

Negó con la cabeza.

—No, me parece que no.

Dios mío. En toda mi vida había estado en una casa sin fotografías.

—Bueno, bueno, olvida las fotografías. ¿Dónde guarda los recibos de la tarjeta de crédito y los extractos de la cuenta, o algo parecido?

—No utilizamos tarjetas de crédito.

La miré fijamente.

—Cuando pagamos siempre lo hacemos en efectivo. Si dependes de un presupuesto, la mejor manera de administrar el dinero es en efectivo.

Lo decía con mucha seguridad.

—Bien. Ni fotografías ni tarjetas de crédito.

Ni pistas.

—Tenemos un talonario de cheques y una cuenta de ahorros, eso sí. ¿Quiere verlas?

—Eso, y las facturas del teléfono.

Volvió a entrecerrar los ojos.

—¿Para qué quiere verlas?

—En las facturas de teléfono constarán todas las llamadas que se hayan hecho a vuestro número o que os hayan cargado. ¿Entiendes?

Mi cabeza estaba a punto de estallar. Empezaba a pensar que quería que lo encontrara sin pista ninguna. Quizá supusiera que iba a recurrir a la telepatía.

—Bueno, vale —aceptó finalmente.

De mala gana.

—¿Sabes dónde encontrarlas?

—¡Pues claro que sé dónde encontrarlas!

Ofendida.

Supuse que encontraría los papeles en la habitación de su padre, o que quizá fuera a llevarme a la cocina. Pero no lo hizo. Me llevó a su propia habitación. Dos camas iguales se disponían contra las paredes. Un pequeño ejército de animales de peluche en una y fotografías de David Duchovny, Dean Cain y Gillian Anderson sobre la otra. Aquí tampoco había fotografías de Teri ni de su familia.

—¿A quién le gusta Duchovny? —pregunté.

Teri se ruborizó y desapareció en su armario. Era una respuesta.

Reapareció con una caja de zapatos cerrada con una banda de goma. Puso la caja sobre la cama y luego sacó pequeños montones de papeles sostenidos por grandes clips. Ella sabía qué era cada uno de ellos y a qué correspondían.

—¿Las facturas de teléfono están ahí?

—Ajá.

Un buen fajo de billetes estaba mezclado con los papeles. Allí había todavía más dinero del que había llevado a la oficina. Me vio mirar el dinero, frunció el ceño y por fin se lo metió en el bolsillo. Más vale prevenir que curar.

Sonó un timbre en algún lugar y Teri se levantó.

—Es la lavadora. Tengo que poner la ropa en la secadora.

—Muy bien.

El talonario y la cuenta de ahorros eran del First Western Bank de Tucson, Arizona. La cuenta de ahorros era una simple libreta con un saldo de 1.104,16 dólares. En el talonario, el saldo era de 861,47 dólares, el último depósito estaba hecho justo antes de que dejaran Tucson rumbo a Los Ángeles. Los registros estaban escritos en orden y en letra redonda de adolescente. Dejé a un lado los papeles del banco e investigué las facturas del teléfono. Como llevaban en Los Ángeles cuatro meses y medio, solamente tenían cuatro facturas, y la mayoría de las llamadas eran del área de Los Ángeles. Más de la mitad correspondían a la zona de Culver City. La mayoría de éstas eran del primer mes. Quizá durante la búsqueda de trabajo de Clark; o no. Dos de las llamadas eran a Tucson y cinco a Seattle; tres de las llamadas a Seattle eran del último mes y dos de ellas prolongadas. Cuando Teri volvió se lo

pregunté.

—¿Quién hay en Seattle?

Me miró como si no entendiera lo que le estaba diciendo.

—Aquí salen registradas cinco llamadas a Seattle, y tres en el último mes, dos de ellas bastante largas.

—Mi madre está allá.

—¿Está enterrada allí?

Asintió con la cabeza.

—Y tu padre debe de tener amigos allá.

—No creo. —Se puso bien las gafas—. No nos gustaba aquello. No creo que quiera volver allá.

—Ya veremos.

—Estoy segura de que no.

Era como si me dijera que no merecía la pena que perdiera el tiempo.

Volví a juntar las facturas de teléfono, las doblé y me las metí en el bolsillo. Tampoco le gustó que lo hiciera. Le devolví el resto de facturas.

—Muy bien. Voy a intentar encontrar a tu padre, pero tenemos que dejar claro algo.

Ella me miraba, atenta y suspicaz.

—No voy a notificar a las autoridades que tres menores viven aquí solos, siempre que me parezca que vosotros tres estáis a salvo y bien cuidados. Quizá tu padre vuelva a casa hoy mismo, quizá no. Es probable que lo encuentre enseguida; o no. Por ahora lo lleváis muy bien, y eso es estupendo, pero si en algún momento creyera que es mejor por vuestro bien notificarlo a la policía, lo haré. ¿Te ha quedado claro?

Parecía resistirse.

—¿Me avisará antes?

—No, no lo haré si creo que podríais salir corriendo.

Eso le gustó todavía menos.

—Mi intención es dejar que todo siga como hasta ahora, pero no te mentiré. Así es como debe ser.

Se quedó mirándome, y luego miró sus papeles.

—¿Ha acabado ya con esto?

Asentí. Tomó el talonario, lo sujetó, utilizando los mismos clips, junto con los cheques cancelados y los extractos bancarios y volvió a meterlo todo en la caja de zapatos. Hizo lo mismo con los recibos de agua y luz y con los comprobantes de haber sacado dinero, de su puño y letra. Quince años.

—¿Cuánto hace que te ocupas de pagar las facturas?

Ella sabía exactamente de qué estaba hablando.

—Mi padre es un buen hombre. Nos quiere mucho. No fue su culpa que ella muriera de repente. No puede evitar que sea difícil para él.

—Ya.

—Alguien tiene que cuidar de Charles y Winona. Alguien tiene que limpiar la casa.

Asentí.

—Alguien tiene que mantener unida a la familia.

Creí que iba a ver lágrimas en sus ojos, pero su mirada era cristalina, perspicaz y dura tras las gafas. Expresaban determinación. Volvió a poner el resto de papeles en la caja, colocó la tapa y volvió a fijarla con la banda de goma. Aquellos ojos realistas volvieron a mirarme y se sacó el fajo de billetes del bolsillo.

—Todavía no hemos fijado el importe de sus servicios.

—No te preocupes.

La expresión de los ojos se volvió más dura.

—¿Cuánto?

Nos miramos, y finalmente solté un suspiro.

—Cien dólares y arreglado.

Los ojos se empequeñecieron.

—En la oficina dijo dos mil.

—No es un trabajo tan complicado como parecía. Cien ahora y otros cien cuando lo encuentre.

Ella sacó dos de cien del fajo y me los entregó.

—Cóbreselo todo ahora. Querría un recibo.

Se lo di, y luego salí de ahí a buscar a su padre.

Telefoneé a Información para averiguar la dirección de Enright y luego dejé a Teresa Haines sola con el café y la colada y me dirigí al sur por La Cienaga en dirección a Culver City. Habría querido decirle que no condujera y que tuviera cuidado si iba andando hasta el centro comercial, pero no lo hice. Llevaba tiempo viviendo así y sabía que no iba a hacerme caso: se lo habría dicho más por mí que por ella. Es la manera que a menudo tenemos los adultos de hablar a los niños. Sabemos que no van a escucharnos, pero queremos decírselo de todos modos, sólo por saber que lo hemos hecho.

Enright Quality Printing estaba en una nave industrial de dos pisos justo al lado de Washington Boulevard, a tres manzanas de Sony Pictures. Durante el trayecto pensé que se trataría de una pequeña copistería como las de Kinko's, pero no era así. Enright era una gran empresa comercial con empleados y estructuras y prensas que funcionan las veinticuatro horas del día, de esas que llevan a cabo trabajos a gran escala para empresas y el gobierno. El edificio ocupaba la mayor parte de la manzana, además de un aparcamiento muy cuidado para sus clientes y un muelle de carga para los tráileres que repartían sus productos. El muelle de carga estaba en plena faena.

Aparqué en la plazas reservadas a los clientes y luego entré por la puerta principal a una pequeña sala de espera. En una de sus paredes había una estantería industrial con folletos y revistas y gruesos y pesados manuales del tipo que Enright producía. Había sillas para esperar y un mostrador con una joven detrás. Le tendí una tarjeta y le pregunté:

—¿Hay por aquí algún responsable con quien pudiera hablar?

Miró la tarjeta como si estuviera escrita en otro idioma.

—Lo siento. No hacemos tarjetas.

—No quiero tarjetas —dije recuperándola—. Quiero hablar con algún responsable.

—¿Se refiere al señor Livermore? —preguntó echándome una mirada.

—¿Es el responsable?

—Ajá.

—Entonces es con él con quien quiero hablar.

—¿Tiene cita con él?

—No.

—Tal vez esté ocupado.

—Compruébelo.

Si tienes paciencia a menudo obtienes tu recompensa.

Dijo algo en su teléfono y unos minutos después un hombre bajo y delgado de

unos cien años salió de las oficinas y me miró con cara de pocos amigos.

—¿Quiere usted imprimir algo?

—No. Quiero hacerle preguntas sobre un antiguo empleado suyo.

Le di la tarjeta y su forma de mirarme empeoró.

—Menudo trabajo de mierda. Debería exigir que le devolvieran el dinero. —Me devolvió la tarjeta y yo me la guardé. Era la mejor manera de iniciar una entrevista, cubierto de mierda por un experto—. ¿Qué es?, ¿un poli?

—Investigador privado. Lo dice en la tarjeta.

Hizo un gesto de rechazo.

—No he llegado tan lejos. Al ver la mierda que le han hecho he tenido que mirar para otro lado. —No parecía que fuera a aflojar—. Oiga, si quiere hablar conmigo será mejor que me siga. Tengo que supervisar lo que hacen ahí dentro.

—Bien, le sigo.

Desde la entrada nos dirigimos a la planta de impresión, a toda prisa para seguirle el ritmo. Parecía ansioso de pillar a alguien en falta.

La planta era amplia y con aire acondicionado, perfectamente iluminada con fluorescentes. Olía a papel caliente. Unas máquinas que parecían computadoras de la guerra fría sacudían y traqueteaban y zumbaban mientras hombres y mujeres controlaban el proceso de papel y cartón y tapas. Las máquinas eran muy ruidosas y la mayoría de los trabajadores llevaba protecciones en los oídos, aunque no todos, y muchos fumaban. Una mujer con un cigarrillo en la comisura de los labios llevaba una camiseta en la que se leía: «Come mierda y ten un día de mierda».

—Estoy buscando a un hombre que estuvo trabajando aquí hasta hace tres semanas, Clark Haines.

Livermore hizo otra vez ese gesto de rechazo.

—Me libré de él.

—Sí, ya lo sé. Me preguntaba si tenía usted alguna idea acerca de su paradero.

—Busque en la morgue. Todos los putos yonquis acaban en la morgue.

—¿Yonqui? —pregunté.

Creo haberme quedado con la boca abierta.

Livermore se detuvo con tanta brusquedad que estuve a punto de empujarle. Miraba a dos chicos que estaban juntos al lado de una gran prensa de *offset* y les hacía gestos exagerados golpeándose el reloj con el índice.

—¿Os creéis que estáis en un campamento de vacaciones? No os pago para que charléis. ¡Tenemos pedidos que atender!

Los dos muchachos volvieron a sus máquinas, Livermore volvió a acelerar y yo a perseguirlo. Tanto que controlar, tan poco tiempo para echar la bronca.

—¿Me está diciendo que Clark Haines es un drogadicto? —pregunté.

—El chico estaba hecho un lío desde el primer día, siempre corriendo al váter, siempre temblequeando con esos sudores y siempre solicitando la baja. Sabía que algo no funcionaba, así que no me perdí detalle, ¿me entiende? —Tiró de la piel bajo

su ojo derecho y me miró. La parte inferior del globo ocular estaba inyectada en sangre—. Les pillé en una de las furgonetas, a Haines y a otro tipo. A la puta calle —dijo haciendo un gesto con el dedo—. No tolero ninguna mierda de ésa.

Yo no sabía qué decir. No me parecía que cuadrara, pero eso es algo que ocurre a menudo.

—¿Ha sabido algo de Clark desde ese día?

—No. ¿Por qué iba a saberlo?

—Por alguna referencia laboral, por ejemplo. Les dijo a sus hijos que estaba buscando trabajo.

—No, el tipo era un impresor de los buenos, pero ¿qué hago yo con un yonqui? ¿Salen más baratos?

Livermore fue derecho a un tipo bajito de aspecto latino que proveía de papel a una encuadernadora para hacer folletos. Agarró uno de los pliegos de papel, lo inspeccionó y negó con la cabeza, asqueado.

—Te ha quedado como la mierda. Ya puedes volver a empezar con este jodido pedido.

Miré por encima de su hombro. Las páginas y la impresión me parecieron impecables.

—A mí me parece que está bien.

—¡Joder!, ¿no ve esta mancha? Y el negro, está apagado —decía, mientras agitaba el papel ante mis narices—. ¿No ve que aquí es más claro?

—No.

Tiró el papel a un gran cubo de basura y luego miró con ira al latino.

—Ya te digo, tienes que volver a empezar todo el jodido pedido. ¿A qué has venido aquí?, ¿a hacer tortillas?

Supuse que una imprenta no era lugar para la corrección política.

El latino se encogió de hombros, como si le trajera sin cuidado, y empezó a parar la encuadernadora.

Livermore ya había reiniciado su carrera por los pasillos.

—¿Quién era el hombre que estaba con Haines? —le pregunté.

—Uno de los conductores. Otro yonqui de mierda, pero de él lo podía imaginar. Llevaba escrito en la cara que era un gilipollas.

—¿Cómo se llamaba?

—Tre Michaels. Creo que el que trapicheaba era él.

—¿Llamó a la policía?

—No. Y no es que no pensara en hacerlo, pero armaron un escándalo con tanto gemido y tanto lloriqueo. Michaels está en libertad provisional, ¿entiende? Hubiera podido joderle bien, pero qué coño, pensé que lo que quería era librarme de él y punto.

—¿Podría conseguir su dirección?

Livermore hizo un gesto de rechazo con la mano y aceleró la marcha.

—Vuelva a la entrada y pídaselo a Colleen. Dígale que yo estoy de acuerdo en que le dé lo que usted quiera.

Colleen se mostró encantada de hacerme ese favor.

Tre Michaels vivía en la segunda planta de un edificio de apartamentos al sur de la Santa Monica Freeway, en la zona de Palms, a menos de diez manzanas de Culver City. Llegué allí antes de las once, pero Michaels no estaba en casa. Encontré el apartamento de la casera en la planta baja del edificio y le dije que necesitaba hablar con el señor Michaels sobre un préstamo que había pedido, y le pregunté si tenía idea de cuándo volvería. No lo sabía, pero me dijo que Michaels trabajaba en el Bestco Electronics que acababa de abrir, y que probablemente pudiera encontrarlo allí. Sonreía al decirlo y yo le devolví la sonrisa. ¿Somos o no somos los mejores detectives de la Costa Oeste?

Cinco minutos más tarde salía de Overland para meterme en el aparcamiento de Bestco, dejaba el coche y entraba. Bestco es uno de esos enormes establecimientos de venta de electrodomésticos, y tan pronto como pasé el umbral tres dependientes sonrientes me rodearon, ansiosos de ofrecer o rebajar la mejor oferta de la ciudad.

—Estoy buscando a Tre Michaels —les dije.

Dos de ellos no sabían quién era, pero un tercero me dijo que Michaels trabajaba en «pantallas panorámicas», así que fui a «pantallas panorámicas».

Tre Michaels tomaba café en una taza de Styrofoam mientras un señor de Oriente Medio discutía con él sobre precios, rodeado de treinta televisores de gran formato que mostraban exactamente la misma imagen de Arnold Schwarzenegger lanzando a un tipo por la ventana. Reconocí a Michaels porque llevaba una plaquita de plástico que ponía «Tre». El tipo de Oriente Medio decía que podía conseguir mejor precio en cualquier lugar, pero que si Bestco igualaba esa oferta y luego le ofrecía un 5% por pagar en efectivo y no le cobraba por el transporte ni la garantía completa de dos años, entonces estaba dispuesto a considerarlo. Michaels dijo que si el hombre podía demostrar lo que decía, él podría ofrecerle un 2% adicional, pero no parecía tener demasiada prisa en hacerlo. Parecía más interesado en Arnold.

Michaels era un treintañero con sobrepeso: culo enorme y unas entradas y cejas que no se inmutaban ante nada. Era pálido de ojos vidriosos, y continuamente se relamía los labios secos. Ese detalle me hizo considerar que tendría mono y estaría pensando en el próximo chute; sólo porque Livermore me había dicho que era yonqui. Tre Michaels no parecía un yonqui, aunque, en realidad, nunca me había encontrado con un yonqui parecido a Johnny Rotten.

Michaels miraba a su alrededor cuando me vio y yo señalé un Mitsubishi de cincuenta y dos pulgadas.

—Cuando tengas un momento me gustaría comprar uno como éste.

Asintió.

—Al precio que marca.

Michaels acudió sin mirar siquiera al hombre de Oriente Medio.

—¿Lo querrá en efectivo o pagará con tarjeta, señor?

El tipo de Oriente Medio empezó a hacer grandes aspavientos, pero otro vendedor acudió enseguida y no tardaron en desaparecer.

—¿No tenéis un despacho, por aquí?

Michaels sonrió, como si fuera una ocurrencia absurda.

—Escribiremos su nombre allí, en el mostrador, junto a la caja.

—No es necesario que apuntes mi nombre —dije bajando la voz y acercándome a él—. Yo lo que quiero es que me hables de Clark Haines.

Tre Michaels se quedó de piedra, como si de pronto formara parte de una naturaleza muerta. Miró al jefe de sección, un tipo rubio. Se volvió para mirar hacia el resto de compañeros vendedores y clientes. Luego volvió a relamerse los labios. Esbozó una sonrisa que en aquellos momentos pensaba que era inocente.

—Lo siento, pero no conozco a nadie con ese nombre.

—¡Venga ya, Tre! Si estoy aquí no es para buscarte problemas. Lo único que quiero es algo de información sobre Clark Haines.

Más lametones. A nuestro alrededor imágenes de Arnold, que en esos momentos cambiaba de piso atravesando el suelo para llenar de plomo a un puñado de chicos malos y sin rostro, mientras el mundo explotaba a su alrededor.

—Menudo tío ese Arnold, ¿eh? —comenté—. Camina por un mundo de dolor y lo elimina en un momento. —Me volví y sonreí a Tre Michaels—. Lástima que no pueda acabar también con nuestras penas, ¿verdad?

Tre asintió, con expresión atontada, como si no supiera si tenía que hablar conmigo o no, como si hablar le asustara, pero también le asustara lo que pudiera hacerle si no hablaba.

—No soy de la policía, Tre. Estoy buscando a Clark y sé que lo conoces. Sé que Clark y tú os conocéis por vuestro trabajo en Enright. Sé que estás en libertad condicional por tráfico de drogas y que le vendiste a Clark por lo menos una vez. —Le tendí mis manos—. Háblame de Clark y no volverás a verme el pelo.

—Sí, ya.

No dejaba de mirar a su alrededor. No dejaba de lamerse los labios ni de mirar a Arnold, pero Arnold no iba a venir a ayudarlo.

—Clark ha desaparecido y yo estoy intentando encontrarlo.

—No sé dónde está.

—No me mientas, Tre. Estoy convencido de que si te bajo los calcetines o te miro los brazos encontraré marcas. Seguro que si busco por tu casa encuentro mierda. Y si pienso que me mientas, lo que voy a hacer es llamar a un par de polis que conozco. Ahí lo tienes: la libertad condicional depende de una llamada.

—No miento. Juro por Dios que no sé dónde está.

—¿Te compraba a menudo?

Negó con la cabeza.

—Un par de veces. Quizá tres. O cuatro.

—¿Qué compraba?

—Bolsas de heroína.

Joder.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

Volvió a negar con la cabeza, movió los hombros, como si le costara recordar.

—Me llamó hace un par de semanas. Me dijo que iba a estar fuera unos cuantos días y que quería comprar suficiente para pasarlos tranquilo.

—¿Dijo adónde iba?

Michaels negó con la cabeza. Un tipo mayor que debía de ser el jefe de planta nos estaba mirando. Michaels lo vio y no le gustó.

—Piénsalo bien, Tre. ¿No mencionó ningún nombre, ningún lugar? ¿Una novia, quizá?

Más negaciones con la cabeza.

—Oiga, eso fue hace cuánto... ¿Dos semanas? No he sabido nada de él desde entonces, ¿vale? Lo juro por Dios, no sé nada.

El jefe de planta se acercó sigilosamente, intentando oír lo que decíamos. Michaels se inclinó hacia mí.

—Estos tipos van a echarme del trabajo, y luego me irá como el culo con mi agente de la condicional. ¡Por favor se lo pido!

Dejé a Tre Michaels en un mar de Arnolds y conduje despacio hacia el norte, de vuelta a mi despacho. El día era cálido y soleado, pero sentía el aire sucio y la claridad se hacía pesada, como si la luz fuera una carga. Pensé en Teresa, en Charles y Winona, en cómo el padre al que intentaba encontrar no era el mismo padre al que Teri buscaba. Pensé en lo triste que era eso de no conocer a la gente que nos rodea, incluso a gente a la que amamos.

Eran más de las dos de la tarde cuando empecé a subir la curva que conducía a Laurel Canyon para ir a la casita que tengo justo al lado de Woodrow Wilson Drive, en las montañas más allá de Hollywood. Es un recorrido bastante largo pero, en cuanto te metes entre los árboles y subes a la cima entre peñascos dejando la ciudad atrás, tienes muchas posibilidades de acabar con el estrés y el caos de la vida moderna. Así ocurre a menudo, no siempre, y desde luego es poco probable cuando tienes en la cabeza a tres chicos con un padre desaparecido que resulta ser un drogadicto.

Aparqué en el cobertizo, desactivé la alarma y entré por la cocina. La casa estaba fresca y tranquila y olía a Lucy, aunque posiblemente eso fuera producto de mi imaginación. Ilusiones.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté.

Silencio.

Comparto la vivienda con un gato grande y negro que tiene las orejas destrozadas y una bonita cabeza plana que inclina hacia un lado desde que le dispararon con una del veintidós. Creo que eso le agrió el carácter. No se puede decir que sea el gato más sociable del mundo, y había resoplado un par de veces a la llegada de Lucy, antes de escurrirse por su puerta y desaparecer. Esa mañana nos había visto salir de casa, de manera que pensaba que a mi vuelta estaría esperándome, pero con los gatos ya se sabe. Está enfurruñado.

Tomé una Evian del frigorífico, bebí un poco y luego puse las facturas de teléfono de Clark Haines en la encimera y las repasé. Tre Michaels había dicho que Clark se había ido de viaje. En las facturas había llamadas tanto a Tucson como a Seattle, pero el tema de las drogas lo cambiaba todo. La gente se moría por sobredosis y eran frecuentes los homicidios entre la gente que intentaba conseguir droga, de manera que era posible que el único viaje que hubiera emprendido Clark Haines fuera el que conducía a la morgue. Pasé los siguientes treinta y dos minutos al teléfono preguntando, en las urgencias de los hospitales y en la oficina de medicina forense del condado, si habían ingresado vivo o muerto a alguien llamado Clark Haines o a alguien que correspondiera a su descripción física, pero no. ¡Uf! Había esquivado esa bala.

Volví a repasar las facturas y me fijé en las dos llamadas a Tucson y en las cinco a Seattle. A lo largo de cuatro meses también constaban ochenta y seis llamadas locales. Las llamadas a Tucson eran a dos números diferentes. Las cinco a Seattle también eran a dos números, una a uno de ellos y las demás a otro. Primero llamé a los números de Tucson. El primero resultó ser de una empresa de mudanzas.

—Desert Moving and Storage —dijo una voz de mujer.

Le pregunté si Clark Haines estaba por allí, o si sabía cómo podía localizarlo. Ella

respondió que no conocía a nadie con ese nombre. Era probable que Clark hubiera contratado sus servicios al mudarse de Tucson a Los Ángeles, pero ella no recordaba su nombre, fin. Una mujer llamada Rosemary Teal respondió a la siguiente llamada. Le pregunté si Clark andaba por ahí y ella me dijo que se había mudado, aunque no sabía bien adónde. Le pregunté cómo disponía de esa información y ella me contestó que eran vecinos. Le pregunté entonces si había tenido noticias suyas desde que se había ido y ella me dijo que solamente una vez, que la había llamado para asegurarse de que había cerrado la llave del gas. Como insistía en que me identificara, colgué. *La llave del gas*. El yonqui era un vecino responsable. A continuación llamé a los números de Seattle. En el primero, la telefonista de una imprenta, la voz de una mujer joven:

—New World Printing, ¿en qué puedo servirle?

Volví a preguntar por Clark Haines y ella me dijo que nadie con ese nombre trabajaba allí. Marqué el segundo número, y al tercer timbre una voz masculina y ronca contestó.

—¿Diga?

—Hola. ¿Puedo hablar con Clark?

Con tono despreocupado y seguro, alegre.

—¿Quién es? —contestó la voz, suspicaz.

—Soy Tre Michaels. Clark me dijo que iba para allá y me dio este número.

—Se ha equivocado de número.

Clark Haines había hablado con alguien en ese número en dos ocasiones diferentes durante más de una hora.

—Estoy seguro de que tengo bien el número. Me refiero a Clark Haines, ¿de acuerdo? Me dijo que si no lo encontraba en este número, usted sabría decirme cómo localizarlo.

—No conozco a nadie con ese nombre.

Y colgó. No me había parecido nada convincente. Nada en absoluto.

Llamé a mi amiga de la compañía telefónica, le di el prefijo y el número y le pregunté a nombre de quién figuraba. Cuarenta segundos más tarde me contestaba:

—Está a nombre del señor Wilson Brownell. ¿Quieres su dirección?

—¡Por supuesto!

Apunté la dirección. Luego colgué y pensé en los doscientos dólares que le había cobrado a Teresa Haines. Estaba claro que Wilson Brownell conocía a Clark y en circunstancias normales ése sería el siguiente paso. También en circunstancias normales, el pasaje de avión para Seattle habría corrido a cuenta del cliente, lo mismo que el hotel. Lo que no podía considerarse normal era la edad de esa clienta: quince años. Teresa, Charles y Winona eran menores que vivían solos porque, según todos los indicios, su padre, un hombre sin trabajo y con un currículum profesional irregular, marcado por el consumo de drogas, les había abandonado. Las posibilidades de que Clark Haines no volviera nunca o de que estuviera muerto eran

considerables. La prudencia aconsejaba llamar a la policía y dejar que ellos se encargaran del asunto. En cualquier caso, si me desplazaba a Seattle ya podía olvidarme de cubrir los gastos.

Pero daba la casualidad de que le había prometido a Teresa Haines que iba a intentar encontrar a su padre y no podía consentir dejar la pista que me llevaba hasta Wilson Brownell sin comprobar ni resolver. Volví a pensar en los doscientos dólares, y finalmente volví a descolgar el teléfono y marqué otro número.

Un timbre, y una voz de hombre respondió:

—Pike.

Joe Pike es mi socio en la agencia.

—Estoy buscando a un tal Clark Haines y creo que se ha ido a Seattle. Tiene tres hijos y necesitaría que los tuvieras controlados mientras esté fuera.

Pike no contestaba.

—¿Joe?

Tal vez hubiera algún problema de comunicación.

—Los niños se las arreglan muy bien solos, pero no me gusta la idea de que no puedan recurrir a un adulto si por cualquier motivo necesitan ayuda.

Pike habló por fin:

—Tres niños.

—Sólo quiero estar seguro de que no le pegan fuego a la casa.

Más silencio.

Seguía esperando que me dijera algo cuando apareció el gato por la puerta y gruñó tan fuerte que Pike preguntó:

—¿Ése ha sido tu gato?

El gato trotó hasta la sala y allí volvió a gruñir. Estaba muy enfadado. Iba de la sala a la cocina, y de allí a la entrada. Se detenía, olisqueaba y volvía a gruñir.

—Vuelvo a llamarte enseguida —dije a Pike.

Colgué y miré al gato.

—¿Estás bien, colega?

Entrecerró los ojos, pero no se acercó.

Me senté en el suelo de la cocina y le tendí la mano. Al cabo de un rato por fin se dignó a acercarse. Tenía el pelaje caliente y áspero, y necesitaba un baño. Le acaricé la espalda y luego palpé las costillas, las caderas y las patas. Pensé que quizás alguien hubiera vuelto a dispararle, o un coyote lo hubiera atacado, pero no parecía tener fracturas, ni desgarros ni cortes.

—¿Qué te ocurre? —pregunté.

Se apartó de mí de un salto y desapareció por su puerta.

Fue entonces cuando vi la sangre.

Tres gotas rojas sobre el suelo de la cocina, junto al marco de la puerta, dos pequeñas gotas que se superponían y una tercera, mayor, al lado. Había pasado por encima de ellas, sin verlas, al entrar.

—¡Jodido cabrón! —exclamé.

Toqué la gota grande. Todavía pegajosa.

Pensé que quizá se había traído a una ardilla, o a un ratón de campo, pero no había señales de desperdicios, ni restos ni pelos. En alguna ocasión había llevado sus trofeos hasta el altillo, así que subí la escalera para comprobarlo. Nada. Volví abajo y miré por toda la sala y el comedor y la despensa, pero allí tampoco encontré rastro alguno, de modo que empecé a sentir picores en la cabeza. Comprobé las puertas y ventanas. Luego volví a la planta superior y volví a recorrer toda la casa. Las pistolas que tenía guardadas bajo llave en la mesilla seguían ahí, lo mismo que la munición. La escopeta y el rifle seguían a buen recaudo en el armario. Mis relojes, las joyas, el dinero y las tarjetas de crédito seguían en su sitio, y los lugares donde los guardaba parecían intactos, aunque quizá no fuera así. Estaba casi seguro de que tenía la ropa que colgaba en el armario concentrada hacia la derecha, y en cambio en aquel momento se repartía esparcida en la barra, y alguien o algo había corrido el polvo de los dos últimos estantes de la librería. Aunque quizá no. No faltaba nada, pero estaba convencido de que el orden no era el mismo, empecé a sospechar que alguien había estado en casa y que no lo había hecho con la intención de robar. Bajé por la cuesta del jardín para comprobar la caja de la alarma en la fachada lateral de la casa. Alrededor de las cabezas de los tornillos de la placa se veían arañazos recientes. Parecía que alguien había desconectado la alarma y luego había entrado por la cocina. El gato quizás hubiera arañado al intruso o intrusa al salir, cuando ya había acabado su búsqueda.

—¡Joder, qué asco! —me dije.

El gato deambulaba por lo alto de la cuesta, sin dejar de gruñir, todavía enfadado. Es un animal obsesivo y no suelta tan fácilmente su rabia.

—¡Tú, ven aquí!

Bajó lentamente, hosco y gruñendo y haciendo ruiditos.

Lo levanté y abracé.

—Me alegro de que no te hayas hecho daño.

Se revolvió hasta que por fin consiguió que volviera a depositarlo en el suelo. ¡Pobre del perro que se cruzara en su camino!

Volví a la casa, me lavé las manos dos veces y luego llamé a Joe.

—Alguien ha entrado en casa.

—¿Tendrá algo que ver con el padre?

—No veo la relación —respondí tras pensarlo unos instantes—, pero no puedo descartarlo.

—Quizá debería cuidarte a ti y no a esos niños.

—Quizá. —Le di la dirección—. Nos encontramos allí y te los presento. Tomaré un avión por la mañana temprano.

—De acuerdo.

Pike colgó, y yo me quedé en el centro de la cocina, escuchando el silencio.

Alguien había entrado en casa, y eso me hacía sentir sucio, violado y furioso. Saqué la Dan Wesson, me senté en la encimera de la cocina y crucé los brazos.

—A ver si ahora se atreven a volver.

Hacerse el duro a veces ayuda, no siempre; el arma no aliviaba la sensación de vulnerabilidad y de estar en peligro. Rara vez sirve para este propósito.

Apagué las luces, cerré la casa y volví a activar la alarma. No había sido de mucha ayuda, pero uno hace lo que puede.

Fui en coche a ver a Teri Haines.

A las seis de esa tarde llamaba a la puerta, que Charles abrió de par en par. Lo hizo como solía, sin pensar quién podía haber al otro lado.

—Pregunta siempre quién es —le indiqué.

Charles me enseñó un cuchillo de trinchar con una hoja serrada de unos treinta centímetros.

—Si estás preparado, no hace falta preguntar —me dijo.

A veces no queda más remedio que asentir con la cabeza.

Aquel día, Charles llevaba unos zapatos enormes, pantalones cortos anchísimos y una camiseta negra de Wolverine, que le llegaba casi a las rodillas. Teresa apareció por detrás y preguntó, con expresión esperanzada:

—¿Lo ha encontrado?

—No. Pero tengo un par de ideas. ¿Qué te parece si entro y te las explico?

Winona estaba sentada a la mesa del comedor, donde también había platos para Charles y Teresa. Había interrumpido la comida. Espaguetis otra vez. Quizá fuera lo único que sabían hacer.

—Huele muy bien.

El señor Jovial.

—Estábamos acabando, pero quedan más si quiere un poco.

—Te lo agradezco, pero no, gracias.

—Quitamos la mesa en un momento.

—Claro, claro, adelante.

Fui hacia la sala y me senté en el sofá. Para hacerlo tuve que apartar un libro de la biblioteca. *Her Pilgrim Soul*, de Brenkert.

Winona se dejó caer desde su silla, puso los cubiertos en el plato y se llevó el lote a la cocina. Teresa también recogió sus cubiertos, y Charles los suyos. Nadie tenía que recordárselo. Todos sabían lo que tenían que hacer, todos cumplían su tarea como parte de una norma asumida más amplia. Una vez que hubieron recogido los platos para dejarlos en la cocina, Teresa y Charles volvieron: Teresa recogió los manteles individuales y Charles limpió la mesa con un paño húmedo. Como habían hecho miles de veces, como volverían a hacerlo miles de veces más. Lo habían aceptado, como una parte natural de sus vidas. Se trataba de un ritual. Yo les miraba y pensaba en los secretos que guardaban las familias. Teresa quería que encontrara a su padre, pero el hombre al que empezaba a encontrar no parecía ser el que ella conocía. Y el hombre al que finalmente encontraría sería también diferente. Ocurre con frecuencia en mi trabajo.

En cuanto la mesa estuvo limpia, Teresa vino a sentarse en el sillón y me sonrió.

—¿Quiere un café?

—No, muchas gracias.

—Bueno, si cambia de opinión no tiene más que decírmelo. —Correcta y formal. Con un control absoluto de su entorno y de esa reunión con alguien a quien había contratado—. Entonces dígame, ¿qué ha averiguado?

En la cocina corría el agua. Esa noche le tocaba lavar los platos a Winona.

—¿Vuestro padre os mencionó alguna vez a un hombre llamado Tre Michaels?

—No —respondió, negando con la cabeza—. No me suena.

—¿Y a un tal Wilson Brownell?

Me miró, pensativa, como si aquel nombre le sonara, pero al final volvió a negar con la cabeza.

—Tampoco.

Charles apareció, procedente del comedor, y se quedó de pie, apoyado en la pared.

—Tre Michaels trabajaba con vuestro padre. Lo vio hace un par de semanas, y vuestro padre le dijo que estaba pensando hacer un viaje, pero no le dijo adónde. Por esos mismos días, vuestro padre hizo cinco llamadas a larga distancia a Seattle y habló con Wilson Brownell, en dos ocasiones durante un buen rato. —En cuanto mencioné Seattle, Teri y Charles se miraron y éste cruzó los brazos—. He telefoneado al señor Brownell, pero dice que no conoce a vuestro padre. Creo que miente, y creo además que es posible que vuestro padre fuera a Seattle para verse con él. Mañana volaré a Seattle para entrevistarme con el señor Brownell en persona.

No había mencionado las drogas ni los motivos que habían llevado al despido de Clark de Enright.

Teresa parecía nerviosa.

—¿Por qué tiene que ir a Seattle?

—Ya te lo he explicado.

Volvió a torcer el gesto. Quizá deseara seguir poniendo objeciones, pero era evidente que fueran éstas cuales fuesen, el deseo de encontrar a su padre era más fuerte.

—Bueno —dijo por fin—, entonces supongo que deberíamos pagarle algo más de dinero.

—Olvídate de eso —añadí, levantando la palma de la mano—. Ya arreglaré cuentas con tu padre cuando le encuentre.

La expresión de Charles también era agria. Parecía incluso menos contento sobre mi viaje a Seattle que Teresa.

—¿Cuánto tiempo estará fuera? —preguntó ella.

—Dos días, como mucho tres. O quizá menos si encuentro enseguida lo que busco.

En ese momento, ambos me miraron con los ojos muy abiertos.

—Le he pedido a mi compañero que viniera. Se llama Joe Pike, y estará por aquí si necesitáis algo.

—¿Y qué podemos necesitar? —preguntó Charles con cara de enfado—. ¿Cree que somos bebés, o qué?

—No, pero dormiré más tranquilo si sé que hay alguien que puede echaros una mano si la necesitáis.

Sonó el timbre. Charles agarró su cuchillo y corrió hacia la puerta.

—Pregunta quién es —le dije.

Charles abrió la puerta de par en par y allí estaba Joe Pike, su silueta ocupaba todo el marco, firme. Pike mide uno ochenta y cinco, tiene músculos largos y fibrosos, pelo oscuro y corto y una cara que no te dice nada a menos que lo conozcas bien. Tiene los brazos venosos y sobre los músculos de los hombros, desde hace tiempo, tatuadas unas flechas rojas y brillantes que señalan hacia delante. Llevaba una camiseta gris sin mangas, Levis azules y unas Ray Ban de espejo. Los cristales lanzaban destellos en dirección a Charles.

Charles soltó el cuchillo y gritó:

—¡Corred!

Intentó cerrar la puerta, pero Pike la sujetó sin esfuerzo y la empujó suavemente para entrar.

—Tranquilízate, Charles —le dije—. Es Joe Pike. Joe trabaja conmigo.

Pero Charles seguía empujando la puerta con todas sus fuerzas y lanzaba pequeños gruñidos:

—¡Grr, grr!

—¡Charles! —le advirtió su hermana.

Charles se apartó de la puerta y corrió a meterse en la cocina, más allá de Winona, con la respiración agitada. Winona lo miraba todo desde la puerta de la cocina, con las manos chorreando jabón y expresión de echarse a llorar en cualquier momento.

—No pasa nada, cariño —dijo Teresa—. Es de los buenos. —Miró atrás en mi dirección y negó con la cabeza—. Podemos cuidar de nosotros mismos. No necesitamos un canguro.

Charles volvió a asomarse desde el otro lado de la puerta.

Joe Pike miró el cuchillo que había quedado abandonado en el suelo, luego a los chicos y luego a mí.

—¿Canguro? —preguntó.

—No va a vivir con vosotros —aclaré para intentar convencerles—. Solamente estará por aquí cerca. Dispondréis de su número de teléfono. Si necesitáis algo, podéis llamarlo. —Miré a Joe—. ¿Verdad?

Joe se volvió a mirarme de tal modo que las gafas oscuras se dirigieron en mi dirección. Pensé que quizás encontrara aquello divertido, nunca se sabe.

La expresión de la boca de Teresa era una muestra de tozudez.

—No hace falta, estamos bien.

—Mira —le dije—, yo no voy a ninguna parte si tengo que dejaros aquí solos. Joe estará ahí fuera y llamará una o dos veces. Así es como tiene que ser.

A Teresa no le gustaba el asunto, pero yo tampoco le ofrecía demasiadas alternativas.

—Bueno, supongo que no puedo hacerte cambiar de opinión, ¿no es así?

Tozuda.

—Efectivamente, no puedes.

Charles dio por terminado su repaso de Joe y se asomó por detrás de Winona.

—Déjame ver tu pistola.

Pike recogió el cuchillo dentado, hizo que girara en el aire y lo retuvo por la hoja. Miró a Charles, que volvió a ocultarse detrás de Winona. Pike fue hasta él y le tendió el cuchillo, ofreciéndole el mango.

—Guarda esto antes de que alguien se haga daño.

Charles agarró el cuchillo y desapareció en la cocina.

Pike se volvió hacia Teresa.

—Encantado de conocerla, señorita Haines. Me llamo Joe.

Le tendió la mano y ella la estrechó. Creo que se sonrojó.

Winona sonreía.

—Yo me llamo Winona.

Pike se volvió para mirarme y me dijo:

—Venga, lárgate. Estaremos bien.

¡Qué tío! Conocer a Joe es amar a Joe.

Y así los dejé, entre los morados cada vez más profundos del crepúsculo, y me fui a casa.

Me acercaba a ella con desconfianza, sentimiento que no suelo experimentar. Cuando entré, las tres gotas de sangre seguían junto a la puerta del gato y en el silencio de la casa todavía se respiraba una presencia extraña. El gato se deslizó dentro por su puerta, olisqueó las tres gotas, luego avanzó por la estancia y se sentó junto a su bol. Ya me parecía que no iba a pasarlo de largo.

Le di una lata de StarKist de atún, y luego abrí las puertas correderas de la terraza. El aire del atardecer era fresco y estaba perfumado de salvia silvestre. Puse a Jimmy Buffett en el aparato de música, luego me serví un vaso de Cuervo Gold, tomé un trago y después salí a escoger una lima verde y jugosa del árbol que había plantado, hacía dos años, al costado de la casa. Con el Cuervo estaba de muerte. Habían invadido mi casa, podía obsesionarme con el hecho o no, dependía de mí. Las cosas ocurren, pero lo que cuenta es cómo reaccionas.

Pasé las siguientes dos horas limpiando los dos baños, la cocina y los suelos. Tiré a la basura mi cepillo de dientes y abrí otro nuevo, y también lavé las sábanas, las fundas de almohadas, los cojines y las toallas. Saqué todos los platos y la cubertería de sus cajones y cargué el lavaplatos, pasé el aspirador por el sofá y por los sillones y las alfombras. Fregué los suelos con energía y pasé el resto del tiempo limpiando y bebiendo hasta que a la mañana siguiente, muy temprano, había hecho las paces con la casa.

Preparé el equipaje y luego caí en un sueño poco profundo mientras Jimmy Buffett cantaba sobre puestas de sol caribeñas, piratas entrados en años y un mundo en el que las quinceañeras no tuvieran que cargar con el peso emocional de sus familias.

Más adelante, esa misma mañana, volé a Seattle.

Seattle es una de mis ciudades favoritas, y a menudo pienso que si no viviera en Los Ángeles me adaptaría fácilmente al estilo de vida de ese lugar. Mientras que en Los Ángeles el cielo es con mucha frecuencia inconmensurable e indescriptible, Seattle está cubierto por un mar de nubes que hacen del cielo algo vivo, que respira al moverse, que refresca a la ciudad y a su gente con una capa protectora y que limpia el aire y la tierra con frecuentes lluvias que vienen y van y renuevan tanto el aire del lugar como a sus habitantes. En Seattle puedes tomar el mejor café de Estados Unidos, puedes pasearte por las mejores librerías y pescar salmones *silver* y *blackmouth*. Además, hasta hace muy poco, los precios de la vivienda eran tan bajos comparados con los del sur de California que manadas de californianos se mudaron aquí. Una amiga mía, que vivía en Orange County, vendió la casa y se compró otra preciosa, junto al agua, en Bainbridge Island. En efectivo. Invirtió el dinero que le quedó en fondos de inversión mobiliarios, y ahora pasa la mayor parte del día pintando acuarelas y buscando almejas en la playa. Son tantos los californianos que han hecho lo mismo que el valor de la propiedad inmobiliaria en Seattle ha ido subiendo, de manera que muchos nativos ya no pueden permitirse vivir en su propia ciudad. Lo que es yo, siempre que estoy de visita digo que soy de Oregón.

En Sea-Tac, la agencia de alquiler de automóviles, escogí un Ford Mustang y me llevé un mapa de las calles, luego seguí la 509 en dirección norte, hasta Elliot Bay y una marisquería que conocía, a la sombra de la Space Needle. Me comí un sándwich de pastel de cangrejo y patatas fritas, tomé un té helado de mango y luego le pregunté a un guardia de parquímetros cuál era la mejor forma de llegar a la dirección de Wilson Brownell. Con un poco de suerte, en ese mismo momento Brownell y Clark estarían sentados charlando en casa de Brownell. Con un poco de suerte podría tomar el siguiente vuelo a Los Ángeles y no tendría ni que pasar la noche en Seattle. Todo era cuestión de suerte.

Brownell vivía al otro lado del Duwamish Waterway en un barrio más viejo, una zona obrera de West Seattle llamada White Center. Es un conjunto de calles estrechas, viejos apartamentos y casas de estructura de madera, alrededor de una acería. Jóvenes con caras magras y de pocos amigos deambulaban por las cercanías de la fundición, como si buscaran trabajo en ella. En la planta baja del edificio de Brownell se alineaban una tienda de ropa de segunda mano, un taller de metalistería, de acabados metálicos para barcos y un local de alquiler de vídeos llamado Extreme Video. El lugar estaba empapelado con carteles de Jackie Chan y de jóvenes asiáticas atadas a sillas con miles de cuerdas. Realmente extremista.

En realidad, había pasado de largo dos veces, porque no encontraba los números de los edificios, y cuando los encontré no pude aparcar. Finalmente dejé el coche

junto a un surtidor antiincendios seis calles más allá. A eso llamo flexibilidad en el trabajo de investigación.

Tres muchachos con camiseta estaban apostados ante el local de alquiler de vídeos, bebiendo Snapple, cuando volví al lugar. Uno de ellos llevaba una gorra de los Seattle Mariners, y todos llevaban botas Gorilla y tejanos recogidos por el dobladillo. El hueco de la escalera, que estaba protegido por una verja abierta, iba de la esquina del edificio a más allá del taller. En la pared había un directorio y una fila de buzones con los nombres y números de puertas indicados sobre una cinta adhesiva, pero Brownell no figuraba en la lista del panel y los nombres en las cintas se habían difuminado hasta borrarse del todo.

—¿Alguno de vosotros conoce a Wilson Brownell? —pregunté.

—Claro —dijo el tipo de la gorra—. Siempre anda por aquí.

—¿Sabrías decirme cuál es su piso?

—Estoy casi seguro de que es una puerta B. En el segundo piso.

Hay que ver lo amables que son en Seattle.

Subí los escalones de dos en dos y luego avancé por el rellano en busca de la letra B. La encontré, pero la puerta del piso de enfrente estaba abierta, y una mujer mayor de pelo encrespado me miraba de reojo desde su sillón. Tenía en las manos un mando a distancia del tamaño de una porra de la policía y estaba mirando un canal por cable.

—Hola —dije sonriéndole.

Ella me escrutó con expresión todavía más inquisitiva.

En el interior del piso de Brownell no se oía nada. Ni radio, ni tele ni voces conspirando, sólo oía el canal C-SPAN de la señora y los ruidos de la calle. Se trataba de un edificio antiguo sin aire acondicionado, de manera que debía de tener las ventanas abiertas. Llamé a la puerta, y luego pulsé el timbre.

—Está en el trabajo, joven —dijo la señora—. A estas horas, cualquier hombre digno de tal nombre es donde tiene que estar.

Pillé la indirecta.

Tendría unos setenta años, o tal vez ochenta, con la piel correosa y ocre y el pelo entrecano que se recogía hacia arriba y luego hacia atrás, como la novia de Frankenstein. Estaba en bata y chancletas y me apuntaba con el mando. Quizás intentaba que desapareciera.

—Siento molestarla. —Le ofrecí mi sonrisa relajada, esa que dice que soy un tipo corriente que se ocupa de asuntos corrientes y luego miré con grandes aspavientos mi reloj—. Estoy seguro de que dijo que viniera a las dos. —Eran las dos menos seis minutos—. ¿Sabe usted a qué hora se supone que estará de vuelta?

El Mejor Detective del Mundo se las arregla para obtener información de la Viejecita Hogareña.

La expresión huraña se suavizó un tanto y zarandé el mando a distancia. Las voces de los parlamentarios desaparecieron.

—No volverá hasta las cinco y media o seis menos cuarto, más o menos.

—¡Vaya, eso es mucho más tarde de lo que creía! —Negué con la cabeza, como si estuviera muy disgustado—. Un viejo amigo nuestro está en la ciudad y se suponía que íbamos a reunirnos. Me pregunto si ha venido por aquí.

Tenía que valorar la posibilidad de que Clark estuviera ahí dentro, dormido en el sofá. Si echas la caña, esperas que piquen.

—No lo sé —respondió muy digna—. No me dedico a espiar a la gente.

—No, claro.

—La gente entra y sale. Si eres vieja y vives sola nadie te hace caso.

Volvió al canal por cable. Ahora podía percibir olor a gato y a nabos.

—Es un tipo algo más bajo que yo, más delgado, con gafas, con entradas.

—La gente entra y sale —volvió a decirme, agitando el mando al tiempo que subía el volumen.

Asentí. Era el señor Lo Comprendo. El señor Por-supuesto-no-esperaba-que-usted-lo-recordara. Pero entonces hice un ademán con la cabeza, como si acabara de descubrir que era el mayor gilipollas del mundo.

—¡Vaya, seguro que esperaba que me reuniera con él en el trabajo! Claro, teníamos que encontrarnos allá para ir a tomar algo. ¡Eso es!

El Mejor Detective del Mundo emplea la técnica de identificarse con los corrientes errores humanos en un esfuerzo por establecer vínculos.

La mujer puso mala cara sin dejar de mirar la pantalla del televisor y luego bajó el volumen.

—¡Pues vaya historia más tonta se ha inventado!

—¿Cómo dice?

Hubo en ella un atisbo de sonrisa, agria, que expresaba que era tan aguda como una cuchilla y que, si un tío como yo no se andaba con cuidado, ella le pagaría con la misma moneda.

—Si quiere saber algo, pregúntelo. No tiene por qué inventarse una monserga de viejos amigos que vuelven a encontrarse. ¡Menudo fastidio!

Volví a sonreír, pero esta vez mi sonrisa decía «Vale, me has pillado».

—Lo siento.

La novia de Frankenstein me había puesto en evidencia.

Se encogió un poco de hombros, como si no le diera importancia.

—Tenía que intentarlo, pero lo ha llevado demasiado lejos. Un tipo con su labia no pegaría ni con cola con un tonto del culo como Will Brownell. —Por lo que me pareció, no se llevaban demasiado bien—. ¿Por qué le busca en realidad?

—El amigo de Brownell me debe seiscientos dólares.

Se rio con sorna y negó con la cabeza.

—Tenía que habérmelo imaginado. Tarde o temprano la culpa siempre es del dinero, ¿verdad?

—Ajá. —A todos les pierde la codicia—. ¿Qué me dice del tipo que le he descrito? ¿Ha estado por aquí?

Volvió a encogerse de hombros. Parecía sincera.

—Ahí no puedo ayudarle, joven. Esa descripción corresponde a cualquiera.

—Tiene razón. ¿Puede decirme dónde trabaja Brownell?

—Trabaja en algo que tiene que ver con las imprentas.

—¿New World Printing?

—Quizá se llame así, sí.

Era el otro número de Seattle al que Clark había llamado.

—No le diré a Brownell que he estado por aquí, ¿verdad?

Volvió a centrar su atención en el televisor.

—¿Qué detalle ha tenido nunca ese desgraciado conmigo?

Realmente me parece que no tenían muy buena relación.

Bajé por la escalera a la calle e inspeccioné el edificio desde allí. Dos de los chicos se habían largado, pero el de la gorra de los Mariners estaba sentado en el umbral de la tienda de vídeos sobre un taburete de madera, echándole un vistazo a una revista de coches. El piso de la señora quedaba encima del taller de la fachada principal del edificio, lo que significaba que el apartamento de Brownell quedaba en la parte de atrás. Caminé hasta el extremo del edificio, di la vuelta a la esquina y me metí por la parte de atrás. Una escalera de incendios destartada subía hasta el tejado como una telaraña metálica. Conté las ventanas, reconocí el piso de la señora y deduje qué ventanas pertenecían a Brownell. Había montones de ventanas. Alrededor de algunas había macetas con plantas, junto a otras colgaba la ropa tendida de cuerdas y un triciclo estaba apoyado contra la salida de incendios. Calculaba que sería por allí. Las ventanas de Brownell estaban cerradas.

Utilicé un contenedor de basura para llegar a la escalera de incendios, tomé impulso hasta la plataforma y entré en el comedor de Wilson Brownell. Siempre hay que echarle el pasador a las ventanas, incluso en ciudades tan acogedoras como Seattle.

Clark Haines no estaba dormido en el sofá. En el apartamento reinaba el silencio. Hacía calor por falta de ventilación, y olía a café y a palomitas de maíz. El comedor se abría a una sala delante de mí y a una kitchenette a la derecha. Más allá de la kitchenette había una puerta que probablemente llevaba al dormitorio y a un baño. En la sala, un sofá de piel sintética y un sillón de otro estilo ocupaban uno de los rincones, frente a una Sony Trinitron con reproductor de vídeos. Entre el sillón y el sofá había una mesa de café con revistas y un teléfono amarillo de disco. Una pequeña mesa de pino y tres sillas se disponían en la zona del comedor, junto a estantes de Ikea en los que se exhibían un par de plantas y un brillante pez de colores en un bote de conservas enorme, junto con algunas fotografías de una mujer afroamericana de bonita sonrisa. La mujer parecía joven, las fotografías, viejas, y pensé que a esas alturas ella también debía de serlo. Dibujos de la mujer hechos con precisión, de un realismo fotográfico, estaban enmarcados y colgaban de las paredes. Los firmaba una tal Wilson, pero su estilo y técnica eran iguales a los que Clark

Haines había hecho de sus hijos.

Uno siempre espera encontrar evidencias: un saco de dormir y cojines en el sofá, una maleta, una nota en el frigorífico en la que pusiera «Cita con Clark a las 5», cualquier elemento que indicara la presencia de un invitado de fuera de la ciudad, o alguna pista sobre su paradero. Nada en absoluto. En la nevera unas cervezas y en los armarios bebida suficiente para una convención de vendedores de libros, pero eso no indicaba que Brownell tuviera compañía. Quizá fuera simplemente un borrachín. Las revistas resultaron ser catálogos comerciales para equipos comerciales de impresión y revistas industriales con páginas dobladas por las esquinas y folletos publicitarios. Las páginas marcadas se referían en todos los casos a suministradores de papel y tinta en Europa y Asia. Cuatro de los catálogos conservaban la etiqueta de envío, dirigida a Wilson Brownell. El asunto más candente en la mayoría de las revistas parecía ser la arquitectura de microescaneo digital para la Zero Generation Loss. No sé qué significará, pero supongo que si eres impresor tiene que gustarte leer sobre impresión.

Eché un vistazo al baño, y luego al dormitorio. Clark Haines tampoco estaba allí. Una cama de matrimonio doble contra la pared, junto con un chifonier y una cómoda y una mesa de dibujo. El armario. Una cama, un cepillo de dientes, artículos de aseo para una sola persona, una toalla usada, y ningún equipaje, ningún juego de sábanas adicional. Más fotografías de la misma mujer sobre el chifonier y la cómoda, y únicamente en algunas se veía a un sonriente afroamericano. Wilson Brownell. Un dibujo a medio hacer, sobre la mesa de dibujo, hecho con tinta y plumilla, con líneas muy finas y un realismo casi fotográfico, reproducía el perfil urbano de Seattle. Wilson Brownell podía ser un borrachín, pero también era un artista de talento, y me preguntaba si quizás habría sido él quien le había enseñado a Clark. Quizá Clark hubiera ido allí para que le diesen clases de dibujo.

Inspeccioné la mesilla de noche y el chifonier. Estaba con la cómoda cuando vi una pequeña fotografía colocada en el extremo inferior del espejo, medio oculta por más fotografías de la mujer. Era una instantánea en color de dos parejas en un embarcadero. Una de las parejas eran Brownell y la mujer, la otra la formaban una mujer y un hombre blancos. La mujer blanca tenía pelo castaño y ondulado, tez muy pálida, y llevaba gafas. Parecía, sin duda, una versión adulta de Teresa Haines. Sonreía a la cámara y le daba la mano a un chico delgado al que ya empezaban a notársele las entradas. Tomé la fotografía para darle la vuelta. Alguien había escrito: «Yo y Edna, Clark y Rachel Hewitt, 1986». Volví a mirar la fotografía. La mujer blanca tenía que ser la madre de Teri, y el hombre tenía que ser Clark, aunque en aquel caso el apellido no era Haines, sino Hewitt.

Me metí la fotografía en el bolsillo, me aseguré de que dejaba todo lo demás tal como lo había encontrado y finalmente volví a salir por la ventana, bajé a la calle y volví a subir la escalera. La puerta de la señora de la tele seguía abierta y ella seguía sacudiendo el mando a distancia frente al televisor. Supongo que si viese las sesiones del Congreso todo el día, yo también tendría necesidad de sacudir algo.

—Una cosa más —le dije.

Sus ojos se achicaron y quitó el sonido.

Le mostré la fotografía, esta vez sin molestarme en sonreír.

—¿Es éste uno de esos que vienen y van?

Ella miró la fotografía y luego volvió a mirarme a mí.

—¿También le debe dinero?

—Todo el mundo me debe dinero. Soy de un natural generoso.

Ella tendió la mano y paseó la yema del pulgar por las de los demás dedos.

—¿Qué tal si desvía algo de esa generosidad en mi dirección?

Le di uno de veinte, nuevecito.

—Apareció hará una semana, el jueves. Se quedó un par de días, y luego se fue. Tendría que haber oído el jaleo.

—¿A qué se refiere?

Puso cara de disgusto y zarandé el mando.

—Lloros y más lloros, lloros y más lloros. No sé qué demonios debía de estar pasando ahí dentro. —Se encogió un poco de hombros, como si tampoco deseara saberlo—. Desde entonces no he vuelto a verlo.

—Le agradezco su colaboración.

Volvió la cara hacia la pantalla e hizo desaparecer el billete de veinte.

—No hay de qué.

Tarde o temprano siempre tiene que ver con el dinero.

Las instalaciones de la imprenta New World Printing quedaban al este de Duwamish Waterway, entre Georgetown y Boeing Field, en una zona de viejos edificios industriales, construidos cuando el ladrillo y la forja eran baratos. La fachada del edificio incluía una sofisticada entrada acristalada y una telefonista, que utilizaría su teléfono para decirle al señor Brownell que el señor Cole deseaba verlo. Si considerábamos la poco alentadora respuesta de Brownell cuando le llamé, lo más probable era que (en el peor de los casos) rechazara verme o que (en el mejor) se enterara de que estaba cerca y levantara un muro a su alrededor. Y eso no era bueno. He comprobado que si puedes sorprender a la gente en su lugar de trabajo suele preocuparse más que nada por evitar una escena embarazosa, con lo cual es fácil conseguir su colaboración. Es el resultado depurado del trabajo detectivesco.

Aparqué sobre la acera y caminé junto a la zona de carga a un lado del edificio, donde dos hombres luchaban con una plataforma rodante cargada con unos cinco mil kilos de papel embalado que debían colocar en un tráiler.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde puedo encontrar a Wilson Brownell?

Uno de los hombres, el más joven, con mostacho y aro en la oreja y un pañuelo rojo en la cabeza anudado atrás, dijo:

—Sí. —Y apuntando al interior de la planta, añadió—: Siga pasillo abajo, pasada la recepción, y después de la puerta de vaivén ya lo verá.

—Gracias.

Avancé por un pasillo interminable dejando atrás palés llenos de cajas de folletos y revistas. Me hice con dos cajas y cargué con ellas con cara de determinación: quería ser una abeja obrera más, transportando papel por su panal.

Un joven de calvicie incipiente estaba sentado en la recepción, hablando con otro muchacho. El calvo en ciernes tenía los brazos, el pecho y el cuello delgados, pero la barriga le brotaba de pronto por encima de la cintura, como si alguien le hubiese deslizado una bola de la bolera en los pantalones. Me miró del mismo modo que hace la gente cuando intentan recordar quién eres, pero yo ya me había escurrido hacia la puerta oscilante para entrar en una estancia cavernosa llena de máquinas chirriantes, zumbantes y cortantes y de hombres y mujeres manipulándolas. Una mujer que empujaba una carretilla pasó por mi lado y le sonreí.

—¿Wilson Brownell?

Ella señaló hacia un lugar y, en ese momento, le vi al otro lado de la sala, junto a una gran máquina con otras dos personas, un chico con una camiseta en la que ponía KURT VIVE, y otro tipo de mediana edad con traje. Habían sacado una placa muy grande del costado de la máquina para poder inspeccionar el interior.

Wilson Brownell habría cumplido no hacía mucho los sesenta, y era más alto de

lo que parecía en las fotografías de su casa. Llevaba pantalones de color caqui y camisa lisa, el pelo corto y gris y gafas con montura de carey. Parecía un profesor. Utilizaba un bolígrafo para señalar algo en el interior de la máquina. El tipo del traje permanecía con los brazos cruzados: no le gustaba lo que estaba oyendo. Brownell finalmente dejó de apuntar y el del traje se largó sin descruzar los brazos. Brownell le dijo algo al chaval más joven, y éste se tendió en el suelo y empezó a adentrarse en la máquina. Caminé hasta allí y dije:

—¿El señor Brownell?

—¿Sí?

Brownell me miró con ojos lacrimosos y castaños. Olía ligeramente a alcohol. Quizá siempre fuera así.

Me coloqué dándole la espalda al chico, de manera que solamente Wilson Brownell pudiera oírme.

—Soy Elvis Cole. Le he llamado un par de veces con el propósito de encontrar a un hombre llamado Clark Haines.

Brownell negó con la cabeza.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Y qué me dice de Clark Hewitt?

Brownell miró al chico y luego se humedeció los labios.

—No tendría que estar aquí. —Miró detrás de mí—. ¿Le han dejado pasar?

—¡Vamos, señor Brownell! Sé que Clark le telefoneó seis veces desde Los Ángeles, he visto el registro de sus llamadas. Sé que ha estado aquí, en su casa. —Lo suyo no eran evasivas: se le veía claramente asustado—. No he venido a causarle problemas ni a usted ni a Clark. Hace once días que dejó a sus hijos solos y ellos lo necesitan. Si no vuelve a casa, alguien tendrá que hacerse cargo.

Elvis Cole, un detective de los años noventa. El detective que siente tu pena.

—No sé nada. No sé de qué me está usted hablando.

Negó con la cabeza y el olor a alcohol se hizo más evidente.

—¡Esos chavales están solos, por Dios! Lo único que quiero es saber si Clark va a volver con ellos.

Eso, por si pensaba que quería matar al tipo.

Levantó las manos, con las palmas vueltas hacia mí y volvió a negar con la cabeza.

—No es un farol, Wilson. O encuentro a Clark, o entrego a esos niños a Protección de Menores, y seguro que entonces le quitan la custodia. ¿Entiende a qué me refiero? —Quería hacerle reaccionar. Quería agarrarlo por las orejas y sacudirlo—. Clark va a perder a sus hijos a menos que hable conmigo, y usted tendrá su parte de culpa.

Quizá culparlo serviría para obligarle a cooperar.

Wilson Brownell miró hacia algún punto detrás de mí y sus ojos se agrandaron. El barrigón calvo estaba junto a la puerta oscilante y nos miraba con desagrado. La

expresión de Brownell se hizo más ansiosa al ver que se acercaba.

—Hágame un favor... Hágaselo a usted mismo y lárguese. Le ayudaría si pudiera, pero no puedo, eso es todo.

Se hizo a un lado como para ocultarse, pero yo me acerqué más a él.

—¿Cómo que eso es todo? ¿No ha oído lo que le he dicho de los chicos?

—Le digo que no puedo ayudarle.

Había levantado la voz tanto que el chico que estaba en el suelo se asomó para mirarnos.

Dos hombres se habían reunido con el joven calvo en la puerta. Eran mayores, de cabello espeso y gris y piel curtida y con una complexión propia de quien había repartido leña en otros tiempos, quizá veinte años atrás. El calvo nos señaló y uno de los hombres dijo algo. Luego el calvo caminó hacia nosotros. Brownell me agarró el hombro como quien se agarra a un salvavidas.

—¡Escúcheme bien, joder! —Su voz era un susurro áspero, en aquel momento más baja y apremiante—: No mencione a Clark. Ni se le ocurra pronunciar su nombre si quiere salir de aquí con vida.

Y de pronto, Wilson Brownell se echó a reír como si le hubiera dicho lo más gracioso del mundo.

—¡Dile a Lisa que ya me las arreglo solo, muchas gracias! Si necesito ayuda, ya le llamaré.

Lo dijo tan fuerte que la mitad de la Columbia británica pudo oírlo.

Le miré.

El chico calvo llegó junto a nosotros. Los dos hombretones seguían en la puerta, mirándonos con interés.

—No sé quién es este tío —dijo el chico—. Ha entrado por la cara.

Brownell mantuvo la mano en mi hombro mientras su sonrisa abierta se convertía en una mueca de disgusto.

—Joder, Donnie, lo siento. Sabía que iba a venir y debería habértelo dicho. Es un amigo.

Mis ojos oscilaban entre Brownell y Donnie, para acabar posándose en Brownell. No acababa de entender en qué lío me había metido.

Brownell negó con la cabeza, como si de pronto comprendiese que había caído en un error de lo más tonto.

—La mujer de este caballero lleva tres meses intentando concertarme una cita con una amiga suya. Pero yo siempre le digo lo mismo: ¿qué demonios voy a hacer con una mujer nueva si sigo enamorado de mi Edna?

Donnie puso sobre mí sus ojos de hurón, como si estuviera decidiendo algo.

—¿Y a usted qué le pasa? ¿Es mudo o algo así? ¿No tiene nada que decir?

La mirada de Brownell era tan potente que la sentía como un rayo láser.

—Nopo.

Donnie tomó una decisión, miró hacia los dos hombretones de la puerta y por fin

asintió con la cabeza. Los dos tipos desaparecieron.

—No vuelvas a joderla.

—Lo siento, lo siento mucho, Donnie, de verdad —dijo Brownell.

Aquellos ojillos volvieron a considerarme y luego una sonrisa todavía más pequeña que los ojos se insinuó en las comisuras de sus labios.

—Acompáñeme, le enseñaré la salida.

Seguí al chico calvo hasta el exterior, me metí en el coche y conduje hasta el Seattle's Best Coffee, allí pedí un *mochachino* doble y busqué un lugar donde sentarme a reflexionar. Me sentía confuso, un estado más o menos natural. Al volar a Seattle daba por supuesto que tendría problemas para tratar con Wilson Brownell, pero nada parecido a esto. La sola mención del nombre de Clark tenía efectos devastadores en William Brownell. Lo cierto es que a Brownell parecía aterrorizarle tanto mi presencia como la de sus compañeros. Quizás existiera alguna explicación, o quizá Brownell no fuera más que un memo con alguna psicosis paranoica. Los memos abundan. Podía seguir sentado allí, elucubrando, pero así no llegaría más que a más suposiciones. Necesitaba hablar con Wilson Brownell, y sólo había dos posibilidades: volver a la planta de impresión y conseguir respuestas a punta de pistola o esperar a preguntarle en cuanto saliera del trabajo. La mujer del canal por cable había dicho que volvía a casa entre las cinco y media y las seis menos cuarto, lo que significaba que salía del trabajo entre las cinco y las cinco y cuarto. Eran las dos y cuarenta y tres minutos, lo que me daba un margen de dos horas y veinte minutos. Decidí ir a visitar la tumba de Rachel Hewitt. Si Clark había visitado la tumba quizás hubiera dejado flores, y si había dejado flores quizás encontrara una etiqueta de la floristería que me condujera a Clark. Muchos «sí», muchos «quizá»: efectivamente, son dos palabras que definen mi vida.

Los del Seattle's Best me dejaron consultar sus *Páginas Amarillas*. Allí constaban doce cementerios para el área del gran Seattle, Mercer Island y Bellevue. Apunté los teléfonos en una servilleta de papel, cambié billetes de dólar por monedas de veinticinco y empecé a telefonar. En los cuatro primeros cementerios a los que llamé no constaba ninguna Rachel Hewitt, pero una mujer que contestó al teléfono en el quinto dijo enseguida:

—Sí, tenemos a una Rachel Hewitt como cliente.

¡Cliente!

—¿Usted la conocía? —pregunté.

—¡Oh, no, claro que no!

—Sin embargo, sabía que estaba allí sin necesidad de comprobarlo.

Realmente había sido muy rápida.

—Oh, bueno, es que la semana pasada ya lo había mirado para otro señor. El lunes, creo. Sí, exacto, el lunes.

—¿Le atendió por teléfono, o en persona?

—Ah, no, él vino, vino aquí.

Le describí a Clark.

—¿Responde a esto su desconocido?

—Oh, no, en absoluto. El señor del que le hablo era alto y rubio, con el pelo corto.

Me informé de la manera de llegar allí, colgué y al cabo de dieciocho minutos entraba por la puerta en los jardines del cementerio de Resthaven Views y aparqué junto a la oficina. La mujer con la que había hablado, la señora Lawrence, era adorable. Cuando me hubo indicado la manera de llegar a la tumba de Rachel Hewitt le pregunté:

—El hombre al que vio el lunes pasado, ¿sabe usted quién era?

—Oh, un amigo o un pariente, supongo. Como usted.

Como yo.

Rachel Hewitt yacía en el declive de una loma cubierta de césped cercana al extremo occidental del cementerio, que tenía una vista despejada y encantadora del lago Washington. Dejé el coche a la sombra de un plátano y caminé hacia el norte contando lápidas. La de Rachel Hewitt era la quinta, pero sobre la piedra no había nada. Supuse que Clark no había estado por allí, pues de otro modo no habría olvidado las flores.

—Vaya, qué lástima —dije.

Sin flores no había pista.

Más abajo había tres coches aparcados. Desde allí veía a la gente caminando entre las tumbas, mientras otros estaban sentados sobre la hierba y otros más permanecían en pie; también distinguí a un anciano montado en su cochecito eléctrico que visitaba a viejos amigos y parientes. Más arriba había unos panteones gemelos que debían de tener las mejores vistas sobre el lago. Los árboles guardaban las tumbas y proporcionaban sombra. Había allí un par de coches aparcados, un pickup de un marrón gastado y un Lexus negro. El Lexus estaba ocupado, pero estaba tan lejos que no pude ver a los ocupantes con claridad. Hubo un destello, y pensé que alguien debía de estar utilizando unos prismáticos. Para admirar la vista, sin duda. Pasaban otro bonito día con los muertos.

Sin alejarme de la lápida saqué la fotografía que había tomado del apartamento de Brownell y volví a pensar en lo mucho que Teri se parecía a su madre. Me guardé la foto, miré el lago Washington e intenté no sentirme decepcionado. No había nada de heroico en haberme gastado mi propio dinero en volar mil seiscientos kilómetros para sentir que no disponía de pistas junto a la tumba de una mujer. Seguía confiando en que podía encontrar a Clark, pero las probabilidades de que pudiera hacerlo en un plazo de tiempo razonable disminuían e iba a tener que hacer algo con aquellos niños. Naturalmente, aunque encontrara a Clark, tendría que llamar a Protección de Menores. Clark no se estaba portando como el mejor de los padres. A Rachel quizá no le hubiera gustado, pero no había más remedio. Quizá debería haber tenido más cuidado al escoger al padre.

Salí del cementerio y conduje hacia el sur, junto al lago. La tarde era apacible y el lago estaba tranquilo. La gente patinaba junto a la orilla o tomaba el sol en las estrechas franjas de playa. Ninguno de ellos, en cualquier caso, estaba apesadumbrado por haber visitado la tumba de una mujer.

Doblé en dirección al oeste en Seward Park y me detuve en un semáforo junto a una mujer en un Toyota verde. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa. Cordialmente. Entonces miré por el retrovisor y vi que dos coches más atrás tenía un Lexus negro. Se parecía al Lexus del cementerio, pero no estaba seguro porque no podía verlo con suficiente claridad. Me dije «Vamos, Cole, déjalo ya. ¿Primero en Los Ángeles y ahora en Seattle?».

La mujer del Toyota verde seguía mirándome. Yo, avergonzado, desvié la mirada. «Tranquilízate, Cole, que estás hablando solo».

Volví a mirar a la chica y esta vez bloqueó su puerta.

El semáforo se puso verde y el Lexus siguió detrás de mí. Dos manzanas más allá frené y el Lexus pasó de largo. Conducía un hombre de cabello rubio cortado a la moda, que iba acompañado por uno moreno tan enorme como un oso Kodiak. Ninguno de los dos me miró. «¿Ves como no era nada?», me dije.

La mujer en el Toyota verde también pasó de largo. Muy rápido.

Dieciocho minutos más tarde aparcaba a manzana y media de la entrada principal de New World. A las cinco, los empleados empezaron a salir a la calle, tanto a pie como en coche. Seis minutos más tarde Wilson Brownell salió en un pequeño Plymouth amarillo. Dejé que se me adelantara una calle, y luego emprendí su persecución. Fue hacia el oeste a través de Duwamish, directamente a su piso y aparcó junto a la acera delante de la ventana de la señora de la televisión por cable. Yo seguí hasta un callejón que había más adelante y esperé a que entrara en su domicilio, pero no lo hizo. Tras cerrar su coche caminó en dirección al norte y desapareció en la esquina siguiente. Dejé el coche bloqueando el callejón y corrí tras él. Al llegar a la esquina tuve el tiempo justo de ver que se metía en un bar llamado Lou's. En su casa tenía cervezas en la nevera y más de doce botellas de alcohol, pero creo que quería detenerse a tomar un par de tragos antes de llegar a casa para beber de verdad. A menos que, simplemente, no quisiera estar solo.

Cuando entré en el bar, Wilson Brownell observaba cómo el camarero le vertía vodka Popov sobre el hielo. Esperé que acabara de servir y finalmente tomé asiento en el taburete junto a Brownell. Dos mujeres hablaban en una mesita allá en las sombras. Había también otro tipo, pero ése tenía la cabeza caída sobre la mesa. Brownell me vio por fin.

—¡Por Dios!

Yo le miré con serenidad.

—No soy yo, pero nos confunden a menudo.

—No tengo nada que decirle.

Brownell intentó levantarse, pero le bloqueé uno de los pies en la base del

taburete y le agarré del hombro, hundí el pulgar en su cuello, en el punto de presión, delante. No me gustaba mostrarme duro, pero no me importaba hacerlo si ése era el medio de encontrar a Clark Hewitt y de que volviera de una vez junto a sus hijos. Nadie en el bar parecía prestar atención.

—¡Ay! ¡Mi cuello, joder!

—Relájese y le soltaré. Pero si intenta levantarse volveré a hacerle daño.

Dejó de intentar levantarse y yo solté poco a poco la mano. En cuanto la desprendí echó un trago de Popov.

—Joder, cómo duele.

Saqué la cartera y la abrí para enseñarle mi licencia.

—Una niña de quince años me dijo que se llamaba Teresa Haines y me dio doscientos dólares para que encontrara a su padre.

Brownell echó otro trago.

—He venido aquí a mis expensas porque Teresa, cuyo apellido auténtico, según descubro, es Hewitt, y sus dos hermanos más pequeños echan en falta a su padre, que por lo visto les ha abandonado.

Otro trago.

—He descubierto que Clark Haines, que también se apellida Hewitt, es un drogadicto. He descubierto que el señor Hewitt ha venido a Seattle, ha pasado un tiempo con su viejo amigo el señor Brownell, pero al señor Brownell no le importa un carajo lo que le ocurra a esos chicos y no quiere ayudarme a buscar a su padre.

Volví a meterme la cartera en la chaqueta, cogí la fotografía de Brownell y Clark con sus mujeres y la puse sobre la barra.

La fotografía estaba arrugada tras su paso por mi bolsillo. La mandíbula de Brownell se tensó.

—Ha entrado en mi casa.

—Sí.

La mandíbula siguió tensa durante un rato, hasta que finalmente tomó la fotografía y la guardó en un bolsillo. Tomó otro trago de vodka; vi que le temblaba la mano.

—No sabe nada de nada —dijo con voz suave y lejana.

—Sé que Clark ha estado con usted.

Negó con la cabeza y la voz suave volvió a emerger.

—Se ha metido en algo de lo que no sabe nada. Nada. Si fuera inteligente se iría a casa.

—Explíquemelo y me iré.

Volvió a negar con la cabeza e intentó levantar el vaso de Popov, pero la mano le temblaba demasiado. No creo que temblara a causa del alcohol.

—No puedo ayudarle y no tengo nada que decirle. —Pestañeó, casi como si estuviera conteniendo las lágrimas—. Clark es mi amigo, ¿entiende? Pero no hay nada que pueda hacer por él. No sé adónde ha ido, y usted no tendría que estar

haciendo preguntas sobre él. Me sabe muy mal lo de sus chicos, pero no puedo hacer nada. No puedo hacer absolutamente nada.

La mano le temblaba tanto que acabó derramando vodka del vaso.

—Por Dios, Brownell, ¿qué es lo que le tiene tan atemorizado?

Se abrió la puerta del bar y entró el tipo rubio del Lexus. Mediría cerca de uno noventa, ancho de hombros, rasgos duros y ojos de un azul pálido, que le miraban a uno sin pestañear. Se hizo a un lado en la puerta para dejarle espacio a su amigo, porque realmente necesitaba todo el espacio posible: era un tipo inmenso, que rondaría los dos metros, de grandes hombros caídos, enorme y prominente barrigón y de andares propios de un levantador de pesas de alta competición. Los muslos eran tan gruesos como un par de grandes cubos de basura. El rubio llevaba una chaqueta azul sobre una camiseta amarilla y pantalones tejanos; su amigo, una auténtica camiseta de los Islanders, pantalones cortos abultados y Keds altas. La expresión del tiarrón era de lo más obtusa y chupeteaba un pirulí amarillo.

—Willie —dijo el rubio.

—Joder —gritó Brownell.

Tumbó el taburete al levantarse y corrió hacia la puerta de atrás. Desapareció. El camarero ni levantó la vista. Las mujeres, tampoco. El que dormía siguió en lo suyo.

El tipo rubio y su amigote se acercaron.

—Tendrá que acompañarnos.

Hablaba pronunciando las palabras con tal cuidado que me recordó a Arnold Schwarzenegger, sólo que el acento era ruso.

—Y una de indios.

Con esas respuestas podía liquidarlos.

El levantador de pesas, ni corto ni perezoso, sacó una Sig automática.

—O vienes o te pego un tiro.

Lo dijo sin inmutarse, como si no le importara en absoluto quién pudiera oírlo. También era ruso.

—¿Me habéis estado siguiendo desde Los Ángeles? —les pregunté.

El levantador de pesas me empujó. Fue como sentir el impacto de la pala de una excavadora.

—Calla. Camina.

Me callé. Caminé.

Quizá Wilson Brownell tuviera razón. Quizá me hubiera metido en algo más complicado de lo que creía y fuera demasiado tarde para escapar.

¿No es fantástico poder llegar a estas conclusiones?

El rubio aguantó la puerta, mientras el levantador de pesas me sacaba afuera, y luego nos siguió. El grandote llevaba la pistola colgando de la mano junto al muslo, sin hacer ningún esfuerzo por ocultarla. Una mujer con dos niños salía de una panadería al otro lado de la calle. En cuanto le vio con el arma agarró a sus hijos y volvió a meterse con todos en la tienda.

—¿No sabéis que es ilegal andar por ahí enseñando eso?

—Esto es América —dijo el grandullón—. En América puedes hacer lo que quieras.

—Yo de ti la guardaría. La poli aparecerá en cuestión de segundos.

Quizá pudiera asustarlo un poco para que me dejara ir.

Hizo un gesto con el arma, como si fuera la pistola y no él quien se encogía de hombros.

—Pues que vengan.

No me había salido bien.

—¿Quiénes sois?

El rubio negó con la cabeza.

—No somos nadie.

—¿Adónde vamos?

—Al coche.

Todos tenemos nuestros momentos graciosos.

El Lexus negro estaba aparcado junto a un surtidor antiincendios al final de la manzana. Esa misma mañana había tomado un vuelo a Seattle para buscar al padre de tres niños; en principio parecía un asunto de poca importancia. En ese momento, dos desconocidos rusos, dos maníacos, me sacaban a pasear. Toleraba bien lo de andar con ellos, pero eso de subirme al coche no me apetecía. En todos los secuestros hay dos escenas del crimen. La primera es donde te pillan y la segunda, el lugar en que la policía encuentra tu cuerpo.

El levantador de pesas parecía relajado y tranquilo, pero el rubio estaba atento a todo. Escaparates, callejones, tejados... Sus ojos azul pálido se movían en un barrido metódico, ritual. Me preguntaba qué estaría buscando y dónde habría adquirido ese hábito.

—Afganistán —dije.

Los ojos azul pálido no dejaban de rastrear.

—*Da* —dijo el grandote—. Alexei era un *spetnaz*. ¿Sabes qué es un *spetnaz*?

Los ojos azul pálido pasaron por encima del hombretón y Alexei murmuró algo en ruso. Las cejas del gigante se arrugaron como orugas danzarinas. Una reacción nerviosa. Supongo que también tenía miedo de Alexei.

—Sí que sé lo que es.

En el antiguo ejército soviético, la *Spetnaz* era la versión de nuestras fuerzas especiales, pero se asemejaban más a las SS de Hitler. Fanáticos con inclinación al asesinato.

—Son unos fideos austríacos, ¿verdad?

Los ojos azul pálido me consideraron un momento: Alexei sonrió. Era una sonrisa abierta, pero poco convincente y vacía.

—Sí, exacto. Unos fideos.

Pensé en cuántos niños afganos habían podido ver esa sonrisa antes de morir.

La mole caminaba detrás de mí, pero Alexei quizás unos tres pasos más atrás y a un lado, de manera que no se interponía entre el arma y yo. Si atraía a Alexei para que se pusiera entre mí y el levantador de pesas, tal vez pudiera usarlo como escudo e intentar escapar. Superman habría podido, lo mismo que *Flash*. ¿Por qué no iba a poder yo?

Caminé más despacio. Casi en el mismo instante, Alexei se deslizó hasta mi lado, levantó una Glock semiautomática y sosteniéndola con ambas manos se quedó quieto, en perfecta posición de combate. Así que ambos iban armados.

—En el coche estarás más seguro, amigo —me dijo.

Le tendí mis manos y fuimos hacia el coche. Hasta ahí mi tentativa de escapada.

Me pusieron en el asiento de delante. Alexei se sentó ante el volante y la mole atrás. Cuando entró, el coche se inclinó. Esteroides. Empezamos a avanzar y el grandullón se inclinó hacia delante y metió un disco compacto en el reproductor. En cuanto James Brown gritó que se sentía bien, la mole negó con la cabeza siguiendo el ritmo.

—¿Te gusta James Brown, el rey del *soul*? —me preguntó.

Le miré.

—Baja eso, Dimitri —dijo Alexei.

Dimitri bajó el volumen, pero no mucho. Hacía pequeños movimientos con la mano, como si bailara, mirando primero a un lado del Lexus y luego al otro, como si quisiera hacerse con todo y no perderse nada.

—A mí me gusta el rey del *soul*, Hootie and the Blowfish y Ronald McDonald. ¿Te gustan los Big Macs?

Miré a Alexei, pero éste no prestaba atención.

—A mí me gusta más el Burger King.

Eso pareció preocupar a Dimitri.

—Pero no tienen salsa especial...

Y siguió hablando en ruso con Alexei.

Alexei negó con la cabeza, irritado.

—No, no tienen salsa especial.

—Tíos, tíos, vamos a ver... ¿Estáis hablando en serio? —pregunté.

—¿Qué es «en serio»? —preguntó a su vez el levantador de pesas.

Alexei me apuntó con la Glock.

—Esto es en serio. ¿Quieres comprobarlo?

—No.

—Entonces mantén la boca cerrada.

Glub.

Empezó a oírse el suave golpeteo de la lluvia y Alexei conectó el limpiaparabrisas. Fuimos por el viaducto de Alaskan Way más allá de Elliot Bay y nos metimos en Ballard, luego volvimos en dirección al agua y avanzamos entre baches por una parte vieja del muelle hasta un almacén que se encontraba junto a un embarcadero. Uno y otro estaban muy abandonados, con grandes portalones oxidados y pintura descascarillada, un ambiente de pobreza general. Dimitri salió, hizo correr la puerta y entramos para aparcar junto a un Porsche Carrera nuevecito de unos 100.000 dólares y un Mercedes SL descapotable de unos 80.000. La pobreza se había desvanecido de pronto.

El almacén era una caverna enorme y oscura que olía a pescado, lluvia y gasoil. Las motas de polvo flotaban entre los rayos de luz que entraban por las claraboyas y las aberturas y brechas entre las paredes de metal ondulado, y el agua goteaba del techo. Algunos hombres con aspecto de estibadores entraban y salían con sus carretillas elevadoras en el otro extremo del almacén y hacían todo lo que podían por ignorarnos. Alexei tocó la bocina dos veces, luego apagó el motor y me dijo que saliera. A un lado del almacén había una fila de pequeñas oficinas y al sonar el claxon salió de la última un tipo obeso con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios. Nos indicó por gestos que nos acercáramos. Nos esperaban.

Los tres entramos en un despacho cochambroso donde todavía se hacía más difícil distinguir nada. La única luz del lugar procedía de una lamparita barata colocada sobre un fichero, en un rincón. Tres hombres estaban sentados alrededor de una mesa de roble —probablemente ya de segunda mano en los años treinta—, dos de ellos eran cincuentones, y el tercero algo más joven. Éste era el que nos había agasajado a la llegada. Tenía la esperanza de que Clark estuviera allí, pero no era el caso. Quizá fuera mejor así.

En el centro de la estancia había una silla plegable vacía. El obeso la señaló con un gesto y dijo algo en ruso.

—Es para ti —dijo Alexei.

—Prefiero quedarme de pie, gracias.

Alexei miró por detrás de mí a Dimitri y en ese momento sentí sobre mi oreja un M-80. Me tambaleé y caí de lado sobre una rodilla. Luego sentí que me ponían en la silla. Alexei se inclinó sobre mí.

—Se acabaron las bromas. —Su voz sonaba muy lejana—. Eso era un bofetón, ¿entiendes? Si Dimitri cierra el puño, te mata.

—Y tanto que sí.

Su cara se balanceaba de un lado a otro, y pensé que iba a vomitar.

Entró un cuarto hombre, éste algo más bajo que el resto, pero más cuadrado. Es difícil distinguir bien cuando lo ves todo borroso. Sería otro cincuentón, de pelo gris y rizado, cara rubicunda y camisa azul oscuro abierta, que dejaba ver un montón de pelo rizado en el pecho. Llevaba un vaso de refresco de McDonald's. Uno grande. Debía de ser del mismo local que frecuentaba Dimitri.

Al entrar, los demás se pusieron en pie y murmuraron saludos que denotaban respeto. Él habló más en ruso. Alexei le entregó mi cartera. El nuevo dejó el vaso de refresco y se sentó a revisarla en el borde de la mesa. Ahí decidiría mi destino, sin duda.

Moví la cabeza en ambos sentidos. La desorientación ya se me estaba pasando, pero sentía el tejido blando alrededor de mi oído terso y caliente.

El tipo nuevo acabó de revisar mi cartera y la echó al suelo. Los ojos, faltos de vida, expresaban cansancio e indiferencia. Justo lo que deseas ver cuando un ruso de ciento cincuenta kilos y con dedos de acero te tiene sujeto a una silla.

—Soy Andrei Markov —dijo, sin acento alguno—. Bien, ¿dónde está Clark Hewitt?

La pregunta sonó como una campanada en una habitación vacía. Todo lo que ocurría allí giraba en torno a Clark.

—No lo sé.

Markov hizo un gesto con la cabeza y los dedos de acero se cerraron sobre mis hombros como alicates. Alexei me propinó un revés con la Glock y sentí un estallido de dolor en la otra oreja. Algunos días son un asco. En esos días lo mejor sería no levantarse de la cama.

—¿Quién es Clark Hewitt? ¿Por qué es tan importante?

—Dime dónde está, o te mato.

—No lo sé.

Sentía un zumbido en los oídos. Negué con la cabeza para interrumpirlo, pero fue peor.

Otro gesto de aprobación, y esta vez Alexei amartilló la Glock y la apretó con fuerza contra mi cuello. Dimitri se echó atrás para evitar las salpicaduras.

—Ya lo he dicho: nunca he visto a Clark Hewitt y no sé dónde está. No sé nada sobre él.

Markov le dijo algo a Alexei y éste le respondió en ruso. Markov dijo:

—No mienta. Estaba haciendo preguntas sobre él. Ha estado en la tumba de su mujer.

—Su nombre surgió en un trabajo que estaba haciendo y vine aquí para averiguar algo más sobre él.

—¿Qué trabajo?

—Estoy intentando encontrar a un importador de droga de San Francisco. Antes de desaparecer dijo que iba a comprar algo de material en Seattle mediante un contacto llamado Clark Hewitt. Así que vine aquí a ver qué averiguaba.

Mentir bien es un arte.

Markov me miró un poco más, mientras pensaba en lo que había dicho y decidía si me creía o no y hasta dónde presionaba si decidía que no. La Glock se cernía cerca de mi oreja izquierda como un ser vivo. Pensé que podía bloquearla y apuntarla hacia Dimitri: si tenía suerte podría vivir otros diez segundos.

A lo lejos ladró un perro. Era un ladrido constante y se acercaba.

—No conozco a Hewitt. Y a vosotros tampoco os conozco. ¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

Sonó el teléfono y el hombre que había a la derecha de Markov contestó y escuchó sin hablar. Colgó el teléfono, dijo algo y los ojos fijos de Markov titubearon.

Algo ocurría en el almacén. El perro parecía estar más cerca y se escuchaban el movimiento y las voces de algunos hombres. Markov murmuró algo más en ruso. La Glock desapareció, Alexei retrocedió y los ladridos llegaron a la puerta. Un tipo con traje irrumpió en la estancia enseñando una placa y anunció: «Agentes federales». Era un individuo alto y bien trajeado. En cuanto me vio, se acercó para hundir un dedo en el pecho de Dimitri:

—Atrás, ceporro.

Dimitri miró a Markov y éste asintió. Dimitri se echó atrás.

El tipo trajeado me miró.

—¿Está bien?

—¿Tengo aspecto de estar bien?

—Le traeremos algo de hielo. —Se volvió para mirar a Markov—. Soy el agente especial Reed Jasper, agente federal de Estados Unidos. Los hombres que me siguen son del Departamento de Aduanas. Tienen que hablar con ustedes de unos papeles.

Un tipo bien fornido con uniforme de asalto y una Browning de nueve milímetros aguardaba al otro lado de la puerta con el perro, y el perro tiraba intentando entrar en la oficina. Era grande y musculoso, mezcla probablemente de pastor alemán y akita, y parecía tener ganas de morder. Detrás de ellos se veía que más hombres se movían por el almacén.

—Como siempre, estoy dispuesto a colaborar con las autoridades, agente especial —dijo Markov tendiendo las manos.

—Me llamo Cole —avancé yo—. Soy un investigador privado de Los Ángeles. Estos hombres me han traído aquí contra mi voluntad y me han agredido. Quiero presentar cargos contra ellos.

Jasper se guardó la placa, luego recogió mi cartera y me levantó de la silla al tiempo que el tipo con el perro entraba en la oficina. Jasper no volvió a mirar a los rusos, sino que fijó toda su atención en mí, como si la razón de su presencia allí fuera yo y los rusos fueran problema de otros.

—Vivirá.

—Le he dicho que quiero presentar cargos.

—Ya, ya.

Me condujo al exterior de la oficina.

Por el almacén habría por lo menos una docena de agentes federales. Otra pareja de agentes llevaba perro y uniformes de asalto, pero la mayoría llevaban impermeables azules en los que ponía POLICE U.S. CUSTOMS. Los de Aduanas. Jasper siguió adelante conmigo hasta que los dejamos atrás y salimos al exterior, bajo la lluvia. Quizá Jasper pudiera decirme qué ocurría. Quizá Jasper pudiera explicarme por qué era tan importante Clark Hewitt, y por qué me habían secuestrado, y por qué Andrei Markov había estado a punto de volarme los sesos.

—Uf, ha sido una alegría verles.

—Pues no tendría que alegrarle —contestó Jasper.

—¿Y eso qué significa?

Un tipo con impermeable azul esperaba junto a un coche federal sin identificar.

—¿Es éste?

Jasper le pasó mi cartera.

—Sí.

El tipo nuevo se metió la cartera en el bolsillo sin mirarla y luego dio un rodeo para ponerse al volante. En su impermeable azul ponía AGENTE FEDERAL.

—¿Podría alguien decirme qué es lo que ocurre?

Creía haber preguntado lo mismo unas cuantas veces, pero nadie parecía querer contestarme.

Jasper me empujó contra el coche, me puso las manos tras la espalda y me esposó.

—Está detenido, gilipollas. Si conoce a algún buen abogado será mejor que se prepare para llamarlo.

Wilson Brownell tenía razón. Me había metido en algo muy serio, hasta el cuello.

La lluvia arreció y rebotaba sobre el coche federal mientras avanzábamos por Seattle en dirección sureste hasta el edificio de la Corte Federal. Jasper dijo algo entre dientes al conductor en un par de ocasiones y el conductor le farfulló una respuesta, pero ninguno de los dos me masculló una palabra a mí. El conductor se llamaba Lemming.

Primero matones rusos enfadados y ahora federales enfadados. Quizá Rod Serling fuera el siguiente.

La lluvia desapareció en cuanto nos deslizamos por debajo del edificio camino del aparcamiento. No nos preocupó encontrar un lugar donde aparcar: Lemming detuvo el coche y junto al ascensor con la puerta abierta aguardaba un agente afroamericano calvo. Llevaba una tarjeta de identificación de plástico en la que ponía SCULLY, WILLIAM P.

—¿Es éste?

—Sí.

Se metió en el ascensor y desbloqueó las puertas.

—Pues llevémoslo arriba.

—Si tú eres Scully, ¿dónde está Mulder?

Nadie respondió. Quizá no veían *Expediente X*. Cualquiera sabe.

Me trasladaron sin contemplaciones al sexto, luego atravesamos una sala llena de funcionarios. Al final, era como si yo fuera un candidato a la presidencia sobre el que pesaban amenazas de muerte. Nos metimos por una puerta que decía AGENTES FEDERALES DE ESTADOS UNIDOS y luego en una sala del departamento que tendría media docena de mesas. Alrededor de una de ellas se reunieron enseguida cuatro agentes más, sin dejar de hablar. Scully sacó una bolsa de hielo de una neverita que había junto a la máquina del café, me quitó las esposas y me dijo que me pusiera el hielo en el ojo.

—Llévadlo a la fresquera.

—Creo que necesito atención médica —dije yo—. ¿Qué tal una llamadita al nueve uno uno?

—Usted no se quite el hielo.

Me llevaron a una habitación pequeña con una mesa, cuatro sillas y sin ventanas. Lemming me llevó hasta la silla más lejana y me dijo:

—Siéntese.

Me senté. Jasper se colocó al otro lado de la mesa, pero Scully y Lemming permanecieron en pie. Scully le susurró algo a Lemming, y Lemming salió.

—Antes que nada —dijo Jasper— quiero que sepa que lo retenemos para interrogarlo. No tenemos intención de presentar cargos contra usted en este momento,

pero nos reservamos la opción de hacerlo en el futuro.

—¿Interrogarme sobre qué?

—El asesinato de un oficial federal.

—¿Puede repetirlo?

—¿Por qué está buscando a Clark Hewitt?

Le miré. Primero Markov, ahora éstos. Dejé de mirar a Scully y miré a Jasper, luego de nuevo a Scully. Ellos me miraban como miran los halcones cuando localizan, durante su vuelo en círculo, un ratón de campo, antes de plegar las alas y deslizarse por el aire para comer.

—Perdone, no he oído bien el nombre.

—Y una mierda eso de que no lo ha oído —dijo Scully—. Nosotros preguntamos, usted contesta.

—¿Es así como funciona, Scully? —pregunté haciendo una mueca.

—Exacto, funciona así.

El ojo me dolía. Un escozor muy fuerte. Me volví a aplicar el hielo.

—¿Para quién trabaja? —preguntó Jasper.

—Acabo de pasar por esto mismo con Markov. Con él tampoco me ha gustado.

—Mala suerte.

—¿Cómo conoció a Markov? —preguntó Scully.

—No le conozco. Dos matones me agarraron por la calle y me llevaron a verle.

Scully miró a Jasper y Jasper dijo:

—Alexei Dobcek y Dimitri Sautin.

Scully volvió a mirarme.

—¿Por qué?

—Para hacerme las mismas preguntas que me están haciendo ahora.

—¿Qué les ha dicho?

—Lo mismo que les estoy diciendo ahora.

—Sería todo mucho más fácil si colaborara.

—Me mostraría más colaborador si me dijeran qué ocurre aquí.

Estaba más que harto, de modo que mi voz empezaba a subir de tono. Sentía la espalda rígida y palpitaciones en la mejilla y la oreja. El hielo había perdido su frescor. No sabía lo que estaba pasando y tanta ignorancia me hacía sentir un imbécil. Había gastado mi propio dinero para encontrar a un padre dado a la fuga y luego nada resultaba ser como yo había supuesto. Eso también hacía que me sintiera mal.

Puse la bolsa de hielo en la mesa y me incorporé.

—Si quieren acusarme, adelante. Si quieren que permanezca aquí, entonces quiero un abogado.

—Siéntese.

Miré a Scully.

—No, Scully, no voy a sentarme.

Jasper se puso de pie y se inclinó hacia mí por encima de la mesa.

—¡Siéntese en esa jodida silla! —gritó.

—Va a tener que ponerme usted en esa silla y desde luego no le resultará tan fácil como piensa.

No grité. Estaba orgulloso de no haber levantado la voz.

Jasper empezó a acercarse rodeando la mesa, pero Scully le pescó a tiempo.

—Reed.

Jasper se quedó ahí, respirando ruidosamente. Yo también respiraba fuerte, pero en mi caso estaba cansado de que me empujaran de aquí para allá y de que me metieran en lugares oscuros. Algo estaba ocurriendo y todo el mundo parecía saberlo menos yo. Veía fragmentos de lo que pasaba y no me gustaba en absoluto, pero también era consciente de que había más que añadir al cuadro. Quizá ya fuera hora de empezar a enfadarse. Quizá pudiera telefonar a Charles para que me enseñara un par de trucos con los que conseguir la rendición incondicional de esos tipos. O quizá Jasper intentara por fin ponerme en la silla y yo pudiera entonces realizar un par o tres de buenos disparos antes de que media docena de agentes federales entraran por la puerta y me liquidaran. Quizá valiera la pena.

Scully, William P., me había mirado durante lo que me pareció una hora entera, cuando la puerta se abrió y Lemming le susurró algo al oído. Scully escuchó sin decir nada, luego asintió y la tensión pareció disminuir.

—Espera un momento.

Le dio una palmadita a Jasper en el hombro y los dos salieron con Lemming; a esa altura me sentía mejor. Probablemente me separaban treinta segundos de la cárcel, pero siempre te sientes mejor cuando le has plantado cara a un tipo.

Tres minutos más tarde Scully y Jasper volvieron sin Lemming. Jasper sostenía una carpeta archivadora y Scully sostenía dos tazas de Styrofoam con café y una bolsa con más hielo. Scully me pasó el hielo, luego dejó una de las tazas en la mesa junto a mí. Le dio un sorbo a la otra.

—Hemos estado un poco bruscos y al parecer ha sido un error. —Señaló a la carpeta—. La oficina de Los Ángeles nos ha enviado un fax con alguna información. Por lo visto es usted un tipo decente, Cole, así que demos un paso atrás y volvamos a empezar.

—Le escucho —contesté mientras apoyaba el hielo donde me habían golpeado con la Glock.

—Andrei Markov está buscando a Clark Hewitt para matarlo. Nosotros buscamos a Clark para protegerlo. Es la diferencia entre Markov y nosotros.

Le miré sin responder. El detective duro que no suelta prenda. O quizá se tratara solamente del detective enfurruñado.

—Es decir, Clark Hewitt estaba involucrado en algún asunto con Markov, pero se convirtió en testigo del fiscal y ahora está en el programa de protección de testigos.

Jasper sonrió, sin demasiadas ganas.

—¿Qué más sabe?

—No sé nada de nada, Jasper, pero como adivino, soy la leche. Markov quiere a Hewitt y ustedes también. No son la policía del Tesoro, ni el FBI. Son agentes federales de Estados Unidos, y los agentes supervisan el programa de protección de testigos. —Desplacé la bolsa de hielo hacia la oreja y me recosté—. Y como por lo visto no saben cuál es el paradero de Clark, deduzco que lo han perdido.

—No lo hemos perdido —aclaró Reed Jasper enfadado—. No lo hemos perdido, joder. Él se fue. No es obligatorio permanecer en el programa una vez que estás dentro. Puedes dejarlo en el momento que más te convenga.

—¿Tenía Markov alguna idea sobre el paradero de Clark —preguntó Scully—, o sobre su identidad actual?

—Nopo. Eso era lo que quería que yo le dijera.

—¿Cómo dio con usted?

—Tenía a alguien vigilando la tumba de Rachel Hewitt.

Scully silbó.

—¡Madre mía! De eso hace tres años y ellos siguen allí, al pie del cañón. —Negó con la cabeza—. Ese ruso cuando hace un juramento va en serio.

—¿Quién es Markov? —pregunté.

—Es un pez gordo del clan de los ucranianos. Llegó hace unos años con su hermano, Vasili. Vasili era el jefe. Instalaron el negocio y empezaron a ampliarlo. Una de las nuevas actividades era la impresión de dólares falsos para enviarlos a casa y venderlos en el mercado negro ucraniano.

Asentí. Clark el impresor. Clark el artista.

—Clark era un falsificador.

—Eso es —dijo Scully.

—¿Y qué pasó entonces entre Clark y Markov?

—Vasili pensaba que Clark le birlaba parte de los billetes impresos y los colocaba con un par de contactos. Clark supo que Vasili tenía la intención de liquidarlo y acudió a nosotros en busca de protección.

—Se hizo testigo del fiscal.

—No tenía otra alternativa. Los Markov siempre cumplen sus amenazas.

—¿Y Clark realmente escamoteaba billetes?

—¿Quién sabe? —dijo Jasper encogiéndose de hombros—. La cuestión es que por culpa del falsificador, Vasili cumplirá de doce a veinte años en Mercer Island. Andrei juró que pasaría el resto de su vida persiguiendo a Clark y a su familia. Realmente eso es lo que está haciendo. De eso hace ya tres años y sigue dedicando gente al asunto. De pronto aparece usted y se convierte en la oportunidad de llegar a Clark.

Estupendo.

—Si Clark entró en el programa, ¿cómo es que ustedes le perdieron la pista?

Jasper clavó los ojos en mí. Luego se humedeció los labios y miró para otro lado.

Scully también hizo un gesto con la boca, pues sus labios también se habían

secado.

—La noche en que teníamos que hacernos cargo de Clark, todo se torció. En plena noche, llovía sin parar, cuando estábamos a punto de trasladarlo a él y a sus hijos a un piso franco para luego recolocarlos. Le dijimos que no se preocupara. Le dijimos que estaba seguro.

Yo le miraba fijamente.

—Pero no lo estaba.

Los ojos de Jasper se empequeñecieron y volvió a mirarme.

—La gente de Markov lo descubrió de alguna manera. Lo teníamos todo en la furgoneta. Faltaban tan sólo cinco minutos para que saliéramos de allí zumbando, cuando nos sorprendieron.

Detuvo la narración y miró más allá de mí durante unos momentos. Pensé que tal vez estaba reviviendo esa noche.

—Mi compañero era un tío llamado Dan Peterson. Lo mataron.

—Ve a buscar un poco de agua, Reed.

Jasper negó con la cabeza.

—Y no pudieron acusar a Markov de los disparos —añadí yo.

Jasper contuvo la respiración y luego concentró en mí toda la atención.

—Peterson me ordenó que sacara a Clark y a esos niños de la zona de peligro. Así lo hice. Él se quedó. No vi nada y todavía no sé con seguridad qué fue lo que ocurrió. La policía fue para allí en cuanto les llamamos. Encontraron a Danny dentro. Le habían disparado en el jardín de atrás, pero él se había arrastrado hasta el interior de la casa. —Volvió a negar con la cabeza—. No teníamos ni su nombre ni su cara, pero sabemos que fue Markov. —Más negaciones con la cabeza—. Esa noche todo salió mal. No tendría que haber pasado.

—Los trasladamos —dijo Scully—, pero Clark no volvió a confiar en nosotros después de aquello. Cambió de nombre en cuanto llegaron a su nueva ciudad y luego desapareció toda la familia. —Se encogió de hombros—. Fue su decisión, claro. Nadie está obligado a permanecer en el programa.

Jasper hizo un gesto de desdén con la mano y luego, de pronto, se sentó más derecho: recogió sus sentimientos y los dejó a un lado. Todos los policías que he conocido son capaces de hacerlo cuando lo necesitan.

—Y ahora aparece usted preguntando por Clark Hewitt.

—Un tipo de Los Ángeles —dijo Scully asintiendo.

Miré a Reed Jasper y luego a William P. Scully. Luego pensé en Teri y en Charles y en Winona, en cómo esperaban que Clark volviera. Pensé en cuánto de todo lo que estaba descubriendo debían de saber ellos. Pensé que algo sabrían, seguro. Quizá por eso no les hubiera entusiasmado mi viaje a Seattle. Pensé en el miedo que debían sentir de perderlo para arriesgarse a meterme en sus asuntos. Pensé en lo que debía de haber representado para ellos lo que había ocurrido hacía tres años, en lo que tenía que ser vivir una vida de secretos y mentiras. Los secretos acaban descubriéndose,

¿verdad? Aunque no lo desees. Aunque haya vidas en juego.

Miré a Scully a los ojos y le tendí las manos.

—No sé dónde está Clark, ni sus hijos. No sé nada de él.

Jasper me miró y se notaba que no me creía. Scully tampoco me creía.

—Mire, Cole, nuestro trabajo ya no es proteger a Clark, pero conservamos lo que podría llamarse un sentido del deber, ¿me entiende?

Esbocé la más relajada de todas mis sonrisas.

—¡Demonio, ésta tiene que ser una de las meteduras de pata más grandes del mundo! —Les expliqué entonces exactamente la misma historia que le había contado a Andrei Markov—. He venido aquí en busca de alguien relacionado con drogas llamado Clark Hewitt. Solamente seguía ese nombre y parece el mismo, pero mi tipo no tiene nada que ver con rusos ni con falsificaciones ni ninguno de esos asuntos. —Permití que la sonrisa se hiciera más grande, como si de verdad me pareciera divertida tan enorme coincidencia—. Todo esto que me explican es nuevo para mí.

Scully asintió, pero era evidente que no me creía.

—¿Para quién está trabajado?

—Saben muy bien que eso no puedo decirlo. En la tarjeta pone confidencial.

—Esto es importante, Cole. Clark está en grave peligro. Y esos niños también.

Me encogí de hombros. También habían estado en grave peligro hacía tres años.

—Creo que usted sabe algo —dijo Scully—. Creo que es muy probable que Clark haya dejado algunas pistas en Los Ángeles. Si yo lo pienso también lo pensará Markov.

Volví a encogerme de hombros.

—Les ayudaría si pudiera.

El agente especial Reed Jasper asintió y se puso en pie. Se veía que no me creía, pero no podía hacer nada al respecto.

—Ya.

—¿Puedo marcharme?

Scully abrió la puerta.

—Largo de aquí.

Eran las once y veintidós minutos de esa noche cuando salí del edificio federal. La lluvia seguía cayendo. Y como el aire, era cálida. Pero ahora me parecía opresiva en lugar de renovadora. Quizá fuera mi estado de ánimo lo que había cambiado.

El mundo había cambiado. A menudo lo hace, según he comprobado, pero los cambios no dejan de sorprender y, con frecuencia, asustan. Hay que adaptarse.

Había viajado a Seattle para encontrar a un hombre llamado Clark Haines. De algún modo lo había conseguido, aunque eso ya no parecía tener importancia. Lo fundamental eran esos niños, solos en casa mientras un grupo de mafiosos rusos quería verlos muertos.

A la mañana siguiente, la mejilla izquierda que Alexei Dobcek me había golpeado, estaba tensa y amarillenta. Había estado despierto durante la mayor parte de la noche, venga a ponerme hielo en la cara, pero el hielo había sido demasiado poco y demasiado tarde y estaba malhumorado y desanimado, aunque no por el hielo. Hice el equipaje, llevé el coche alquilado a Sea-Tac y subí al avión. Malhumorado.

Una azafata de pelo rubio rojizo de unos treinta años chasqueó la lengua con complicidad y me dijo:

—Una semana dura, ¿no?

Gruñí.

—Hacer pucheros no sirve de nada —contestó ella poniéndose en jarras.

Esas azafatas tienen algo, no hay duda.

Me tocó al lado de un hombre con sobrepeso, de pelo muy corto y gafas de cristales tan gruesos que sus ojos parecían los de Brigitte Bardot. Me sonrió, pero yo no le devolví la sonrisa. Duro.

Crucé los brazos, fruncí el ceño con mucho empeño y pensé en Teri, en Winona y en Charles mientras nos elevábamos a través de la capa de nubes del noroeste hacia un crepúsculo claro que se extendía del sur de Washington a la punta de la península de Baja y el mar de Cortés. Quizá fuera aconsejable intentar liberar el labio inferior. Había volado a Seattle para encontrar a un padre perdido normal y corriente. En lugar de eso me había encontrado con que Clark Haines era en realidad Clark Hewitt; con que Clark Hewitt, además de ser un drogadicto, era un criminal, un antiguo miembro del programa federal de protección de testigos; y, como había podido comprobar, a quien buscaban con gran empeño tanto los mafiosos rusos como los cuerpos de policía diversos. No eran asuntos agradables de descubrir, teniendo en cuenta que los hampones que iban tras Clark también podían hacer daño a sus hijos. Por lo que podía deducir, era probable que Clark Hewitt estuviera muerto y no fuera a volver nunca. De no estarlo, tal vez no tuviera interés en volver. Pensé en la posibilidad de colocar a los niños en una familia de acogida sin revelar sus identidades, pero de algún modo tenía la impresión de que eso los volvía más vulnerables y desprotegidos. Lo lógico era llevarlos a la policía, identificarlos con sus nombres reales y permitir que Jasper y Scully velaran por su bienestar. Charles, Winona y Teri acabarían de todos modos en el programa de acogida, y lo que era peor, mucha gente sabría quiénes eran y dónde encontrarlos, y cuanta más gente lo supiera, más posibilidades habría de que la noticia llegara a oídos de los Markov. Ése era un problema adicional, y tantos problemas me ponían incluso de peor humor. Quizá tuviera que dedicarme a una profesión libre de preocupaciones, como cazar leones, por ejemplo. O reflotar el *Titanic*.

La azafata me observaba.

—¿Se siente algo mejor?

La miré y luego suspiré.

—¿Tan evidente resulta?

—¡Vaya! ¿Qué le parece si le traigo una taza de té?

—Una taza de té me irá bien, gracias.

Trajo el té, un par de tylenoles y una sonrisa tranquilizadora. Dos horas y cincuenta minutos más tarde descendíamos, atravesando un cielo despejado y una neblina naranja, al país de las maravillas, la California del sur. Todavía no estaba seguro de lo que quería hacer, pero ya no me preocupaba. La azafata, apostada en la puerta, me dedicó una sonrisa de despedida.

—Tiene mucho mejor aspecto.

—He llegado a un acuerdo de paz con mi incertidumbre.

—A veces eso es lo mejor que podemos hacer.

Supongo que pasarse la vida a treinta y cinco mil pies de altura le da a uno cierta sabiduría.

Le besé la mano y luego fui por mi coche al aparcamiento por tiempo prolongado y crucé la ciudad en dirección a la casa de Teresa Hewitt.

Cuando llegué, eran más de las tres. Eso significaba que Charles y Winona iban a estar en casa. Yo habría preferido hablar solamente con Teri, pero qué remedio. *A ver, Winona, ¿puedes deletrear «familia de acogida»?*

Aparqué en la acera opuesta, crucé hacia la puerta de entrada y llamé al timbre. No veía a Joe Pike ni su *jeep*, pero le saludé de todos modos. Seguro que estaba por ahí, cerca, observando. Discreto.

El Saturn estaba a la entrada, de modo que me figuré que Charles volvería a abrir la puerta de golpe y que repetiríamos la escena, pero esta vez no fue Charles quien abrió. Esta vez fue un tipo medio calvo cinco centímetros más bajo que yo, con cabello de un color indefinido, brazos delgados y gafas.

—Es usted muy difícil de encontrar, señor Hewitt —le dije.

Clark Hewitt apenas sonrió, algo confuso.

—Lo siento, pero mi nombre es Haines. El otro apellido ya no lo utilizo.

Lo dijo como si su secreto no tuviera ninguna importancia, como si, de haberla tenido, la hubiera olvidado. Estaba más gordo, de alguna manera distinto, que en la fotografía con Rachel y los Brownell. Llevaba una camisa de algodón holgada, pantalones de ValuMart y unos Hush Puppies que exigían jubilarse. Winona apareció corriendo, abrazó las piernas de su padre y me miró.

—Hola, Elvis. Nuestro papá está en casa.

—Hola, Winona. Sí, ya lo veo.

*¿Puedes deletrear «reunión»?*

Me enseñaba uno de esos horribles pequeños gnomos que tienen los niños, con el pelo morado y mirada terrorífica.

—¿Has visto lo que me ha traído mi padre?

Asentí.

—Es un llavero.

Clark Hewitt le sonrió y acarició la cabeza.

—Sí, porque ella siempre tiene la llave de mi corazón.

Winona soltó una risita. Yo tenía ganas de pegarle un tiro a su padre. Clark me miró y dijo:

—Usted debe de ser el detective. Pase, por favor.

El detective.

La casa olía a café recién hecho y a galletas recién horneadas. Estábamos entrando cuando Teresa salió de la cocina llevando una bandeja rebosante de galletas. Charles asomó por el pasillo que llevaba a las habitaciones, enfadado, encorvado, con las manos en los bolsillos. Realmente no parecía demasiado contento y no salió del pasillo. Se quedó allí, gruñendo.

—Le he dejado un mensaje en el contestador —declaró Teri—. Papá ha vuelto esta mañana.

—Vengo del aeropuerto. No he comprobado los mensajes.

Clark Hewitt se repantigó en su sillón. Yo permanecí de pie.

—¿Estaba de viaje?

—En Seattle. Creo que nos hemos cruzado.

—Ah, Seattle es una bonita ciudad, pero no he estado allí desde hace años. — Señaló las galletas—. Teri ha hecho estas *cookies*, señor Cole. ¿No quiere probarlas?

—De chips de chocolate y pasas —dijo Teri.

Tendió la bandeja hacia Clark, que se incorporó para olerlas.

—¡Mmmm! ¡Mis preferidas!

Clark sonrió a Teri y Teri sonrió a Clark. Winona sonreía a todo el mundo. Charles seguía oculto en el pasillo y seguía enfadado, pero eso era muy propio de Charles. Quizá no estuviéramos en casa de los Hewitt. Quizá mi avión no hubiera aterrizado realmente en Los Ángeles, quizás hubiéramos traspasado alguna dimensión y nos encontráramos ahora en un Los Ángeles virtual, en casa de los Bradys, por ejemplo.

Yo seguía de pie y no había probado las *cookies*.

—Clark, tú y yo tenemos que hablar.

Escogió una galleta gruesa y redonda y volvió a repantigarse en el sillón.

—¡Mmm!

—Clark.

Winona se encaramó al sofá y Teresa puso la bandeja en la mesa de centro cerca de su padre.

—Charles, ven aquí a comer galletas con papá.

Charles tosió una vez:

—¡Y una mierda!

La expresión de Teresa pasó a ser la de una máscara blanca y dura y su voz se oyó fuerte como un pitido:

—¡Charles!

Charles volvió a toser, corrió hacia el pasillo y se encerró en su habitación dando un portazo. Quizá papá estuviera en casa, pero para cualquiera era evidente que no todo marchaba a las mil maravillas con los Bradys.

Clark comió, tragó y se relamió como si no hubiera oído nada. Quizá viviera en su mundo y el resto de la familia en otro, de manera que sus mundos solamente coincidían en algunas ocasiones.

—Siento que los chicos le importunaran con este asunto, señor Cole, pero es culpa mía que estuvieran preocupados. Surgió la oportunidad de un negocio, tan urgente que no pude volver a casa a explicarlo.

—Tan urgente que dejó a tres menores solos, para que se las arreglaran por su cuenta.

Nadie había mencionado el aspecto de mi cara. Ni la hinchazón ni la contusión.

Él miraba la bandeja para elegir otra *cookie*.

—Bueno, en realidad llamé unas cuantas veces, pero siempre en el momento equivocado.

—Telefoneaba durante el día, cuando estaba fuera —aclaró Teri.

—¿No me habías dicho que no salías? —pregunté.

Teresa frunció el ceño.

—Bueno, al súper y a recoger a los niños, ya sabe.

Clark tomó otra *cookie*.

—Supongo que debería haberlo intentado más veces, pero había tanto que hacer...

—Vamos a ser ricos —dijo Winona—. Compraremos una casa y un Sega y una tele grande de verdad.

—Bueno, una casa todavía no, pero lo cierto es que los asuntos van mejor. Sí, mucho mejor.

Abrazó a Winona y sonrió a Teri, pero Teri no le miraba. Teri me miraba a mí.

—Nuestra suerte va a cambiar —siguió diciendo Clark—, nos lo merecemos, ¡claro que sí! Voy a imprimir documentos para un grupo internacional de inversores con un contrato a largo plazo. Un contrato implica trabajo seguro. Nada de esos trabajos temporales. Ya basta de mudarnos cada tantos meses. —Le hizo cosquillas a Winona y ella rio—. Podremos comprar una casa y establecernos en un lugar y no movernos tanto como hasta ahora. ¿Verdad que será fantástico, Teri?

Teri asintió sin mirarle.

—Sí, será fantástico.

—¿Podré tener una habitación para mí sola? —preguntó Winona, mientras retorció el gnomo—. ¡Quiero mi habitación!

—¡Bueno, bueno! —contestó Clark entre risas—. ¡Ya veremos!

Miré a Teri. Ella me miraba sin mirarme. Sus labios eran una línea muy delgada y parecía ir mientras movía los labios articulando las palabras «ya veremos», como si esa conversación hubiera tenido lugar otros cientos de veces, como si supiera en el fondo de su corazón que no eran más que palabras, que el dinero nunca llegaría y que volverían a mudarse una y otra vez. Luego pareció recobrar el control de sus pensamientos y por fin dijo:

—¿Quiere un café?

—Clark, ¿puede acompañarme un momento fuera, por favor?

—No es fácil hacer de padre en estas circunstancias —dijo Clark—, pero estos chicos me ayudan tanto... ¡Su madre se sentiría muy orgullosa!

Quizá no me hubiera oído. Quizás estuviera tan ocupado en planes maravillosos y cálculos sobre grandes negocios que las palabras le habían pasado de largo. O quizás estuviera colocado.

Me incliné hacia él.

—Markov —dije.

Los ojos de Clark se centraron por primera vez en mí, y se puso de pie.

—Bueno, estoy seguro de que el señor Cole está muy ocupado, ¿verdad? Así que le acompañaré a su coche. A ver cómo le decís adiós...

Teri y Winona dijeron adiós y Clark fue conmigo hasta el coche. Hacía más calor, el sol resplandecía y el césped del jardín delantero estaba mustio y desparejo. Una señora hispana corpulenta pasó camino a Melrose. Llevaba una bolsa de la compra en una mano y utilizaba la otra como visera para protegerse del sol. No nos miró.

—Clark, sé quién era usted y lo que hizo. He estado en Seattle. He hablado con Wilson Brownell y con un agente de los federales llamado Reed Jasper. También he conocido a Andrei Markov. No le he dicho a Jasper dónde estaba, ni bajo qué nombre estaba viviendo, pero aun así creo que tendría que ponerse en contacto con él.

Clark Hewitt negaba con la cabeza antes de que yo acabara.

—No puedo hacerlo. No quiero tener nada que ver con esos tipos.

—Los Markov sospechan que hay alguna conexión entre nosotros y saben que soy de Los Ángeles. Eso implica que podrían presentarse por aquí, para investigar. Aunque no lo hicieran, seguirán estando ahí fuera, esperando. Jasper quiere ayudarlo.

Clark levantó una mano, como si le estuviera hablando de un lugar donde comprar neumáticos a buen precio y él estuviera a punto de hablarme de un sitio mejor, del establecimiento secreto con neumáticos más baratos.

—Gracias, pero todo irá bien. Pronto nos iremos de aquí.

—Pero es que tienen que marcharse ahora, Clark. Si no tiene dinero llame a Jasper. Él les ayudará. Y yo también.

Clark sacudía la cabeza.

—¿Está colocado?

Me miró y pestañeó y luego volvió a negar con la cabeza.

—Oh, no. Yo no hago eso.

Aspiré profundamente y luego solté poco a poco el aire. Quería gritarle que tenía que dejarse de tonterías, pero Winona y Teri seguían en la puerta de entrada, mirándonos.

—Sé por qué perdió el trabajo en Enright Printing. He hablado con Tre Michaels.

No contestó. Estaba pálido y con ojeras oscuras, parecía cansado. Los ojos expresaban tristeza, tanta que pensé que podía echarse a llorar.

—¿Va a decírselo?

—¡Claro que no! —contesté.

Como si tuviéramos seis años.

Los ojos de Hewitt se humedecieron y pestañeó varias veces.

—Por favor, no se lo diga.

Me dolía la cabeza, sentía tirante el cuero cabelludo y esta tirantez empezaba a desplazarse hacia el cuello.

—¿Sus hijos no saben nada de todo esto?

Se encogió de hombros.

—¿Saben a qué se dedicaba, y por qué viajan tanto?

Otro encogimiento de hombros.

—Seguro que sabrán algo, Clark. Sólo hace tres años. Les cambió el apellido.

Él miró al suelo. A eso le llaman negar lo evidente.

Charles apareció en la ventana, nos sacó la lengua y nos hizo un corte de mangas. Parecía estar mirando más a su padre, aunque quizá fuera una cuestión de ángulos.

—Clark, puedo ayudarle a encontrar un programa de desintoxicación. Hay buenos profesionales en la administración y conozco un par de centros privados que pueden resultarnos de ayuda. Tiene que pensar en estos niños.

Clark miró a Teri y Winona. Les sonrió, como si estuviéramos hablando del tiempo.

—Estaremos bien. Todo va a irnos bien muy pronto. No volveré a dejarles.

Saqué una tarjeta y escribí un nombre y un número en ella.

—Quiero que llame a este número y que hable con una mujer que se llama Carol Hillegas. Si no se apunta a este programa llamaré a Protección de Menores. ¿Entiende adónde quiero ir a parar?

Clark tomó la tarjeta, pero ni siquiera la leyó.

—Lo entiendo. No volveré a dejarles.

—Clark.

—Todo irá bien. Llamaré y prometo que no volveré a dejarles.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un enorme fajo de billetes.

—Quiero disculparme por las molestias que se ha tomado y quiero agradecerle otra vez que se haya ocupado de mis hijos. Creo que se merece un plus.

Le miré.

Se hizo un lío con el dinero, manoseando un rollo de billetes de cien que era todavía mayor que el de Teri.

—Es lo menos que puedo hacer.

Teri vio que Charles estaba en la ventana y dijo algo. Charles volvió a hacernos el gesto obsceno con más furia y luego empezó a llorar. Teri desapareció de la puerta, reapareció en la ventana y agarró a Charles por el brazo. Él la empujó y corrió, y ella volvió a atraparlo. También lloraba. Winona seguía en la puerta, sonriente e ignorante de lo que ocurría en la casa, y nos decía adiós. La expresión de su cara resplandecía.

—Llama a este jodido número —dije.

Clark Hewitt seguía manoseando billetes para mí cuando crucé la calle, subí a mi coche y me largué de allí.

Catorce minutos después de dejar a los Hewitt me abría camino entre los árboles subiendo por Woodrow Wilson Drive, luego doblé por mi pequeño sendero y vi a Joe Pike. El *jeep* de Pike estaba aparcado frente a mi casa y Joe estaba apoyado en la parte de atrás, tan inmóvil como un árbol o la casa o la tierra. Aparqué mi Corvette en el cobertizo y me encontré con él en la puerta de la cocina.

—Bonito ojo —manifestó Pike. Nada de «Hola», nada de «¿Qué tal, cómo va?»—. ¿Es Clark quien te provoca estas reacciones?

Siempre se puede contar con el humor de los amigos.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Dejé mi puesto cuando Haines y tú salisteis a la calle.

Lo sabía. Lo había visto todo.

Entramos en casa. Dejé la bolsa de viaje sobre la encimera de la cocina, me hice con dos Falstaff de la nevera, le di una a Pike y luego le eché un buen trago a la mía.

Fui para el fregadero y me refresqué la cara. Bebí la mayor parte de lo que quedaba de cerveza, luego inhalé a fondo y lo solté. Había corrido las cortinas antes del viaje, de modo que en la casa reinaba la oscuridad y la tranquilidad. Eso estaba bien. Con poca luz era más fácil fingir que no existían tres niños en peligro de ser víctimas de la mafia rusa y un yonqui por padre. Quizá por esa razón Pike nunca se quitaba las gafas oscuras. Quizá fuera más fácil no ver nada demasiado claro.

—¿Qué pasa? —preguntó Pike.

—No se llama Haines, sino Hewitt. Además, no es un yonqui cualquiera. Le persigue la mafia rusa, estaba bajo protección federal como testigo y no se entera de que él y esos niños están en peligro.

Pike asintió.

—¿Y qué te sorprende?

Nunca sabes cuándo habla en serio.

Abrí las ventanas de la casa y luego eché un vistazo para ver si alguien había entrado en mi ausencia. Mientras la revisaba, le hablé a Pike de Wilson Brownell y Reed Jasper y de lo que Jasper había dicho de Clark. Le expliqué lo que había pasado con los hermanos Markov y cómo me había hecho lo de los ojos. Cuando le hablé sobre los Markov, Pike giró levemente la cabeza.

—¿Y de verdad es un *spetnaz*?

—Eso dijo.

—La gente dice unas cosas...

Se podía decir que a Pike le había interesado el tema.

—Es el nuevo orden mundial, Joe. Oportunidades de delinquir para todos.

Pike fue hacia las puertas de cristal y miró al exterior. Abrió y el aire

aterciopelado de la montaña entró.

—Eso no es bueno.

—No —admití—. No lo es.

—No importa lo que les dijeras a los rusos. Ellos se figurarán que estás en contacto con Clark y acabarán asomándose por aquí.

—Eso mismo le dije a Clark. Le dije que se fuera de la ciudad o que volviera a aceptar la protección de los agentes federales. Ellos todavía quieren ayudarle.

—¿Qué hará?

—No lo sé. Le dije que llamara a Carol Hillegas. No va a servir de una mierda a esos chicos si no está limpio, pero ¿quién sabe lo que hará? —Salimos a la terraza y nos apoyamos en la baranda mirando hacia el cañón—. Hablar con Clark es como hablarle a un televisor. No se da cuenta de que sus acciones tienen consecuencias.

Pike se cruzó de brazos.

—También me dijo que ya no necesitaba nuestros servicios.

Percibí un leve temblor en la comisura de los labios de Pike. Nunca sonríe, pero a veces tiene un tic.

—Nos ha despedido.

—Bueno, sí.

Otro tic.

—¿Cuánto hemos sacado?

—Doscientos, menos el coste del avión y el hotel. Diría que las pérdidas son de unos trescientos. —Pike se acabó la cerveza—. Pero tenemos más kilómetros para nuestro carnet de vuelo.

—¿Piensas que los que entraron aquí fueron los federales o los rusos? —me preguntó Pike.

Volví a considerar el asunto y negué con la cabeza.

—Es posible que fuera cualquiera de los dos, pero no lo creo. Si esos rusos me hubieran relacionado con Clark, no se habrían preocupado por mí allá en Seattle. En cuanto a los federales, simplemente habrían llamado a la puerta. Además, me ha estado siguiendo un tipo en un LeBaron gris y estoy casi seguro de que empezó a hacerlo antes de que esos críos entraran en mi oficina.

Le expliqué el asunto del joven negro en el LeBaron.

—Así que todavía tienes a alguien detrás.

—Podría ser. —Siempre pensamientos tranquilizadores—. ¿Quieres quedarte a comer?

—No.

Pike contempló un coche que avanzaba por el fondo del cañón, ahí abajo, durante un rato. Luego se marchó sin decir palabra. Ni «hasta luego», ni «nos vemos». Se marchó y punto.

Me acabé la Falstaff, arrugué la lata y la lancé al recipiente de las latas. De reciclaje. Deshice el equipaje, puse la lavadora y deambulé por la casa. Me sentía

vacío e insatisfecho, como si tuviera que hacer algo más... Pero no sabía qué. Quizá no fuera más que aburrimiento.

Clark estaba en casa, sus hijos ya no estaban solos y él iba a hacer lo que fuera, marcharse o quedarse, llamar a Carol Hillegas o no, pedirle ayuda a Jasper o no... Para estar seguro de que él iba a tomar la decisión adecuada, sólo tenía que ponerle una pistola en la cabeza. Así es la vida en una sociedad libre.

Abrí otra Falstaff y llamé a Lucy Chenier a su oficina.

—Aquí el más fantástico de los seres humanos, llamando a la señorita Chenier.

La secretaria de Lucy, Darlene, se echó a reír.

—Veo que ha mejorado su currículum. La última vez solamente era el más fantástico de los detectives.

—Una cosa lleva a la otra, ¿no cree?

—Tratándose de usted, sí, señor Cole. —Conocer a Darlene es amarla—. Lo siento, pero la señorita Chenier no está.

En Baton Rouge todavía no eran las seis. Lucy normalmente se quedaba en su oficina hasta las seis, a menos que Ben, su hijo, tuviera partido.

—¿Estará en casa?

—Puede llamar allí para averiguarlo, ¿no es cierto?

Bromeé con Darlene un rato más y luego colgué y llamé a casa de Lucy. Contestó al primer timbre.

—¡Hola, David!

—¿David?

—Oh, eres tú.

—Quizá lo mejor sea colgar y volver a empezar esta conversación.

Oí que Lucy se reía y luego dijo:

—David es David Saphiro, que resulta ser el abogado con más experiencia de Nueva Orleans en cuestiones de informativos, además de mi representante.

—¿Los de KROK han hecho una oferta firme?

—Las negociaciones siguen oficialmente en curso.

Mi sonrisa era cada vez más amplia.

—Lucille, eso es maravilloso.

—Sólo se trata de una primera oferta, tenemos que contestar, pero estamos cerca, Elvis. Estamos cerca de verdad, llegaremos a un acuerdo. —La energía y la alegría eran perceptibles en su voz—. En opinión de David podremos cerrar el trato a finales de la semana que viene. Después de eso sólo tendré que esperar a que Ben acabe el curso y podremos mudarnos.

El curso de Ben terminaba dentro de menos de seis semanas.

—¿Los de KROK no han puesto inconvenientes por la espera?

—Ninguno. Incluso me han ofrecido la posibilidad de ponerme en contacto con un agente inmobiliario para que me ayude a encontrar casa.

Estuvimos hablando. Mientras lo hacíamos la tensión desapareció y mi casa

volvió a ser mi casa, cálida y acogedora, no un lugar invadido por intrusos. La puerta del gato restalló y apareció él para frotarse contra mis piernas y ronronear. Quizás el gato también hubiera notado el cambio.

Lucy preguntó por los niños Hewitt y escuchó mis explicaciones sobre el viaje a Seattle y las desagradables verdades que había descubierto sobre el padre.

—¿Corriste tú con los gastos del viaje a Seattle? —me preguntó.

—Lucille, cada minuto nace un imbécil.

Ella suspiró y casi pude sentir su sonrisa. Podía verla en su gran sillón de la sala. Podía ver a Ben en el suelo, rodeado de libros del Increíble Hulk mientras miraba *Babylon 5*. Podía oler el laurel y el sasafrás de la sopa de quingombó que hervía a fuego lento y sería su cena en la calidez del seguro hogar cerca de la universidad. Era exactamente el tipo de casa que Teri y Charles y Winona no tenían. Quizás hubiera bebido demasiada Falstaff y todo eso no fueran más que fantasías.

—No eres ningún imbécil —dijo ella—. Eres el hombre a quien amo.

—Gracias, Lucy.

Estuvimos hablando durante otra hora compartiendo la ilusión y la evolución de nuestro amor. Finalmente colgamos, después de que Lucy prometiera llamar periódicamente dándome noticias sobre cómo iban sus negociaciones con KROK y de que yo prometiera enviarle la sección de ofertas inmobiliaria de *Los Angeles Times* y de que ambos hiciéramos esos empalagosos ruidos de besos. A veces me avergüenzo de tanta sensiblería de mi parte.

Fui con lo que me quedaba de la cerveza a la terraza y escuché el sonido de la brisa acariciando las hojas y el de los coches allá abajo en el cañón y el silencio de mi casa. El gato también salió y se sentó junto a mí.

—Lucy volverá pronto —le dije—. Ya puedes ir acostumbrándote.

Al final, el día no había sido tan malo como al principio parecía augurar.

A la mañana siguiente me desperté pensando que debía tomarme el día libre y relajarme. Después de todo, oficialmente estaba sin trabajo. Si un levantador de pesas ruso le pega a uno en Seattle, uno se merece un descanso. Teri, Charles y Winona ya no estaban bajo mi responsabilidad. En cuanto a Clark, ya se lo había advertido. Eso era todo. Retrato del detective con tiempo disponible. Estar sin trabajo tiene sus ventajas.

Le puse comida al gato y luego dediqué cuarenta y cinco minutos a las *katas* de taekwondo, al sol de la mañana, mientras consideraba las opciones: podía recorrer la carretera de la costa del Pacífico con Joe Pike; podía conducir hasta Antelope Valley para comprar melocotones; podía repantigarme en la terraza e hincharme de emparedados de venado mientras leía el último de Dean Koontz. Todas actividades ideales para pasar el día, pero a las nueve en punto ya estaba afeitado y duchado y bajaba las montañas hasta la biblioteca pública de Beverly Hills para buscar información sobre los hermanos Markov y sobre qué había hecho Clark para cabrearlos tanto.

Mantenerse desocupado es algo más fácil de decir que de cumplir.

La biblioteca pública de Beverly Hills es una de las más bonitas de la ciudad. Es limpia y luminosa y de arquitectura española, en pleno centro de la ciudad, entre el Departamento de Policía y el Ayuntamiento. Una señora delgada de pelo muy corto me mostró cómo utilizar su servicio *on-line* y me ayudó entrar en el *Seattle Times*. Descargué todos los artículos sobre los hermanos Markov y sobre el proceso de Vasili Markov y la sentencia posterior. Cuando imprimí lo que había bajado me encontré con ochenta y seis páginas. ¿Qué es un día en la playa si resulta que en su lugar puedes pasarlo leyendo sobre la mafia rusa?

Aquella mañana había mucha gente y ninguna mesa libre, de manera que ocupé una mesa frente a una pareja de jovencitas que buscaban informaciones sobre la UCLA. Al sentarme, les sonreí y ellas me devolvieron la sonrisa. Una de ellas era alta y rubia, con las uñas pintadas de azul y pelo corto y encrespado. La otra era baja y morena y quizás árabe. Su esmalte de uñas, negro. La rubia le susurró algo a su amiga cuando me senté y soltaron unas risitas.

—Nada de risitas —les dije.

—No hablábamos contigo.

—Entonces me habré equivocado.

La primera noticia decía: JEFE DE LA MAFIA IMPLICADO EN TREINTA Y NUEVE CAUSAS. La historia era tal como Reed Jasper me la había contado. Vasili Markov lideraba una organización de emigrantes rusos que desde hacía mucho se

sospechaba estaba implicada en falsificación de billetes, mercado negro, contrabando, extorsión y asesinato, sobre la que no se había podido hacer nada hasta que apareció un colaborador como testigo, un «miembro del círculo de falsificadores de Markov», que aportó pruebas como testigo de la acusación que el jurado imputó a los acusados. Ese informador confidencial era Clark Hewitt.

La rubia y su amiguita volvieron a reírse, pero en cuanto las miraba fingían estudiar.

Los artículos describían a Hewitt como un impresor profesional al que Markov había «coaccionado» para que imprimiera dólares de Estados Unidos y exportarlos a la antigua Unión Soviética. No se mencionaba a la familia de Clark, ni nada sobre las sospechas de Markov acerca de Clark, ni que habían decidido eliminarlo. Aparte de otros pequeños detalles, no había nada nuevo ni revelador en las primeras setenta y cuatro páginas de las ochenta y seis que había reunido. Empezaba a pensar que habría sido mejor elegir la lectura de Koontz.

Más susurros, más risitas.

Las miré, rápidamente.

—¡Os he pillado!

La rubia me miró con inocencia.

—Y ahora que nos has pillado, ¿qué vas a hacer con nosotras?

Me sonrojé y continué con mi lectura apresurada. Flirtear puede resultar peligroso. En especial si tu chica está a punto de mudarse a tu ciudad.

La rubia se inclinó hacia mí y miró el material que había impreso.

—¿Estás leyendo sobre criminales?

—Es para un trabajo de fin de trimestre.

—Pero no estás escribiendo nada.

—Tienes razón. En realidad soy policía de bibliotecas y estoy a punto de trincaros por flirteo ilegal.

—Has empezado tú —dijo su amiga.

Tres páginas después llegué a un artículo que no era sobre Markov, por mucho que en los titulares pusiera MARKOV NO ES MÁS QUE EL ÚLTIMO. El tema era la falsificación en la región del noroeste del Pacífico y su personaje estrella no era Clark Hewitt. Me erguí en mi silla y leí el nombre dos veces, la segunda en voz alta:

—Wilson Brownell.

—¿Cómo dices? —preguntó la rubia.

Levanté la mano y seguí leyendo.

En el artículo calificaban a Wilson Brownell de ser el «mejor impresor de Seattle» y lo pintaban como una figura clave en el círculo de falsificadores que había operado a finales de los sesenta y principios de los setenta. En el artículo se decía además que Brownell había montado una imprenta en su garaje y había inventado un proceso de envejecimiento del papel que le permitía contar con billetes falsos que, de no ser por la calidad del papel, casi no podían distinguirse del material auténtico.

Estimaban que habría colocado casi diez millones de dólares falsos antes de que, en un intento de adquirir papel moneda, Brownell se encontrara con un agente secreto del Tesoro a quien él consideraba un suministrador de papel europeo. El artículo concluía diciendo que Brownell había cumplido ocho de los veinte años de sentencia federal, estaba en libertad provisional y que, según creían, vivía en el área de Seattle, aunque no habían conseguido hablar con él.

Me aparté de la mesa, crucé los brazos y miré los artículos. La chica rubia estaba preocupada.

—¿Todo va bien?

Asentí con un gesto, volví al ordenador e intenté obtener más artículos sobre Brownell, pero no pude acceder a ninguno. Había transcurrido demasiado tiempo desde que los habían escrito.

Le di las gracias a la bibliotecaria por su ayuda, le dije adiós a las colegas de la UCLA y luego conduje hasta mi oficina y llamé a la división del norte de Hollywood del Departamento de Policía de Los Ángeles. Al tercer timbre contestó una voz de mujer.

—Agentes de North Hollywood.

—Con Lou Poitras, por favor.

—¿De parte de quién?

—Del mejor detective del mundo.

—Lo siento, colega —dijo ella riendo—, porque el mejor detective soy yo.

Esos polis son la leche.

—Pues dígame que le llama J. Edgar Hoover.

Volvió a reírse y me dijo que esperara.

Esperé alrededor de cuarenta segundos y finalmente se puso Lou Poitras.

—Tenías que ser tú. Nadie más se atrevería.

—Hola, Louis. Necesito hacer unas averiguaciones sobre un tipo de Seattle llamado Wilson Brownell. ¿Tienes tiempo para hacer la llamada por mí?

—No.

Y colgó. No he conocido a ningún poli que no se crea que es la monda.

Volví a llamar, y me contestó la misma mujer.

—Esta vez dígame que tengo fotografías de la cabra.

—¿Está seguro de que no prefiere hablar conmigo? —preguntó ella—. Me da la impresión de que podría ayudarle.

—Preferiría hablar con usted, claro está, pero Poitras me debe una pasta y así lo arreglamos.

—Un momento.

Poitras volvió a ponerse unos diez segundos después. Parecía cansado.

—Por Dios, supongo que tendré que seguirlos la corriente si no quiero tener mis líneas ocupadas el resto del día. Beverly se ha enamorado de ti.

Pude oír los gritos de Beverly por allí atrás:

—¡Sargento! ¿Cómo puede decirle eso?

—¿Cuál era el nombre del tipo? —me preguntó Poitras.

Se lo deletreé. Lou Poitras es un sargento detective de la división del norte de Hollywood casado, con tres hijos, el menor de los cuales es mi ahijado. Desde que le conozco hace pesas todas las mañanas y su tamaño es el de un Lincoln Continental. Estoy seguro de que podría levantar uno.

—¿Sabes? No creo que los contribuyentes estén de acuerdo en financiar tu investigación.

—Por lo menos esta vez obtienen algo a cambio de su dinero.

Poitras no respondió.

—Perdona, Lou, era una broma. —Estos policías a veces son de lo más sensibles —. Brownell pasó un tiempo en una prisión federal, pero ahora está fuera. Necesito saber si se mantiene limpio o si los federales creen que está metido en algo.

—¿Es lo que tú crees?

—Si lo supiera no tendría que pedirles a mis amigos que me hicieran favores gratis, ¿verdad?

—¿Gratis, has dicho?

Es un bromista, ese Lou.

—Bien, te llamo luego —dijo por fin.

Y colgó.

Me eché atrás en la silla, puse los pies en alto y pensé en Wilson Brownell y Clark Hewitt y en por qué Clark podía haberse arriesgado a volver a Seattle, si allá le buscaban tanto la mafia rusa como los agentes federales. Parecía obvio que Brownell y Clark eran más que simples amigos. Probablemente Brownell le había enseñado a Clark todo lo que sabía sobre la impresión de billetes, lo que a su vez debió de ser el vínculo de Clark con los Markov. Si Clark se arriesgaba a volver a Seattle para ver a Brownell tenía que ser porque éste sabía o poseía algo que Clark necesitaba, lo que sugería un nuevo plan de negocios que posiblemente incluyera el contrabando. Clark podía ser un memo, pero lo más probable era que no se arriesgara a que los rusos le localizaran sólo por charlar un rato con un viejo amigo. Quizá Brownell incluso se uniera al negocio.

Saqué los dos billetes de cien dólares que Teresa me había dado y los examiné. Eran billetes viejos y ajados, con aspecto del todo fiable para mí. Froté la tinta y los miré a trasluz y examiné el papel. Seguían pareciéndome buenos, pero yo no era un experto.

Los aparté a un lado y volví a recostarme para pensar, cuando dos hombres entraron por la puerta. El primero era alto y negro, con una calva brillante, traje azul y expresión sombría. El segundo podía haber pasado por supermodelo haciendo las veces de ejecutivo de empresa puntera. Tendría treinta y bastantes años y estaba en forma, con un cabello oscuro e inmaculado y un traje de Brooks Brothers de los más clásicos. Sonreí en cuanto vi al chico negro, porque era el mismo al que había visto

en el LeBaron gris fuera de casa de Teri Hewitt. Sonreí todavía más cuando vi un buen vendaje en el dorso de su mano izquierda y seguí sonriendo cuando saqué la Dan Wesson de debajo de mi chaqueta y les apunté con ella.

—No vas a necesitar eso —dijo el chico blanco.

Tenía un rastro de acento sureño y no parecía preocupado por mi pistola.

—Eso dependerá de vosotros. Quizá podamos estar aquí un rato aguardando a la policía.

El chico negro cerró la puerta y se apoyó en ella. Creo que quería asegurarse de que no escaparía.

El chico blanco inspeccionó mi oficina. Miró las figuritas, el péndulo de Pinocho y luego la fotografía de Lucy Chenier. Especialmente la fotografía de Lucy.

—Nada de todo esto está en venta. ¿Me explicáis por qué entrasteis en mi casa o tengo que empezar a disparar?

El chico blanco se apartó de la fotografía. En ese momento, me investigaba a mí.

—Chicos —dije—, he pasado un par de días imposibles y estoy algo irritable.

Sonrió, como si el hecho de encontrarme irritable colmara las expectativas.

—Éste es mi socio —dijo—, el señor Epps. Yo me llamo Richard Chenier. Soy el exmarido de Lucy.

Mis ojos abandonaron a Epps y se fijaron en Richard Chenier. Hasta ahí la mafia rusa. Hasta ahí los agentes federales.

—¿La pistola? —observó Richard Chenier.

Recordé la pistola y la guardé.

—Íbamos a encontrarnos tarde o temprano, de manera que decidí presentarme por mi cuenta.

No me tendió la mano, ni yo le tendí la mía.

—Se me ocurre que debe de haber maneras más amistosas de decir hola.

—Es probable —dijo Richard, asintiendo con la cabeza.

Me pareció que no iba a ser una visita demasiado amistosa.

—Dime una cosa, Richard. ¿Haces que este señor Epps siga a todos los tíos con los que Lucy se encuentra?

—No. Solamente con los que la convencen para que se mude a tres mil kilómetros. Y se lleve con ella a su hijo.

—Richard —dije yo.

Sonrió y luego se sentó en una de las sillas de director que tengo frente al escritorio.

—A mi hijo le gustas. Yo quería averiguar qué clase de persona eres. Eso puedes entenderlo, ¿verdad?

—Puedo entender que quieras saber de mí. Pero que contrates a un tipo para que entre en mi casa es traspasar los límites.

—Oh, no contrato al señor Epps solamente por ti. Trabaja para mi compañía. Estamos en el negocio internacional del petróleo.

—Mmm.

Supongo que tenía que estar impresionado.

—Es muy bueno en todo lo que hace, y por lo que me dice pareces un hombre sólido. Estable. Buena reputación. Todo eso.

—Me alegra contar con tu aprobación.

—Y pequeño. Eres una persona que podríamos calificar como un jugador menor en un juego insignificante, muy por debajo de lo que desearía para mi mujer y mi hijo.

Le miré un momento más. Luego miré a Pinocho. Suspiré y finalmente me puse en pie.

—Muy bien, Richard. Nos hemos conocido. Ha sido divertido. Siento que tenga que ser así, pero ha llegado el momento de que os larguéis.

No se movió, ni tampoco lo hizo Epps.

—Pequeño, pero razonable, de manera que he decidido explicarte las cosas de modo que puedas entenderlas.

—Puedo pedirlo con amabilidad, Richard, pero créeme si te digo que no tengo por qué hacerlo, ni por qué ser amable. —Epps adelantó un tanto el peso de su cuerpo, liberando la puerta—. Epps, cuando ocurra ni te lo creerás.

Eso probablemente le asustó.

Richard levantó ambas manos y sonrió.

—No estoy aquí para amenazarte. Mira, quiero a esa mujer y quiero a mi hijo. Lo que no entiendes es que ella sigue queriéndome. Tenemos que solventar algunos problemillas, pero ella no tardará en verlo muy claro.

—Adiós, Richard.

Hasta ahí podía llegar el discurso civilizado. Hasta ahí podían llegar dos hombres modernos en su conversación sobre un tema actual de manera inteligente. En aquel momento pensaba que me divertiría pegándole hasta matarlo.

Seguía sin moverse.

—Solamente quiero que consideres qué es lo mejor para Lucy. Ya sé que le han ofrecido ese trabajo, pero para ella sería mucho mejor quedarse en Baton Rouge y también sería lo mejor para Ben. Espero que seas de ese tipo de personas que desea lo mejor para ellos. Si ellos te importaran, le dirías que se quede en casa.

Realmente creía lo que decía. Miré a Epps, pero a Epps no parecía importarle ni eso ni lo de más allá. Negué con la cabeza.

—¿Pretendes que le diga a Lucy que se quede allá en su casa?

Richard sonrió como un profesor satisfecho cuando un alumno corriente comprende por fin la lección.

—Exacto.

Quizás ése fuera el motivo por el que su matrimonio fracasara.

—Richard, me parece que hay algo que no entiendes. Esa decisión no está en mis manos, ni en las tuyas. Esa decisión es de Lucy.

Richard frunció el ceño, como si mi capacidad de discernimiento le hubiera decepcionado.

—Yo la quiero y deseo que venga a vivir aquí —seguí diciendo—, pero no puedo hacer que venga, ni que se quede, ni tú tampoco puedes. Es su vida. Es su decisión, ¿entiendes?

Richard Chenier frunció el ceño todavía más.

—Siempre hay una manera de conseguir lo que quieres —dijo—. Así me gano la vida.

Le miré. Intenté imaginármelos como pareja y no pude.

Richard Chenier miró a Epps y luego se levantó. Epps abrió la puerta.

—Supongo —añadió Richard— que no creerás que voy a dejarles marchar, ¿verdad?

—Pues lo que creo es que no va a quedarte más remedio.

—Te sorprenderá, ya verás —dijo, sonriéndome.

No me gustó esa sonrisa. No me gustaba él.

Richard Chenier salió de mi despacho sin mirar atrás. Epps me miró, soltó una carcajada y se dispuso a marcharse también.

—¡Oye, Epps!

Él volvió la cabeza, todavía con la sonrisa en la boca.

—Menudo gato tengo, ¿eh?

La expresión jocosa desapareció. Salió y cerró la puerta. De un portazo.

Miré la puerta durante un buen rato y luego negué con la cabeza.

—Un placer conocerte, Richard.

Vigilé la partida del coche de Richard y Epps y luego volví a mi despacho y miré el teléfono de Mickey pensando en si llamar o no a Lucy, pero ¿qué podía decirle? *Tu exmarido ha pasado por aquí y me ha dicho que te ama*. Nopo. *Richard contrató a un tío para que entrara en mi casa*. Parecía algo propio de un chivato.

Miré el reloj de Pinocho y le pregunté: «¿Qué te parece a ti?».

Los ojos de Pinocho fueron de un lado a otro, pero no dijo nada. Nunca dice nada.

Quise concentrarme en Markov. Saqué los dos billetes de cien dólares, volví a mirarlos, pero seguía viendo a Richard y no a Benjamin Franklin en los billetes. «¡Por el amor de Dios, Cole, déjalo ya! Estás en la pista de Clark. Síguela».

¿Qué clase de hombre hay que ser para contratar a alguien que entre en la casa del novio de su exmujer?

¿Quieres parar?

Sabía por Lucy que Richard era abogado en la firma Benton, Meyers & Dane y que se había graduado en Derecho en la LSU, donde ella había estudiado, pero eso era todo, nunca había permitido que ocupara demasiado lugar en mis pensamientos. Y ahora, resultaba que había entrado en mi casa y en mi despacho en actitud beligerante e intimidatoria, cosa que podía asimilar, pero también me había advertido de que no tenía intención de permitir que Lucy dejara Baton Rouge, lo cual no me había gustado nada. Fuera lo que fuese lo que quisiera decir.

Decidí que si no podía dejar de pensar en el exmarido de Lucy lo más inteligente sería ocuparme del asunto. Había conocido a Lucy cuando trabajaba en un caso en Louisiana el año anterior. Mientras había estado allí había entablado relación con un par de miembros de la policía estatal de Louisiana y del Departamento de Policía de Baton Rouge. Así que los llamé y pregunté qué sabían sobre Richard y Epps. Les pregunté si podían facilitarme rápidamente sus antecedentes. Dijeron que me llamarían lo antes posible.

Mientras ellos trabajaban en ese asunto yo llamé a Joe Pike.

—Clark fue a Seattle para ver a un hombre llamado Wilson Brownell. Brownell es un maestro de las falsificaciones. Le enseñó a Clark cómo imprimir, de modo que, por lo que puedo deducir, Clark volvió a verse con Brownell porque vuelve al negocio.

—¿Crees que ha impreso dinero?

—Tengo dos billetes de cien dólares que me hacen dudar. Por otra parte, esto explicaría por qué Clark no quiere acudir a Jasper. Si está organizando algo, su intención será seguir hasta el final.

Pike no decía nada de momento, como si estuviera pensando.

—Conozco a una mujer que se llama Marsha Fields y que trabaja en la oficina del Tesoro, en el centro de la ciudad. Puedo llamarla esta noche, para ver si puedes pasar mañana por allí con los billetes.

—De acuerdo.

Y luego:

—¿Qué?

Como si percibiera algo en mi voz.

—El tío que entró en casa se llama Epps. Es el mismo del LeBaron y trabaja para el exmarido de Lucy. Acaban de dejar mi despacho.

Más silencio.

—¿Quieres que haga algo?

—No creo que tengamos que matarlo todavía.

—Sí, quizás otro día. —Y colgó.

A veces el silencio lo dice todo.

Me quedé mirando el teléfono un momento más y luego llamé a la oficina de atención a los estudiantes de la Louisiana State University. Un poco después llamé a Benton, Meyers & Dane y me hice pasar por un cliente en busca de información. Seis minutos después, llamaba al primero de mis dos amigos policías. Una hora y veintisiete minutos después de que Richard Chenier saliera de mi oficina, sabía que había sido esquinero de reserva del equipo de fútbol americano de la LSU hasta que una lesión en la rodilla acabó con su carrera deportiva universitaria. Había coqueteado con la política universitaria, se había graduado con sobresaliente, fue candidato a Rhodes, pero no salió elegido y nunca había sido detenido. Impresionante. También sabía que era socio de pleno derecho de BM&D, una firma especializada en leyes corporativas para el ámbito del petróleo, pero en ese momento no se encontraba en su despacho (¡claro, como que estaba en el mío!) y no se preveía que volviera hasta la semana siguiente. En cuanto a Lawrence Epps, había sido agente en Louisiana, pero había perdido el empleo y trabajaba de investigador para BM&D. Le habían arrestado en cuatro ocasiones, tres de ellas por asalto y una más por lesiones. Uno de los arrestos por pegar a su primera mujer. Un tipo adorable.

Entre esto y lo otro me sentía más conforme con el curso de los acontecimientos cuando me fui a casa. Richard seguía sin gustarme demasiado, pero parecía un tipo formal. Además, si pensara cómo me sentiría si me quisieran separar de un hijo, creo que también me volvería un poco loco. Después de todo, Lucy se había casado con ese hombre, y eso quería decir algo. Claro está que también se había divorciado de él, pero eso no me resultó evidente hasta bastante más tarde.

Esa tarde, cuando llegué a casa, el gato estaba sentado junto a su bol en la cocina. Hablé de todo eso con él mientras hacía la comida y le pregunté:

—¿Tú qué harías?

El gato pestañeó y luego se recogió para lamerse el ano. Los gatos llevan vidas sencillas.

Joe Pike me llamó a las nueve del día siguiente y me dijo que la agente especial Marsha Fields del Servicio Secreto de Estados Unidos me esperaba. Me hice huevos hervidos y muffins ingleses para desayunar y luego, sin prisas, me duché y vestí antes de abrirme camino a través de la ciudad hasta el Departamento del Tesoro.

El Tesoro tiene sus oficinas en el piso diecisiete del Roybal Federal Building, en pleno Los Ángeles, entre el Centro Parker de la Policía a un lado y el complejo del correccional federal metropolitano al otro. Los polis se sienten más seguros si se arraciman.

Aparqué en el sótano, luego tomé el ascensor hasta el piso correspondiente y allí pasé por un detector de metales y le di mi nombre a un tipo que parecía haberse comido un Pontiac para desayunar. Finalmente tomé otro ascensor hasta el diecisiete.

Cuando salí del ascensor, me esperaba una mujer alta y de complexión atlética con cabello corto y pelirrojo y traje pantalón azul.

—¿El señor Cole? Soy Marsha Fields. Joe Pike me pidió que examinara unos billetes para usted. —Me dio un apretón de manos bien firme y sonrió con afabilidad.

—Exacto. —Yo también sonreí e intenté recuperar la mano, pero ella no la soltaba.

—Mmm... ¿Y cómo obtuvo usted esos billetes?

Ella mantenía asida mi mano y yo pensaba que quizá no fuera a dejarla nunca, para esposarme si resultaba que los billetes eran falsos o por si no le respondía adecuadamente. Directo al país del Servicio Secreto.

—Hice efectivo un cheque en un mercado de Hollywood.

Ella mantuvo la mano presa y la sonrisa amplia durante un momento más y por fin la dejó estar.

—Bien, venga conmigo y veremos qué tenemos entre manos.

La seguí por un pasillo anodino en el que nos cruzamos con hombres y mujeres que ni nos miraban. Es mejor así si quieres mantener los secretos.

—Joe me ha explicado que usted y él trabajan juntos.

—Exacto. Joe es el dueño de la agencia conmigo.

—Joe es un hombre muy interesante.

—Ajá.

—Cuando nos conocimos él estaba en la Policía de Los Ángeles. Al final nos hicimos amigos.

Asentí. Parecía interesada.

—Muy amigos.

La miré.

—Joe habla bien de usted.

La expresión se le iluminó. De pronto ya no me parecía tan suspicaz.

—Supongo que a estas alturas ya estará casado.

El amor tendría algo que ver en esas preguntas. Y cuando no el amor, el deseo.

—Todavía no. Pero no hay que perder la esperanza.

Ella se sonrojó y fuimos a un pequeño laboratorio que se parecía bastante a la consulta de un médico y olía a nafta. A lo largo de una de las paredes una encimera negra se extendía por debajo de un estante en el que se alineaban pequeñas botellas y tres bandejas iluminadas. Una única pila de acero estaba empotrada en la encimera, con un microscopio binocular a un lado y una gran lupa montada en un atril al otro. La lucha contra el crimen moderno en su vertiente más precisa.

Alguien había recortado fotografías del presidente, el vicepresidente y el portavoz sobre la encimera y había usado un marcador para distinguirlos como Manny, Moe y Curley. Alguien más le había pintado la cara al presidente y había escrito: *¿A TI te gustaría recibir un balazo disparado por este payaso?* Éstos del Servicio Secreto son la leche.

Marsha Fields dijo:

—¿Puedo ver los billetes?

Le di los dos de cien. Dejó uno a un lado y se puso a trabajar con el otro. Lo examinó por ambos lados, luego lo dobló, lo frotó y volvió a comprobar la superficie. Lo puso en una de las bandejas para examinarlo con la lupa e inspeccionó el anverso y el reverso. Por fin chasqueó la lengua.

—Estos billetes son falsos.

—Falsos.

Clark, el mangante.

—Falsos. Pero no son cualquier cosa. Es un buen trabajo.

—¿Cómo lo sabe?

Sujetó el billete bajo la gran lupa para que lo viera y apuntó con un bolígrafo.

—Fíjese en las volutas alrededor del borde del billete. ¿Ve las líneas verticales tras el retrato de Benjamin Franklin y los rayos del sello del Tesoro? Todas estas líneas deberían verse limpias y enteras.

Miré en el lugar que me indicaba y pude ver que las líneas no se veían ni limpias ni enteras. Las paralelas se difuminaban en algunos lugares y en otros eran discontinuas o se separaban.

—Sí, ya lo veo.

—El dinero real se hace a partir de planchas de grabado, de manera que todas estas líneas se distinguen separadamente. Estos billetes, en cambio, están hechos en planchas de *offset*. El falsificador toma una fotografía del dinero real y luego hace una plancha de la fotografía. Lo que ocurre es que en cada uno de estos pasos se pierde algo de resolución, de manera que las líneas se emborronan. ¿Lo entiende?

Me miraba expectante, de manera que asentí.

—Claro.

Si consigues parecer listo, la gente creerá que lo eres.

—La otra pista está en el papel. Los billetes auténticos están impresos sobre una mezcla de algodón hecha por Crane Paper Mill en Dalton, Massachusetts. ¿Ve estas pequeñas líneas rojas y azules?

Me enseñó los filamentos rojos y azules que todos hemos visto en los billetes. También estaban en ése.

—Ya veo. Creía que el dinero falso no tenía estas líneas.

Ella asintió, encantada no solamente conmigo, sino también con el dinero falso.

—El dinero falso no las tiene y éste tampoco.

—Pero si las estoy viendo...

—No. Usted «cree» que las está viendo, lo cual es diferente.

Puso una gota de un producto de las botellitas del estante sobre el billete y no pasaba nada. Frunció el ceño, seleccionó otra botellita y puso una gota diferente en otra fibra roja. En esta ocasión la fibra se disolvió y ella sonrió.

—Las marcas azules y rojas en el dinero real son de fibra de rayón que está mezclada con la masa de algodón y lino cuando Crane hace el papel. —Rasgó el borde del billete y miró las fibras—. En este caso se trata de una fibra de lino bastante buena, quizá de una papelería europea, pero las marcas azul y roja se imprimieron sobre el papel en dos procesos separados. —Ahora sonreía ampliamente—. No es un trabajo de aficionado. Alguien se tomó un montón de molestias y el resultado es bueno.

Supongo que podía apreciar la habilidad de los falsificadores.

—¿Son billetes nuevos? —Pensaba que si en verdad Charles volvía a imprimir billetes falsos, iban a ser como éstos.

—Ah, no. Diría que éstos tienen ocho o diez años, por lo menos. —Apartó la bandeja de la lupa, pero no me devolvió los billetes—. Me parece que se ha quedado con doscientos dólares menos.

—Así son las cosas.

Ella se cruzó de brazos y asintió.

—Y ahora, ¿querrá decirme de verdad de dónde ha sacado este dinero?

—Ya se lo he dicho.

Ella volvió a sonreír. Se levantó.

—Ya.

—¿Se queda con ellos?

—Así son las cosas. Puede rellenar un formulario para solicitar el reembolso a través de esta oficina o de cualquier banco.

—Gracias.

—Dígale a Joe que me llame alguna vez.

Salí después de pasar los controles de seguridad, bajé por mi coche y empecé a avanzar hacia la oficina. Así que Clark y sus hijos vivían del dinero falsificado. Por eso lo pagaban todo en efectivo. Intentar depositarlo en una cuenta de ahorros o corriente era arriesgarse a que los descubrieran. Esos centenares de dólares que tenían en una cuenta quizá fueran el único dinero real de que disponían, pero Teri probablemente no lo sabía, del mismo modo que no sabía que su padre era un falsificador.

Naturalmente, saber que estaban viviendo gracias al dinero falso no significaba que Clark lo estuviera imprimiendo o estuviera intentándolo. Aquel material probablemente pertenecía al dinero que le había birlado a Markov.

Me dirigí a Temple, luego doblé a la izquierda en dirección a Hollywood Freeway. El tráfico del centro de la ciudad y la construcción de grandes proyectos ralentizaba la circulación en las calles. Tres calles más allá, al pasar un semáforo a punto de ponerse en rojo, unos cuatrocientos cláxones empezaban a rugir detrás de mí. Miré por el retrovisor y vi a qué se debía el escándalo. Un Camaro metálico nuevo y precioso se abría paso para llegar a la intersección. Un tipo rubio con un corte moderno conducía y otro parecido al Increíble Hulk le acompañaba.

Alexei Dobcek y Dimitri Sautin.

Por primera vez desde que Richard Chenier había entrado en mi despacho, me resultó fácil dejar de pensar en él. Los rusos habían llegado.

Justo antes de la hora del almuerzo, en la ciudad. En las aceras y calles de nuestro alrededor habría unas ochenta mil personas que abordaban con confianza los pasos de peatones, aunque los semáforos les indicaran lo contrario. Hacer algo semejante en Nueva York habría supuesto un suicidio colectivo, pero en Los Ángeles, donde los peatones tienen prioridad, los coches se amontonan en los carriles de desvío como los desechos en el sumidero. Dobcek no estaba acostumbrado a esto: en Seattle los peatones obedecen las señales de los semáforos.

No acortaron la distancia que me separaba de ellos, sólo intentaban no perderme de vista. Probablemente me siguieran desde mi despacho. Quizás esperaran que fuera a conducirlos hasta Clark.

Seguí conduciendo con el flujo del tráfico y dejé que Dobcek permaneciera atrás. Doblé al norte bajo la autopista hacia Sunset Boulevard y luego me metí en un centro comercial. El señor Despreocupado, el señor que tiene que hacer algunos recados. Dobcek y Sautin se subieron al bordillo de la acera una manzana antes, frente a una tienda de sopas e intentaron pasar inadvertidos. Algo un tanto difícil cuando uno pesa ciento cincuenta kilos.

Llamé a Joe Pike desde la cabina que había frente a una floristería.

—Dobcek y Sautin están sentados en un Camaro a cincuenta metros de aquí. Me vigilan.

—Dispárales.

La vida es sencilla para Pike. Lo mismo que para un gato.

—Pensaba más bien en la posibilidad de distraerles. Quizá me siguen desde la oficina y esperan que les conduzca a Clark.

—O quizás esperen otra ocasión para darte una paliza —gruñó Pike.

—Sí, eso también —admití.

Así que le dije dónde estaba y lo que quería.

—Intenta permanecer vivo hasta que llegue —me recomendó Pike.

Siempre con sus palabras de aliento.

Hice como si siguiera hablando durante otros cinco minutos, me metí en la floristería para pasar algún rato más y luego volví a meterme en el coche y continué por el norte hacia Sunset, asegurándome de que Dobcek y Sautin paraban en los mismos semáforos que yo.

Cuando llegué a la Elysian Park Avenue doblé hacia el Dodger Stadium y seguí adelante entre núcleos residenciales diseminados por las montañas hasta Chavez Ravine. El tráfico se hizo más escaso y pensé que tal vez Dobcek relajaría la persecución, pero no lo hizo.

Chavez Ravine es un barranco de fondo llano y amplio rodeado de montañas que

aíslan el estadio de la ciudad. El Dodger Stadium se asienta en el centro de la hondonada, rodeado por una pista de asfalto negro donde aparcaban algo parecido a naves alienígenas como en su pista de despegue. No hay más que hacerse con un robot grande y brillante para imaginar que Michael Rennie ha vuelto a la Tierra.

Una hora antes del partido en una fresca tarde de primavera habría allí cincuenta mil personas en coche. Un mediodía cualquiera, cuando los Dodgers estaban fuera de la ciudad, no se veía un alma. Un lugar ideal para una conversación o un asesinato.

Las carreteras serpenteaban por la base de la hondonada y pequeñas señales conducían al estadio o al Elysian Park o a otros lugares de interés. Yo seguí las señales y dejé atrás palmeras que hacían de centinela, en dirección a las taquillas, acelerando lo suficiente como para separarme un poco de los rusos. Dobcek, sin duda, no quería despegarse de mí, pero tenía que jugar entre eso y hacerse evidente a todas luces. Después de todo, si me perdía podría volver a recuperar el hilo esperando mi vuelta a la oficina. Aun así, me iba a seguir, puesto que tenía la certeza de que me dirigía hacia un domicilio franco en el que habría escondido a Clark y a sus hijos. Aceleré montaña arriba en dirección a las taquillas, pero no doblé allí. Salí de la carretera y puse el coche tras unos matorrales. No había llovido desde hacía semanas, así que el terreno estaba duro como el pavimento.

Cuarenta segundos más tarde el Camaro pasó a toda velocidad rumbo a la entrada. Vi que se le encendían las luces de freno y me crucé en la carretera, justo en la entrada, impidiéndoles la salida. El *jeep* de Pike estaba atravesado frente a ellos. Pike se apoyaba en la capota del *jeep*, apuntándoles con una Beretta automática de calibre doce. Salí, caminé hasta el coche y les sonreí.

—Béisbol, el gran pasatiempo americano.

Las manos de Dobcek estaban sobre el volante. Asintió.

—Buena jugada.

—Bienvenidos a Los Ángeles, chicos. Y ahora salid del coche y mantened las manos donde podamos verlas.

Dobcek salió primero. Cuando salió Dimitri Sautin, el pequeño Camaro se estremeció.

—Las armas —dije.

Pike acudió dando la vuelta al *jeep*, con la escopeta todavía al hombro. Dobcek tocó su Glock bajo el brazo izquierdo y la sacó. La arrojé al interior de mi Corvette. Miré a Dimitri Sautin.

—Ahora tú.

Sautin negó con la cabeza.

—No.

—Dimitri... —dijo Dobcek.

—Deberían quitárnoslas ellos —subrayó Dimitri—, si pueden.

Bajó las manos y le hizo una mueca a Pike. Dimitri Sautin era diez centímetros más alto que Pike. En cuanto al peso, le sobrepasaba en unos cuarenta kilos.

—Te va a doler —dijo Pike.

—Ja —dijo Sautin.

Sautin seguía sonriendo cuando Pike le dio una patada en un lado de la cara, un rápido *roundhouse*. Sautin dio un salto y pareció sorprendido, pero no cayó al suelo. Pike volvió a pegarle y esta vez Sautin se tambaleó. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el labio inferior le tembló y empezó a llorar.

—El arma —dijo Pike.

Dimitri Sautin sacó la Sig. Yo la recogí y la eché al Corvette, junto con el Glock.

Dobcek sonreía, y su expresión era horrible y depredadora. Los ojos le centelleaban a la luz del sol y estaban fijos en Joe Pike.

Les cacheé, quité las carteras y luego les dije que se apartaran del coche. Así lo hicieron. Inspeccioné el coche y encontré los papeles de alquiler. Habían llegado al aeropuerto de Los Ángeles esa misma mañana. Saqué las llaves de contacto y encontré dos bolsas de viaje en el maletero. Las revisé, pero no encontré nada más que ropa y artículos de aseo. También metí las bolsas en el Corvette. Dimitri Sautin se pasó el revés de la mano por la nariz y dijo:

—¿Vas a dejarnos sin muda limpia?

—La vida del criminal es horrible —les dije. Miré sus carteras, pero no encontré en ellas nada nuevo, así que las eché junto a las armas—. A Markov le va a impresionar mucho cuando se lo expliquéis.

—Si crees que se lo vamos a decir... —dijo Sautin.

—¡Cállate la boca, idiota! —le espetó Dobcek, cuyos ojos no se apartaban de Pike.

—Ya os lo dije en Seattle —les recordé—. Ni conozco a Clark Hewitt ni sé dónde está. Estáis perdiendo el tiempo.

—*Da* —dijo Dobcek.

—Si sois listos, volveréis a Seattle. Si intentáis sorprenderme otra vez, os mato.

El señor Amenazas.

Dobcek volvía a sonreír.

—Él no os matará —dijo Pike—, pero yo sí.

La sonrisa de Dobcek desapareció.

—¿Veis ese pequeño edificio en la falda de la montaña? —pregunté.

Sí que podían verlo.

—Andando.

Sautin empezó a caminar hacia el edificio de las taquillas, pero Dobcek no lo hizo. Dobcek miraba a Pike.

—Esta vez has ganado, pero supongo que nos veremos en otra ocasión, ¿verdad?

En el temblor de los labios de Pike se podía leer que ya estaba bien, que aquí o donde fuera, él siempre ganaría y Dobcek perdería.

Dobcek asintió levemente y empezó a seguir a Sautin.

Los miramos durante un rato y luego Pike dijo:

—Mientes muy bien. Lástima que no te crean.

—Sí, pero esto nos dará el tiempo suficiente para avisar a Clark. Ya le dije que iban a tener que largarse y ahora es un hecho, así que a ver si espabila. Seguro que no le va a gustar, pero no le queda otra.

Pike se metió en su *jeep* y salió con su cuchillo de caza de veinte centímetros de acero. Dio la vuelta al Camaro y rajó las cuatro ruedas. Eso nos daría más tiempo todavía.

—Ahora que me acuerdo —dije.

Él me miró.

—Los dos billetes de cien eran falsos.

Pike asintió.

—Tu amiga Marsha Fields se los ha quedado.

Otro movimiento de cabeza.

—Eso significa que en estos momentos estamos a unos menos quinientos.

Pike volvió a su *jeep*.

—La vida del criminal es horrible.

Me metí en mi coche y fui a avisar a Clark Hewitt.

Veinte minutos más tarde dejaba atrás Melrose y veía el Saturn verde. Aparqué detrás, luego fui hasta la puerta y llamé al timbre tres veces. Pensé que tal vez todos simulaban no estar en casa, cuando Teri abrió la puerta. No sonreía y apenas abrió la puerta para mirar fuera.

—Oh, hola.

—Yo también me alegro de verte.

Silencio.

—Necesito ver a tu padre.

—No está en casa.

Miré hacia el Saturn.

—Ha ido andando a Melrose a comprar.

Me acerqué más a la puerta.

—Está bien, esperaré.

Ella no se movía, ni hacía el gesto de abrir un poco más.

—Todavía puede tardar un rato.

—No importa. Cuando ganas un dineral como yo, el tiempo está a tu disposición.

Algo se abrió camino a través de la casa como un búfalo sobresaltado. Era Charles, que apareció detrás de Teri, con cara de llevarse una desilusión al verme:

—Jo, es él.

Él.

—¿Vas a abrir la puerta o me harás esperar aquí fuera?

Charles dio unas palmaditas en la espalda de su hermana para susurrarle algo al oído, pero lo bastante fuerte para que yo lo oyera.

—Dile que se vaya a tomar viento.

—¡Charles, por favor! —dije yo.

Teri se hizo a un lado para dejarme pasar.

—¡Hostia, mierda! —gritó Charles antes de correr con estruendo por toda la casa de vuelta y dar un portazo al entrar en su habitación.

Fui a la sala, ajusté las persianas y me senté en el sofá, de manera que podía ver la calle. Los rusos no habían llegado y no esperaba que lo hicieran, pero había que ser precavidos. Si nos encontraban, quizá pudiera entregarles a Charles.

—¿Dónde está Winona?

—En su habitación.

No tenían la tele encendida y Winona no apareció a saludarme. La casa no olía a galletas recién horneadas. Miré a Teri y ella me miró y no sé por qué la estancia cerrada de algún modo parecía expectante y tenebrosa.

—Qué silencio.

Teri, además de cansada, parecía más pequeña que antes. Sus ojos eran cuevas oscuras.

—¿Qué ha ido a comprar?

—Ropa.

Me senté y escuché. Su incomodidad era tan evidente que parecía magnificar los sonidos. Di unos golpecitos en el brazo del sofá y los golpes hicieron eco y se oyeron como truenos. Suspiré, y mi respiración se convirtió en una oleada de viento seco que arañaba el desierto.

—Ha vuelto a marcharse, ¿verdad?

Ella miró al suelo.

—¿Por cuánto tiempo?

No contestó. Imaginé a Dobcek y Sautin merodeando por el barrio, cada vez más cerca, hasta que finalmente se presentaran. Quizá no fueran solamente Dobcek y Sautin. Quizá fueran otros tipos. Otros mejores.

—¿Cuánto hace que se ha ido, Teri?

—Ayer por la mañana. —Una voz tan baja que apenas podía oírsele.

—No se ha llevado el Saturn.

—Iba andando a Melrose. Dijo que alguien iba a recogerlo.

—¿Dijo quién?

Ella negó con la cabeza.

—¿Dijo cuándo volvería, o adónde iba?

Quería aplastar mi cráneo, sentir el crujir de sus huesos habría sido un alivio.

Ella volvió a negar con la cabeza. No, claro que no había dicho nada.

—¿Y tampoco ha llamado?

—Ajá.

Inspiré con fuerza y luego solté el aire. Los rusos acababan de llegar y Clark había desaparecido. Otra vez. Quizás estuviera de nuevo en casa a la hora de la cena; quizá, no. Quizá Dobcek y Sautin no fueran los únicos rusos llegados a la ciudad. Quizás esos tipos ya tenían a Clark, pero ése probablemente tampoco fuera el caso. Clark podría estar sentado en un despacho de los agentes federales en ese mismo momento, solicitando que volvieran a incluirlo en el programa, pero tampoco apostaría por esa posibilidad. Fuera como fuese, yo no iba a dejar a esos niños solos nunca más.

—¿Tenéis algún Tylenol por ahí?

Cuando lo tuve me excusé y fui a la cocina, bebí un vaso de agua del grifo y luego volví a la sala. Teri no se había movido y la casa parecía incluso más silenciosa. Pensé en cuán a menudo habría sido así. Quizá más a menudo de lo que imaginaba.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Volverá muy pronto. —Intentaba expresar esperanza—. Siempre vuelve.

—Espero que tengas razón. —Me senté muy cerca de ella y le hablé con

suavidad. Quería que lo supiera antes que Charles y Winona—. Tenemos que hablar sobre algunas cosas que no son agradables. No sé cuánto sabes tú, ni todo lo que habrás supuesto, pero no veo otro modo de hacerlo.

—Sobre Seattle.

Una afirmación. Como si supiera lo que iba a seguir y le tuviera miedo.

—Eso es, Seattle.

Ella recordaba el día en que se habían marchado de allí, recordaba a los hombres que se los habían llevado en una furgoneta en plena tormenta. Recordaba el trueno que no había sido un trueno. Recordaba edificios federales grises y aviones. Sabía que se habían mudado a Salt Lake City y que les habían cambiado el apellido porque unos hombres malos perseguían a su padre, aunque no sabía por qué. Yo se lo dije. No quería decírselo y no me sentí bien al hacerlo, pero necesitaba saberlo.

—Tu padre falsificó dinero para un hombre llamado Vasili Markov. Markov quería matar a tu padre, así que tu padre se prestó a presentar pruebas contra él. De este modo podían incluirle en un programa de protección de testigos. ¿Sabes a qué me refiero?

Sus labios habían formado un nudo pequeño y duro.

—No soy tonta.

—Tu padre aprendió el oficio de un hombre llamado Wilson Brownell, allá en Seattle. La gente de Markov llevaba tiempo vigilando a Brownell, porque pensaban que allí se tramaba algo. También vigilaban la tumba de tu madre. Allí fue donde me vieron.

Los labios apretados se relajaron.

—¿Ha visitado la tumba de mi madre?

—Los hombres que siguen a tu padre han venido a Los Ángeles. Ya han venido a buscarme, porque sospechan que sé dónde estáis y eso significa que se quedarán hasta encontrar a vuestro padre. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí —contestó, tesa.

—Esos hombres son peligrosos y no voy a irme de aquí dejándoos solos. Ahora ya no puedo hacerlo.

Me estudió, sin verme en realidad, con respiración acompasada. Se notaba que estaba reflexionando. Oí un crujido en el pasillo. Quizá fuera Charles, escuchando a escondidas.

—¿Y qué hay de mi padre?

—Creo que va a volver a imprimir billetes, pero no puedo asegurarlo. Supongo que por ese motivo fue a ver a Brownell.

No me sentía capaz de hablarle de las drogas. Eso no.

Con los ojos entrecerrados Teresa movía los labios, pero yo no acertaba a entender lo que decía. Pestañeó y pensé que quizás estuviera intentando contener las lágrimas.

—Sé que es muy duro.

Lo dije tan suavemente como pude.

Se encorvó y puso los codos sobre las rodillas, cruzó los brazos y apretó los labios. Un nudo fuerte y prieto. Dijo algo, pero no entendí qué.

—No entiendo lo que dices, Teri.

Volvió a decirlo otra vez:

—¡Es un fracasado!

Yo no supe qué decir.

—Lo fastidia todo. Nos ha fastidiado la vida. —Pestañeó varias veces y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Intento mejorar las cosas, pero empeoran. ¡Lo intento con todas mis fuerzas!

Las lágrimas corrían por sus mejillas y se colaban por las comisuras de sus labios. Puse una mano sobre su hombro y no pude evitar empezar a pestañear.

—Teri. —Algo volvió a crujir en el pasillo y una puerta se cerró.

—Por favor, no deje que le hagan daño.

Era probable que lo hubieran cogido. Era probable que hubiera muerto.

—Solamente puedo ayudarle de una manera: encontrándole antes que ellos, ¿entiendes?

Se secó los ojos con el dorso de la mano y luego respiró hondo. Se recuperaba antes de llegar al fondo de la desesperación. Supuse que tenía mucha práctica.

—Pero eso —continué— no puedo hacerlo si seguís aquí. O llamo a los federales para que se hagan cargo de vosotros o venís conmigo. Lo que no es posible es que os quedéis como si no pasara nada.

Volvió a secarse los ojos y esta vez ya no había lágrimas. Era como si nunca las hubiera habido.

—¿Adónde nos lleva?

—De momento iremos a mi casa, pero tendremos que encontrar una más segura. Resulta fácil encontrarme y los rusos pueden asomarse por allí arriba.

—¿Qué ocurrirá con mi padre?

—Le buscaré en cuanto estéis en lugar seguro.

—Volverá aquí.

—Entonces le esperaré, pero primero tenemos que conseguir que vayáis a un lugar seguro.

Allí, sentada al borde del sofá, parecía pequeña y vulnerable. Se ajustó las gafas y se puso de pie.

—Muy bien. —Simplemente así—. Será mejor que prepare a Charles y a Winona. Otra vez la madre de quince años que cuidaba de su familia.

Recorrimos el pasillo hacia las habitaciones. Ambas puertas estaban cerradas.

—Charles, Winona —dije—. Salid, por favor.

La puerta de Winona se abrió suavemente y salió al pasillo. Oímos la voz de Charles apagada tras su puerta cerrada.

—¡Que te jodan!

Había estado escuchando, claro.

—Charles —le dijo su hermana mayor—. Nos vamos por unos cuantos días. Tenemos que hacer el equipaje.

—¡Y una mierda!

Sonreí a Winona.

—¡Hola, cariño!

Era el señor Amistoso. El señor No-tengas-miedo-del-señor-que-te-va-a-llevar.

—Hola.

Ella también sonreía, pero con desconfianza. Era la primera vez que veía a Winona desprovista de la efervescencia propia de su edad. Supuse que si mi padre hubiese entrado y salido de escena con aquella asiduidad y sin avisar yo también me habría sentido inseguro. Llevaba sujeto a una trabilla de los pantalones el gnomo llavero. Supuse que si no podía tener a su padre, por lo menos tendría al gnomo. Seguramente en algunas ocasiones ambos eran una misma cosa.

—Teri —dije—, ¿por qué no ayudas a Winona con su equipaje? Yo hablaré con Charles.

—¡Yo no voy! —gritó Charles.

—Ven, Winona —dijo Teri—. Tú me ayudas a empaquetar y yo te ayudo a ti.

Fueron a su habitación y yo volví a llamar a la puerta de Charles.

—Venga, colega...

—¡Que te jodan!

Llamé otra vez y por fin abrí la puerta. En cuanto lo hice corrió y empujó por el otro lado con todas sus fuerzas, sin dejar de gritar:

—¡Que te jodan! ¡Lárgate de aquí! ¡Hijo de puta!

Tenía la cara roja y lloraba. Yo me sentía como un cerdo.

Empujé la puerta mientras Charles, del otro lado, lloraba desconsolado, el pecho palpitándole, sin dejar de gritar:

—¡Lárgate! ¡Lárgate de aquí!

Hasta que abrí la puerta y él se lanzó sobre mí, de cabeza, dándome puñetazos y escupiéndome y gritando que me fuera, y yo le atraje hacia mí y lo sujeté, y al cabo de unos momentos todos aquellos gritos y llores se convirtieron en un sollozo entrecortado. Era una habitación insulsa, en la que no había más que una cama y un armario, sin ningún póster, sin ninguno de los juguetes, sin ninguno de los elementos habituales en las habitaciones de los chavales de doce años. Quizá Charles pensara que no valía la pena preocuparse, porque no iban a quedarse allí mucho tiempo.

—Todo está bien, campeón.

—Ojalá no vuelva nunca.

Le abracé.

—¡Ojalá esté muerto!

Le abracé más fuerte.

—¿Charles? —Era la voz de Teri, que nos miraba desde la puerta.

—Estamos bien, Teri —dije.

Charles y yo estuvimos así un buen rato. Cuando los sollozos se apagaron intenté soltarle, pero entonces quien me abrazaba era él, con los brazos rígidos rodeándome las costillas, con la cara hundida en mi pecho. Sentía la humedad traspasándome la camisa.

—Todo está bien, campeón.

Lo dije cinco o seis veces. Quizá más.

Dejé que Charles me tuviera abrazado durante un par de minutos y luego le dije que nos marchábamos a mi casa y que cuando estuviéramos en lugar seguro podría ocuparme de encontrar a su padre. Charles se volvió sin mirarme, se limpió la nariz con el revés de la mano y empezó a preparar su bolsa.

—Que se joda —dijo.

Quizá fuera yo quien matara a Clark si no lo hacían los rusos.

Llamé a Pike mientras ellos preparaban sus bolsas.

—Clark se ha ido —le dije—, otra vez.

Durante unos segundos Pike no dijo nada.

—Vas a llevarte a los chicos a otro lugar.

—Exacto. Me los llevo a casa. Pero no quiero que pasen allí la noche. Sautin y Dobcek pueden aparecer en cualquier momento.

—De acuerdo.

—¿Imaginas que podríamos encontrar algún domicilio franco?

Pike conocía a gente y en ocasiones anteriores ya había localizado lugares seguros donde refugiarse. Una casa abandonada en Bel Air, o un tráiler de Airstream en el desierto, cerca de la base de la Fuerza Aérea de Edwards. Nunca se sabe. Quizá todos esos lugares fueran suyos y no se quería tomar la molestia de decírmelo.

—Déjame hacer unas llamadas. Nos vemos en tu casa más tarde.

Cuando colgué, Teri, Winona y Charles ya estaban listos. No sabía a ciencia cierta si era que no tenían demasiado que empaquetar o bien que con tanta práctica lo hacían en un momento.

Cerramos la casa, pusimos las bolsas tras los asientos y los cuatro hicimos juntos el trayecto hasta Laurel Canyon. Ellos tres iban hechos una piña en el asiento de atrás. Teri se había ofrecido a conducir su coche, pero le dije que no. No porque me preocupara que tuviera un accidente. Me preocupaba más que pudiera escaparse cuando llegáramos a donde tuviéramos que llegar.

—Estoy agobiado —dijo Charles.

—Acostúmbrate —le aconsejó Teri.

Fui despacito porque ninguno llevaba cinturón de seguridad. Elvis Cole, el padre no-tan-responsable que se aseguraba de que no le siguiera un ejército de sicarios rusos.

Teri y Charles iban callados, pero después de un rato Winona empezó a hablar sobre lo mucho que le gustaba ir en un descapotable. El viento soplaba entre nuestros cabellos y Winona decía que le hacía sentir como si estuviera en un desfile. Charles se portaba bien y no hacía gestos soeces a nadie, mientras que Teri parecía perdida en sus pensamientos. En definitiva, cada uno tenía su propia manera de asumir lo que estaba ocurriendo.

Pronto dejamos la ciudad atrás y subimos entre los árboles. Algo más tarde entrábamos en el cobertizo.

—¿Es tu casa? —preguntó Winona.

—Sí.

—Parece un tipi.

—Es una casa prefabricada con forma de A, alta y empinada.

Charles se deslizó fuera del coche y miró hacia los árboles y las laderas que se veían desde allí.

—¿Hay osos por aquí?

—Nada de osos. Solamente coyotes y serpientes cascabel.

Miró al suelo y luego puso mala cara.

—¿A qué huele?

—Charles se ha tirado un pedo —dijo Winona.

—No seas grosera —protestó Teri.

—Son esos eucaliptos —le dije señalándole los árboles—. El sol hace que se les abra la corteza y la savia que tienen huele como el enjuague bucal, ¿no crees?

Me siguieron por la cocina hasta la sala. Les dije que dejaran sus bolsas en la escalera y abrí las cortinas y las grandes puertas de cristal para dejar que entrara la brisa de la terraza. Después comprobé el contestador. Lucy había dejado un mensaje y me decía que la llamara.

—¿Es la señorita Chenier? —preguntó Teri.

—Sipo.

—¿No va a llamarla?

—En cuanto nos hayamos organizado. Podéis salir a la terraza, pero nada de subirse a la baranda. Podéis jugar en la pendiente, pero tened cuidado con las serpientes.

Campamento de verano en la residencia Cole. Desde la puerta miraron la terraza y la cuesta, pero sin salir. Las serpientes.

—En la nevera encontraréis refrescos, leche y agua. Servíos. Después de instalarnos haré la comida.

—No tiene que cocinar para nosotros —dijo Teri.

No había salido a la terraza. Seguía en la sala, junto a la escalera, con los brazos cruzados.

—Pues claro que voy a cocinar. Pero puedes ayudarme si quieres. ¿Os gusta el pastel de carne?

Se miraron entre ellos, encogiéndose de hombros, y por fin Teri dijo:

—Nos encantaría, gracias.

Charles miró hacia el altillo.

—¿Qué hay allá arriba?

—Es mi estudio. Venid, os lo enseñaré.

Les mostré el baño de la parte inferior de la escalera y luego les llevé arriba. Charles y Winona curioseaban por el estudio, pero Teri fue a la barandilla y se quedó allí mirando el resto de la casa. Desde donde se encontraba podía verse la zona del comedor, la sala y el cañón, al otro lado de los cristales. Miró hacia el gran triángulo de cristal de la fachada trasera y luego arriba, al extremo superior del tejado, tan puntiagudo, tan alto. Miró mi cama y el armario empotrado. Luego otra vez la sala.

—¿Vive aquí solo?

—Sí, excepto el gato.

Deslizó las manos a lo largo de la barandilla y luego volvió a mirar la habitación a su alrededor.

—Es bonita.

—Gracias.

Desde mi punto de vista, mi casa no era nada extraordinario, pero me di cuenta de que para ella probablemente fuera un mundo diferente. Para ellos la vida había consistido en una serie de casas amuebladas de alquiler, hogares de otras personas y muebles de otras personas, lugares donde estar hasta que su padre decidiera que era el momento de partir, tan perecederos como un periódico.

Les enseñé el baño de arriba y finalmente volvimos abajo. Cuando estuvimos allí vimos que Joe Pike esperaba en silencio en la entrada. Simplemente ahí.

Charles lanzó un grito de sorpresa y gritó:

—¡Jo, qué susto me ha dado!

—Sí —dijo Pike.

Charles corrió afuera y miró desde la terraza. Creo que Joe le daba más miedo que las serpientes.

—Tendré la cena lista en un minuto, pero primero tenemos que hablar. Charles, entra.

Charles entró con reticencia. Los tres me miraban. Charles también lanzaba miradas nerviosas a Joe.

—Mañana me pondré a buscar a vuestro padre, de manera que necesito pistas. ¿Le dijo algo a alguno de vosotros mientras estuvo en casa?

Se miraron y negaron con la cabeza.

—Nada que pudiera ser una pista para usted —dijo Teri.

—¿Ninguna información que pudiera indicarnos adónde iba?

—Decía que íbamos a irnos de allí pronto —recordó Winona—. Decía que íbamos a tener una tele grande de verdad.

Fantástico.

—Hizo algunas llamadas —dijo Teri.

—¿Escuchasteis lo que decía?

Todos volvieron a negar con la cabeza, pero en el caso de Charles el movimiento no había resultado particularmente convincente.

—¿Charles?

—No hice nada.

—No, pero quizás oyeras algo.

Se movía nervioso y por fin se encogió de hombros.

—Dijo algo de que iba a ver a alguien.

—¿Oíste algún nombre?

—Ray.

—¿Dijo el nombre «Ray»?

Hombros encogidos otra vez.

—¿Qué tal «Tre»? —intervino Pike.

Charles hizo una mueca, pero esta vez sin movimiento de hombros.

—Sí, quizá fuera eso.

Pike negó con la cabeza y salió a la terraza.

Les mostré mis cintas de vídeo y les dije que escogieran una. Winona eligió *Independence Day*. Les dejé con la película puesta, metí a descongelar en el microondas un kilo de carne de pavo molida y estaba a punto de reunirme con Pike en la terraza cuando Lucy Chenier volvió a llamar.

—Estaba a punto de llamarte. ¿Has cerrado el trato?

Al otro lado de la línea hubo un gran silencio.

—No estoy segura de que tenga ninguna oferta de trabajo que negociar.

Me quedé de pie en la cocina con el teléfono en la mano. Winona y Charles observaban la entrada de grandes naves elípticas en la atmósfera, pero Teri me miraba a mí.

—¿Qué quieres decir con eso de «ninguna oferta de trabajo»?

Pike me miraba desde la terraza, con curiosidad.

—Uf, tenía mucha necesidad de hablar contigo, Elvis. —Su voz sonaba profunda y vacía.

Agarré el auricular con más fuerza.

—¿Lucy?

—Cuando David se presentó ante ellos vio que habían reducido los términos del contrato. Cambiaron cada uno de los puntos de acuerdo y dijeron que estaban reconsiderando el monto de mi salario. —Percibía el dolor en su voz—. Si es que no lo entiendo...

—Quizá solamente se trate de una táctica de negociación.

—David no lo cree. Ha pasado por esto un montón de veces y piensa que en realidad han cambiado de opinión sobre la conveniencia de contratarme.

Me apoyé en la encimera y pensé en lo que podía hacerse.

—Quizá deberías llamar a Tracy Mannos.

—Ya la he llamado, pero todavía no me ha contestado.

Fruncí el ceño. Pensé en Richard en mi oficina, en cuando me había dicho que no se resignaría a que Lucy se marchara. Pensé en ello unos segundos más y negué con la cabeza.

—Richard vino a verme —dije al fin.

Silencio.

—Ha contratado a un tal Epps para que nos siga cuando vienes por aquí.

Le expliqué que Epps había estado registrando mi casa y la visita de Richard a mi despacho. *Supongo que no irás a creer que voy a dejarla marchar, ¿verdad?*

Ella se aclaró la garganta y dijo:

—Mi exmarido, Richard. El padre de Ben. —Carraspeó de nuevo—. ¿Dices que fue a verte?

—Sí. Ayer.

—Y no me llamaste. —No era una pregunta. Más bien una afirmación, como un deseo de asegurar que consideraba sin ambages los hechos que marcaban su vida—. No creíste que valiera la pena llamarme para comentarlo.

Suspiré.

—Ha sido un error, ¿no?

Silencio otra vez. Pike y Teri me miraron hasta que Pike negó con la cabeza y se volvió. A veces no puedes ganar.

—Pensé en llamarte, pero no me parecía importante. Me parecía algo entre Richard y yo, no quería mezclarte en eso.

—Un asunto de hombres, ¿no?

¿Cómo deletreas «imbécil»?

—Le preocupa que Ben y tú os mudéis. Se ha pasado de la raya con Epps y todo este asunto, pero de ahí a pensar que tiene algo que ver con la KROK...

—No lo sabes tú bien, Elvis. Es exactamente el tipo de actuación que le caracteriza.

Podía oír su respiración. No le había preguntado nunca sobre su matrimonio, ni sobre qué les había llevado al divorcio, ni tampoco quería hacerlo en ese momento.

—Creo que voy a tener que ir por allí —dijo.

—Primero habla con Tracy. No conviene que vengas hasta saber a qué te enfrentas. Quizá te equivoques.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

—Elvis —dijo finalmente—, lo siento mucho.

—No hay nada que tengas que lamentar.

—Richard.

Colgó sin decir ninguna otra palabra. Me había quedado de pie en la cocina, escuchando el tono de marcar. Finalmente colgué y me reuní con Pike en la terraza. Se acercaba el final del día y, hacia el este, el cielo se cubría de una bruma color hueso. En algún lugar algo estaba quemándose.

—¿Qué? —preguntó Pike.

Se lo expliqué.

Pike escuchó sin hacer comentarios y luego dijo:

—Ya me parecía que tendríamos que matarlo.

Siempre el comentario más práctico.

—La verdad, no lo veo así, pero nunca se sabe... ¿Qué puede tener que ver un tipo de Louisiana con un canal de televisión de Los Ángeles?

Pike cruzó los brazos y se apoyó en la barandilla. Ladeó ligeramente la cabeza como siempre, como si de algún modo estuviera más allá de él. Podía ver la pantalla del televisor reflejada en sus gafas.

—Primero los rusos y ahora esto. Mucho que pensar.

—Sí, pero soy grande.

Asintió.

—Concéntrate. Piensa que si haces lo incorrecto en el momento equivocado arriesgas el pellejo.

—Gracias.

—Y si no arriesgas tu pellejo, arriesgas mi pellejo, o el de estos chavales.

¡Hay que ver cómo es el tío!

—Bueno, ¿tienes ya un piso franco?

—Un sitio en Studio City. Tres dormitorios, amueblado, teléfonos. Podemos disponer de él durante el tiempo que sea necesario.

Me dijo la dirección.

—Suena bien. Estaba pensando que a lo mejor paso la noche en casa de Clark. Si los rusos todavía no lo han pillado es probable que Clark vuelva. Quizás esté allá ahora mismo.

La boca de Pike tembló.

—Seguro.

—Bueno, los milagros ocurren.

Pike me dijo que necesitaba comprar provisiones para el piso franco y que volvería luego. Me metí en la cocina para preparar la cena. Tenía media lechuga iceberg y una bolsa de brotes y un par de tomates que bastarían para una ensalada. También tenía media docena de patatas nuevas para acompañar el pastel de carne de pavo. Lo estaba reuniendo todo cuando Teri entró en la cocina y dijo:

—¿Puedo ayudar?

—Claro que sí.

Le expliqué mis planes. Luego le enseñé dónde tenía los cuchillos y las tablas de cortar y le di una pequeña cebolla Maui y dos zanahorias.

—¿Qué va a hacer con las zanahorias?

—Son para el pastel de pavo.

Me miró sin entender.

—También le añadiremos pasas y un poco de salsa de soja y quizás algunos guisantes. Ya verás.

—A Winona no le gustan los guisantes.

—Muy bien, pues olvidemos los guisantes.

Empezó con la cebolla mientras yo me encargaba de las patatas. Teri utilizaba el cuchillo con cuidado y habilidad, de manera que cortó la cebolla en trocitos uniformes mientras Charles y Winona contemplaban la destrucción de la Tierra. Miré dos veces a Teri y en ambas ocasiones la sorprendí mirándome. Dos veces le sonreí, dos veces desvió la mirada. Después de la segunda dijo:

—¿Cómo puede ser que Lucy sea su novia si vive en Louisiana?

—No lo planeamos de esta manera. Simplemente ocurrió.

Supuse que había estado escuchando nuestra conversación.

—¿Usted sale con otras chicas?

—No. Durante un tiempo lo hice, pero no dejaba de pensar en Lucy, así que dejé de ver a otras personas.

—Y ella, ¿queda con chicos?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

—Le han ofrecido un trabajo aquí —le contesté, frunciendo el ceño— y lo más probable es que venga a vivir aquí, si llegan a un acuerdo.

Si es que había términos que acordar. Seguí cortando.

—¿Y qué ocurrirá si no puede venir?

—Ya nos arreglaríamos.

Corté más deprisa. Esa chica era peor que Joe Pike.

En cuanto Teri hubo acabado con las zanahorias las añadí al pavo y luego agregamos las pasas y la salsa de soja y un par de huevos. Dejé que Teri le diera forma al pastel mientras yo buscaba una fuente de hornear. Pusimos la carne en la fuente y la rodeamos de patatas. No me pareció que hubiera suficientes, de manera que añadí una lata entera de patatas peladas y lo espolvoreé todo con paprika. Pusimos el pastel con patatas al horno a 250 grados durante una hora.

—Siento lo que ocurrió en nuestra casa —dijo Teri.

—¿A qué te refieres?

Parecía avergonzada.

—Cuando lloré.

Recordé sus ojos brillantes. Recordé algunas lágrimas. Luego recordaba que se las había guardado para mantener el tipo como un jefe de las SWAT con veinte años de carrera.

—No tienes por qué pedir disculpas por eso.

—No me puedo permitir perder el control —dijo negando con la cabeza.

—Tienes quince años. Llorar es bueno.

Miró al suelo.

—Soy todo lo que tienen. Si me desmoronara, ¿quién cuidaría de Winona y Charles?

—¿Y qué hay de ti? —pregunté, mirándola fijamente—. ¿Quién cuida de ti?

Apretó los labios. Cuando hablaba, su voz era suave.

—Yo no tengo a nadie.

—No —contesté negando con la cabeza—, eso no es cierto. Me tienes a mí.

Me miró con extrañeza y luego ladeó la cabeza.

—¡Sí, claro! —dijo ella con sorna antes de salir de la cocina y subir la escalera.

—¿Eh? —acerté a decir.

Me quedé en la cocina, abrí una Falstaff y miré el horno. En la sala se sucedían las explosiones y Winona reía. La cocina parecía más segura.

Charles se acercó, parecía que algo le preocupaba.

—¿Qué? —le pregunté.

—No, nada.

Le eché otro trago a la Falstaff. Eché un vistazo a mi reloj y pensé que Pike estaría pronto de vuelta. Eso de hacer de canguro me parecía un trabajo durísimo.

Charles se deslizó por la puerta.

—No lo decía en serio.

—¿Qué es lo que no decías en serio?

Tenía las manos metidas en los bolsillos y la cara encendida.

—No quiero que él se muera.

Le miré y suspiré.

—Lo sé, Charles. No te preocupes.

Charles volvió a la sala. Yo permanecí en la cocina.

Joe Pike asomó por la puerta cuarenta minutos después y el reloj del horno sonó casi inmediatamente. Joe y Winona comieron. El resto de nosotros no tenía hambre.

Cuando la mesa estuvo recogida volví a la casa para esperar allí a Clark Hewitt.

El Saturn seguía en su sitio. Las luces de la casa de los Hewitt estaban apagadas. Era una de las dos casas durmientes de la calle.

Pasé por delante y aparqué justo en la esquina. Luego retrocedí caminando. El aire de la noche era fresco y los sonidos del tráfico allá en Melrose se mezclaban con las voces y las risas de niños jugando y adultos dándose un paseo vespertino.

Esperé a que dos mujeres jóvenes que paseaban a un perro me hubieran adelantado y aproveché el momento para remontar con aire despreocupado el sendero y entrar en la casa con las llaves de Teri. No encendí las luces. Quería volver a inspeccionar la casa, pero no a costa de poner sobre aviso a Clark o a un coche lleno de rusos que pasara por allí. Me quité la chaqueta y la pistolera, puse la Dan Wesson donde pudiera tenerla a mano y me instalé en el sofá. Al cabo de un rato dormía, aunque a menudo me despertaban los ruidos propios de una casa extraña. Me levantaba cuando prefería asegurarme de que aquellos ruidos no los hacían ni Clark ni los matones rusos. Así pasó la noche, hasta que poco a poco la oscuridad dio paso al amanecer. Clark Hewitt no volvió.

A las seis y catorce minutos de la mañana siguiente, decidí que ya disponía de luz suficiente para trabajar. La inspección que hice fue más rigurosa que la realizada con Teri: deshice la cama de Clark, revisé las costuras del colchón y del somier, saqué todos los cajones de la cómoda y del chifonier para comprobar que no tenían nada adherido por detrás ni por debajo. No sabía qué estaba buscando, ni siquiera pensaba que fuera a encontrar algo, aunque nunca se sabe. Cuando las oficinas de la compañía telefónica abrieran a las nueve tenía pensado comprobar las llamadas que Clark había hecho cuando estuvo en la casa. Hasta entonces podía seguir buscando o bien quedarme en el sofá y mirar a Regis y Kathie Lee. Elegí hacer como si de verdad fuera un detective.

Revisé el armario de Clark de arriba abajo: los bolsillos de sus camisas y pantalones y chaquetas. También sus zapatos. No tenía muchos, de manera que no me llevó demasiado tiempo. Inspeccioné el baño y luego una vez más la cocina. Luego revisé las habitaciones de los niños y el recibidor. Acabé a las ocho y dieciséis minutos: seguía sin encontrar nada.

Volví a la cocina, encontré un frasco de Taster's Choice instantáneo y me hice una taza con agua caliente del grifo. Por lo menos había encontrado el café.

Mientras sorbía el café y pensaba en telefonar a Tracy Mannos, me di cuenta de que en el recibidor había una trampilla para acceder al tejado. No había reparado en ella porque la cuerda que suele colgar de ahí para tirar de la puerta y abrirla estaba sujeta. Por otra parte, muchas casas de la California meridional se construyen sin altillos a causa del calor. De existir alguno, dispone sólo de espacio para avanzar a

gatas. Fui al recibidor y miré la trampilla. La habían pintado unos cuantos cientos de veces, pero la puerta parecía poder abrirse. De hecho, las huellas de dedos en los bordes demostraban que se había usado. Quizá pudiera descubrir algo más que café instantáneo.

Me hice con una de las sillas del comedor, empujé hacia abajo la puerta, desplegué la escalera y subí lo suficiente para asomar la cabeza en aquel espacio tan limitado. Eran apenas las ocho y veinte y ya era un horno.

Volví a la cocina en busca de una linterna, me quité la camisa y subí reptando. A unos tres metros, junto a una de las vigas, percibí un bulto. Tomé impulso, y avancé a gatas, a lo largo de vigas de antes de la guerra, hasta una bolsa de deportes, tan limpia y libre de polvo como si acabaran de colocarla allí. La abrí lo suficiente para ver qué había y vi paquetes encintados de billetes de cien dólares.

—¡Ajá!

Cuando uno pasa mucho tiempo solo en una casa vacía acaba diciendo cualquier tontería.

Saqué la bolsa y la abrí sobre el suelo del recibidor. Allí conté algo más de veintitrés mil dólares en billetes de cien, iguales a los que la agente especial Marsha Fields había confiscado. Dinero de Markov. Dinero con el que los Hewitt habían vivido durante los últimos tres años, dinero lo bastante bueno para ir tirando mientras no hubiera que ingresarlo en un banco o no cayera en manos de un agente del Servicio Secreto.

Luego volví a decir «¡ajá!».

Mezclados con el dinero había media docena de catálogos de imprenta, todos ellos con la etiqueta de envío por correo a nombre de Wilson Brownell en Seattle, Washington. En definitiva, que Clark había vuelto a imprimir y probablemente Brownell le ayudaba. Quizá fueran socios.

A las nueve y dos minutos, volvía a poner el dinero en la bolsa y la bolsa en el altillo. Me quedé con los catálogos. Tenía una idea bastante clara de con quién habría estado hablando Clark y, después de dejar la bolsa en su sitio, llamé a mi amiga de la compañía telefónica y le pedí que comprobara la línea de Hewitt en los últimos tres días para estar seguro. No le llevó demasiado tiempo. Me dijo que se habían hecho tres llamadas a dos números, una de ellas de veintiséis minutos, a Seattle. Los otros dos números eran de Los Ángeles y estaban a nombre de Tre Michaels. Charles había acertado.

Si me quedaba en la casa durante el tiempo suficiente, Clark acabaría apareciendo. El dinero estaba allí y, creería él, los niños también, pero considerando la experiencia anterior quizá tuviera que esperarle durante días. Dado que había telefonado a Tre Michaels, daba por hecho que querría ponerse en contacto, lo que significaba que habría visitado o visitaría Culver City. Los yonquis pueden prescindir de pasar por casa, pero nunca pierden sus contactos. Por lo tanto, era muy posible que Tre Michaels supiera algo. Quizá se estuvieran chutando juntos en ese preciso

momento.

Me lavé, cerré la casa y conduje hacia el sur, en dirección a Culver City y el Bestco. Pregunté por Tre a un vendedor paquistaní llamado Rashid, pero éste me informó de que era el día libre del amiguito de Clark. Vaya. Recorrí Overland para ir hasta su apartamento, sabiendo que la posibilidad de encontrarle allí era remota, pero cuando doblaba en su calle, Michaels se cruzó conmigo en dirección opuesta al volante de un Acura azul oscuro. Cuestión de suerte.

Di la vuelta sin dejar de pensar que esa misma suerte podía perdurar y que Tre me llevaría hasta Clark. Pero no. Se dirigió al parque de Culver City y estacionó cerca de una furgoneta Dodge oxidada, en cuyos alrededores un par de chicos de pelo largo y aclarado por el sol hacían skateboard. No llevaban camiseta, eran musculosos, estaban bien bronceados y vestían pantalones cortos y anchos y zapatillas de caña alta. En cuanto Tre salió del Acura, dejaron los patines y abrieron la puerta lateral de la furgoneta. Michaels abrió el maletero de su coche y todos se pusieron a cargar lectores de disco láser Sony en la furgoneta. Los aparatos no habían salido de sus embalajes y con certeza se los habían robado a Bestco. Tre cerró su maletero y todos subieron a la furgoneta. El vehículo, con las ventanas tapadas por cortinas, ni se puso en marcha ni se movió. El simpático «chutemóvil» del barrio.

Dejé el coche en el otro extremo del aparcamiento, luego me deslicé hasta la furgoneta y escuché. Nada. Por allí cerca dos mujeres paseaban con sus bebés en carros de tres ruedas, una pareja de jóvenes tomaba el sol sin camisa y media docena de latinos jugaba al fútbol mientras, en el aparcamiento, Tre Michaels trapicheaba con droga. La vida en la gran ciudad.

Saqué la Dan Wesson, esperé a que pasaran las mujeres con sus cochecitos y luego abrí la puerta deslizante y grité:

—¡Policía!

Tre Michaels y los dos chicos estaban sentados con las piernas cruzadas en el suelo de metal repartiéndose dinero y bolsas de polvo blanco entre los lectores láser, los tres se habían quedado paralizados en pleno recuento y miraban la Dan Wesson con ojos desorbitados. El dinero era un fajo delgado de billetes usados de cien. Me pregunté si Tre lo había obtenido de Clark.

—¡Mierda! —dijo uno de los chicos.

—¡Usted! —exclamó Tre Michaels.

Bajé el arma.

—Buen trabajo, oficial Michaels. De no ser por su intervención, no lo habríamos logrado.

Los dos chicos miraron a Tre.

Tre Michaels abrió la boca, luego la cerró y miró a los chicos.

—No soy ningún poli.

Los ojos del chico mayor se entrecerraron.

—¡Maldito cabrón!

—¡Oye! ¡No os lo creáis! ¡Es mentira, se lo ha inventado!

Agarré a Michaels y lo saqué de la furgoneta.

—Creo que podemos alcanzar un acuerdo con esos chicos, ¿verdad?

Le sacudí con más fuerza y luego cerré la puerta lateral y lo aparté de allí. El motor de la furgoneta se puso en marcha y los neumáticos chirriaron buscando adherencia.

—¿Está loco? ¿Sabe lo que me ha hecho?

—Son unos chavales, Tre. No estarás asustado por un par de chavales, ¿verdad?

Tenía los ojos muy abiertos y brillantes, con la cara empapada de sudor.

—Joder, tiene que estar muy loco.

Le llevé hasta el coche.

—Dime una cosa. ¿Crees que Bestco presentaría cargos contra ti si supiera que estás robándole material para cambiarlo por droga?

Michaels se mordió el labio y no dijo nada. Miraba la furgoneta que se alejaba, como si fuera el último autobús hacia la salvación y lo hubiera perdido. Ya en el otro lado del parque, el conductor nos hizo un corte de manga y gritó algo que no pude entender. Charles dentro de cinco años.

—Clark Haines —dije. Tre no debía de saberlo—. Hewitt.

Michaels miraba la furgoneta.

Le sacudí el brazo.

—Despierta, Tre.

Me miró.

—Ahí dentro va todo lo que tenía. Se han quedado con mi dinero. Se han quedado con los aparatos. ¿Qué voy a hacer ahora?

Volví a sacudirle el brazo, más fuerte.

—Yo o Bestco.

Tre Michaels se humedeció el labio, sin dejar de mirar la furgoneta que se alejaba.

—Joder, ¿otra vez con ese rollo? No sé dónde está Clark.

Otra sacudida.

—Te ha llamado, Tre. Dos veces.

Por fin me miró y vi confusión en sus ojos. Nunca he conocido a un adicto que no lo estuviera.

—Bueno, sí. Vino anoche y se llevó un par de bolsas.

Otra sacudida.

—Vamos, Tre. Está en algo gordo y con un par de bolsas no tiene ni para empezar.

—Vale, pues compró ocho, ¡ocho! Era todo lo que tenía. —Se llevó las manos a la cara, como si lamentara algo—. Le hice un precio muy bueno.

Ocho bolsas eran un montón. Quizá bastaran para llevárselas de viaje. Quizá fuera otra vez a Seattle.

—¿Te dijo por qué necesitaba tantas?

—Me explicó que se iba unos cuantos días.

—¿Te dijo adónde iba?

Pensaba en Seattle. Pensaba en Wilson Brownell, otra vez.

—Long Beach.

—¿Te dijo por qué iba a Long Beach?

—Bueno —Michaels lloriqueó otra vez—, no me dijo que fuera a Long Beach, pero me preguntó si conocía a alguien allí que pudiera pasarle, así que...

Long Beach.

—¿Le diste algún nombre?

—¡Joder, no conozco a nadie en Long Beach! —Empezó a temblar—. Hostia, me has jodido bien con esos tíos. —Levantó las manos, agitándolas—. ¿Qué voy a hacer ahora, me lo puedes explicar? ¿Qué voy a hacer?

Seguía llorando cuando me alejé.

Conduje hasta mi oficina. Seguía queriendo llamar a Tracy Mannos, pero primero necesitaba llamar a Brownell y preguntarle sobre Long Beach. También podría llamar a Teri y preguntarle a ella. Quizás el simple hecho de pronunciar esas palabras hiciera sonar alguna campana.

A las once y catorce minutos dejaba mi coche en el aparcamiento subterráneo y subía los cuatro pisos hasta mi despacho. Encontré el lugar lleno de polis.

Reed Jasper estaba sentado a mi mesa, mientras otros tipos a los que no había visto nunca revolvían los ficheros. El suelo estaba lleno de papeles esparcidos y estaba claro que lo habían revuelto todo. Jasper sonrió cuando me vio y dijo:

—Vaya, vaya, vaya. Justo el tipo a quien quería ver.

Miré a Jasper y luego a los demás y luego de nuevo a Jasper. Eran tipos duros en trajes arrugados y oscuros con rostros anónimos. Federales.

—¿Qué demonios hace, Jasper?

—Intento establecer contacto con Clark Hewitt, señor mío. —Sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de su chaqueta y la dejó sobre mi mesa—. Orden federal de busca y captura, firmada como Dios manda y presentada como es debido.

Se echó atrás en mi silla y se cruzó de brazos.

Los otros tres tipos me miraban; sentí frío.

—¿Por qué?

—Ayer tarde encontramos el cuerpo de Wilson Brownell torturado hasta la muerte. Creo que Clark Hewitt puede tener algo que ver.

—Si hubiese querido hacer reformas no habría llamado al gobierno.

—Éstos son los agentes Warren y Pigozzi, de la oficina de los agentes federales de Los Ángeles, y éste es el agente especial Stansfield, del FBI.

Warren era negro. Pigozzi era pelirrojo y el mentón de Stansfield estaba sembrado de grandes cráteres.

—Estamos aquí porque creemos que usted sabe algo de Clark Hewitt, ya sea bajo este nombre o bajo cualquier otro.

Me senté en el sofá y le miré con extrañeza.

—¿No habíamos hablado ya de este tema en Seattle?

—Le recomiendo —dijo Warren— que contrate lo antes posible a un abogado.

—¿Por qué?

—Porque cualquier cosa que diga será utilizada en su contra.

—No tengo nada que ocultar —dije, tendiéndole las manos. El señor Confiado—. Aparte de lo mucho que me cabrea que me estén dejando la oficina hecha una pocilga.

Warren volvió a los ficheros como si el asunto no fuera con él.

Jasper negó con la cabeza.

—No lo entiendo, Cole. Sé que está ocultando algo, pero no entiendo por qué.

No dije nada. ¿Cómo explicar una promesa hecha a una chica de quince años?

—Sus amigos los Markov han llegado a esta ciudad. Si todavía no han venido a verle, lo harán.

—¿Ah, sí? Pues espero que sean más cuidadosos.

El agente pelirrojo me miró desde el armario fichero y luego dejó caer seis o siete carpetas, que tenía en las manos, al suelo. Éste ya estaba cubierto de papeles de trabajo amarillos, facturas diversas e informes grapados.

—Eso ha sido muy poco profesional.

—¡Pero bueno, Leo! —dijo Jasper mirando a su compañero.

—Pues que no se haga el gracioso —protestó Leo.

—Ahí has estado bien, Leo —dije yo—. ¿Ensayas a menudo delante del espejo?

Leo sonrió, aunque era evidente su enfado.

—Ya veremos si se muestra tan ingenioso cuando le toque renovar la licencia.

—Perdónenme, mientras intento recuperar el aliento.

Leo dejó caer más carpetas al suelo.

Jasper rodeó la mesa para acercarse a mí. Parecía que estuviéramos en su despacho, no en el mío.

—Mire, Cole, lo único que quiero es un poco de colaboración.

—Pues tiene una manera curiosa de pedirla.

—Clark Hewitt corre peligro ahí fuera. Lo mismo que sus niños. Usted tuvo un encuentro con los Markov, así que ya sabe de lo que hablo.

Intenté expresar que eso me importaba más bien poco.

—Mi compañero cayó por mantener a salvo a Clark Hewitt. No pensará que ahora vamos a dejar que le pase algo, ¿verdad?

Me seguía esforzando por aparentar no saber nada del tema, pero sabía que tenía razón. También sabía que si realmente Clark se había puesto a reimprimir, en cuanto esos tíos lo encontraran lo encerrarían de inmediato. Algo que a los Markov les parecería estupendo, porque sabrían exactamente dónde encontrarlo.

Jasper me indicó por señas que me reuniera con él fuera, en el balcón.

—Vamos a hablar ahí, Cole, así a éstos les resultará más fácil trabajar.

Salí con él, pero no me gustó demasiado. En el cielo se había extendido una bruma blanca y densa que impedía distinguir bien las islas del Canal. La verdad es que apenas se distinguía el océano. Miré arriba, entre la bruma, y respiré el aire del mar.

—¿Han registrado también mi casa?

—Antes de venir aquí.

—¿Han encontrado algo?

Jasper sonrió.

—Ya sabe que no. También sabe que aquí tampoco encontraremos nada, pero tenemos que hacer todas las comprobaciones.

—Estupendo, Jasper, eso me hace sentir mucho mejor.

Jasper cruzó los brazos y apoyó la espalda en la barandilla del balcón. Llevaba pequeñas gafas de sol, de las que usan los funcionarios, y un traje gris apagado, indicado para Seattle pero caluroso para nuestra ciudad. Haría aún más calor y parecía gritar: «¡Federal!».

—No me gusta lo que estamos haciendo, pero creo que oculta algo.

—¿Yo?

—He preguntado por usted. Todos dicen que cuando busca a un tipo suele encontrarlo. Pero no me explico su silencio.

—Quizá todos esos se equivoquen.

—Quizás —admitió, asintiendo.

—Pero quizá lo que no me guste es que me presionen. Me pone de mal humor.

Él se echó a reír.

—Sí, eso también lo dicen. —Dejó que la risa se evaporara—. Sé que Clark Hewitt estaba en Seattle. Tengo testigos que afirman que un hombre que concuerda con la descripción de Hewitt se vio con Wilson Brownell, un antiguo socio suyo y un maestro de las falsificaciones. Y estoy seguro de que usted ya lo sabía.

—Vi a Brownell cuando estuve en Seattle. No sabía nada.

—Espero por Clark que de verdad no supiera nada.

Jasper miraba trabajar a los hombres en el interior del despacho. El agente negro había descubierto el reloj de Pinocho y le dio un codazo al agente pelirrojo, de modo que los dos lo miraron.

—A Brownell le torturaron hasta la muerte con una plancha de vapor. He traído las fotografías. ¿Quiere verlas?

Negué con la cabeza.

—Hay algo seguro, Cole. Supiera lo que supiese Brownell, ahora lo saben los Markov. Si Brownell sabía bajo qué nombre vivían, o una dirección, o un número de teléfono, ahora también lo saben ellos. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Sí, lo pillo, Jasper. —Respiré hondo y miré en dirección sur, hacia Catalina. Intenté ver a través de la bruma, pero solamente distinguí la silueta de la isla, sin percibir lo que allí había en realidad—. No sé dónde está Clark.

El agente picado de viruelas vino hasta las puertas acristaladas y dijo:

—Jasper.

Jasper le acompañó adentro y los cuatro se reunieron junto a mi despacho y conversaron en susurros, el pelirrojo con la mano puesta en el hombro del de las viruelas. Como si no tuviera bastante con escabullirme de los rusos y con todo el peso del gobierno sobre mí, pensaba que quizá Brownell supiera exactamente dónde estaba Clark y qué hacía, de manera que Dobcek y Sautin tal vez fueran a su encuentro en ese preciso momento. Quizá ya tuvieran a Clark, pero si era así no había nada que pudiéramos hacer ni Jasper ni yo. Me dije que pensar en eso no me hacía ningún bien. Los chicos eran lo importante y los chicos estaban en lugar seguro. Era posible que Clark siguiera bien. Si lo encontrara, tal vez pudiera llevarlo ante Jasper sin tener que preocuparme de que presentaran cargos de falsificación contra él. Eso, si seguía vivo.

El agente negro le dio la mano a Jasper y salió de mi oficina. El pelirrojo señaló el reloj de Pinocho al de los granos y éste negó con la cabeza. Jasper volvió al balcón.

—¿Se ha acabado la fiesta?

—No lo tenemos claro. Por hoy le dejamos en libertad. —Me entregó una tarjeta—. Estoy en el Marriott, en el centro. Le he apuntado el número de mi habitación. Si decide obrar como es debido, llámeme.

—Por supuesto.

Como es debido.

Miró la bruma que cubría el cielo y negó con la cabeza.

—No entiendo que respiren esta mierda y sigan vivos.

—Eso nos hace fuertes, Jasper. Aquí tenemos los pulmones más fuertes de Estados Unidos.

Asintió, quizá más para sí mismo que para mí.

—Sí, claro. —Luego respiró hondo y fue a la puerta—. Conozco a Clark Hewitt desde que nos pidió que le protegiéramos de los de Markov. Y puedo asegurarle que no es lo que parece.

Le miré.

—Da la impresión de ser un pazguato, pero es más que eso. —Me miró y sonrió, pero no había alegría en su expresión—. Ya puede pensar sobre él lo que quiera, que yo se lo prometo: el asunto no es lo que parece, ni él tampoco.

Reed Jasper me tendió las manos, como si me hubiera ofrecido la piedra de Rosetta y a partir de aquel momento lo que hiciera con ella dependiera de mí. Luego cruzó la oficina hasta llegar a la puerta. El pelirrojo y el viruelas salieron con él y no se preocuparon de cerrar la puerta.

Permanecí en el balcón hasta que salieron del edificio y subieron a dos coches federales azul oscuro y se fundieron con el tráfico de Santa Monica Boulevard. Luego entré, cerré la puerta exterior y recogí mis papeles. Me llevó cosa de una hora, no más, porque en los archivos no tenía demasiado material. No parecía que faltara nada, aunque una figurita de cerámica de Pepito Grillo se había caído y se había roto. La tiré a la basura.

Una vez que los papeles estuvieron en sus carpetas y las carpetas guardadas de nuevo en el armario, abrí una Budweiser de cuello largo, me senté a mi mesa y coloqué en ella mis pies.

—Clark, te lo mereces.

Entonces sonó el teléfono y descolgué. El señor Despreocupado. El señor Descorbatado y sin nada en la cabeza que pasea por su oficina con una cerveza, la imagen del detective deprimido que ve cernirse sobre él la suspensión de la licencia y con ella su modo de vida restringido por el Gobierno de Estados Unidos.

—Elvis Cole, agencia de detectives, investigación profesional a precios excelentes por cese de negocio.

Tracy Mannos dijo:

—¿Estás borracho?

—No, todavía no.

—Bueno, atiende: ¿puedes venir a verme?

Miré hacia el Pinocho.

—¿Ahora? —Pensaba en Pike y en aquellos niños en el piso franco. Pensaba en seguir la pista de Long Beach—. ¿Has averiguado algo sobre las negociaciones de Lucy?

—Preferiría hablar de esto personalmente, aquí en la KROK.

—¿Y por qué allí?

—Deja de hacer el tonto y ven aquí. —Parecía irritada. Luego colgó.

Cerré la oficina y conduje despacio hasta la KROK a ver a Tracy Mannos. Nadie me siguió.

Nadie al menos que yo pudiera ver.

KROK Television, el Power Channel 8 (*Noticias personales de tú a tú: una cuestión personal*) estaba situada en un gran edificio de ladrillo y acero de la Western Avenue, en la zona este de Hollywood. Aparqué en la pequeña área de seguridad de que disponen junto al edificio y encontré a Tracy esperándome en recepción. No pensaba que me estuviera esperando, pero allí la encontré. Parecía nerviosa.

—Me parece que has averiguado algo —le dije.

—Ven, que hablaremos en mi oficina.

Tracy Mannos era una mujer alta y atractiva que habría cumplido los cincuenta no hacía mucho. Los mechones grises de su pelo corto y su forma de andar erguida estaban en consonancia con su estilo de gestión de empresa poco amigo de tonterías. Toda ella se volcaba en el papel de jefa de la cadena. Lucy y yo la habíamos conocido cuando yo trabajaba en el caso del asesinato de Theodore Martin. En aquella ocasión se había mostrado impresionada por la capacidad analítica en cuestiones legales y el porte de Lucy. Hasta tal punto había sido así que había sugerido a sus jefes que le ofrecieran el puesto de analista legal en un programa que iban a emitir.

Tracy me hizo pasar al otro lado de una pesada puerta de seguridad y a lo largo de un *hall* vacío dada la hora.

—Stu Greenberg es nuestro jefe de asuntos comerciales. Le pregunté cómo iban las negociaciones con Lucy y me contestó que no había nada excepcional en el asunto. Lo cierto es que me dijo que no me preocupara.

—¿Le preguntaste al señor Greenberg si por casualidad tenía alguna relación con el señor Chenier?

Entramos en un elegante despacho blanco con sillas confortables y una mesa abarrotada. En las paredes había fotografías de un hombre y tres niños.

Tracy se echó atrás en su silla y me miró.

—Una cadena de televisión constituye un entorno muy político, Elvis. La gente se ofende con suma facilidad y más de uno ha recibido múltiples puñaladas por la espalda.

—Me estás diciendo que no era una pregunta que pudieras hacerle directamente.

—Tenemos que ir con mucho cuidado para no jugar con material sensible que pueda explotar en la cara.

Volví a asentir.

—Aun así —siguió diciendo ella—, me las arreglé para obtener alguna información cuando estaba en el despacho de Stu.

—Ah.

Sabía que lo había conseguido. Era algo que podía vérselo en los ojos. Como un

brillo salvaje.

—Stuart empezó su carrera en Houston, en la sede de Benton, Meyers & Dane. Era la firma de Richard.

—¡Vaya, qué te parece!

El amiguismo aparecía en el horizonte.

—Sí, pero eso no prueba nada. Greenberg es a todos los efectos el director de asuntos comerciales y una de sus prerrogativas es dirigir su departamento, naturalmente. A menos que... —Entonces volví a percibir ese brillo—. A menos que se convierta en un asunto que trascienda las prácticas comerciales aceptables.

—Como en el caso de un exmarido que maniobra para limitar las opciones profesionales de su antigua esposa.

—Sí. Entonces se convierte en un asunto de otra envergadura, algo frente a lo que esta corporación podría mostrarse sensible. —Abrió las manos—. Después de todo, llegado el caso, Lucy podría presentar una demanda.

—Si tuviera alguna prueba, sí.

—Sí. Pero en este caso una prueba es algo escurridizo y difícil de encontrar. Quizás imposible de encontrar.

—Mmm.

Tracy Mannos se inclinó hacia mí. Iba a precisar algo.

—Una vez reconocido esto, puede tratarse de algo que simplemente parezca probarse. Después de todo, si de lo que hablamos aquí es de un asunto de política de género, la cadena se mostraría sensible ante las pruebas de un proceder desafortunado. Cuando estuve en el despacho de Stu me dio la impresión de que allí podía haber algo.

—¿Como qué?

Ella me tendió las manos.

—El detective eres tú.

Seguía inclinada hacia mí. Yo sabía que eso significaba algo. Pensé que debía de tener una idea muy clara de qué podía representar esta clase de influencia y dónde encontrarla.

—¿Tuviste esa sensación mientras estabas en su despacho? —le pregunté.

—Más bien cuando salía de él y saludaba a su secretaria.

¡Ah!

—¿Y el señor Greenberg ya ha acabado su jornada laboral?

Ella sonrió, como cuando el chico más lento de la clase entiende por fin.

—No estoy segura, Elvis. Normalmente se va mucho antes, pero también podría ser que hoy se hubiera quedado.

—Creo que voy a hablar con él.

Ella volvió a apoyar la espalda en su silla y asintió.

—Tú hazlo. Estoy segura de que encontrarás algo muy revelador.

Me explicó cómo llegar al despacho de Stuart Greenberg y yo me escurrí por los

pasillos vacíos hacia el Departamento comercial. Los pisos más bajos de la cadena televisiva hervían de actividad mientras preparaban las emisiones de la tarde, pero en cambio en las oficinas comerciales no quedaba nadie, excepto las brigadas de limpieza. No había nadie que pudiera preguntarme quién era ni qué estaba haciendo.

Stuart Greenberg tenía un bonito despacho en una esquina, repleto de diplomas y fotografías familiares y plantas en apariencia más sanas que las mías, pero no necesitaba ir allá para nada. Había escuchado a Tracy con atención y había leído entre líneas. Sabía que lo que tenía que encontrar no estaba en el despacho de Greenberg, sino en la mesa de su secretaria. Si alguien lo encontraba, ese alguien iba a tener que ser yo, no Tracy Mannos. Ella ya había llegado al límite y no pensaba traspasarlo. Era yo quien debía correr el riesgo.

El registro de llamadas entrantes y salientes estaba allí, junto al teléfono. Saludé a las empleadas de limpieza y luego me senté despreocupadamente sobre la mesa y empecé a pasar las páginas hacia atrás. Enseguida encontré exactamente lo que Tracy Mannos había sugerido que encontraría. Hacía tres días, Richard Chenier había telefonado a Stuart Greenberg dos veces. Era imposible conocer los detalles, pero como Tracy había sugerido tampoco era necesario. Me llevé el registro a una fotocopidora, copié la página de las llamadas de Richard, luego volví a colocar el registro en su sitio y me fui a casa.

Cuando llegué, el gato estaba sentado a la entrada del cobertizo para el coche con una oreja arriba y otra abajo. La cabeza inclinada hacia un lado. Se lo veía hosco y pachucho. Como no se movió ni cuando dirigí el coche hacia él, tuve que aparcar en la calle.

—Esta última semana ha sido un infierno, ¿verdad?

Él me ignoró. Desdeñado por mi gato.

Entré por la cocina y me dispuse a comprobar qué habían hecho los federales. Cuatro cajones volcados, otros abiertos y tres latas vacías de Falstaff sobre la mesa del comedor. La mayor parte de la investigación parecía haber tenido lugar en la cocina y en mi habitación, pero el desorden no era tan acusado como el de la oficina. Supongo que Jasper les había pedido que se contuvieran. O quizás estuvieran demasiado ocupados bebiéndose mi cerveza.

Puse un bol de comida fresca para el gato y llamé a Joe al piso franco. El teléfono sonó dos veces y Charles contestó:

—No queremos nada de eso.

Y colgó.

Inspiré profundamente, solté el aire y me restregué los ojos. Volví a marcar. Esta vez contestó Joe al primer tono.

—¿Pueden oírnos los niños? —pregunté.

—No.

Le hablé de Reed Jasper y de los federales en casa y en la oficina y de la aparición del cadáver de Wilson Brownell.

—Me parece que estos rusos van en serio —observó él.

—Estos rusos van muy en serio. —Le conté que había encontrado dinero y catálogos en el altillo de Clark—. Tenemos que dar por supuesto que saben lo que sabía Brownell, dónde vivía Clark y que usan el apellido Haines. Creo que estaremos bien mientras permanezcamos lejos de ahí.

—¿Dónde estás ahora?

Se lo dije.

—¿Qué ocurrirá si Clark va a su casa?

Ya había pensado en esa posibilidad y las opciones que dejaba abiertas no me gustaban. Podíamos sentarnos en la casa y esperar, pero era mejor buscarlo directamente. Ya comprobaríamos en la casa de tanto en tanto. Le dije a Joe que tenía que hacer otras llamadas y que no iba a ir para allí hasta por la mañana.

—Por otra parte —añadí—, por casa ya han pasado el tío contratado por Richard y, ahora, los federales. Quizá Dobcek y Sautin sean los siguientes y pueda matarlos a tiros.

—Hay que aprovechar las oportunidades de divertirse —dijo Pike.

Colgué e inmediatamente llamé a Lucy a su casa. Contestó como si estuviera junto al teléfono.

—Espera, que cambio de aparato.

Esperé. Ben debía de estar por allí.

Cuando volvió a estar en línea le expliqué mi conversación con Tracy Mannos y lo que había encontrado en el registro de Stuart Greenberg.

—Voy para allá —dijo cuando acabé.

—Quizá debieras hablar primero con Tracy. Ella sabe con qué te enfrentas y creo que es evidente que sabe cómo manejarlo, además de que la prueba de que disponemos es poco sólida.

En realidad, ni siquiera era una prueba, pero no me gusta ser derrotista.

Durante un rato no dijo nada.

—Simplemente —dijo por fin—, no voy a permitir que esto ocurra. Richard no tiene derecho a utilizar su influencia de modo que afecte a mi vida. Si no hago nada y Tracy fracasa, entonces me sentiré mucho peor.

No contesté.

—Estaré como una cabra, pero también soy una profesional. Ahora que sé a qué me enfrento no tengo ninguna duda de que podemos ganar. Esos dos viejos amiguitos lo único que quieren es mantener en su sitio a una mujer.

Eso era más o menos lo que había dicho Tracy.

—Han dado con la mujer equivocada. —Se quedó callada un momento, pero supuse que seguía pensando—. No me importa lo que Richard te dijera, Ben no tiene nada que ver en esto. Desde el primer día fue un pésimo padre y sigue siéndolo. Lo que aquí está en juego soy yo, yo y su poder. Por eso me divorcié de ese cabrón. —Como una cabra, sí—. Es un arrogante, un egocéntrico. Si cree que puede jugármela

así, ya le enseñaré yo a no meter las narices donde no debe. ¡Será gilipollas!

Guau.

—¿Luce?

—¿Qué?

Casi lo había gritado.

—Por favor, ¡cuidado con los infartos!

Se quedó completamente callada y luego rio.

—¡Jo, estoy loca!

—Me alegra no estar del otro lado.

—No, tú no, Elvis, tú nunca. —Rio un poco más y me hizo bien oírle reír así, tan fuerte—. Tengo que ir para allá y hacerlo, aunque no consiga más que empeorarlo todo. Aunque me cueste ese trabajo. Entiendes lo que te digo, ¿verdad?

—Claro. —Le hablé del piso franco, le di el número de teléfono y dije que llamara a Joe y le pasara el número de vuelo. En cuanto colgó, dije—: Richard, ya puedes prepararte.

Me llevó algo más de una hora repasar la casa y poner todo en orden. Supongo que si fuera una persona menos condescendiente pondría un precio a los perjuicios causados por agentes del gobierno como éstos.

Después de todo, se trata del uso de los dólares de nuestros impuestos.

A la mañana siguiente, bajé por la parte de atrás de Laurel Canyon y entré en Studio City. Di una vuelta de unos veinticinco kilómetros para evitar que detectaran mi presencia. Si no podía despistar a los rusos y a los federales conduciendo con ingenio, quizá pudiera sacármelos de encima gracias al tráfico de la hora punta en Los Ángeles.

El piso que Pike había encontrado estaba en la parte posterior de un edificio de dos plantas con jardín, junto a Coldwater Canyon y cerca de Studio City Park. Era un chalet típico de finales de los cincuenta, de madera oscura y ladrillo gastado, con grandes pinos alineados en la acera y un aparcamiento para los residentes atrás. La clase de lugar donde los confiados vecinos jamás imaginarían que los nuevos inquilinos del apartamento de la esquina fueran objetivo de maníacos homicidas de Seattle.

Aparqué en la acera, recogí los catálogos que había encontrado en la bolsa de Clark y di vueltas por el jardín hasta encontrar la puerta indicada. Eran las nueve y diez cuando toqué el timbre. Al otro lado de la puerta se oyó la voz ahogada de Charles, como si hubiese estado esperando.

—¡Vete!

—¡Charles! —dije yo.

Pues vaya manera de empezar el día.

La puerta se abrió y allí estaba Pike, alto e inexpresivo. Le sonreí tanto como pude.

—¡Bueno, Joseph, seguro que lo has pasado de miedo!

Charles miraba desde la seguridad de la cocina.

—Era una broma.

Pike se volvió hacia él y Charles se escurrió de la cocina a la sala de estar. Sin duda, la velada del día anterior había sido divertidísima.

La entrada daba, pasada la cocina, al comedor y tras él estaba la sala, desde donde se accedía a la segunda planta. Era una vivienda amplia y espaciosa totalmente amueblada, como si su propietario estuviese de viaje por poco tiempo. Plantas verdes en muy buen estado adornaban la habitación, parecían sanas y firmes, nada amarillentas. Debería pedirle al propietario que me diera unas lecciones. Miré a Pike, dándole mi aprobación.

—Está muy bien. Mejor que Airstream.

Pike se encogió de hombros. Supongo que a él le daba igual una cosa que otra.

Teri y Winona estaban en la mesa del comedor y Charles se había hecho con una posición estratégica frente al televisor. Miraba uno de esos programas de la mañana

en la ESPN. Kiana Tom haciendo abdominales.

—¿Ha encontrado ya a nuestro papá? —me preguntó Winona.

Todos estaban vestidos y arreglados y dispuestos a empezar un día más de espera, hasta que el detective encontrara a su padre.

—Todavía no, cariño. Pero le sigo la pista muy de cerca.

La esperanza lo es todo.

—¿Quiere desayunar? —preguntó Teri—. Joe y yo hemos hecho panqueques de queso.

—No, gracias. He comido antes de salir de casa.

Pareció disgustada.

—Hay café recién hecho.

Dejé que me pusiera una taza, sorbí un poco y luego asentí con la cabeza.

—Muy bueno.

Teri sonrió y pareció satisfecha.

—Arriba podremos hablar —dijo Joe.

Seguí a Joe con el café a uno de los tres dormitorios. Lo habían convertido en un estudio con escritorio, teléfono y fax; no había allí nada que desvelara la identidad del dueño. Quizá fuera de Pike. Por lo que sabía, Pike era el propietario de la mayor parte de Los Ángeles.

—¿Qué has encontrado? —me preguntó.

—Veinte mil dólares falsos en billetes de cien y esto.

Le mostré los catálogos. Muchas páginas tenían la esquina doblada y varios artículos estaban marcados. Entre estos artículos había dos tipos diferentes de planchas de *offset* de una firma en Finlandia, un escáner digital de alta calidad de una tienda de venta de saldos por correo de Nueva York, un Power Mac de cuatro mil dólares de una tienda de venta por correo de Los Ángeles con un *software* que costaba casi tanto como el ordenador, algo semejante a un regulador de dos caras de una imprenta de Londres, una guillotina para grandes volúmenes de papel de la misma compañía y sesenta litros de tinta índigo número 7, naranja cañón número 9 al óleo, así como cantidades menores de verde bosque número 2, rojo clásico número 42, negro, azul kiss número 12 y amarillo AB1. Toda la tinta procedía de diferentes fábricas, dos en Europa y una en Maryland.

—Pues sí, parece que está imprimiendo —dijo Pike.

—Sí, pero ¿qué? —Los billetes de cien dólares son verdes y negros—. ¿Para qué puede necesitar el índigo y el naranja?

Pike sacó su cartera y de ella extrajo un billete de cien dólares. Dinero corriente.

—Quizá tengas que mezclarlos para obtener los diferentes tonos del negro. O quizá sean para reproducir las fibras de seguridad.

—¿Qué te parece si le llevamos todo este material a tu amiga Marsha Fields? Ella nos podrá orientar.

Pike se guardó los cien dólares.

—Los nuevos de cien son demasiado difíciles de copiar. Si ya está produciendo de cien, entonces imitará a los viejos.

—¿Que si los está imprimiendo? —pregunté yo ante lo que me parecía una evidencia.

Pike repasó los catálogos.

—El material marcado aquí suma unos cuarenta mil dólares. Me pregunto de dónde puede sacar el dinero para pagarlo.

Yo también me lo preguntaba. Era casi imposible que estuviera enviando dinero falso a través del correo ordinario. Por otra parte, Clark sabía muy bien que era mejor no intentar comprar giros postales o cheques certificados en un banco o en American Express con ese dinero.

—Si ha hecho el pedido de todo este material, tienen que entregárselo a alguien. Quizás a Clark, dondequiera que esté.

La mayoría de las compañías tenían un 800 como prefijo del número para hacer los pedidos por teléfono, de manera que probé con el mayorista informático de Los Ángeles. Contestó una chica con acento hispano.

—¡Buenos días desde Cyber-World! ¿Qué artículo desea recibir?

Clara y jovial, con ganas de ser útil.

—Hace un par de días hice un pedido y la máquina todavía no ha llegado.

Como un cliente más en un día cualquiera.

—¡Vaya! Vamos a ver si podemos encontrar a ese chico malo. —Esa chica quería que mi experiencia de comprar por teléfono fuera de lo más placentera—. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Clark Haines. —Esperé un par de segundos y luego dije—: Oh, vaya, espere. Quien hizo el pedido fue mi secretaria. Quizás haya utilizado el nombre de nuestra compañía, Clark Hewitt.

Una excusa muy pobre, pero qué remedio...

—Lo siento, pero no me consta ningún pedido con ninguno de esos dos nombres. ¿Quizás utilizara algún otro?

Le di las gracias y colgué.

Llamé a otras tres compañías y en ninguna de las tres constaban pedidos a nombre de Haines o Hewitt.

—¡Demonio! —dije cuando por fin colgué.

—Quizá no haya encargado nada todavía —dijo Pike—. Quizá lo tenga pendiente.

—Es posible.

Pensé en Clark y en sus llamadas a Wilson Brownell, en cómo habían hablado asiduamente, en que Clark se había arriesgado con los rusos al ir a ver a Brownell. Llamé al mayorista en componentes electrónicos de Nueva York y le dije exactamente lo que había dicho a los demás, salvo en lo que se refería al nombre: le dije que me llamaba Wilson Brownell. Enseguida volvió a atender la llamada y dijo:

—Claro que sí, señor Brownell, aquí la tengo.

Levanté el pulgar mirando a Pike.

—Mmm, por lo que veo su escáner no saldrá hasta mañana. ¿No se había convenido así?

—No, lo esperaba hoy.

—Lo siento, señor. Quien se hiciera cargo del pedido habrá cometido un error.

—Bueno, pues ya que está al teléfono será mejor que comprobemos el destino. Odio pensar que puede ir a parar a un lugar equivocado.

—Sí, señor. Según los datos el envío se dirige al *Pacific Rim Weekly Journal* y lo irán a buscar al aeropuerto, en el vuelo cinco de la United, directo a LAX.

Lo apunté.

—¿Y dice que llega mañana?

—Sí, señor, así consta en la factura.

Colgué. Luego llamé al número de información de Los Ángeles y pregunté por el teléfono del *Pacific Rim Weekly Journal*.

—Lo siento, señor, no hay nada con ese nombre.

—Pruebe en Valley, por favor.

—Lo siento, tampoco me consta.

Pensé en Tre Michaels.

—¿Y Long Beach? Pruébelo, por favor.

—Aquí está.

Me dio la dirección y el teléfono y yo dije:

—¡Gol!

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, operadora. Gracias.

Marqué el número y me contestó una mujer con fuerte acento asiático.

—*Journal*.

—¿Podría hablar con Clark, por favor?

Colgó de inmediato. Miré a Pike.

—Creo que ya estamos sobre la pista buena.

Pike se quedó con los niños Hewitt mientras yo tomaba la carretera sur rumbo a Long Beach, seguía la Hollywood Freeway hasta la Harbor Freeway y luego en dirección sur, durante casi una hora, hasta tomar la San Diego Freeway este hasta la 710, donde giraba hacia el sur siguiendo la carretera que corre paralela al río Los Ángeles hasta el océano. En el centro de Long Beach hay un núcleo de edificios remodelados de muchos pisos, rodeados por un paisaje de antiguos bares de dos plantas estucados y casas de artesanos, y líneas divisorias de tráfico, salpicadas de palmeras, que otorgan al conjunto el aire de un paseo marítimo de un pueblo pequeño. Hubiese sido un bonito lugar para pasar la tarde en compañía de Teri, Charles y Winona, comprarles un cucurucho de helado y pasear al sol por Belmont Pier mirando el ir y venir de los barcos entre la costa y Catalina Island; aunque

caminar bajo el sol y mirar barcos pierde su atractivo cuando crees que a tu padre pueden estar torturándolo con una plancha de vapor hasta matarlo. Quizás en otra ocasión.

Seguí por Ocean Boulevard hacia el este a lo largo de la orilla, luego doblé rumbo al norte en Redondo Avenue y comprobé que el paisaje cambiaba: de un paseo marítimo propio de un pequeño pueblo residencial de clase media a una urbe de clase baja, donde los rótulos pasaban poco a poco del inglés al español y finalmente a lenguas asiáticas, al tiempo que se operaba el mismo cambio en los rostros. El *Pacific Rim Weekly Journal* se encontraba a dos manzanas de Redondo, en un pequeño edificio comercial de tres pisos, entre un restaurante vietnamita y una lavandería, que funcionaba con monedas, llena de mujercitas asiáticas que probablemente fueran vietnamitas o camboyanas.

Pasé delante del edificio dos veces y aparqué una calle más al sur. Luego caminé, más allá de las oficinas del *Journal*, hasta el restaurante. En las oficinas pude ver a dos personas, pero ninguna era Clark Hewitt.

Todavía no eran ni las once y el restaurante estaba vacío, excepto por una anciana vietnamita que envolvía tenedores y cucharas en servilletas. Se preparaban para el aluvión de la hora de la comida. Le sonreí.

—¿Tienen menú de comida para llevar?

Ella me dio un menú verde de comida para llevar.

—Usted viene temprano.

—¿Demasiado pronto?

Ella negó con la cabeza.

—¡Oh, no! Le servimos.

Pedí arroz frito con calamares y miel y le dije que esperaría afuera, en la acera. Ella me dijo que muy bien.

Hice como que leía el pequeño menú verde e intenté que pareciera que no tenía nada en la cabeza aparte de la comida, mientras lanzaba miradas furtivas a las oficinas del *Journal*, en la puerta contigua. Una mujer asiática de unos sesenta años hablaba por teléfono frente a una mesa de madera. Detrás de ella las paredes estaban forradas de corcho y tenían alrededor de un millón de papelitos y fotografías de lo que parecían carteles para celebraciones de la comunidad. Frente a la mesa había un par de sillas raídas y otra mesa más, ésta ocupada por un muchacho asiático de unos veinte años. Llevaba una sudadera de Cal Tech y náuticos sin calcetines. Estaba echado hacia atrás, con los pies sobre la mesa, leyendo un libro en edición de bolsillo. Una pared a medio levantar dividía el espacio; desde donde me encontraba no podía ver qué había detrás. Quizá Clark. Quizá pudiera sacar la pistola, correr hasta allí y entrar gritando: «¡Ya te tengo!». Si realmente estaba allí iba a tener que impresionarlo.

El chico joven me sorprendió mirando. Yo sonreí y cogí una copia del *Journal* de un expositor de alambre que colgaba de la fachada, como si no fuera más que otro

tipo aburrido que quería matar el tiempo mientras esperaba su comida. Era un diario escrito en vietnamita lleno de artículos que no podía leer y de fotografías de vietnamitas que según deduje pertenecían a la comunidad local. La impresión era de mala calidad y borrosa. Pensé que tal vez habrían contratado a Clark para darle a la publicación un aspecto más profesional.

—¿Lee usted vietnamita?

El joven estaba en la puerta. Dentro, la señora seguía hablando por teléfono, pero en ese momento me miraba.

Negué con la cabeza y dejé el diario.

—No, no. Estoy esperando algo de comida aquí al lado. Estaba curioseando.

—Son gratuitos. Coja uno si quiere. Para la base de las jaulas de pájaros va muy bien.

El señor Amistoso.

Caminé hasta pasado el restaurante y a lo largo de un callejón. Buscaba una entrada trasera. Lo maravilloso de estar tan cerca de la orilla es que las temperaturas son más suaves y en contadas ocasiones se necesita aire acondicionado. No sobrepasábamos los veinticinco grados, de manera que la puerta trasera del *Journal* estaba abierta para crear una corriente de aire. Miré al interior. Disimuladamente.

Clark no estaba.

Escuché desde la puerta y luego entré. Una impresora láser Apple vibraba en una pequeña mesa junto a otra puerta que llevaba al baño. Los estantes metálicos industriales contenían resmas de papel y material de oficina y filtros de café, pero allí no había nada que sugiriera «falsificación», ni tampoco ninguno de los productos que Clark había marcado en los catálogos.

Salí a la calle, di la vuelta y volví a la entrada. Esta vez entré en la oficina del *Journal*. El chico volvía a leer su libro y la mujer levantó la vista del ordenador. El joven sonreía; la mujer, no.

—Me llamo Elvis Cole y estoy buscando a Clark Hewitt. —Puse una de mis tarjetas sobre la mesa del chico—. Su vida corre peligro y estoy intentando ayudarlo. También quiero ayudar a sus hijos.

A veces la honestidad es la mejor política.

La sonrisa del chico se desvaneció y la mujer dijo algo en vietnamita.

—¿Perdón? —dije yo.

El joven me miró durante un par de segundos antes de negar con la cabeza.

—No sé de qué habla.

Cualquiera podía ver que sí lo sabía. Sí, sabía exactamente de qué le estaba hablando. Eso era evidente, igual que también era evidente que no le gustaba lo que le había preguntado, ni lo que yo sabía.

Miré a la mujer, pero ésta se volvió, rápida como una flecha.

—Conduzco un Corvette de 1966 descapotable que está en el aparcamiento. Es amarillo. Estaré allí esperando.

Volví al restaurante, pagué la comida y caminé hasta el coche, puse la capota para resguardarme del sol y me senté. El arroz frito con calamares era excelente, pero no tenía mucho apetito.

Veinte minutos más tarde salió a la calle el chico de la sudadera. Me miró y volvió a entrar. Dieciséis minutos más tarde, un Mercedes de la serie 500, con dos hombres asiáticos de unos sesenta años dentro, dio la vuelta a la manzana dos veces. Apunté la matrícula. Habrían pasado unos ocho minutos cuando apareció por el otro lado un Ferrari Spyder rojo, que se detuvo a unos metros de mí. Fueran quienes fuesen, esos tipos tenían dinero. El que conducía era un asiático muy joven, pero un hombre mayor ocupaba el otro asiento. Lo mismo que los tipos del Mercedes, ambos iban muy elegantes con trajes italianos. También tomé nota de la matrícula del Ferrari. Los dos hombres del Ferrari me miraron durante un par de minutos, mientras hablaban entre ellos. Finalmente el más joven bajó la ventanilla y se acercó para hablarme.

—Clark Hewitt —dije.

—No tengo ni idea de quién es —respondió el joven. Ni rastro de acento en su inglés. El idioma local.

—Creo que sí lo sabes.

El joven parecía nervioso. Al otro se le veía más calmado.

—Mi madre trabaja en el diario —dijo el más joven—. Usted la ha asustado. Le pido que se marche.

Supuse que el diario era un negocio familiar, pero probablemente eso no le permitiera pagar un Ferrari.

—¿El diario es suyo?

—Debería irse.

—No puedo irme hasta que no vea a Clark Hewitt —dije recostándome en mi asiento.

El hombre mayor dijo algo y el joven negó con la cabeza.

—Nunca hemos oído hablar de ese tipo.

—Muy bien. —Crucé los brazos e hice como si fuera a echar la siesta.

El hombre mayor murmuró algo y el joven preguntó:

—¿Es usted de la policía?

—Clark sabe quién soy. Y acabo de darle una tarjeta a su madre.

El hombre mayor se inclinó sobre el joven y dijo:

—Si no se va de aquí tendremos que llamar a la policía.

—Llamen, adelante. Podemos hablar de Clark y su asociación con el diario.

El joven apretó la mandíbula y le dijo algo a su compañero.

—¿No se marcha?

—No.

—Gran error.

Puso la primera y el Ferrari salió como una bala, entre el chirrido de los

neumáticos y llenando el aire de humo y olor a goma quemada. Supongo que lo habría visto hacer en alguna película.

El Mercedes también se fue.

Esperé. Había encontrado la sede del *Pacific Rim Weekly Journal* y había encontrado a personas que conocían, sin duda, a Clark Hewitt. Estaba haciendo progresos en mi investigación. Me sentía orgulloso de mí mismo. Elvis Cole, detective petulante.

Noventa segundos después de que el Ferrari rugiera y partiera, tres hombres aparecieron por el callejón y se acercaron. Éstos no llevaban trajes italianos y no parecían más impresionados que yo por un chaval que malgastaba neumáticos. Se los veía fuertes y delgados y concentrados, impasibles. Los tres llevaban chaquetas largas. Caminaban con las manos en los bolsillos de la chaqueta y cuando llegaron junto a mi coche el que iba en medio se levantó la chaqueta lo suficiente como para que pudiera ver un fusil de combate Benelli pequeño y grueso.

—¿Sabe lo que va a hacer ahora? —me preguntó.

—¿Marcharme?

Asintió.

—Dígale a Clark que volveré.

Puse en marcha el coche y me fui.

La honestidad puede ser la mejor política, pero marcharme a tiempo era más astuto de mi parte.

Conduje de vuelta a Belmont Pier y aparqué frente a una tienda donde vendían *tickets* para ir a ver a las ballenas, pues allí disponían de teléfono de pago. Llamé a Lou Poitras.

—¡Bubba, cómo te aprovechas!

—Es curioso, tu mujer dice lo mismo.

Poutras suspiró.

—Venga, dime qué quieres.

Sentido del humor. El sentido del humor es fundamental. Si rompes el hielo con humor, la victoria está garantizada.

Le di los dos números de matrícula y pregunté a nombre de quién estaban. Esperé mientras entraba los datos en su ordenador. Le llevó menos de veinte segundos.

—El Mercedes está registrado a nombre de Nguyen Dak, de Seal Beach.

Ésa es una de las comunidades más ricas de toda la playa sur.

—¿Y qué me dices del Ferrari?

—Es de un tipo llamado Walter Tran. Vive en Newport Beach.

Otra comunidad con gran nivel de vida.

—¿Algo que contar?

Es decir, si tenían antecedentes.

—Un par de multas por exceso de velocidad para el del Ferrari, pero eso es todo. ¿Puedes explicarme de qué va todo esto?

—Nopo.

Y colgué. Compré un té helado en una tienda de salchichas y contemplé la bahía. El mar se veía limpio y azul y la silueta de Catalina, a más de 40 kilómetros, se distinguía con nitidez. Una joven con *shorts* minúsculos y la parte de arriba del biquini de un azul metálico pasó sobre sus patines de línea por el carril de las bicicletas. Seguí su movimiento, sin verla. El detective pensando. Nunca había oído hablar ni de Nguyen Dak ni de Walter Tran, pero eso no quería decir nada. El crimen multicultural estaba en auge a causa de la creciente diversidad de culturas del Southland, eso era algo imparable. Tampoco había oído hablar del *Pacific Rim Weekly Journal*, pero estaba seguro de que alguno de mis amigos sí lo conocería.

Volví al teléfono público y llamé a ese periodista que conozco llamado Eddie Ditko. Eddie está hecho un carcamal estrafalario y avinagrado, pero escucharle es una delicia.

—Coño, tengo unos gases. Cuando llegas a mi edad hasta el agua te provoca cuscos.

Una delicia, ya digo.

—¿Has oído hablar del *Pacific Rim Weekly Journal*?

Le dio un ataque de tos.

—¿Eddie?

La tos era realmente considerable.

—Coño, que me estaba ahogando.

—Oye, ¿cuelgo y llamo al nueve-uno-uno?

Aquello no hacía más que empeorar.

—¡Que se jodan los del nueve-uno-uno! Seguro que te ponen en espera. —Hizo un carraspeo ensordecedor y consiguió por fin controlar la tos—. Coño, he sacado uno que parece una bola de pelo.

—Eso es más de lo que quería saber.

—¿Sí? Bueno, intenta seguir viviendo ahora que lo sabes. Hacerse viejo es un infierno.

—*Pacific Rim Weekly Journal*.

A veces tienes que refrescarle la memoria.

—Sí, sí, espera un momento y déjame ver qué tenemos.

Probablemente estaba mirando la base de datos del *Examiner*.

—Ya que estás en ello comprueba Nguyen Dak y Walter Tran.

—¡Coño, cuántas exigencias! —Oí un graznido como de halcón y un escupitajo. Vaya—. Ahí estamos. Ese diario es una tribuna política de vietnamitas nacionalistas que quieren que les devuelvan su país. La fuerza antiterrorista del Departamento de Policía de Los Ángeles los tiene en su lista.

La patinadora con el sujetador metálico pasó rodando en dirección opuesta.

—Entonces, ¿tiene que ver con terrorismo o con política?

—¿Sabes que los cubanos del sur de Florida quieren derrocar a Castro? Pues esto es lo mismo. El *Pacific Rim Weekly Journal* recoge dinero y ejerce presión sobre los políticos para obstaculizar la normalización de relaciones con los comunistas. Como también defienden el derrocamiento del gobierno comunista, lo cual según nuestra legislación se califica de terrorismo, la policía de Los Ángeles tiene que malgastar dinero en vigilarles.

—¿Por qué dices malgastar?

Más tos. Otro graznido y el escupitajo.

—Coño, éste tenía patas.

—¿Por qué malgastar, Eddie?

—Hará un par de años que publicamos un reportaje sobre estos tipos en la edición de Orange County. Dak y Tran y algunos de sus compañeros fundaron el diario, pero ése no es su medio de vida. Son millonarios hechos a sí mismos. Dak fregó platos hasta que dispuso de suficiente dinero para abrir un establecimiento de sopas. Eso llevó a más establecimientos de sopas y al poco tiempo a construir centros comerciales. Tran compró un maldito limpiador de alfombras en una noche y ahora tiene seiscientos empleados.

Pensé en Tran y en su Ferrari.

—Tran es muy joven.

—Debes de estar hablando de su hijo, Walter Junior. Walter Senior tendrá unos sesenta años. Estos tipos vinieron aquí sin nada y ahora están viviendo el sueño americano.

—Sí, pero figuran en una lista de terroristas.

—Claro, es verdad, pero no vinieron aquí por las naranjas. Se fueron de Vietnam para huir de los comunistas y, por supuesto, quieren fuera a los comunistas para volver a su hogar.

—Gracias, Eddie.

Colgué y contemplé el paso de los patinadores mientras pensaba en hombres hechos a sí mismos, limpios de antecedentes y deseosos simplemente de volver a casa. Buenos republicanos con un pequeño diario rabioso y un falsificador diplomado en nómina. Quizá no pudieran recaudar suficiente dinero para la causa con centros comerciales y limpiadores de alfombras y comités de acción política, y hubieran decidido diversificar su negocio lanzándose al crimen. El crimen, después de todo, es la industria que crece más en Estados Unidos.

Hice una llamada más, esta vez a Joe Pike.

—¿Sabes algo de Lucy?

—Sí.

Le había dado el número de vuelo, así que lo apunté. Llegaría en un vuelo Delta de Nueva Orleans en algo menos de dos horas y daba por supuesto que yo estaría allí esperándola. Había hablado con Tracy y se quedaría en su casa, de manera que si no podía ir al aeropuerto tendría que llamar a Tracy para que se ocupara.

—¿Los niños bien?

Pike colgó. Es lo que le ocurre a uno cuando pasa demasiado tiempo con Charles, supongo.

Me fui abriendo paso por la autopista e hice el largo camino hacia el norte en dirección al aeropuerto de Los Ángeles, mirando de vez en cuando por el retrovisor en busca de rusos, agentes federales y matones vietnamitas con fusiles Benelli. Si reuniera a todos esos tipos podría organizar una buena fiesta.

El tráfico era denso y lento, pero sonreía más a menudo de lo normal y me sentía bastante conforme con el curso de los acontecimientos. Me acercaba a Clark y estaba a sólo diez minutos de ver a Lucy. Llevaba tres días sin que me dispararan ni me pegaran. La felicidad, o casi.

Seguía feliz cuando Lucy Chenier apareció por la puerta de llegadas, me vio y abrió los brazos. Llevaba un vestido gris marengo y una bolsa de viaje. No sonreía, pero no pasaba nada. Ya sonreía yo bastante por los dos.

Nos dimos un abrazo y pude sentir la tensión en su espalda y en los hombros, la carga que llevaba ahí. Susurré en sus cabellos:

—Es fantástico tenerte aquí. Aunque sea por una razón tan lamentable.

El pelo le olía a melocotón. Me abrazó con más fuerza y un hombre con

sobrepeso y calvo gruñó porque no lo dejábamos pasar.

—¿Quieres que te lleve a casa de Tracy?

—Primero quiero pasar un rato contigo. Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Su expresión era serena e indescifrable. Supongo que era su cara de póquer. La cara que pondría en un juicio. La cara con la cual se había abierto camino en la universidad gracias a una beca para aprender tenis.

—Muy bien. ¿Llevas maletas?

—Solamente esto.

Me dejó que cargara con su bolsa y mientras caminábamos hasta el coche no dijo gran cosa. No podía pensar en nada más, creo. Arreglada, pero desprovista de lo innecesario y dispuesta a dar guerra. O quizá solamente estuviera asustada.

Cuando nos hallábamos en la autopista me tomó la mano y la apoyó en su regazo, sujetándola con las dos suyas. Pensé que temía soltarse.

—¿Ben sabe lo que ocurre? —pregunté.

Sus ojos miraban adelante, pero no reparaban en las luces rojas de los semáforos.

—No. Siempre le he ocultado las diferencias entre Richard y yo. Pensaba que era mejor.

Asentí.

—No quería que se sintiera en medio.

—Ya.

—Tampoco quiero que tú te sientas en medio.

La miré. Una mujer con un Jaguar negro se nos metió delante y tuve que frenar.

—Lucy, no estoy en medio. Te quiero y estoy contigo. Te ayudaré tanto como pueda.

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios. Era tan pequeña que resultaba casi imposible percibirla.

—Sé que es como dices, pero tengo que hacerlo sin ti.

No respondí.

—Para mí es importante que entiendas que no es una cuestión de egoísmo. Se trata de Ben.

—De acuerdo.

—Cuando nos divorciamos le ofrecí a Richard derechos de visita abiertos. Nunca los aprovechó. Cuando Ben estaba con Richard los fines de semana, durante el verano o en vacaciones, Richard nunca estaba allí. Siempre contrataba a una canguro, o dejaba a Ben en casa de su abuela. Lo que ocurre ahora no le concierne a Ben, sino a mí. Richard necesita controlarme, de manera que, por favor, no pienses en mí como si fuera una mujer horrible que le roba el hijo a su marido. —Entonces me miró y sentí que tras su compostura asomaba un gran dolor—. No soy la mala del cuento.

—Luce, nunca podrías serlo. —Era como si hubiera estado considerando, a lo largo del vuelo, lo que acababa de afirmar—. Y no es necesario que te justifiques ante mí, ni que me hables de tu matrimonio.

Miró nuestras manos, entrelazadas en su regazo.

—Sé que quieres ayudarme con todo esto. Ya lo has hecho y te estoy muy agradecida, pero no puedes ayudarme más. —Me apretó la mano y cuando la miré me pareció que intentaba contener las lágrimas—. No quiero que mi vida quede definida por los triángulos. No es justo para ti, ni para mí tampoco. Richard es mi problema y tengo que vivir con él.

No supe qué decir.

—Lo que ocurre ahora es algo entre Richard y yo, sólo entre nosotros dos. Necesito que sea así. ¿Lo entiendes?

—No.

—Todo gira alrededor del control —dijo con expresión preocupada—. Tiene que saber que no puede controlarme, ni intimidarme. —Frunció más el ceño—. Y yo también tengo que ser consciente de ello.

La miré. Lucy Chenier era la mujer más independiente que había conocido, pero quizá no siempre hubiera sido así. Quizá necesitara recordárselo a sí misma.

—Podría pegarle un tiro. Eso resolvería el problema.

—Lo sé —dijo sonriendo con cariño—, pero entonces tú me habrías salvado y yo no me habría salvado a mí misma. Tengo que hacerlo yo.

—De acuerdo.

—Y soy la salvadora, no sólo la salvada.

—No quieres que esté contigo en la KROK.

Volvió a apretarme un poco la mano.

—No, no puedes estar allí.

No me gustó, pero intenté no parecer enfadado.

—Richard y yo seremos los únicos jugadores en la pista. Cuando le dé una patada en el culo y consiga poner en un apuro a su amiguito, Richard lo pensará dos veces antes de volver a intentar nada semejante.

La miré y en ese momento pensé que era la mujer más bella que había visto nunca.

—¿Podré dispararle luego?

Volvió a sonreír. Esta vez me dio una palmada en la mano.

—Ya veremos.

De esperanza también se vive.

—¿Cuándo vas a ver a los de KROK?

—Tracy ha organizado una reunión para mañana por la tarde.

Al día siguiente, el escáner llegaría al aeropuerto. Estaría allí con Pike, esperando. Seguiríamos el escáner, con la esperanza de que nos llevara a Clark.

—Estaré trabajando.

—Claro que estarás trabajando, ángel mío —me dijo apretándome la mano—. Así es como tiene que ser. —Volvió a estrecharme la mano—. Y yo te querré mucho.

—Bien.

Continuamos cuesta arriba por Sepulveda Pass en dirección a Valley, y luego nos dirigimos al piso franco, en silencio.

La casa de Studio City olía a romero y a pollo al horno. Joe y Teri estaban en la cocina y Winona y Charles en la sala, y la tele estaba apagada. Supuse que Pike habría puesto límites.

—¡Qué bien huele! —dije.

Winona vino desde la sala.

—Teri y Joe han hecho pollo. Hola, Lucy.

—Hola, cariño.

Charles miró a Lucy desde el comedor y gruñó un saludo. Teri no dijo nada. Estaba tras un bosquecillo de potes en la cocina, con cara de pocos amigos.

Lucy entró en la cocina y le dio un abrazo a Teri.

—¿Qué tal estás, cariño?

—Bien. —Tensa y revolviendo los potes.

—Huele maravillosamente bien —dijo Lucy—. ¿Qué es, pollo al romero?

—Mmm.

Lucy vino hacia mí y me tomó de la mano. Teri frunció el ceño y luego me sonrió, como si Lucy no estuviera presente.

—Le había guardado un poco, Elvis —dejó de sonreír y miró a Lucy—, pero no creo que haya bastante para dos.

La miré.

—Oh, no pasa nada —dijo Lucy—. Llamaré a Tracy y le diré cómo llegar aquí.

—Te llevaré.

Lucy sonreía, se esforzaba para que su sonrisa no fuera aún más amplia.

—No. Acordamos discutir la estrategia mientras cenábamos. Quiere llevarme a algún sitio.

Miré a Teri un poco más, luego llevé a Lucy al teléfono de la sala. Se sentó en el borde del sofá para hacer la llamada.

Teri me sonreía desde la cocina.

—No cuesta mucho calentar el pollo. ¿Cuándo querrá comer?

—Más tarde. —¿Qué le pasaba a esa chica?

Teri trajinaba en la cocina, con gran despliegue de sartenes y recipientes.

—Lo pondré ya. Y podrá comérselo cuando le apetezca. ¿Quiere una cerveza?

—No.

Winona preguntó:

—¿Todavía no ha encontrado a nuestro padre?

—No, todavía no.

Charles observaba a Lucy en el sofá. Luego se acercó y estiró el cuello. Seguí aquellos extraños movimientos y me di cuenta de qué se trataba: intentaba ver por

debajo de la falda de Lucy.

—Charles —dije.

Se escabulló enseguida.

—¡No he hecho nada!

Otra divertida tarde, en el escondrijo, con la pandilla de Cole.

Lucy llamó a Tracy y me pidió que le indicara cómo llegar allí. Así lo hice. Hablaron unos minutos más y Lucy colgó.

—Dice que va a tardar como media hora para llegar aquí.

Pike miró hacia la escalera.

—Tenemos que hablar —dije.

—¿Y por qué tenéis que ir arriba? —preguntó Charles—. ¿Por qué no os sentáis aquí, y ya está?

—Elvis sabe lo que hace —dijo Teri—. Déjale tranquilo. —Volvió de nuevo a la cocina y miró a Lucy con frialdad—. Le avisaré en cuanto llegue su amiga.

Miré de Lucy a Teri y luego de nuevo a Lucy. Sus ojos brillaban y me arrastró hasta la escalera.

Cuando estuvimos arriba y cerró la puerta, le pregunté:

—¿Tienes frío?

—¿No sabes lo que ocurre? —dijo Lucy con una amplia sonrisa.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

El señor Tontorrón.

Lucy miró a Pike, le temblaban los labios.

—¿Qué? —insistí yo.

—Está coladita por ti.

Volví a mirar a Pike.

—¿Te parece divertido?

Otro temblor. Parecían divertidos; yo, no.

—Piensa un poco —dijo Lucy—. Siempre ha sido la que se ha ocupado de todo. Nunca tuvo una figura masculina de referencia que se ocupara de ella; y ahora tú encarnas esa figura.

—Estupendo.

—Y es que además eres muy mono. —Lucy me provocaba y en sus ojos veía que lo estaba pasando bien, aunque no fuera mi caso—. No puedo culparla, ¿no crees?

—Dime qué ocurre con el periódico —me ordenó Pike.

Les expliqué la situación, los tres sentados en el suelo del despacho mientras yo sostenía una mano de Lucy. Les conté lo del periódico, lo del Ferrari, lo de los hombres con los fusiles y lo que había averiguado a través de Eddie Ditko sobre Dak y Tran. El simple hecho de tener allí a Lucy hacía que me reconciliara con el mundo, me preguntaba si sería así cuando viviera allí todo el tiempo. Cuando acabé, Lucy dijo:

—Pues por lo que dices no parecen terroristas.

—No —contesté, encogiéndome de hombros—. Lo cierto es que no parecen delincuentes, pero han contratado a un falsificador y tres de sus esbirros me amenazaron con fusiles.

Pike asintió. Era de suponer que lo que más le había gustado fue lo de los fusiles.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Lucy.

—El escáner llega mañana al aeropuerto. Joe y yo podríamos ir para allá y luego seguir a quien lo recoja para ver si se lo entrega a Clark.

Lucy apretó los labios y negó con la cabeza.

—Esto ha ido mucho más lejos de lo que en principio era buscar a un padre. Creo que deberíais dejar que la policía se hiciera cargo de todo.

—Si lo dejamos todo en manos de la policía, arrestarán a Clark.

—Quizá Clark se lo merezca, ¿no crees?

—Yo no lo estoy haciendo por Clark, sino por los niños. Clark quizá no sea el mejor de los padres, pero si lo detienen, los Markov podrán llegar hasta él. Si consigo localizarlo antes de que haga alguna estupidez, también podré asustarle lo suficiente para que haga lo correcto.

Lucy no parecía demasiado convencida.

—Además, se lo prometí a Teri.

Lucy suspiró.

—Todo el mundo se enamora de un doctor o de un ingeniero. Yo, en cambio, voy y me enamoro de Batman.

—Es por la capa —dijo Pike—. A las mujeres eso de la capa les gusta mucho.

Alguien aporreó la puerta y Charles gritó:

—¡Ahí afuera hay una señora!

Lo dijo tan alto que la mitad del complejo de apartamentos seguro que lo oyó.

—Es Tracy —dijo Lucy.

Nos miramos y le tomé la mano con más fuerza, pues sabía que si la dejaba ir, ella se iría por su lado y yo por el mío. Una vez perdida de vista, ¿quién me garantizaría que volvería a reunirme con ella?

—Me gustaría que te quedases.

—Lo sé. A mí también me gustaría.

Bajamos los tres.

Tracy Mannos aguardaba a la entrada. Parecía cansada, pero resuelta. Volví a abrazar a Lucy. Pike le dio un beso. Luego se fueron.

—Mierda —dije.

—La cena está lista —anunció Teri con una gran sonrisa.

La miré, antes de mirar a Charles y a Winona, ahora sentados en el sofá y mirando la tele.

—Es posible que tenga una buena pista sobre vuestro padre, pero para seguirla necesito que Joe me ayude. ¿Podréis quedaros solos mañana?

Teri sirvió un plato con arroz y pollo y lo que parecía tomate confitado. Lo llevó a

la mesa, que había preparado con esmero.

—Pues claro, no sea tonto. —¿Tonto?—. Cuando nos encontramos llevábamos once días solos, ¿verdad?

Asentí. Me senté.

—¿Le parece bien que le traiga una cerveza, ahora?

—Voy a por ella.

Empecé a levantarme, pero ella me empujó para que volviera a sentarme. Con fuerza.

—Yo ya estoy levantada.

Trajo la cerveza, la abrió y la puso en la mesa junto a mi bandeja.

—Gracias —dije.

Ella sonrió y se sentó a mi lado.

—No tienes por qué sentarte conmigo.

—Quiero hacerlo.

Pike se fue al piso de arriba. Supongo que no podía soportarlo.

Miré a Teri y ella me aguantó la mirada.

—¿Está bueno?

Asentí.

—Muy bueno.

Ella hizo una caída de ojos y suspiró.

Madre mía.

Pike y yo fuimos al aeropuerto de Los Ángeles temprano: cuando salíamos del apartamento, el sol iluminaba el cielo de levante. A esa hora de la mañana el aire todavía es fresco y el tráfico fluido, pero denso por todos los que se desplazaban a trabajar de Simi y Antelope Valley hacia la cuenca de Los Ángeles.

—Somos dos tipos corrientes que se dirigen al trabajo —dije.

—Ajá —contestó Pike.

La Beretta semiautomática descansaba en el suelo detrás de nuestros asientos. Yo llevaba la Dan Wesson y Pike tenía su Python a mano y quizás incluso un misil MX. Dos tipos corrientes.

Dejamos atrás San Diego Freeway y Howard Hughes Parkway y nos dirigimos al sur por Westchester hasta el aeropuerto de Los Ángeles. Se suponía que el escáner llegaba a las nueve de esa mañana y, según la nota de expedición de Nueva York, había que buscarlo en el mostrador de envíos pequeños, en el área de recogida de equipajes. Por su tamaño, aparecería en la cinta transportadora con el resto de maletas y bultos. Un empleado de United lo recogería y lo llevaría a la oficina, adonde alguien del *Journal* iría a buscarlo. Esa persona podía ser Clark, aunque lo más probable era que fuera otro a quien nosotros no reconoceríamos. Teníamos que estar al acecho para identificar el paquete y seguir sus movimientos.

Dejamos el *jeep* de Pike en la planta de llegada de vuelos, tan cerca de la recogida de equipajes como pudimos, y luego pasamos a las dependencias del SPD. Una atractiva afroamericana atendía tras el mostrador y ordenaba pequeños paquetes para un chico vestido con el uniforme gris de una empresa de envíos urgentes.

—Perdóneme —dije—. ¿Podría decirme por qué cinta aparecerá el equipaje del vuelo cinco de United?

—Será por la cuatro. Pero la llegada prevista de ese vuelo es a las nueve. Han llegado demasiado temprano.

—Llega mi mujer —añadí sonriendo—. La echo tanto de menos...

—Oh, qué bonito.

En la terminal, la gente iba y venía según los horarios de los principales vuelos de primera hora, los que llevaban a Nueva York, Miami o Chicago. Luego, a medida que el número de vuelos se incrementaba, el flujo fue creciendo. A las ocho y media nos separamos para colocarnos en lugares desde donde pudiéramos ver bien todos los puntos de acceso, por si Clark aparecía. No apareció. La que sí apareció fue una familia de *Hare Krishnas* dando chasquidos con los dedos y ofreciendo panfletos a cambio de dinero. Se desplazaban de una persona a otra hasta que llegaron a Pike y pasaron de largo corriendo. El instinto de supervivencia es poderoso.

Exactamente a las nueve en punto, el monitor indicó que el vuelo cinco había aterrizado y unos minutos más tarde la cinta empezó a rodar y las maletas se deslizaron por la rampa. El cuarto bulto era una caja blanca de cartón con una etiqueta de facturación amarilla. Pike se colocó junto a la cinta, miró pasar el paquete y luego volvió a ocupar su puesto.

—*Pacific Rim Weekly Journal* —dijo.

Veinte minutos más tarde habían desaparecido casi en su totalidad los equipajes y la gente. Por fin vino la atractiva afroamericana y se llevó el paquete a la oficina del SPD.

—Tenemos que vigilar el paquete, no a la gente.

Los portadores de paquetes entraban y salían de la oficina del SPD, pero ninguno con el paquete blanco.

Esperamos un rato más.

—Quizá los hayas asustado —dijo Pike.

No hay nada como el apoyo de tu propio equipo.

Ya eran las diez y dieciséis y seguíamos esperando cuando un muchacho asiático entró en la oficina y pidió la caja blanca con la etiqueta amarilla. Miré a Pike:

—¡Ya!

Le seguimos hasta una furgoneta blanca y luego fuera del aeropuerto hasta San Diego Freeway. Finalmente, hacia el sur. Nos llevó casi una hora y cuarenta y cinco minutos llegar a Long Beach, pero la furgoneta blanca no parecía tener prisa. Nosotros tampoco.

—Seguro que le pagan por horas —dijo Pike.

Es un cínico.

La furgoneta blanca dejó la autopista en el aeropuerto municipal de Long Beach, luego siguió hacia el norte, recorrió la zona oeste del aeropuerto y se metió en un área de naves industriales. Allí dobló y estacionó en el aparcamiento de dos modernos y enormes almacenes. Los edificios estaban pintados enteramente de beis, sin rótulo alguno. Nosotros seguimos hasta el edificio siguiente y luego volvimos, lo suficientemente despacio para ver al chico con el paquete entrar en el edificio que quedaba al norte.

—¿Nos apostamos algo a que Clark está ahí?

Pike negó con la cabeza.

—Podríamos abrirnos paso a tiros y agarrarlo por el pescuezo.

Nunca sabes cuándo bromea y cuándo habla en serio.

En la calle se alineaban diferentes edificios similares, la mayoría ocupados por mayoristas de alfombras, tiendas de metalistería y *outlets* de electrodomésticos. Aparcamos al otro lado y volvimos a pie. Pike recorrió la cara norte del edificio y yo atravesé el aparcamiento. El edificio estaba dividido en secciones, oficinas delante y tres grandes puertas de carga equidistantes en la zona del aparcamiento. No había ventanas. Algo recomendable cuando se trata de delitos. La puerta de entrada del

personal de la fachada principal estaba cerrada; era industrial y pesada. El chico de la furgoneta había entrado por una puerta lateral, pero ésa también estaba cerrada. En realidad, todas las puertas estaban cerradas. Quizá los alienígenas de Roswell estuvieran dentro.

Había llegado a la altura de una fila de contenedores de basura en la parte posterior del edificio, cuando la puerta de entrada del personal se abrió de pronto y el chico de la furgoneta salió con otros tres hombres. Los cuatro reían y soltaban alaridos. A uno de esos hombres no lo había visto nunca, pero los otros dos me habían amenazado fuera del *Journal*. Pike se reunió conmigo y los dos vimos que los cuatro hombres se subían a la furgoneta y se largaban.

—Los dos tipos que iban en medio se enfrentaron a mí ayer, junto al periódico.

Pike no contestó. Como si no le importara que fuera de una u otra manera.

—¿Has visto algo por el otro lado?

—Dos puertas, las dos cerradas. Sin ventanas.

—Creo que Clark está adentro. También puede haber alguien más, pero como hemos visto salir a cuatro, quizá sea nuestra oportunidad.

—Siempre podemos llamar a la policía —dijo Pike.

Lo miré con extrañeza.

—Era una broma. —Luego me miró—. ¿Y si Clark no quiere acompañarnos?

—Clark tendrá que acompañarnos aunque tenga que ponerle un arma en la sien. Nos acompañará y nos sentaremos con sus hijos y pensaremos cuál es el siguiente paso. —Creo que hablaba más por mí que por Pike—. Pero, sea como sea, nos acompañará.

—Optimista.

Sacamos nuestras armas y nos metimos por una puerta lateral en un corredor largo y sin pintar que olía a Clorox. El pasillo torcía a la izquierda o todo recto. Pike me miró y yo le indiqué que siguiera derecho.

Pasamos junto a unas cuantas pequeñas oficinas vacías hasta la puerta que había al final del pasillo y entonces nos detuvimos a escuchar. Ningún sonido, pero el olor a Clorox era más fuerte.

—Apesta —dijo Pike.

—Quizás estén disolviendo cuerpos.

Pike me miró.

—Es ácido para las planchas de impresión litográfica.

No sé de dónde se saca esas cosas.

Abrimos la puerta y entramos en una estancia amplia y profunda de dos pisos de altura, un taller iluminado por fluorescentes que llenaban el espacio de luz blanca. En el centro había una máquina litográfica, rodeada de largas mesas de cafetería sobre las que se habían colocado cajas de tinta índigo, recipientes para el ácido y demás artículos de impresión. Un Power Mac de última generación estaba en marcha, unos gatitos se perseguían unos a otros en el salvapantallas. El escáner seguía en su caja,

junto al Macintosh. A un lado de la prensa litográfica había una fotocopidora a color y tres secadoras de carga frontal colocadas en fila contra la pared de enfrente. El olor de la tinta oleosa era tan fuerte que andábamos como zombis.

—Está claro que Clark va a imprimir, ¿verdad? —pregunté yo.

—Sí, ¿pero qué?

Pike señaló una sucesión de cajones de madera apilados en palés cerca de la puerta. Las cajas estaban etiquetadas, pero no en nuestros caracteres.

—Es ruso —dijo Pike.

Habían abierto la tapa superior y podían verse resmas de papel envueltas en plástico blanco. Habían rasgado el plástico de una de las resmas para comprobar su contenido. Eran hojas de unos siete por nueve centímetros, de papel de seda de alto gramaje con fibras de seguridad de un naranja brillante. Las hojas también parecían tener filigranas, pero no pude distinguir las imágenes.

—Nuestro dinero no tiene fibras de seguridad naranja.

Pike fue hacia una de las mesas largas.

—¿Crees que van a falsificar dinero ruso?

Pike llegó a la mesa.

—Ruso no, dólares tampoco.

Pike sostenía lo que parecía ser la foto en negativo de una serie de billetes de dólar, aunque cuando me acerqué vi que no eran dólares. Billetes de 50.000 y el retrato no era de Washington, ni de Franklin, ni siquiera de Lenin. Era Ho Chi Minh. Los labios de Pike temblaron.

—Van a imprimir dinero vietnamita.

—Aun así —dije colocando el negativo en su sitio—, tenemos que encontrar a Clark.

Retrocedimos por el pasillo hasta la parte delantera del almacén y pasamos junto a despachos vacíos. El pasillo llegaba a una especie de vestíbulo y seguía a la derecha a cuyos lados había más oficinas. Cuando pasé junto a la primera, vi una pequeña litera de *camping* contra una pared cubierta por un saco de dormir arrugado.

—Miremos ahí.

Entramos.

—Probablemente duerme aquí hasta acabar el trabajo.

Clark había estado allí, pero no lo estaba ahora. Junto a la litera había una bolsa de viaje y una mesa con una única silla plegable apoyada en la pared opuesta. Sobre la mesa una radio, diversos artículos de higiene personal y un par de revistas del mundo de la impresión. En el suelo había latas de Diet Coke, junto a bolsas arrugadas del Burger King o del In-N-Out Burger, una botella grande de Maalox y un tubo casi vacío de Tums con sabor a cereza. La habitación olía a sudor y a sucio y quizás a algo peor. Una vela, una caja de cerillas y un tubo de pegamento aguardaban en la mesa. Instrumental para colocarse.

—Mierda, el muy hijo de puta estará fuera buscando más droga.

—Elvis —dijo Pike.

Estaba de pie junto a la bolsa de viaje y sostenía un sobre arrugado. Yo tenía la esperanza de que fuera algo que nos llevara a Clark, pero no era así. El sobre llevaba las señas de Clark Haines en Tucson. La dirección del remitente era la de un centro médico de Tucson. La fecha del matasellos era de hacía casi tres meses, justo antes de que los Hewitt se fueran de Tucson a Los Ángeles.

Sentí frío al abrir aquella carta. Sentí más frío todavía al leerla.

Una tal doctora Barbara Stevenson, oncóloga, dirigía la carta al señor Clark Haines, paciente, y confirmaba los resultados de las pruebas según las cuales Haines tenía tumores cancerosos tanto en el intestino grueso como en el delgado. En la carta se explicaba brevemente en qué consistía el tratamiento y se insistía en que el señor Haines no había contestado a ninguna de las llamadas del doctor sobre el asunto. La doctora admitía entender lo difícil que era para las personas enfrentarse a noticias de esta naturaleza, pero reiteraba que, según su experiencia, un programa de tratamiento bien supervisado podía mejorar y mantener una calidad de vida aceptable, incluso en casos terminales como el de Clark.

El centro médico había tenido incluso el detalle de incluir un pequeño folleto titulado *Mi vida con el cáncer*.

Debo admitir que Jasper tenía razón: Clark Hewitt era más de lo que parecía. Miré a Pike.

—Clark está a punto de morir.

—Sí —dijo Pike.

Fue entonces cuando un tipo de aspecto duro con un AK-47 entró por la puerta y gritó:

—No será el único.

Era un hombre algo mayor de expresión dura, tan dura que parecía extraída de una piedra de ámbar. Movi6 el AK.

—Manos a la cabeza, juntas.

El acento era considerable, pero se hacía entender.

—El edificio está rodeado por el Servicio Secreto de Estados Unidos. Baje esa arma a no ser que quiera que nos veamos en la obligación de matarle.

—Manos juntas.

Supongo que no tenía sentido del humor.

Dio medio paso atrás, hacia el pasillo. Cuando se movió, Pike se deslizó un paso a la derecha. Al verlo, el hombre se agazapó y se llevó el AK al hombro, el codo derecho hacia arriba unos noventa grados, el codo izquierdo doblado justo por debajo del cargador del AK, la culata contra la mejilla en posición de disparar. Se notaba que había crecido con un arma como ésa, sabía exactamente qué hacer con ella.

—Joe —dije.

Pike se quedó quieto.

El tipo gritó pasillo abajo sin quitarnos los ojos de encima. Se abrió con estrépito una puerta y Walter Tran Junior llegó corriendo, excitado y sudoroso, con sus zapatos caros resbalando sobre las baldosas de vinilo. Al verme, se le saltaron los ojos y soltó:

—¡Me cago en la puta!

Buscó por toda la ropa hasta que encontró una pequeña Colt plateada que enseguida se le escurrió de entre las manos.

—Tranquilo, Walter —dije—. No nos vamos a ninguna parte.

Levantó la pistola mientras intentaba quitarle el seguro, con lo que apuntaba al otro hombre. Éste le gritó algo en vietnamita y se la arrebató de las manos. Luego pasó al inglés:

—Te dispararás a ti mismo.

—Walter —insistí yo—, tranquilo.

—Éste es el que estaba en el diario —explicó Walter señalándome—. Al otro no lo había visto nunca.

Pike, reducido al estado del «otro».

El hombre algo mayor entrecerró los ojos.

—Ah, que venían con el Servicio Secreto.

—¡Me cago en la puta! —añadió Walter Junior, antes de volver a echarse a correr pasillo abajo.

—Era una broma. Somos investigadores privados.

El hombre se encogió de hombros.

—Da al niño algo para que se distraiga.

La puerta volvió a abrirse con estrépito y Walter ya estaba de vuelta, dando patinazos delante de Nguyen Dak y dos de los pistoleros con los que me había enfrentado en el *Journal*.

—A este paso, podremos vender entradas.

Tampoco les hizo gracia.

Nguyen Dak vestía un traje de lana estupendo que le debía de haber costado tres de los grandes. Me miró.

—Le dijimos que se fuera —me recordó.

—Clark Hewitt tiene tres hijos. Yo me ocupo de ellos. Un grupo de rusos de Seattle está buscando a Clark, porque quieren matarlo. Eso significa que también buscan a los niños.

—Tendría que haberme escuchado.

No parecía conmoverse muy fácilmente.

—Estamos aquí porque trabajamos para los hijos de Hewitt. Lo que ustedes impriman nos trae sin cuidado.

Eso tampoco le impresionó.

Nos hicieron echarnos boca abajo con las manos entrelazadas en el codo y luego nos cachearon como si buscaran micrófonos o transmisores. Dak apostó a los de los fusiles en las esquinas a la entrada de la habitación, de manera que podían apuntarnos sin dispararse entre sí. El tipo del AK se hizo con nuestras armas y carteras, se las pasó a Dak y luego nos ató las manos a la espalda con cable eléctrico. Dak lo llamaba Mon. Cuando tuvimos las manos atadas nos hicieron sentar en las dos sillas plegables.

—Y mira que el día había empezado bien —comenté yo.

Dak hizo un gesto y uno de los que nos apuntaba me dio un puñetazo en la sien. Como en Seattle, otra vez.

Dak registró primero mi cartera y luego la de Pike. Después se las dio al tipo del AK.

—Investigadores privados.

—Ya se lo había dicho.

—Usted le ha dicho a este caballero que forma parte del Servicio Secreto.

—Era broma.

Dak me miró un poco más.

—Hemos venido a por Clark Hewitt —insistí—. Sabemos que está trabajando para ustedes, sabemos que ha estado aquí.

Dak encendió un Marlboro y me miró a través del humo. El tipo del AK dijo algo en vietnamita, pero Dak no respondió.

—Ahora tenemos un problema.

—Lo imaginaba, no sé por qué.

—¿Para quién trabajan realmente?

—Para los hijos de Clark Hewitt.

Más cigarrillo, más humo.

—Creo que quizá sea el FBI.

Me encogí de hombros.

—Si eso fuera cierto, su problema sería mucho más grave de lo imaginable. —Era evidente que ya lo sabía y no le gustaba—. Si fuéramos federales, los federales sabrían dónde estamos. Si supieran dónde estamos y nos encontraran muertos, serían historia pasada.

Dak apretó la mandíbula y ondeó su cigarrillo.

—Le dije que se fuera y no me hizo caso. Ahora se han metido en nuestra propiedad y han visto cosas que no tendrían que haber visto.

—No me importa lo que vayan a imprimir, ni por qué lo hacen, ni lo que van a hacer con eso. He venido aquí porque Clark y sus hijos están en peligro.

El del AK volvió a hablar en vietnamita, pero esta vez más fuerte. Dak le respondió gritando también. Los otros vietnamitas parecían asistir a un partido de tenis de alguna clase, miraban a uno y a otro. Quizá discutieran a gritos sobre cómo matarnos. Quizá consideraran matarnos allí mismo, en esa habitación, para luego decirle a la poli que no sabían qué había pasado. Seguían gritando cuando Clark Hewitt apareció con Walter Senior y otro tipo joven. Clark llevaba una chaqueta de algodón barata, pantalones anchos y alpargatas de esparto Kmart. Tenía el aspecto vago y desenfocado propio de quien acaba de inyectarse droga.

—¡Oh, vaya! —dijo cuando nos vio.

Los ojos de Dak brillaron de ira y sacudió el cigarrillo.

—Sacadlo de aquí.

El joven sacó a Clark de un tirón al pasillo cuando dije:

—Los rusos están en Los Ángeles, Clark. Tengo a sus hijos a salvo, pero están en peligro.

Clark consiguió soltarse y volvió a la habitación.

—¿Dónde están?

—En casa de un amigo.

Dak volvió a indicarle al joven que se llevara a Clark de allí. Cuando volvió a agarrarlo del brazo, Clark gritó:

—¡Déjame en paz!

Volví a mirar a Dak.

—¡Maldita sea! Tengo a sus hijos. Unos matones de Seattle han venido aquí para buscarle y él sabe muy bien que esto es cierto. —Miré a Clark—. Los rusos han matado a William Brownell y eso significa que saben todo lo que él pudiera saber.

La cara de Clark se transformó.

—¿Han matado a Wil?

El del AK volvió a gritar y esta vez empujó a los demás y nos encañonó. Cuando lo hizo, Clark aulló:

—¡No!

Y se le echó encima, apartándole. Pero Walter y los demás viets se apiñaron a su alrededor y Dak le abofeteó, dos veces. Pero Clark no se daba por vencido. Se lio a golpes con Dak, golpes enclenques, hasta que Walter lo agarró de los brazos y un tercer hombre por el cuello. Clark era un hombre sorprendente.

—La respuesta será dolorosa —dijo Pike.

Los tres hombres sacaron a Clark de en medio y Dak, señalándonos, ordenó:

—Matadlos.

—Si los matas no imprimiré tus malditos dongos.

*Dong*. Ése era el nombre de la moneda vietnamita.

La cara de Dak se ensombreció. Sacudió el brazo de Clark.

—Te comprometiste a imprimir para nosotros, ¡lo harás!

—¡No, no lo haré!

Con el grito salpicó con su saliva la camisa de Dak.

El de la AK ya tenía bastante con la charla. Apartó a Dak de su camino y volvió a precipitarse hacia nosotros, ladrando en vietnamita. Pero Dak gritó «¡No!», y lo agarró por detrás.

Dak y el del AK y los otros tipos mayores se empujaban y gritaban entre ellos. Yo sabía de qué iba la historia. Eran revolucionarios, pero también eran hombres de negocios con familia y propiedades y asuntos que perderían si se les descubría. Discutían si matarnos o no y estaba muy claro lo mucho que lo deseaban. Sentí la tensión de Pike detrás. Probablemente pensara que si los jóvenes armados miraban a los mayores, él podría levantarse de la silla y arriesgarse a cargar contra ellos. Quizá podría golpear al chico que estaba más cerca con fuerza suficiente para hacerse con el arma y lastimarlo, aunque tuviera las manos atadas a la espalda.

Vaya mañanita. Conducir hasta Orange County para morir.

—Clark —dije—, los rusos deben de saber todo lo que Brownell sabía. Ahora tienen su dirección y su número de teléfono. Eso les da pistas para empezar a investigar. Si yo he podido encontrarlo, ellos también podrán.

Clark asentía, intentando oírme por encima de todo el griterío. El brillo del sudor le cubría la cara y estaba pálido y más que mareado. Por mucho que se metiera, pensé, eso que le comía por dentro tenía que doler muchísimo.

—Tengo a los niños escondidos en un lugar seguro —dije—, pero usted tiene que hacer algo. O vuelve al programa de protección de testigos o se larga de la ciudad.

Clark me miraba y miraba a los viets, así una y otra vez.

—Necesito ese dinero.

¿Cuánto podían pagarle por un trabajo como ése?

—Clark, ¿de qué le servirá el dinero si asesinan a sus hijos?

Los gritos alcanzaban su punto más álgido. Dak le había arrebatado el AK al otro chico y lo usaba para empujar a Clark hacia la puerta, mientras gritaba:

—¡Ahora ya tenemos el papel y las máquinas! ¡Vaya a la otra habitación a

imprimir los dongs!

Pero Clark no fue a la otra habitación. Le sujetó la AK y gritó:

—¡No voy a ninguna parte! Si los mata no imprimiré el dinero.

Dak respiraba tan fuerte que parecía mugir.

Uno de los chicos le abordó por detrás y forcejeó para hacerse con el AK, pero Dak gritó una única palabra en vietnamita y el hombre se detuvo. En ese momento, ambos jadeaban. También se oía respirar a Clark. Éste agarró a Dak por las solapas y lo sacudió. Estaba tan pálido que pensé que iba a desplomarse en cualquier momento.

—Mis hijos están en peligro y estos hombres los protegen. —Me miró—. Si los dejan ir no dirán nada, ¿verdad?

—No.

—¿No evitarán que imprima los dongs?

—Clark, si nos dejan salir de aquí haremos todo lo que podamos por ayudar.

Quería que Clark Hewitt consiguiera su dinero.

El otro hombre gritó y Dak levantó el arma. Dak también gritaba. De hecho, con tanto grito era difícil que llegaran a comprenderse; además, la situación había adquirido vida en sí misma. Creí que Dak iba a disparar a través de Clark y que las balas de 7,62 mm lo desgarrarían y acabarían también con Pike y conmigo, pero de pronto cesó el griterío y Dak masculló una maldición en vietnamita y me miró con expresión de infinito cansancio.

—De acuerdo —dijo.

Ordenó que nos soltaran.

Mi corazón volvió a latir.

Al que llamaban Mon no le gustó el asunto. No dejó de dar vueltas, con el AK levantado, y de montar escándalo hasta que Nguyen Dak lo abofeteó y le quitó el arma. Los demás empezaron entonces a gritar de nuevo y discutir, pero finalmente Dak consiguió callarlos.

—Imprima los dongos y acabemos de una vez.

—¿Cuánto tardará en imprimirlo? —pregunté yo.

—Tres días.

—De acuerdo. Tus hijos pueden quedarse allí mientras imprimes los dongos y decides qué quieres hacer.

Mi prioridad era sacar a los niños de Los Ángeles. Tenía la esperanza de poder maniobrar para conseguir que Clark y los suyos volvieran al programa de Protección de testigos, mientras él seguía allí vigilado por la gente de Dak.

—En cuanto tengas el dinero podrás irte sin pasar por Los Ángeles. De esa manera despistarías a los rusos.

—Eso suena bien —dijo Clark. Y luego, volviéndose hacia Dak—: Tendremos que ir a Los Ángeles a buscar a mi familia.

Dak negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Primero imprima, luego haga lo que quiera.

—Olvídelo, Dak —insistí yo—. Sus hijos seguirán en peligro mientras estén en Los Ángeles. Y él también.

Dak miró a Clark.

—Acordamos que imprimiría los dongos. Ya hemos comprado la prensa y los materiales. Hemos invertido mucho dinero.

—Sí, lo voy a hacer. Lo haré en cuanto esté de vuelta.

Dak volvió a negar con la cabeza. Se resistía.

—Si no hay dongos, no hay dinero.

—Haré los dongos, pero ahora quiero ir a buscar a mis hijos.

Dak nos señaló a Pike y a mí.

—Usted se queda y hace los dongos. Ellos pueden ir a buscar a los niños.

Clark apretó los labios y frunció el ceño. De pronto era como ver a Charles en él.

—No, soy su padre y voy a ir a buscarlos.

—Sólo se trata de ir a Studio City, por Dios. No están en Marte —dije.

Dak se puso en jarras.

—No es más que un viaje de ida y vuelta de unas tres horas.

—No.

—Mire —aseguré, tendiéndole las manos—, si teme que Clark no vuelva, ¿por qué no vienen con nosotros?

Pike me miró.

Dak departió en corro con los demás viets. Volvieron a gesticular con las manos, pero esta vez nadie gritaba ni nos apuntaba con su arma. Supongo que finalmente se hacían a la idea. Por fin Dak se volvió hacia nosotros.

—De acuerdo. Vayamos a buscarlos.

Pike suspiró.

—Pues sí que seremos muchos...

—Hemos hecho una inversión muy grande aquí —dijo Dak mirándole— que será inútil si él no vuelve. Se trata de proteger la inversión.

Pike asintió con la cabeza y miró al suelo.

—Clark —pregunté yo—, ¿podrás aguantar esto?

Estaba pálido y sudoroso. No estaba seguro de que pudiera tenerse en pie durante mucho rato más. Por su aspecto, el sitio más indicado para él era el hospital.

Clark me echó a un lado.

—Estoy bien. Solamente tengo que recuperar mi bolsa.

Sus drogas estaban en la bolsa.

Me hicieron explicar sobre un plano cómo llegar al piso franco y luego salimos; Dak y los dos Walters nos seguían en el Mercedes de Dak y Mon iba con nosotros. Los demás se quedaron a vigilar el almacén. No entendía muy bien de quién tenían que protegerlo, pero nunca se sabe. Mon parecía enfadado y resentido y se aseguró de que todos supiéramos que llevaba una pistola guardada en los pantalones. De joven debía de ser un fenómeno.

Viajamos en silencio durante los primeros veinte minutos, más o menos. Miraba por el retrovisor para controlar a Clark a cada rato, pero todo lo que hacía era mirar el paisaje cambiante sin verlo realmente.

—Clark, ¿por qué no le ha contado a nadie lo de su cáncer?

Seguía sin mirarme.

—¿Cómo sabe eso?

—Encontramos la carta de la doctora.

Asintió.

—¿Lo sabe Teri? —pregunté.

—¿Y cómo iba a decirle algo así?

—Y todo eso que se mete es para el dolor —dijo Pike.

Clark miró a Pike. Era la primera vez que dejaba de mirar por la ventana.

—No dispongo de seguro médico y no puedo permitirme los calmantes que se consiguen con receta. Los *dealers* compran y venden drogas con dinero en efectivo. Nunca meten el dinero en el banco, de manera que utilizo el dinero falso.

Seguí mirándole. Incluso en el espejo percibía el sudor que le cubría la cara. Estaba pálido y parecía indispuesto.

—¿Le ayuda?

—No tanto como me aliviaba al principio.

—¿Cuánto le queda de vida?

Aquella pregunta la había hecho Pike.

Clark se volvió hacia la ventana, casi como si sintiera vergüenza.

—Unos cuantos meses.

Se encogió de hombros. Era la manera que tenía de enfrentarse a eso. Resignarse y seguir adelante.

—Y por esta razón les haces la impresión a estos tipos.

—No dispongo de ahorros. No tengo seguro. Tengo que hacer algo para cuidar de mis hijos. Eso es todo. La imprenta es mi mundo, es todo lo que sé hacer.

—Ya.

—Dak me pagará por imprimir dongs con dinero de verdad, que ingresaré en el banco. Lo bastante para que crezcan y vayan a la escuela. Quizás incluso para la universidad.

Se lo decía a sí mismo como si necesitara repetírselo para seguir tirando. Por eso se decía que todo iba a funcionar, que sus hijos estarían bien. Escucharlo me daba ganas de llorar.

—¿No tiene familia que pueda hacerse cargo de ellos?

—Tanto mi mujer como yo éramos hijos únicos. Nuestros padres están muertos. —Otra vez se encogió de hombros—. Solamente me tienen a mí. —Por fin me miró a través del espejo—. Quiero que sepa lo mucho que aprecio todo lo que ha hecho. Es usted un buen hombre.

Miré la carretera.

—Cuando me paguen, les recompensaré por todo esto.

Miré con más determinación la carretera y asentí.

Íbamos a buen ritmo en el tráfico de última hora de la tarde, excepto el Mercedes que continuamente iba quedándose atrás. Cuando ocurrió por octava vez, no pude aguantar más:

—¿Qué le ocurre a ese hombre?

—Dak no sobrepasará el límite de velocidad —contestó Mon.

—Iba a matarnos para proteger su revolución, pero en cambio no quiere infringir el límite de velocidad.

—Dak quiere ser un buen americano.

Podía ver a Pike por el rabillo del ojo. Diciendo que no con la cabeza.

—No son criminales —aseveró Clark—. Son revolucionarios.

—Ya. Falsificando dongs.

—Piensan que introduciendo un gran volumen de dinero falso en la economía vietnamita podrán desestabilizar al gobierno comunista y forzar el camino hacia la democracia en Vietnam.

—Son patriotas —dijo Pike.

—Es su país —insistió Clark—. Quieren que se lo devuelvan.

Lo mismo que había dicho Eddie Ditko.

Le pregunté a Clark si quería detenerse primero en su casa y dijo que no. Le pregunté si había algo que pudiera comprarle en el *drugstore* y volvió a decirme que no. Sólo quería recoger a sus hijos y volver a Orange County para imprimir los dongs. Parecía cansado cuando lo dijo.

—Tengo un amigo médico, Clark.

—Eso no me serviría de nada.

Era como si quisiera echarse e irse a dormir durante un buen rato.

Seguí conduciendo y haciéndole señas a Dak para que fuera más deprisa. A Dak no le gustaba, pero mientras no corriera demasiado, él mantenía la distancia.

La salida del trabajo nos sorprendió en Hollywood y el tráfico empezó a hacerse denso; veinte minutos más tarde íbamos por Cahuenga Pass y tomábamos la autopista a Studio City. Al salir de la autopista a la altura de Coldwater Canyon, Clark se incorporó en su asiento y parecía prestar más atención. Pensé en el dolor continuo que tenía que soportar, pensé en lo que tenía que representar para él apagarlo inyectándose drogas. Jasper tenía razón. En Clark había mucho más de lo que parecía.

—¿Ya estamos cerca? —preguntó.

—Sí.

Dos minutos más tarde aparcaba junto al bordillo, dejando sitio para el Mercedes. Luego los cuatro bajamos del *jeep* de Pike. Dak alzó el pulgar señalando al edificio y Mon dijo:

—Andando.

Clark lo hacía con cierta soltura, aunque de vez en cuando no podía evitar una mueca de dolor. El cáncer.

Llegamos a la casa, llamamos dos veces y esperamos a que Teri recorriera el pestillo. Esa vuelta a casa tenía que haber sido una sorpresa, tenía que haber sido algo bonito, pero no lo fue.

Teri abrió la puerta después de que yo hubiera llamado por lo menos tres veces; sospeché que algo iba mal.

—Teri.

En sus ojos vi su sorpresa al ver que Clark estaba allí.

—¡Papá!

—Hola, cariño.

—Teri, ¿qué ocurre?

Los ojos de Teri se llenaron de lágrimas, echó los brazos al cuello de su padre y dijo llorando:

—Charles se ha escapado.

Mon corrió al Mercedes y el resto de nosotros entró en la casa; Clark rodeaba con un brazo a Teri. Winona saltó del sofá en cuanto vio a Clark y corrió hacia él para abrazarlo por la cintura. No me pareció muy preocupada por Charles, aunque lo atribuí precisamente a la alegría de ver a su padre.

—¿Cuánto hace que Charles se ha ido? —pregunté.

—Desde antes de la comida —contestó Teri, sonándose la nariz.

Eran ya más de las tres.

—¿Sabes adónde ha podido ir?

—No. —Se pasó el dorso de la mano por los ojos—. Me dijo que quería dar una vuelta por aquí cerca, que volvería pronto, pero no ha vuelto.

Le di un abrazo e intenté mostrarme confiado.

—No pasa nada, guapa. Lo encontraremos.

Charles podía estar en cualquier parte.

Mon volvió con Dak y los dos Walters. Ninguno de ellos parecía contento. Permanecieron juntos en la entrada. Dak enfadado y firme.

—¿Qué pasa ahora?

—El hijo de Clark ha desaparecido.

Dak me miró como si le estuviera gastando una broma.

—No podemos marcharnos así. Tenemos que encontrarlo.

La expresión de enfado de Dak se hizo más patente aún.

—Usted dijo que no tardaríamos. Dijo que los recogeríamos y nos marcharíamos.

Teri había dejado de llorar y miraba a Dak y a sus compañeros.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Son las personas para las que trabajo, cariño —dijo Clark.

Como si fueran empleados de unos grandes almacenes, como si acabara de firmar con ellos un plan de pensiones.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunté—. ¿Dejarlo y ya está?

Dak se apartó de mi lado y entró en la sala, se sentó en el sofá y negó con la cabeza. Walter Senior y Walter Junior se sentaron junto a él. Mon permaneció de pie junto a la mesa de centro y miraba a Dak con sonrisa de suficiencia, como diciendo «ya te lo había advertido». Hablaron entre ellos y cuando dejaron de hacerlo Dak parecía derrotado.

—Si nos dan una descripción del chico les ayudaremos a buscarlo.

Teri nos dijo que llevaba la camiseta de Wolverine y unos pantalones cortos muy anchos. En un segundo, los cuatro viets habían desaparecido, después de acordar con Dak volver a reunirse allí en media hora. Operación revolucionaria.

—¿Charles se ha llevado algo?

—No —dijo Teri.

—¿Winona?

Winona negó con la cabeza, pero sin mirarme.

—¿Y no dijo nada de ir al parque, o a una tienda 7-Eleven? Qué sé yo...

Los rusos no sabían dónde estábamos y no había ninguna razón para pensar que estuvieran en Studio City, de modo que no me preocupaban demasiado. El Studio City Park estaba una manzana más allá y había un par de tiendas interesantes a un par de manzanas. Allí habría juegos de vídeo y revistas y cómics. Cualquiera de esas cosas una manera ideal de matar el tiempo si Charles estaba aburrido.

Pero Teri dijo que no, que no había dicho nada de parques ni nada por el estilo y Winona volvió a negar con la cabeza.

Pike y yo nos separamos. Di una vuelta alrededor del parque, dejé el coche y caminé por el centro del lugar. Media docena de madres estaban con sus pequeños en el parque infantil, pero ninguna de ellas había visto a un chaval que respondiera a la descripción de Charles. Tampoco tuve suerte preguntando a los ocho chicos que jugaban al baloncesto. Caminé por las calles cercanas y me detuve en el mercadillo y las tiendas donde volví a describir a Charles; tampoco obtuve ningún resultado.

Treinta y ocho minutos después de salir del piso franco estaba de vuelta, lo mismo que los viets y Joe Pike. Ninguno de ellos había encontrado a Charles ni había hablado con nadie que lo hubiera visto. Cuando me vio llegar con las manos vacías, Nguyen Dak se tapó la cara con las manos. Más retraso.

—¿No lo ha encontrado? —me preguntó Teri.

—Todavía no, pero lo encontraremos.

Pensé en la posibilidad de que Charles hubiera hecho un amigo en el complejo. Posiblemente había ido a jugar a casa de ese chico y en ese mismo momento estuviera jugando con el Sega. Le hablé a Clark de la posibilidad.

—Las chicas y tú podríais ir a Long Beach con Dak; yo esperaré aquí. En cuanto Charles aparezca me reúno con vosotros.

Dak me apoyó.

—Es una idea excelente.

Creo que sonreía por primera vez en horas.

Clark consideró la posibilidad, pero no parecía convencido.

—Bueno, quizá...

—¿Qué hay en Long Beach? —preguntó Teri.

En su voz se percibía la hartura. Estaba cansada de mudarse una y otra vez. Estaba cansada de los nuevos lugares.

—Allí es donde trabajo, cariño —le explicó Clark.

—Yo quiero ir a casa —dijo Winona.

—Si necesitas algo de ahí —ofrecí yo—, iré con Joe a buscártelo. Pero será mejor que vosotros vayáis directamente a Long Beach.

Winona pareció ponerse todavía más nerviosa y se tocaba el zapato.

—Yo creo que primero deberíamos ir a casa.

La miré. Teri también la miró.

—Winona, ¿tú sabes algo?

—No.

Tozuda.

Los músculos de los hombros y el cuello se me agarrotaron. No me gustaba lo que estaba pensando en ese momento. La idea me aterrorizaba.

—Winona, ¿te ha dicho algo Charles?

Negó con la cabeza.

—¿Te ha dicho Charles que se iba a casa?

Tiró fuerte de su zapato e hizo saltar un trocito de goma.

—Charles me ha dicho que me pegaría si decía algo.

¡Charles!

—Mi niña —dijo Joe.

Winona le miró. Joe estaba de pie, apoyado en la pared, de brazos cruzados, los ojos oscuros y ocultos tras las gafas. Desde donde lo miraba, Joe debía de parecerle un gigante de tres metros.

—Yo cuidaré de ti —le dijo Joe.

Winona no estaba muy convencida de contárnoslo.

—Ha dicho que le parecía tonto esperar aquí, porque todos sabíamos que papá volvería a casa. Ha dicho que se iba a esperarlo.

—Oh, vaya —dijo Clark.

—Me ha hecho darle mi llave.

El llavero del pequeño gnomo.

Walter Tran Senior miró a su hijo y negó con la cabeza.

—Los hijos son una fuente de problemas.

Miré a Pike. Ni a él ni a mí nos gustaba el asunto. Los rusos conocían la existencia de esa casa.

—Pero vuestra casa queda bastante lejos. ¿Charles sabe cómo llegar allá?

—Charles es muy bueno con las direcciones.

Si Charles iba a su casa, lo más probable era que utilizara Laurel Canyon para superar las montañas y llegar al área de la ensenada. Si iba andando le llevaría un buen rato y quizá todavía siguiera en la carretera, aunque no parecía que a Charles le diera ningún apuro hacer autostop. Si había ido en coche, con toda probabilidad ya estaría en casa. Claro que allí también podían estar los rusos.

Marqué su número y dejé que sonara quince veces. No contestó nadie.

—Quizás esté demasiado asustado para contestar —dijo Teri.

—Ya.

No lo creía así y eso me daba esperanzas. Si Charles hubiera estado allí se habría sentido obligado a contestar aunque sólo fuera para decir algo gracioso.

—Bueno, conduciré hasta allí y comprobaré si está.

—Yo también voy —dijeron al unísono Clark y Teri.

—No. Quedaos aquí y haced las maletas. Si Charles está ahí volveremos enseguida.

Dak juntó las manos, como si estuviera rezando. Mon sonrió con suficiencia y puso los ojos en blanco.

Dejé a Pike con ellos y conduje por el camino por donde creía que habría seguido, lentamente para poder echar un vistazo a las tiendas y los parques y los grupos de personas congregadas alrededor de teléfonos públicos o paradas de autobús. Revisé también los aparcamientos de centros comerciales por los que pasaba y miré en los 7-Eleven y en las entradas de metro y en los establecimientos de videojuegos, pero Charles no estaba en ninguna parte. De manera que poco a poco avancé hacia el otro lado de la montaña y bajé hasta la ensenada y a lo largo de Melrose en dirección a la casa, que la familia Hewitt llamaba hogar.

Me llevó casi una hora y cincuenta minutos llegar hasta allí. Cuando llegué, eché un vistazo a la calle en busca del Camaro de Dobcek. El coche no estaba por allí, lo que me hizo sentir mejor en cuanto a los acontecimientos.

Aparqué detrás del Saturn, fui a la puerta delantera y estaba metiendo la llave en la cerradura cuando alguien abrió desde dentro. Pensé que sería Charles, pero no era así.

Alexei Dobcek me miró con sus ojos de *spetnaz* sin fondo y luego me apuntó con una pistola.

—Sabíamos que algún gilipollas acabaría pasando por aquí.

Supuse que habrían aparcado el Camaro un par de calles más allá.

Dobcek se hizo a un lado y me indicó que entrara. En la casa hacía calor, estaba oscura y silenciosa, como suelen estar las casas cerradas.

—¿Charles? —llamé.

Dobcek sonreía.

—¿Qué pasa? ¿Crees que lo tenemos atado en el baño?

Me enseñó el llavero de Winona, el que Clark le había llevado de Seattle y ella había dado a Charles. El pequeño gnomo tenía el pelo enmarañado y sucio. Parecía encantado con el curso de los acontecimientos.

—Por la cuenta que te trae espero que el chico esté bien, Dobcek.

Dobcek sonrió, como diciéndome que podía mostrarme tan duro como quisiera, pero quien tenía al chaval era él. Sautin estaba en la sala, sentado en el sillón de Clark, y miraba el Food Channel sin sonido. Las Too Hot Tamales hacían gansadas en silencio y Sautin sonreía con ellas. Tenía un ojo hinchado y ese lado de la cara, en recuerdo de la patada que le había propinado Joe.

—¿No te sabe mal que hayamos descubierto que eras un mentiroso? ¿No era que no sabías nada de esta gente?

—Uf, me sabe fatal —dije—. Me despierto sudando todas las noches.

Habían arrasado con la casa. Habían vaciado los cajones en el suelo, roto los platos y volcado el mobiliario de la sala para rasgar las tapicerías. Incluso la mesa estaba volcada, con las patas apuntando al cielo como las de una bestia muerta. Supuse qué estaban buscando cuando Charles apareció por allí. Pensé en la posibilidad de que se hubiera enfrentado a ellos, de que le hubieran hecho daño. Si había sido así tendría que matarlos.

—¿Dónde está el chaval?

—En un lugar seguro.

—¿Dónde?

Dobcek puso la mano bajo mi chaqueta para quitarme la Dan Wesson. Cuando lo hizo yo cogí su pistola con la mano izquierda, de modo que la saqué al mismo tiempo que él me sacaba la Wesson y apunté a su nariz.

—El chico.

Dobcek exhibió su sonrisa de tiburón.

—Dimitri, tendrías que ver lo que ha hecho. Ha sido buenísimo.

—*Da*.

Dimitri Sautin seguía mirando a Susan y a Mary Sue.

Eché atrás el percutor.

La sonrisa de Dobcek se hizo todavía más amplia.

—¿Y entonces qué pasará con el chico?

—*Da, da*, el chico —se oyó decir a Sautin, que seguía sin moverse.

—Esto es lo que se llama un empate mexicano —dijo Dobcek.

—Yo tengo a Clark y tú tienes al hijo de Clark.

—*Da*. Baja el arma y vamos a negociarlo.

Respiré hondo y luego di un paso atrás y bajé el arma. Él me tendió la mano y yo le devolví el arma. Una bonita Sig P226. Nueve milímetros. Fácil de disparar. Pike y yo le habíamos arrebatado su otra arma, así que me pregunté dónde la habría conseguido.

—Me saco una cosa del bolsillo, ¿de acuerdo?

—Adelante —dije.

Se sacó una tarjeta del hotel Sheraton-Universal.

—Estamos aquí. El chico no está con nosotros. —Quizá estuviera con Markov—. Tú le preguntas a Clark si quiere volver a ver a su hijo, luego me llamas y hablamos del asunto.

—El chico a cambio de Clark.

—Eso es.

Le dijo algo en ruso a Sautin y éste se levantó del sillón. La hinchazón era muy fea. Tenía la esperanza de que le doliera.

Dobcek me hizo un guiño y salieron.

Me quedé ahí quieto durante por lo menos cinco minutos, mirando a las Too Hot Tamales, pensando. La pareja hacía algo con chiles y tequila y no paraban de reírse. Parecía que lo estaban pasando bien. Habría deseado estar allí, riéndome también con ellas. Pero ésa no era mi situación. Estaba en una casa arrasada. Dos matones rusos acababan de abandonarla. Tenían en su poder a un niño y yo intentaba por todos los medios no dejar que el pánico me invadiera. El pánico mata. Me sentía como un malabarista con demasiadas bolas en el aire y otras por entrar en juego. De acuerdo, Cole, tómate un respiro.

—Adiós, señoritas —dije.

Y apagué el programa de las Tamales.

Habían registrado la casa porque Dobcek y Sautin necesitaban alguna pista que les condujera a Clark. Entonces había entrado Charles, lo cual era mucho mejor que una pista. Era la entrada directa a un camino despejado y seguro hacia la gran compensación.

Fui a la entrada y me fijé en la puerta del altillo; no la habían abierto. Bajé la puerta y busqué la bolsa. Estaba donde la había dejado y pensé que tal vez podría serme útil. Todavía no sabía bien para qué, pero era posible. La saqué del altillo, cerré la trampilla, cerré la casa y conduje de vuelta a Studio City. Conducía despacio mientras pensaba en Markov y en lo que quería, mientras también pensaba en Clark y en lo que quería. Poco a poco fueron encajando las piezas de un plan.

Cuando entré en el piso franco, Joe, Clark y Teri estaban sentados a la mesa del comedor, mientras que los viets seguían juntos en la sala. Winona y Walter Junior

miraban *Animaniacs* en la televisión. Todos me miraron. Teri y Clark preguntaron a la vez:

—¿Le has encontrado?

—Dobcek y Sautin estaban en la casa. Tienen a Charles.

Clark vaciló hacia un lado y luego se apoyó en el respaldo de una silla. Teri entrecerró los ojos.

—¿Quiénes son Dobcek y Sautin?

—Unos que trabajan para el hombre que busca a tu padre —dijo Pike.

—¿Y eso qué es? —preguntó mirando hacia la bolsa.

No contesté. En lugar de hacerlo, miré a Clark.

—Charles está bien, pero tenemos que hablar del asunto —dije.

Clark también miraba la bolsa.

—De ahí viene todo, ¿verdad? —dijo Teri, cada vez más nerviosa—. De su dinero falso.

—Teri, por favor —dijo Clark—, lleva a Winona arriba.

Teri no se movió.

—Teri, por favor.

—¡No me trates como a una niña! —Fue un grito súbito y abrupto que tomó a Clark por sorpresa—. Yo soy la que cuida de ella. ¡Soy mucho más madre de Winona que tú su padre! ¿Por qué no te ocupas tú de llevarla arriba, eh?

Lo había dicho gritando e hizo llorar a Winona. En cuanto a Clark, tendría el mismo aspecto del día en que le comunicaron que sufría un cáncer incurable, como si algo en lo que había creído con toda su alma hubiese resultado ser mentira.

Dak desvió la mirada, incómodo.

—Teri —dije con suavidad—. Teri, no es culpa tuya.

Teri rodeó la mesa para acudir a mi lado y me abrazó, murmurando algo que no pude entender. Creo que decía:

—No voy a llorar. No voy a llorar.

Le revolví el pelo y la abracé. Al cabo de un rato se llevó a Winona arriba.

Clark miraba al suelo.

—Clark.

—¿Sí? —dijo levantando la vista.

Le conté lo que había dicho Dobcek. El padre por el chico. Mientras lo decía, Clark ponía sucesivamente una mano sobre otra, retorciéndoselas. Cuando acabé de hablar, dijo:

—Bien, entonces creo que tenemos que llamarlos.

—Pero lo que quieren es matarte.

—Tienen a Charles. —La cara de Clark se había vuelto verde ocre—. No puedo dejar que le hagan daño.

Mon le dijo a Dak algo en vietnamita. Probablemente veían hacerse pedazos su sueño revolucionario.

—No queremos que Charles sufra ningún daño —dije—, pero cambiarte por él no es la solución. Cuando te tengan a ti no dejarán a Charles libre. Os matarán a los dos, porque sólo así podrán protegerse ellos mismos.

Clark negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso de protegerse?

—Piénsalo, Clark. Quieren matarte. Si lo hacen y alguien sobrevive, ¿qué impediría que Charles, o yo, o alguien fuera a la policía?

Clark apretó los labios.

—Pero, entonces, ¿qué hacemos?

Mon volvió a murmurar algo y Nguyen Dak intervino:

—Haremos que ellos deseen que permanezca vivo.

Miré a Dak y me pareció oscuro, reservado, peligroso. Pensé que muchos años atrás había debido de tener ese aspecto. La guerra es la guerra.

—Sí —dijo Pike.

—El ruso quiere venganza —continuó Dak—, pero esa venganza tiene un precio. Todos los criminales son así.

Lo miré.

—¿Quiere ayudarnos?

—Quiero los dongos. Si tengo que echarles una mano para conseguirlo, les echaré una mano.

Había algo duro en la expresión de sus ojos, algo semejante a una sonrisa en las comisuras de sus labios.

—Rusos —dijo Mon.

Los labios de Pike temblaron. Al parecer, Pike entendía lo que yo. Las viejas guerras redundan en nuevas guerras. Los rusos habían apoyado al Norte contra Nguyen Dak, de hecho seguían apoyando al régimen comunista del Norte. Para estos tipos todo debía de ser lo mismo, todo debía de formar parte de una guerra que tenían que ganar para volver a casa.

Toqué la bolsa con el pie.

—¿Esto es dinero de Markov?

Clark asintió.

—¿Markov lo reconocería? ¿Sabría que es falso?

Clark tomó un fajo de billetes de la bolsa y los ojeó.

—No sabría que son los suyos, pero sí podría decir que son falsos. Tiene gente que sabe distinguirlos.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Pike.

—Markov sabe lo que Brownell sabía. Esto implica que sabe que Clark está imprimiendo de nuevo. Lo que no sabe es qué imprime. Sabe que Clark es bueno, pero ¿qué ocurriría si pensara que ahora es aún mejor?

—No lo entiendo —dijo Clark negando con la cabeza.

—¿Qué os parece si compramos a Charles?

—¿Con qué?

—Con dinero falso.

—Pero sabrá que lo es. Y él puede conseguirlo en muchos sitios.

—No me refiero a una falsificación cualquiera. ¿Qué ocurriría si la falsificación fuera tan buena que pareciera dinero auténtico, tan buena que ni Markov ni un inspector bancario pudieran darse cuenta?

—Como los billetes de Irán —dijo Pike asintiendo.

Se rumoreaba que Irán estaba falsificando billetes de mil dólares de tan buena calidad que eran indetectables.

—Exactamente. —Miré a Clark—. Markov sabe que eres bueno. Podemos decirle que eres tan bueno como los iraníes.

—Pero yo no puedo imprimir nada como eso —adujo Charles, negando con la cabeza—. Los iraníes utilizan prensas de impresión de Suiza, lo mismo que el Tesoro. Yo no podría copiar ese papel, ni puedo disponer de ese tipo de prensas. Cuestan millones.

—Dinero real —dijo Pike.

Clark abrió la boca y enseguida volvió a cerrarla.

—Les pasamos unos cuantos miles en billetes de cien de verdad —propuse yo—, aunque eso sí, les decimos que son falsos. Dejamos que Markov los examine, que haga lo que quiera con ellos, y le ofrecemos comprar al chico. Todo el dinero falso que quiera a cambio de Charles.

—Pero cuando llegue el momento de darle los dólares falsificados —dijo Clark— lo sabrá. Será capaz de apreciar que no son iguales.

—Lo sé, Clark. Por eso necesitaremos a la policía.

—Ya veo —añadió Clark sin más.

Walter Tran Junior dio un grito ahogado y Mon se volvió de un color oscuro.

—¿Por qué la policía? —preguntó Dak.

—La necesitamos para hacer que Markov salte del tablero. Markov toma posesión del dinero falso, recuperamos a Charles y los federales hacen la redada de manera que puedan procesar a Markov por el dinero falso y el secuestro. —Me volví a Clark—. Si entregamos a Markov a los federales éstos no tendrán inconveniente en que ustedes impriman los dongs.

Él me miraba.

—Y de este modo consigues ganar el dinero de Dak.

Asintió.

—Para tus hijos.

Clark miraba hacia mí, pero me traspasaba, iba en pos de algo que estaba muy lejos. Casi podía verse una puerta abierta a la luz, allá en el fondo del pasillo de su alma.

Nguyen Dak cruzó los brazos. Seguía pareciéndome peligroso, pero en ese momento estaba pensativo. Quizá pensara en sus propios hijos. O quizás en cómo

salir de ésa sin perder todo lo que tanto trabajo le había costado.

—Puedo llamar a Dobcek y concertar una cita, pero aun así necesitaremos el dinero que haga de anzuelo. Unos cuantos miles en billetes de cien que quizá no recuperemos. Markov puede pedírnoslo. Incluso puede que tengamos que destruirlo para convencerle de que es falso.

Clark puso los ojos en blanco y suspiró profundamente.

—Eso está bien. ¿Quién podría ayudarnos a conseguirlo?

—Yo —dijo Nguyen Dak.

Lo miraba cuando lo dijo, y él a mí.

—De acuerdo —contesté—. De acuerdo.

Mon parecía contento. Le gustaba la idea de volver a por los rusos.

Dak hizo dos llamadas para tener listo el dinero. A continuación llamé a Dobcek y le dije que pensaba que podíamos llegar a un acuerdo, pero que teníamos que hablar del asunto. No mencioné el dinero, pero dejé entender que Clark deseaba realmente cambiarse por el chico. Era un clásico, la forma de hacerles picar el anzuelo con el intercambio; prometer una cosa y dar otra. Les gustara o no.

—Vosotros traed al padre —dijo Dobcek.

—Bien. Y tú trae al chico.

Un clásico.

Alguien habló por detrás de Dobcek. Ruido de fondo.

—Ahora no discutiremos los detalles. Dame tu número de teléfono.

—¿Por qué?

—Tendré que hablar de esto con nuestro amigo. Mañana te llamo con los detalles.

Nuestro amigo. Se refería a Markov.

—Ni hablar, Dobcek. Ya te llamaré yo.

—No confías en nosotros —dijo Dobcek soltando una risita—. ¿Piensas que podemos encontrarte por el número de teléfono?

—Ya te llamaré yo.

Alguien volvió a hablar por detrás de él y luego la voz de Dobcek se hizo más dura.

—Llámanos mañana, exactamente a las nueve mañana. Estate preparado para actuar inmediatamente. ¿Me has entendido?

—Dobcek, yo soy el rey de la comprensión, recuérdalo.

—*Da.*

—Y también soy el rey de la venganza. Mejor será que al chico no le pase nada.

Se oyó una carcajada ronca. Luego colgó.

Clark, Joe y los viets me miraban.

—Mañana a las nueve fijamos el lugar y la hora. ¿Estará listo el dinero?

—En unas cuantas horas nos traerán veinte mil dólares en billetes de cien —respondió Dak.

—Es usted grande, Dak —dijo Pike.

Subía la escalera para ver a Teri cuando sonó el teléfono. Pike contestó y luego me miró sosteniendo el teléfono.

—Es Lucy.

—¿Qué tal está?

Sentía que el corazón me latía con más fuerza. Con más fuerza que con los rusos. Más que cuando Mon me había apuntado con el AK.

Pike sostenía el teléfono.

Bajé corriendo para tomar el auricular.

—¿Lucy?

—Hemos ganado. —Dos palabras que se abrieron paso por la adrenalina como una punta afilada—. Se acabó, Elvis. Hemos ganado.

—Has conseguido el trabajo.

—Sí.

Pike me miraba. Yo le hice un gesto afirmativo con la cabeza y él me agarró del hombro y apretó.

—Tenemos tiempo. Ve a verla.

Miré a Clark. Fruncí el ceño y miré hacia la escalera.

—¡Por Dios, vete! —me dijo Pike.

Tracy Mannos vivía en una pequeña casa moderna en una bonita calle de Roscomare Drive, en la parte alta de Bel Air. Eran casi las diez cuando llegué allí, pero Lucy y Tracy estaban entusiasmadas y contentísimas, celebrando su victoria con una botella de Mumm Cordon Rouge Brut. Tracy abrió la puerta, pero faltó poco para que Lucy la derribara al lanzarse sobre mí. Nos dimos un gran abrazo y Tracy se echó a reír.

—Si empezáis a quitaros la ropa llamo a la policía.

Lucy y yo nos echamos a reír también, como si algo o alguien le hubiese dado a un interruptor y la tensión acumulada desbordara de pronto.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —preguntó Lucy.

Me eché un poco atrás y mi sonrisa se apagó un tanto.

—No mucho. —Le hablé del dinero. Le expliqué lo que estábamos intentando hacer—. No sé cuánto va a durar, pero es probable que esté muy ocupado en los próximos dos días.

Me tomó una mano entre las suyas y la apretó con fuerza.

—Ya sé. Yo tengo que volver con Ben mañana.

Dos barcos que se cruzan. El precio de la vida adulta.

—Sí, pero volverás.

Su sonrisa volvió a iluminarse.

—Explícamelo, Lucy. Dime todo lo que ha ocurrido hoy.

Lo hicieron entre las dos, suponiendo unos hechos, conociendo a ciencia cierta otros. Al final, no se trataba de un plan elaboradísimo y complicado, ni Stuart Greenberg resultó ser el malvado e influenciabile viejo amigo que sospechábamos. Cuando Richard se enteró de que la KROK le había ofrecido el trabajo a Lucy aprovechó su posición en BM&D como baza para contactar con la empresa matriz de KROK e insinuar que Lucy era una trabajadora muy inestable. La empresa matriz, preocupada por que la cadena estuviera en proceso de contratar como presentadora de sus programas a alguien de comportamiento tan incierto, transmitió la información a Stuart Greenberg. Éste puso en duda la información y preguntó de dónde procedía. Le dijeron que se pusiera en contacto con la fuente, concretamente con un tal Richard

Chenier, un socio muy respetado del bufete Benton, Meyers & Dane de Baton Rouge. Es decir, Greenberg sólo había reaccionado ante lo que Richard había dicho.

—Cuando Stuart se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo en realidad, no hizo más que disculparse durante el resto de la reunión.

—¿Y ya está?, ¿ya tienes el trabajo?

Lucy sonrió.

—Hemos acordado que llegaremos a un acuerdo. Stuart ha prometido llamar a David Saphiro y concluir la negociación lo antes posible.

Tracy se inclinó hacia mí.

—Ese maldito trabajo es suyo.

—¿Y qué hay de Richard?

Lucy volvió a poner cara de póquer.

—He llamado a su oficina y a su jefe.

—Yo creo que debería denunciar a ese desgraciado —dijo Tracy.

Lucy apretó los labios. Quizá pensara en Ben. Quizás en si valía la pena llevar el enfrentamiento tan lejos, teniendo en cuenta que de hacerlo podía perjudicar a su hijo...

—Sí, bueno —dijo por fin—. Ya veremos. —Entonces pareció dejar a un lado sus pensamientos y volvió a tomarme la mano—. Quiero darte las gracias.

—Pero si no he hecho nada.

—Claro que has hecho. Me apoyaste en mi necesidad de luchar sin ti. Te conozco y sé que no debió de resultarte fácil.

—Eso no es nada —contesté encogiéndome de hombros—. Quedamos en que después podría pegarle un tiro, ¿verdad?

—Bueno, sí. Creo que quedamos en eso.

Lucy miró a Tracy y ésta sonrió. Compenetración femenina. Tracy me besó la mejilla y me alcanzó la botella de brut. No quedaba mucho.

—Bueno, querida. Ahora dejaré que cuides de ti misma.

Y se fue.

—¿Acabas de decirle que se fuera? —pregunté yo.

—Sí.

—Fantástico.

Lucy y yo estábamos sentados en la sala de Tracy, con las manos enlazadas. Era tarde y se estaba haciendo más tarde, pero no quería irme.

—De verdad me gustaría que te quedaras, Elvis.

—Lo sé.

Me miró con mucha atención y luego me tocó la cara. La herida de Seattle había sanado.

—Pronto me pondré a buscar casa. En cuanto Ben acabe la escuela nos mudaremos.

Asentí.

—Será mejor que sigas aquí.

Volví a asentir.

—Por favor, mañana ten cuidado.

—Soy la personificación de la prudencia.

—No lo eres, pero deberías serlo.

—Estaré aquí cuando te mudes, Lucille. Tienes mi palabra.

Me besó la mano y nos quedamos allí sentados. Un poco después, conduje de vuelta a Studio City.

Volví al piso franco unos minutos después de la una de la madrugada y encontré a Mon escondido tras la puerta con su pistola. Al verme se encogió de hombros y dijo:

—Nunca se sabe.

Walter Junior estaba tendido en el suelo y dormía. Dak y Walter Senior, sentados a la mesa del comedor, jugando a las cartas. Clark estaba con ellos.

—¿Ha llegado ya el dinero?

Dak, concentrado en el juego, murmuró:

—Pronto.

—¿Dónde está Pike?

—Ha salido —dijo Mon, entrecerrando los ojos—, sin decir nada. No me gusta eso.

—Nunca dice nada. Olvídalo.

La piel de Clark parecía brillante, como grasienta. De cerca podía verse que las manos le temblaban.

—¿Clark?

Clark negó con la cabeza.

—¿Cómo están las niñas?

—Bien. Durmiendo.

Me senté con ellos y esperé. Nadie hablaba. A veces la espera es lo peor.

A las dos y veinte, alguien llamó suavemente a la puerta y le entregó una bolsa de viaje a Dak. Contenía veinte mil dólares en bonitos billetes de cien. Billetes reales, impresos por el Tesoro de Estados Unidos en papel producido por la fábrica de papel Crane Paper Mill de Dalton, Massachusetts. Dak debía de tenerlo guardado bajo el colchón.

Clark dijo que estaban demasiado nuevos, así que los puso en una gran bolsa de plástico con doscientos gramos de café molido y medio kilo de alubias y metió la bolsa en la secadora. Eso no estropearía el dinero, sino que le daría un color uniforme, como si hubiese envejecido.

Joe Pike volvió justo después de las cuatro. Le dio a Clark un frasco de pastillas compradas sin receta y le murmuró algo antes de desplazarse a un rincón oscuro de la sala. Clark miró el frasco y luego miró a Joe durante un buen rato, hasta que se levantó para ir al baño. Cuando un rato después reapareció, tenía mucho mejor aspecto.

Ninguno de nosotros durmió en cama esa noche, sino que nos instalamos en el sofá, en el sillón o en el suelo y echamos inquietas cabezadas mientras esperábamos la llegada del alba.

En algún momento de esa madrugada bajó Teri y se colocó entre los hombres

para dormirse a su vez abrazada a su padre.

A las nueve llamé a Dobcek, exactamente como había dicho que haría.

—Nos encontramos con vosotros en el paseo marítimo de Venice dentro de una hora exacta.

—Déjame hablar con el chico.

Puso a Charles al teléfono y yo le dije que todo iba a ir bien. Le dije que tenía que mantener la calma y que confiara en que Joe y yo íbamos a llevarlo a casa. Dobcek recuperó el teléfono antes de que hubiera acabado.

—Conoces la librería que hay allí.

—Sí.

Small World Books.

—Pues espera en la zona de césped, justo enfrente. Allí nos encontraremos.

Y colgó.

—¿Estás preparado? —pregunté mirando a Clark.

—Por supuesto. Charles es mi hijo.

—Pues entonces adelante.

A Dak le pareció bien quedarse con Teri y Winona mientras Joe, Clark y yo acudíamos a la cita. Fuimos en el *jeep* de Joe; él conducía. En el suelo de atrás había dos grandes cajas que el día anterior no estaban. Supuse que Joe las habría adquirido durante la noche anterior.

Tomamos la autopista para llegar a Santa Monica y luego giramos hacia el sur a lo largo de Ocean Boulevard. En silencio. Cuando llegamos a Venice, Pike dobló por una calle lateral y se detuvo.

—¿Qué habéis acordado? —preguntó.

—Quieren que esté con Clark en la zona de césped que hay frente a la librería. Dicen que ya aparecerán. Se supone que traerán al chico, pero no pondría las manos en el fuego.

Clark se inclinó hacia delante. Llevaba la bolsa de viaje en la falda, como si fuera la merienda.

—¿Por qué no iban a traer a Charles?

—Dirán que el chico está en un coche cerca de allí y quizá sea cierto, aunque puede no serlo. No vienen a hacer negocios, Clark. Han venido a matarte. Debes meterte eso en la cabeza.

—¡Ah...!

—Dirán que el chico está en un lugar determinado con tal de que vayamos con ellos al sitio que hayan escogido. Será un lugar privado. Allí te matarán. En nuestra jerga es lo que llamamos lugar del crimen.

—Lo dices como si nada —observó Clark.

—Las cosas son como son —dijo Pike encogiéndose de hombros.

—Pero ¿cómo recuperaremos a Charles?

—Les enseñaremos el dinero. Tu misión es permanecer calmado y convencerles

de que has impreso ese dinero y de que puedes imprimir más. Eso es muy importante, Clark. ¿Puedes hacerlo?

—¡Sí, claro! —dijo asintiendo.

Claro.

—Markov te quiere muerto, pero si cree que puede sacar algo de ti antes de matarte, es posible que eso le seduzca.

—¿Y si no quiere?

—Entonces lo matamos —contestó Pike.

Estábamos dos manzanas al norte de la librería, cuando Pike se metió por un callejón, bajó del *jeep* y se fue sin decir palabra. Se llevó una de las cajas.

—¿Adónde va? —preguntó Clark.

—Va a asegurarse de que no nos maten mientras esperamos.

—¿Crees que lo harían?

—Sí, Clark, claro que lo harían.

Me puse al volante y, un cuarto de hora antes de lo convenido, dejaba el *jeep* mal aparcado en una zona roja detrás del paseo marítimo entarimado de Venice.

—Vamos.

Llevé a Clark al paseo y luego a la librería. Era un día soleado aunque neblinoso, lo justo de fresco. Los paseantes habían empezado sus interminables vueltas por el entarimado. Los comerciantes pregonaban sus gafas de sol y tatuajes a turistas ávidos de entender a qué se debía tanto jaleo. Altas palmeras se cimbreaban en la brisa. Corredores y patinadores y culturistas de ambos géneros y bronceados impecables pasaban entre la gente con calculada indiferencia.

—¿Dónde está Joe? —preguntó Clark.

—No vas a verle aunque lo intentes, de manera que no lo intentes. Los rusos se preguntarán qué estás buscando.

Al momento, fijó la mirada al frente, temeroso de mirar hacia cualquier otro lado.

—¿Los ves?

—No, pero probablemente nos estarán observando.

—Ah.

La librería acababa de abrir sus puertas. Una mujer morena desplegaba un expositor de revistas en la acera. Entré con Clark en la tienda, le dije que esperara ahí dentro y que no me quitara los ojos de encima a través de la ventana. Le dije también que no saliera hasta que se lo indicara. La mujer morena nos miró con suspicacia. Probablemente pensaba que éramos ladrones de tiendas.

Volví a salir a la zona de césped y esperé. Tres sin techo estaban tumbados allí. Uno de ellos, un hombre mayor, llevaba un perro gordo sujeto a una cuerda. Me miró y dijo:

—¿Tiene alguna moneda?

—Lo siento.

—No sea tacaño. Es para el perro.

—No llevo monedas —repliqué negando con la cabeza.

—Es un agarrado —insistió el hombre, mirando a sus colegas.

Miré a uno y otro lado del paseo. Luego recorrí con la vista la playa, los aparcamientos y callejuelas. En fin, sólo un tipo en el entarimado pensando si sería capaz de sacar el arma a tiempo para salvar la vida a Clark Hewitt, por no hablar de la propia. Miré al perro gordo.

—No le iría mal un poco de ejercicio.

—Preocúpate de tus malditos asuntos —dijo el sin techo, ofendido.

Hasta ahí la charla.

A las diez y seis minutos, Alexei Dobcek salió del aparcamiento de la librería y vino directamente hacia mí, como si fuéramos los únicos dos seres vivos de la playa.

—¿Dónde está el chico? —pregunté.

—Por aquí cerca. Entréganos a Clark y verás al chico.

—Hemos pensado en otra cosa —dije yo, levantando la bolsa.

Dobcek la miró y luego miró más allá y a ambos lados, por si a alguien se le ocurría abordarlo con rapidez. Sonreía como diciéndome que ya debería saber que no me iba a salir con la mía recurriendo a artimañas como ésa.

—Sabemos que Clark está en la librería. ¿Por qué te haces el tonto?

Solté la bolsa a sus pies.

—Mira en la bolsa. No muerde.

—¿Puedo mirar yo? —dijo el sin techo.

Dobcek miró al hombre con ojos asesinos.

—Largo de aquí si no quieres que te aplaste al perro.

El sin techo hizo que el perro se levantara y los dos se fueron.

—Putá basura —dijo Dobcek.

Esos chicos son todo corazón.

—Mira en la bolsa, Dobcek.

Volvió a mirarme y por fin se agachó y abrió la bolsa. Metió la mano, palpó el papel y luego la cerró y se levantó.

—¿Y?

—Es el nuevo proyecto de Clark. Hay que llevárselo a Markov, deja que lo mire y dile que nos gustaría negociar otro acuerdo.

Dobcek me miró y luego negó con la cabeza.

—¿Qué significa esto?

—Llévaselo a Markov y que eche un vistazo. Yo esperaré aquí.

—¿Sabes qué? —dijo Dobcek, inclinándose sobre mí—. Mataremos al chico.

—Deja que lo vea Markov, Dobcek. Yo espero, lo mismo que Clark. No vamos a ninguna parte. Seguro que Markov querrá hablar del asunto. Dile que no es más que una muestra.

Alexei Dobcek miró en dirección a la librería con expresión amenazadora y luego se volvió y partió con la bolsa.

Miré a las parejas que compartían café y desayuno en el pequeño establecimiento cercano a la librería. Pensé que tenía que traer a Lucy. Seguro que le gustaría la librería y podríamos sentarnos en una de esas mesitas de la terraza para mirar a los artistas callejeros y divertirnos. Leer un poco, comer un poco. Sería algo que hacer si sobrevivía a los siguientes diez minutos.

Dobcek reapareció entre los tenderetes de los puestos callejeros y esta vez venía acompañado de Sautin, Markov y un cuarto hombre. El cuarto vestía tejanos y un polo verde. Era quien llevaba la bolsa. Markov llevaba una chaqueta de piel de tiburón y cadenas de oro: tenía el aspecto de un asiduo de los locales de Las Vegas de tres al cuarto. Una chica con biquini verde lo miró al pasar patinando por su lado y se echó a reír. Probablemente no era ésa la reacción que esperaba con su atuendo.

Cuando estuvo a mi lado, Markov señaló levemente la bolsa.

—Siempre me resulta incómodo que alguien cambie mis planes.

—Entonces, ¿cómo es que no ha matado al niño y se ha largado?

—Quizá todavía lo haga. Al niño y a ti y a Clark también. —Markov miró hacia la librería y luego volvió a señalar la bolsa—. ¿Para qué querías enseñarme esto?

—Clark lo ha fabricado. Va a imprimir todavía más, por lo que pensábamos que quizá quisiera una parte en lugar de matar a Clark y a su hijo. Pensábamos que quizá le gustaría tanto que perdonaría a Clark por las pequeñas diferencias de Seattle. Y lo pasado, pasado.

Quizá mordieran el anzuelo y se interesaran en el asunto; quizá, no. Podíamos conseguir que pensaran que aquello era dinero falsificado o fracasar.

El cuarto tipo tenía la bolsa en el suelo y se agachó a sacar uno de los billetes de cien. Hizo restallar el papel y me miró con sorna.

—¿Falso, esto? —Volvió a hacerlo restallar—. Y un cuerno.

Ese cuarto no era ruso. Parecía como de Georgia o de Florida y no me gustaba que estuviera allí. Quizá fuera un experto en imprentas y era capaz de llamar mentiroso a Clark y huir con el dinero. Quizá fuera el especialista de Markov en dinero falso.

—¿Y tú quién coño eres?

—Soy el que afirma que dices gilipollecas.

Sonreí mirando a Markov.

—¿No te interesa? Pues muy bien.

El sin techo con el perro se había instalado diez metros más allá, frente a un puesto de vestidos africanos.

—¡Eh, tú, el del perro! —grité. En cuanto me miró, cerré la bolsa y se la lancé—. Monta una fiesta. —Me volví hacia Markov y le dije, tendiéndole las manos—: Usted se lo pierde, Andrei. Y tenemos un par de millones más.

Diez metros más allá, el sin techo miró el interior de la bolsa y gritó:

—¡Yupi! ¡Milagro!

Markov suspiró e hizo una señal con la cabeza.

—Dobcek.

Éste corrió y le arrebató la bolsa al hombre. El viejo no quería soltar la bolsa, así que Dobcek le dio un puñetazo en la frente. Fuerte. Mantuve la sonrisa, como si eso no me afectara. Mantuve la sonrisa como si no me muriera de ganas de sacar la pistola y acribillar a Dobcek. Como si no me sintiera como un perro por haber metido en aquel asunto al viejo.

—Oiga, señor Markov —dijo el cuarto tipo—. Si estos billetes son falsos me gustaría saber cómo lo han conseguido.

Parecía herido y quejumbroso, como si le entristeciera que Markov dudara de él.

—Clark está en la librería. ¿Le permitiría venir a explicárnoslo? —pregunté.

—Da.

Le indiqué a Clark que saliera. Cuando llegó hasta nosotros se quedó detrás de mí con las manos en los bolsillos. El sol le deslumbraba tanto que sus ojos no eran más que pequeñas ranuras.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo Markov.

—Hola, señor Markov.

El cuarto elemento tocó la bolsa con la punta del pie.

—Ésta es una impresión en relieve, no en *offset*. Es papel Crane. —Negó con la cabeza—. ¿Tú has impreso esto? Y una mierda.

Clark me guiñó un ojo y yo le sonreí, dándole ánimo:

—El tío dice que eso son sandeces. Quiere saber cómo lo haces.

Crucé los brazos de manera que tuviera cerca la Dan Wesson y confié en que Pike apuntara a Dobcek porque yo pensaba disparar a Sautin. Dispararía primero a Sautin, luego a Markov y luego al cuarto hombre, eso siempre que pudiera hacerlo antes de que alguien me disparara a mí. Quizás estuviéramos a veinte segundos de los disparos. Si sobrevivíamos, el chico seguiría desaparecido. Todo porque daba la casualidad de que algún rompelotas con conocimientos de artes gráficas estaba con Markov.

Clark volvió a guiñarme un ojo y yo le dije:

—Explícaselo, Clark.

Clark pestañeó. Luego tomó un billete de la bolsa, hizo que chasqueara en un gesto semejante al del rompelotas y sonrió a Andrei Markov.

—Es papel Crane, sí. Este sonido no puede falsificarse. —Volvió a hacerlo restallar y luego enseñó el billete—. Éstos antes eran billetes de un dólar.

El rompelotas frunció el ceño.

—He blanqueado cuatrocientos kilos de papel y he conseguido una prensa de grabado. Es más vieja, pero es una de las originales suizas que tenía una firma impresora de Francia hasta que cerraron el negocio el año pasado. —Clark dejó que su sonrisa se diluyera—. Bueno, en realidad no es mía, sino de unas personas a las que conozco. Estoy imprimiendo para ellos del mismo modo que imprimí para usted.

Yo miraba a Clark. Lo miraba y estaba impresionado.

—¿Y vas a robarles, entonces, también a ellos? —preguntó Markov.

—Si me veo en la obligación de hacerlo, sí. —Se lo dijo directamente a Markov, y se lo dijo bien claro.

—¿Y dónde conseguiste las planchas?

—Las escaneamos a partir de unos ejemplares de coleccionista, todo piezas de cien dólares perfectas, impresas entre 1980 y 1985. Utilicé un digitalizador de alta densidad para obtener una línea más clara y luego recurrí a un fotonegativo de la imagen digital para morder con ácido las planchas. —Clark señaló el billete de cien que sostenía el rompepelotas—. Puede apreciarse que la tinta está un poco subida de tono, pero creo sinceramente que nos acercamos bastante.

El rompepelotas miró el billete y asintió.

—Sí, es verdad que está un poco subida de tono.

Tenía pánico a que Clark le pusiera en evidencia frente a Markov.

Markov asistía a esa conversación sin entender más de lo que decían que los demás, pero parecía tragar el anzuelo y eso era lo único que contaba para mí.

—Que la tinta esté apenas subida de tono no tiene ninguna importancia. Aquí de lo que estamos hablando es de billetes de calidad, de billetes falsos que engañarían a un banco, a un poli o a un agente del Servicio Secreto. Clark puede imprimir una cantidad adicional para usted. Usted se lleva el dinero, él recupera al chico y usted les deja marchar.

Markov me miró. Quizá pensara en su hermano mayor sentado en la cárcel.

Puse una mano sobre el hombro de Clark y añadí:

—Y cuando acabe este trabajo es posible que puedan volver a colaborar en proyectos comunes.

Los ojos de Markov se desviaron hacia Clark y luego me miraron de nuevo.

—¿De cuánto papel de éste dices que dispones? —preguntó.

—Unos cuatrocientos kilos, como dije antes.

—Y cuando se acaben puedes hacer más, *da*?

—Quizá sí, quizá no —dijo Clark encogiéndose de hombros—. No nos vamos a engañar: los componentes químicos son muy difíciles de conseguir.

Markov asintió, pensativo, y luego miró al rompepelotas. Éste se encogió de hombros.

—Es buen material, Andrei. Es lo mejor que he visto nunca.

Recogí la bolsa y se la entregué a Markov.

—Aquí la tiene, para que la guarde. Si le surgen dudas, compruebe cómo se desenvuelve en el mercado y piense si quiere conseguir más.

Andrei Markov aceptó la bolsa, sin mirar dentro.

—Cinco millones —dijo.

Miré a Clark.

—¿Podrías imprimir cinco millones más?

—Sí, claro, no hay problema.

Sonreí a Markov.

—¿Qué le parece si libera al chico como señal de buena voluntad?

—No seas imbécil. Tendrás al chico cuando yo tenga el dinero.

Asentí.

—Y después Clark y su familia ya habrán cumplido, ¿no es eso?

—Eso es.

—Llamaré a Dobcek al mismo número cuando tengamos el dinero.

Andrei Markov volvió a asentir y, luego, los cuatro se fueron. Agarré a Clark por el brazo y empezamos a caminar en la otra dirección.

—Lo has hecho muy bien, Clark. Conseguiremos que nos devuelvan a tu hijo.

Clark no dijo nada. Justo después de dejar atrás la librería se desplomó, cayó sobre una rodilla y vomitó. Esperé a que acabara y luego le ayudé a ponerse de pie.

Ahora lo que necesitábamos era a la policía.

Joe Pike reapareció en su *jeep* cinco minutos después con el arma larga en su funda.

—¿Nos ha seguido alguien? —pregunté.

Pike negó con la cabeza.

—¿Qué tal ha ido?

Ayudé a Clark a ponerse en el asiento de atrás y le di unas palmadas en el muslo.

—Bien, Clark, bien.

Clark sonrió, pero estaba cansado y débil. Dos calles más adelante tuvo que sacar la cabeza por la ventanilla para volver a vomitar.

Fuimos parsimoniosamente hasta mi oficina para hacer las llamadas. No me preocupaba que los federales tuvieran intervenida la línea, porque precisamente era con ellos con quienes quería hablar. Dejamos el *jeep* en mi plaza de aparcamiento y luego tomamos el ascensor hasta el cuarto piso. Normalmente habría subido andando, pero con Clark no era conveniente.

En cuanto entramos, abrí las puertas de cristal del balcón.

—¿Quieres beber algo?

—Ajá.

—Si quieres ir al baño, está al final del pasillo.

—Gracias.

Se sentó en el sofá y miró el reloj de Pinocho. Tomé aire, me hice una composición de lugar para poder decir todo lo que debía y llamé a Marsha Fields. Cuando se puso al teléfono le dije:

—¿Tiene noticias de un mafioso de Seattle llamado Andrei Markov?

—No. ¿Por qué?

—Markov y los suyos son una preocupación para su organización. Un agente federal llamado Jasper anda por aquí y sólo por él. Desearía hablar con usted después de que haya comprobado lo que le digo.

Parecía impaciente.

—¿Tiene esto algo que ver con su dinero falsificado?

—Sí.

Colgué y me apoyé en el respaldo. Pike estaba de pie frente al balcón, mirando la ciudad. Clark, en el sofá, respiraba suavemente, con las manos en el regazo. Sonreía mirando el reloj de Pinocho y las pequeñas figuras.

—Su oficina no es como la esperaba.

—Usted tampoco es como lo esperaba.

Él me miró y asintió, yo lo miré y asentí.

—Gracias otra vez por lo que hace.

Se humedeció los labios y, por un momento, creí que iba a decir algo más, pero

finalmente no lo hizo.

Le di diez minutos a Marsha y luego la llamé.

—Bien, parece que su Markov es realmente una buena pieza —me dijo.

—Es una manera de decirlo.

—Por lo que entiendo, Jasper busca al impresor que había testificado contra el hermano de Markov.

Marsha Fields había trabajado mucho en los últimos diez minutos.

—Puedo entregarle a Markov en condiciones de acusarlo por posesión de moneda falsa y secuestro.

—¿Secuestro? ¿De quién?

—Markov retiene al hijo de Hewitt, de doce años.

—¡Oh, Dios mío! —No dijo nada en unos diez segundos—. Y Clark Hewitt, ¿está imprimiendo?

Había hecho más que mucho trabajo.

—Los matones de Markov asesinaron a un hombre llamado Wilson Brownell hace cuatro días, en Seattle. Utilizan al chico para intentar llegar a Hewitt. Luego matarán a toda la familia de Hewitt. ¿Quiere a Markov o no?

—Usted pedirá algo a cambio para Hewitt, ¿no?

—Hewitt testificará para ustedes, lo mismo que hizo en Seattle. Colaborará todo lo que sea necesario para que puedan encarcelar a Markov, pero sus otras actividades no han de investigarse ni deben cuestionarse.

—Nadie pactaría algo semejante —dijo Marsha Fields.

—Pues ése es el pacto.

Podía oírla respirar al otro lado de la línea.

—Le diré que Clark Hewitt no está imprimiendo moneda americana y sus actividades no están relacionadas con ningún delito, ni civil ni penal. Es un acuerdo excepcional, nunca más tendrán que preocuparse por Clark Hewitt.

—¿Y cómo puedo estar segura?

—Se está muriendo de cáncer de estómago.

Cuando lo dije, Clark Hewitt no reaccionó de ninguna manera peculiar. Supuse que ya se había acostumbrado.

Ella suspiró lentamente y luego preguntó:

—¿Cómo puedo saber que eso es verdad?

—El médico que ustedes decidan puede venir a comprobarlo.

Ella dudaba.

—¡Vamos, Marsha! Podrá detener a Markov y a media docena de su equipo. Quizás acabe con todo su entorno. ¿Merece o no merece la pena? Todo lo que le pido es que deje que Clark Hewitt quede libre una vez que haya concluido todo.

—¿Dónde puedo ponerme en contacto con usted?

Le di mi número y ella me dijo que volvería a llamar en el curso de la siguiente hora. Finalmente no necesitó más que cuarenta minutos.

—De momento —me dijo— nadie está de acuerdo con sus condiciones, pero queremos hablar del asunto. ¿Vendrá Hewitt?

—No.

—Realmente, es usted imposible.

—Irá cuando ustedes acepten negociar, no antes.

—En mi despacho a mediodía.

Telefoneamos a Dak y le dijimos que nuestras gestiones seguían su curso. Pike me dejó en mi coche y luego Clark y él volvieron al piso franco. Yo conduje al centro, concretamente hasta el Roybal Building. Llegué a las doce y tres minutos. Allí estaba Reed Jasper con su compañero pelirrojo de la oficina en Los Ángeles, junto a un tipo musculoso y propenso a la calvicie con pequeñas gafas cuadradas llamado Lance Minelli. Minelli era el jefe de Marsha Fields en el Tesoro. Y una mujer gruesa afroamericana, con reflejos grises en el pelo, que representaba a la Fiscalía General. Llevaba un traje de lino verde oscuro y se presentó como Emily Thornton. Por las miradas continuas de todos los presentes podía deducirse que ella era quien cortaba el bacalao.

—Jasper, está usted en todas partes, no hay manera de evitarlo —dije.

Jasper no me dio la mano, tampoco el otro agente.

—Sabía que tenía algo que ver con Hewitt. Se olía a la legua.

Emily Thornton se aclaró la garganta. Tan pronto como se sentó ella, se sentaron todos los demás.

—La agente especial Fields me ha dicho que tiene usted información concerniente a un hombre llamado Andrei Markov.

—¿La agente especial le ha hablado de la información en algún momento? —pregunté.

—Que si me ha «hablado» de la información —dijo Jasper—. Este tío es increíble.

Los ojos de Thornton se desviaron hacia él y las cejas se le levantaron más de dos centímetros.

—Si no recuerdo mal, viene usted invitado, ¿verdad, señor Jasper?

Jasper frunció el ceño, pero no dijo nada. Emily Thornton me estaba gustando. Volvió a mirarme.

—La señora Fields me ha explicado la situación, pero desearía oírla de usted.

Volví a explicarme. Le dije que podía ofrecerles el modo de procesar a Andrei Markov por posesión de divisa estadounidense falsa con intención de distribuirla y de estafar al Estado y por el cargo todavía más grave de secuestrar a un menor. Les expliqué que Clark Hewitt declararía como testigo en ambos casos. Thornton escuchó sin interrumpirme hasta que acabé. Luego pregunto:

—¿Quién es el menor?

—El hijo de Hewitt, de doce años.

Escribió algo en un cuaderno.

—¿Está imprimiendo ese dinero el señor Hewitt?

—Hewitt está en el área de Los Ángeles.

—¡Que se vaya a la mierda este tío! —exclamó el compañero de Jasper. Puso los antebrazos en la mesa y mirando a Minelli añadió—: ¡Joder, Lance, que se joda!

Los ojos de Thornton se desviaron hacia él.

—¿Podría traernos café, por favor?

Él la miró, incrédulo.

—Café para todos —repitió Emily Thornton—, y azúcar y un poco de leche.

El compañero de Jasper se puso de un rojo oscuro. Forzó una sonrisa teñida de ira, como si fuera a poner en claro algún punto.

—Señora, si quiere café creo que debería pedirselo a alguien de la entrada.

Emily Thornton no se movió, pero Lance Minelli dijo:

—Sal de la habitación, por favor.

La voz era tranquila y su expresión del todo neutra.

El hombre pelirrojo abrió y cerró la boca y luego, abruptamente, salió y cerró la puerta. La cerró con tanta suavidad que apenas pudo oírla. Supongo que el confundido era él.

Una vez que hubo salido, Thornton apretó los labios y dio unos golpecitos en la mesa con una uña impecablemente esmaltada.

—Habría esperado que su señor Hewitt viniera a pedirnos ayuda si su hijo estaba en peligro.

—Nosotros vamos a recuperar a su hijo con o sin su ayuda, señora Thornton. Con su ayuda resultaría más fácil, eso sí.

Una sonrisa microscópica asomó por las comisuras de sus labios.

—Usted estuvo implicado en el caso de Ida Leigh Washington, ¿verdad?

—Sí, señora.

Hacía unos años había ayudado a Ida Leigh Washington. Probé que un pequeño grupo de oficiales de policía corruptos habían asesinado a su hijo. Luego la ayudé a conseguir una indemnización del Ayuntamiento.

La sonrisa se hizo más grande durante un momento y luego desapareció.

—Bien, pues sí, supongo que podría recuperar al muchacho. —Volvió a dar golpecitos en la mesa—. ¿Qué es lo que desea?

—Clark Hewitt se está muriendo de cáncer de estómago. En estos momentos trabaja en algo que le permitirá ganar dinero para el cuidado de sus hijos, cuando muera. Deseo que sea capaz de acabar el trabajo sin que se emprendan acciones legales contra él.

Emily Thornton negó con la cabeza.

—No creo que sea posible conceder tal cosa.

—Entonces no habrá acuerdo.

—¿Y qué tal si te metemos en chirona? —dijo Jasper.

—¿Con qué cargos? —pregunté.

Jasper frunció el ceño y Minelli se encogió de hombros.

—Ya encontraríamos algo.

—Háganlo si quieren...

—¿Qué está haciendo Hewitt?

Cuando contesté a esa pregunta no dejé de mirar a Emily Thornton.

—No está imprimiendo divisa norteamericana, ni ningún otro billete negociable en Estados Unidos. No está cometiendo fraude, ni está implicado en ningún otro crimen del que se le pueda acusar. —Le tendí las manos—. Si llegamos a un acuerdo, no necesitarán hacer más preguntas ni saber nada más.

Emily Thornton asentía.

—Si supiéramos más y lo aprobáramos, estaríamos incitando a la comisión de un delito.

—Sí. Queremos a Markov fuera de circulación y ustedes pueden hacerlo por nosotros. Por eso estoy aquí. Puedo conseguir liberar al chico, pero si ustedes se implican el riesgo será menor. Por eso también estoy aquí. Pero todo lo que quiero que ocurra ocurrirá, con su participación o sin ella. Si se implican, detendrán a Markov y pondrán al descubierto toda su trama.

Me apoyé en el respaldo y esperé.

Lance Minelli preguntó:

—¿Cuál es su visión de la jugada?

—Markov va a recibir una gran cantidad de moneda estadounidense falsa como rescate por el chico. En cuanto conozca el lugar y el momento del intercambio se lo comunicaría para que su gente acudiera. Así arrestarían a Markov en posesión de dinero falso. Hewitt, por otra parte, testificaría en su contra por el secuestro.

Marsha Fields se balanceaba suavemente en su silla. Me miraba y podía percibir que le gustaba la idea.

—¿Sabe una cosa? —me dijo—. Cuanto más dinero falso tenga encima Markov, mayores serían los cargos que se presentarían contra él. —Todos la miraban—. Si, pongamos por caso, le sorprendemos con un millón en billetes falsos, podríamos acusarlo de fabricarlos, así como de posesión y de intención de comerciar. Un millón de dólares estaría bien.

—Eso se acercaría mucho a la incitación al delito, agente especial —observó Emily Thornton.

Marsha Fields la miró sorprendida.

—Oh, no estaba sugiriendo nada, simplemente pensaba en voz alta.

—Ya.

Lance Minelli sonreía.

—Markov es responsable de la muerte de un agente federal —dijo Jasper—. Su organización es sospechosa de por lo menos catorce homicidios en el área de Seattle. —Negó con la cabeza—. No me importa qué tengamos que hacer para capturar a Markov, siempre y cuando podamos echarle el lazo. —Hasta aquí parecíamos

coincidir—. Lo que me interesa es mantener a salvo a Hewitt y no me fío de este hijo de mala madre más allá de donde alcance a escupir. Si seguimos adelante con esto, deberíamos disponer de alguien en el lugar para asegurarnos de que todo va por buen camino. Me ofrezco voluntario.

—¿Qué quiere decir con eso de «en el lugar»? —pregunté.

Lance Minelli miró a Thornton.

—Yo también coincido con la necesidad de tener a alguien allí, Emily. Quiero estar seguro de que Hewitt no se larga tan pronto recupere a su hijo. —Negó con la cabeza y se volvió a mirarme—. No me he creído el cuento del cáncer ni por un momento.

Marsha Fields asintió.

—De acuerdo. Veo claro que la jugada me conviene, pero me gustaría saber qué se cuece aunque no vayamos a hacer el seguimiento.

—De acuerdo entonces —dijo Emily Thornton.

—Un momento, un momento —intervine yo—. Hay otra gente involucrada en todo esto y quizá no esté de acuerdo.

—No tienen ninguna otra elección —dijo Emily Thornton poniéndose de pie—. Creo que puede ser provechoso para nosotros, pero solamente si tenemos a uno de los nuestros dentro para mantener algún tipo de control. —Me ofreció la mano—. Es nuestra oferta final y a partir de este momento, usted puede aceptarla o rechazarla.

La miré fijamente durante lo que debieron de ser mil años y luego estreché su mano.

—Supongo que aceptaremos su oferta, señora Thornton.

Sonrió con amabilidad.

—Sabía que lo haría.

La que cortaba el bacalao.

Thornton y Minelli fueron los primeros en salir. Le di las gracias a Marsha Fields y le dije a Jasper que le llamaría tan pronto como hubiera hablado con Clark y los demás.

—Esperaré aquí hasta que tenga noticias tuyas —dijo Jasper.

—Quizá sea tarde.

—No tengo nada más que hacer —respondió él, encogiéndose de hombros.

Conduje de vuelta a Studio City y llegué al piso franco a las tres menos seis minutos. Joe Pike aguardaba bajo un pino en la acera de delante.

—¿Seguimos? —preguntó.

—Seguimos. Han aceptado el plan, pero tiene que acompañarnos un federal. Jasper.

—Eso a Dak no le va a gustar.

—No teníamos otra opción. Él tampoco la tiene. Han aceptado no investigar.

La mandíbula de Pike se movió imperceptiblemente.

—Aun así, lo sabrán.

—Sí, lo sabrán. Bueno, ¿estás preparado?

—Siempre.

Una vez en la casa explicamos el plan a Clark y los demás. Cuando llegué a la parte de la presencia de Jasper, Dak soltó un bufido, mientras que Mon y Walter decían al unísono:

—No, no, no, no. Lo sabrán todo de nosotros.

Como si lo hubieran ensayado. Walter Junior dormía en el suelo.

—Vale ya de decir que no. Escúchenme. Los federales les regalan un pase. Jasper estará ahí simplemente para asegurarse de que no les tomamos el pelo. Han aceptado no investigar sus actividades y en no interferir en las de Clark.

—No me lo puedo creer —dijo Mon pasándose las manos por los cabellos—. Será nuestra ruina.

Hasta ahí el fervor revolucionario.

—Su único interés en todo este asunto —seguí diciendo— son Clark y Markov. Pero si aun así siguen preocupados, vayan al almacén de ahí abajo y eliminen todo lo que pueda relacionarlos con el lugar. Que allí no quede más que lo imprescindible para que Clark imprima el dinero.

Mon seguía mesándose los cabellos, pero Dak asintió.

—¿Y los dongos cuándo los imprimiremos?

—Cuando haya concluido el negocio con Markov, volveremos con Clark e imprimiremos los dongos.

—Es posible que todos acabemos en la cárcel —manifestó Dak.

—Eso era algo que ya sabían cuando conspiraron para infringir la ley. La

diferencia es que ahora están más seguros. Antes podían haberlos descubierto y les habrían encarcelado inmediatamente. Ahora hemos acordado que miren hacia otro lado y ni siquiera pregunten su nombre.

—¿Podemos confiar en esa gente? —preguntó Walter Senior.

—Sí.

Mon empezó a decir algo más, pero Dak negó con la cabeza y habló en vietnamita. Veinte minutos después habían desaparecido. Miré a Clark.

—¿Se siente con fuerzas para imprimir divisa americana?

—Sí, por supuesto. —Como si eso no supusiera ningún esfuerzo.

—¿Cuánto tardaría en fabricar un millón de dólares?

—Markov hablaba de cinco millones —dijo con expresión de extrañeza.

—Eso es lo que quiere, pero no lo que va a conseguir. Lo único que necesitamos es asegurarnos de que le pillen con un millón entre las manos. Un millón es el número mágico.

Clark asintió.

—Tres o cuatro días.

—Mierda, estás imprimiendo por Charles. Tienes que hacerlo más rápido.

—Bueno, pero no tengo el papel indicado. Ni tampoco las tintas que necesito.

—No tiene que ser un material de primera, Clark. Tiene que ser falso y sumar un millón, eso sí.

—Pero Markov le echará un vistazo y sabrá inmediatamente que no es el dinero que le enseñaste.

—No tendrá ninguna oportunidad de mirarlo. Antes de que se dé cuenta de nada, Marsha Fields le estará leyendo sus derechos.

Clark lo consideró un poco más y luego miró su reloj.

—Bueno, sé dónde podemos conseguir un papel lo suficientemente bueno. Y necesitaremos algo para transportar el dinero después.

—¿Cuánto ocupa un millón de dólares? —preguntó Pike.

—Como unas cinco maletas. Necesitaremos cinco Samsonite de tamaño normal. Con eso tendría que bastar.

La voz de la experiencia.

—Muy bien, yo me encargo de las maletas.

—¿Cuánto vas a tardar, Clark?

Más reflexión. Por fin, dijo:

—Mañana a mediodía.

—¿Puedes imprimir un millón de dólares para mañana a mediodía?

—Bueno —dijo, frunciendo el ceño—, no será mi mejor trabajo, eso desde luego.

Llamé al Sheraton para hablar con Dobcek desde el teléfono de la cocina.

—*Da?*

—Podemos tener el dinero para vosotros mañana a media tarde.

—Cinco millones de dólares.

—Exacto. Cinco millones. ¿Qué te parece si nos encontramos en Griffith Park?

—¡Bueno, bueno! —dijo Dobcek, echándose a reír—. Cuando tengáis el dinero nos llamáis y yo te diré cuándo y dónde.

—Como tú digas.

—Ya está —dijo después de colgar—. Todo ocurrirá mañana por la tarde. Deberíamos salir lo antes posible.

Clark tomó el frasco de píldoras y fue al baño, pero esta vez también se llevó la bolsa. El dolor se hacía más agudo. Subí la escalera para ir al estudio del piso superior. Allí estaban Teri y Winona. Ésta coloreaba y Teri le ayudaba, pero en cuanto entré me miró.

—¿Qué tal va por aquí?

—Bien —dijo Teri, sin ganas.

—Necesitaremos que Winona y tú os quedéis otra vez solas aquí. ¿Estaréis bien?

—Sí, claro.

Estaba enfadada. Por verse excluida y por algo más.

—La nevera está llena y en la esquina tenéis un súper. —Saqué cuarenta dólares de mi cartera y los dejé en la mesa—. Aquí tenéis un poco de dinero.

Teri no miró el dinero.

—¿Cómo le fue a tu amiga?

Me senté en el suelo, junto a ella. Winona dibujaba el gnomo. Parecía un gnomo triste.

—Le fue bien. Al final las cosas han salido como pensaba.

—¡Ya podéis estar contentos!

Lo había dicho con enorme frialdad, pero enseguida se dio cuenta y se sonrojó. Se tocó las gafas y miró a un lado.

—Lo siento. Eso ha sido infantil.

La rodeé con el brazo y apreté. Quince que parecieron treinta. Y todo el dolor de golpe.

—He sido duro contigo.

—Ella te gusta mucho.

—Sí, es verdad.

—Preferirías estar con ella ahora mismo, ¿verdad?

—Verdad. Pero es mi obligación ocuparme de que todo salga bien, tanto para tu padre y para ti como para Charles.

Pike dio unos toques en el marco de la puerta.

—Clark ya está listo.

Los ojos de Teri estaban húmedos. Mientras se los limpiaba por debajo de las gafas, dijo:

—Tú también me gustas mucho.

—Puaj —dijo Winona.

—Y tú también me gustas, Teri —contesté yo sonriendo—, pero Lucy es mi

novia.

—¿Puedo abrazarte, por favor? —Me abrazó muy fuerte y luego añadió—: Por favor, cuida a mi padre. Por favor, salva a mi hermano.

—De eso se trata, Teresa.

Bajé la escalera para reunirme con Clark y Joe. Decidimos que Clark y yo iríamos por el papel y Pike recogería a Jasper y las maletas. Llamé a Reed Jasper, que esperaba en el despacho de Marsha Fields. Fue ella quien contestó.

—Seguimos. ¿Está Jasper por ahí?

Ella le entregó el teléfono sin mediar palabra.

—¿Qué? ¿Estáis listos ya?

—Pike te recogerá en cuarenta minutos.

—Oye, que tengo coche. Dime dónde os encuentro.

—Joe te recogerá. Si te apetece conducir, síguelo.

Colgué antes de que pudiera decir nada más y fuimos a imprimir el dinero.

Clark telefoneó a los proveedores de papel que conocía hasta encontrar al que podía suministrarle el que buscaba.

—Es una mezcla de algodón, pero creo que quedará bien. —Como si estuviera hablando de sábanas.

—Clark, recuerda que no tiene que ser perfecto. Ni siquiera tiene que ser bastante bueno.

—De acuerdo, pero querrás que por lo menos sea un intento creíble de falsificación de moneda, ¿verdad?

—Sí.

—Te aseguro que nadie va a confundirlo con papel Crane, pero por lo menos no parecerá dinero del Monopoly.

Supongo que esos escrúpulos eran los propios de un artista con respecto a su trabajo.

La casa de suministro de papel estaba en un pequeño edificio de ladrillo de Yucca Street, en Hollywood, una manzana más al norte de Hollywood Boulevard. El dependiente tenía dos cajas del papel esperándonos, cada una del tamaño de una caja de mudanzas estándar. No me pareció mucho, aunque las cajas eran pesadas, eso sí. Fui al interior con Clark porque tenía que pagar el material. Con mi Visa.

Después de colocar las cajas en el pequeño espacio que hay tras los asientos de mi coche, le dije:

—No me parece que aquí haya mucho papel.

Clark había dicho que el millón de dólares iba a ocupar cinco maletas Samsonite, pero ese papel solamente ocupaba dos cajas.

—Eso es por el aire. Los paquetes de las fábricas se encuentran muy comprimidos. Cuando las hojas están impresas, cortadas y apiladas ocupan mucho más.

—Ah.

Hicimos el trayecto al almacén de Long Beach en la hora punta del tráfico de la tarde y nos llevó casi tres horas. Durante la mayor parte del tiempo, Clark parecía disfrutar de un plácido duermevela. El cielo empezaba a volverse morado a poniente y, a medida que el sol se ocultaba a nuestra derecha, iba oscureciendo. A nuestro alrededor, en aquel embotellamiento, la gente acababa el día en una marcha lenta y frustrante hasta sus hogares.

Nos metimos en el aparcamiento contiguo al almacén cuando faltaba poco para las ocho. Un enorme 747 de Air Korea atronaba en el cielo. No había aparcado más que un Pontiac blanco, que probablemente perteneciera a alguien que trabajaba en el edificio contiguo, o al otro lado de la calle. Dak y los suyos se habían marchado, pero

la luz del aparcamiento estaba encendida y una luz brillaba en la puerta de entrada del almacén.

—Clark.

Clark abrió los ojos.

—Hemos llegado.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Tenemos mucho que hacer.

Utilicé la llave de Dak para abrir la puerta lateral. Habían dejado encendidas algunas de las luces interiores, pero no todas. El silencio y la calma de ese espacio vacío me hizo sentir escalofríos. Saqué la Dan Wesson, pero nadie esperaba tras la puerta, ni en el largo pasillo, ni en la gran estancia con las máquinas impresoras. Aunque no esperaba que allí hubiera alguien, me sentía mejor con el arma. Tranquilizante, calibre treinta y ocho.

Clark encendió las filas de fluorescentes, de manera que la sala de impresión se llenó de una luz fría y azul. Miró lo que la gente de Dak había dejado en las mesas, luego puso en marcha la prensa litográfica, las planchas de impresión y el Macintosh.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunté.

—Sí. Pon la radio.

Puse la radio e intenté mantenerme fuera de su camino. Una ayuda inmejorable.

Los paquetes de papel ruso habían desaparecido, lo mismo que las planchas de dongs y la mayoría de las cajas con las tintas.

—Se han llevado casi toda la tinta, ¿no?

Clark ni se tomó la molestia de comprobarlo.

—Todo lo que necesitamos es negro y verde. Ya le dije a Dak lo que tenía que dejar. —Comprobó algo en la prensa litográfica—. Puedes traer el papel.

Salí y cogí las dos cajas. No me llevó mucho tiempo.

Pike y Jasper llegaron cuarenta y cinco minutos después que nosotros. Primero llamaron a la puerta y luego entraron con las maletas. Con ellos iba un tipo negro de pelo corto. Clark detuvo la conexión del escáner al Macintosh cuando apareció Jasper.

—Hola, señor Jasper.

Reed Jasper sonrió.

—Joder, Clark, es usted un hombre difícil de encontrar.

Yo no dejaba de mirar al hombre negro, que llevaba un traje azul e intentaba hacerse una idea de todo lo que veía en aquel mismo momento.

—¿Usted quién es?

—Claude Billings, del Servicio Secreto. —Masticaba chicle.

—Pensaba que solamente iba a venir Jasper.

Billings hizo estallar un globo del tamaño de un grano de uva y caminó hasta la prensa litográfica.

—Supongo que querían jugar con el primer equipo —dijo.

Del Servicio Secreto, estaba claro. Siempre con esos humos.

Jasper y Pike dejaron las maletas junto a las mesas. Luego Jasper se acercó a Clark y le estrechó la mano. Clark parecía sentirse violento.

Jasper se puso en jarras y miró la prensa litográfica, las planchas de impresión y el ordenador.

—Bueno, no le culpo por asustarse después de lo que pasó aquella noche, pero tendría que haber permanecido en el programa. Después de aquello, todo habría ido bien.

—Siento lo de su amigo —dijo Clark.

Se refería a Peterson, claro.

—Sí, bueno.

Jasper fue a la prensa grande y pasó los dedos por el contorno. Billings se sacó la chaqueta, la dobló y la puso en una de las largas mesas.

—Por lo que tengo entendido —dijo Jasper— hay un problema con su hijo. Lo siento mucho.

Clark dejó de teclear.

—Esta vez intentaremos que salga un poco mejor —añadió Jasper con una sonrisa amistosa.

Clark volvió al ordenador y siguió escaneando un billete de cien dólares. Yo observaba lo que hacía y Billings se puso a mi lado. Clark escaneó la cara de Franklin, luego volvió el billete y escaneó el Independence Hall. Una vez que las imágenes estuvieron escaneadas, las manipuló con el Macintosh para ampliarlas y empezó a aislar partes de los billetes.

—¿Qué está haciendo exactamente, Clark?

—Tengo que hacer las planchas. Para eso necesito una imagen limpia. Como hacemos billetes de la Reserva Federal, necesitaremos tres planchas. Una posterior porque el reverso del billete está impreso en un verde uniforme y dos planchas para el anverso porque la cara principal del billete está impresa en negro, pero los números de serie y el sello del Tesoro están impresos en verde, de manera que las dos imágenes tienen que separarse.

—Ah.

Clark dejó de hacer lo que hacía y nos miró.

—¿Tienen que estar ahí mirando?

—Oh, perdón.

Billings y yo fuimos a la mesa. Éramos cinco y solamente había dos sillas, de manera que me senté en la mesa con las piernas cruzadas. Billings se quedó con una de las sillas.

El tiempo avanzaba pasaba a paso de tortuga. Clark trabajaba sin pausa, pero el resto de nosotros sólo miraba. Pike fue hacia el otro extremo de la estancia y se puso cabeza abajo, haciendo el pino. Yo practiqué un poco de yoga y sentí que los párpados me pesaban. Jasper paseaba de un lado a otro. Billings reventaba globos de chicle. Un momento álgido en la lucha contra el crimen.

—Me muero de hambre —dijo Jasper—. ¿Alguien más quiere comer algo?

—Sí —respondimos Pike, Billings y yo.

—Al llegar vi que había un In-N-Out Burger.

—Joe no come carne —observé.

Jasper frunció el ceño, como si fuera un gran problema.

—Aquí al lado hay un chino —dijo Clark.

—Pues yo voy, si queréis —dijo Billings.

Así que Pike y Jasper fueron por comida china, volvieron justo antes de las diez y comimos. Clark no paró de trabajar ni un segundo y no comió nada. Quizá la droga matara el apetito. Quizás estuviera pensando en Charles.

Cuando Clark tuvo dos imágenes perfectamente separadas hizo que el ordenador las invirtiera y confeccionó unos fotonegativos perfectos. Luego los copió de forma tal que era posible imprimir billetes de veinte en veinte. Un millón de dólares eran diez mil billetes de cien, pero si se podían imprimir veinte por hoja, sólo hacían falta quinientas hojas. Naturalmente, había que pasarlas tres veces por la máquina; eso significaba que la máquina iba a estar imprimiendo unas tres o cuatro horas. Los preparativos consumían todo el tiempo.

En cuanto tuvo los másteres de los tres negativos, los montó en la prensa litográfica para confeccionar la imagen positiva en una fina lámina de aluminio. Luego bañó las planchas con una solución química y las preparó para la tinta. Preparar esas planchas le llevó unas seis horas y ese tiempo pasó más lentamente todavía; sin que Pike, Jasper, Billings y yo tuviéramos nada que hacer. A lo sumo podíamos darle ánimos de vez en cuando. El In-N-Out Burger estaba abierto las veinticuatro horas. Jasper fue una vez a buscar bebidas y yo hice lo mismo en otra ocasión, pero la mayor parte del tiempo estuvimos sin hacer nada. Clark volvió a palidecer. Cuando ocurría, sudaba y en un par de ocasiones tuvo que sentarse, pero no lo hizo por demasiado tiempo.

—Clark —le decía—, ¿por qué no te tomas un descanso? Vamos a que te dé un poco el aire.

—No me va a llevar mucho más tiempo.

Lo decía incluso aunque no le preguntara nadie. Lo dijo por lo menos un millón de veces.

Jasper miraba a Clark, luego caminaba, luego volvía a mirarlo, volvía a caminar, como si todo el proceso lo pusiera nervioso y estuviera perdiendo la paciencia.

—¡Joder, no tiene que ser perfecto! —soltó de pronto.

Clark dejó de trabajar y lo miró. Jasper se apartó.

A las seis y diez de esa misma mañana, salí al aparcamiento para respirar el frescor de la noche y percibí las primeras señales rosáceas del cielo al este. Los bichos revoloteaban alrededor de las luces y chocaban con insistencia contra el cristal. Pensé que quizás el amanecer fuera un alivio para ellos, pues podrían dejar de darse con la cabeza contra esa cosa que les separaba de la luz. Las personas no

tenemos un amanecer. Nos limitamos a seguir dándonos golpazos hasta morir.

Clark había trabajado con ahínco durante toda la noche. Pensé que debía de sentir un terrible dolor. Pero a diferencia de los bichos nocturnos, él lo hacía por amor a su hijo. Supuse que yo también lo habría hecho. Esperaba que el amor le ayudara a sobrellevar el dolor.

Cuando entré, Clark Hewitt seguía trabajando. Billings se había quedado dormido.

A las siete y ocho minutos, Clark llevó las planchas a la prensa litográfica, las colocó en el cilindro y llenó el depósito de tinta con tinta negra. Me miró y dijo:

—Creo que estamos listos.

—¡Joder, ya era hora! —exclamó Jasper.

Pike seguía en su rincón. Pensé que no se había movido en siglos. Billings se incorporó, explotó otro globo y luego miró a Pike. Tal vez lo encontrara extraño.

—Primero haremos algunas pruebas, sólo para ver.

Acerqué un paquete de papel. Así me sentía útil.

Clark colocó un buen taco de papel en el alimentador y luego hizo la prueba con dos de ellos. La máquina vibró e hizo un chasquido cuando el papel avanzó. Fue más rápido de lo que había esperado y salió emborronada y oscura.

—Fatal —dijo Clark.

Hizo algunos ajustes con un pequeño destornillador y luego procesó dos hojas más. Éstas me parecieron la mar de bien, pero Clark las miraba con disgusto. Jasper puso los ojos en blanco. Clark hizo algún ajuste más, imprimió dos hojas más que me parecieron idénticas a las dos anteriores, pero esta vez él pareció más satisfecho con el resultado.

—Mejor así. Creo que ya podemos imprimir.

En ese momento, Joe dijo:

—¡Escuchad!

—¿Qué? —preguntó Billings haciendo explotar un globo enorme.

—¡Joder, vamos a imprimir esto de una vez! —gritó Jasper.

Pike fue hacia la prensa litográfica y apagó el interruptor. El tambor gimió y cesó el zumbido.

—Le llevará un tiempo volver a calentarse —dijo Clark.

—Pero ¿de qué coño estáis hablando? —preguntó Jasper.

Pike levantó el dedo, inclinó a un lado la cabeza y sacó la pistola.

—Escuchad.

Podía haber sido el chirrido de una puerta al abrirse. También el golpe de algo duro en el marco de una puerta o a una pared. Lo primero que pensé era que se trataba de Dak y su gente, que venían a ver qué hacíamos, pero no eran ellos y no tuve tiempo de pensar en nada más.

Claude Billings corrió a la puerta, salió al pasillo y entonces Alexei Dobcek le pegó un tiro, a través del gran globo rosa, que le voló la parte posterior de la cabeza.

Pike empujó a Clark para que se refugiara bajo la prensa litográfica. Yo corrí a la puerta y disparé tres veces a la oscuridad y una a la pared. Dobcek gritó algo en ruso y otro tipo y él retrocedieron por el pasillo hacia el aparcamiento. Disparé dos veces más y tiré de Billings para meterlo en el taller, pero ya estaba muerto.

—¡Son los rusos! —dije—. ¡Tenemos que salir ya!

Vi movimientos de hombres en el aparcamiento y se oyó algún choque en la fachada del edificio.

Jasper comprobaba el estado de Billings.

—¡Joder! ¿Cómo habrán podido encontrarnos? ¿A cuántos ha visto?

—Cinco. Quizá más. Corrían hacia la parte delantera, así que quizás entren por allá.

—¿Y qué hay del dinero? —preguntó Clark.

Pike le ayudó a incorporarse y dijo:

—Eso se acabó.

—¿Y Charles? ¿Qué pasará con él?

—Si consiguen capturarle no necesitarán a Charles.

Jasper miró desde la puerta y a lo largo del pasillo que llevaba al aparcamiento. Esa puerta estaba cerrada y probablemente habían apostado ahí a un hombre que abriría fuego sobre cualquiera que la abriera. Todo el ruido procedía del otro pasillo, el que llevaba a la entrada principal.

—Joder, nos tienen bien acorralados.

—Arriba —dijo Pike.

Empujé a Clark hasta la escalera metálica y le dije que subiera.

—Junto a la puerta de entrada hay una escalera y oficinas en el segundo piso. Si nos movemos a través de las oficinas y ellos permanecen en la planta baja, podemos bajar detrás y salir de aquí.

Clark, Jasper y yo subimos por la escalera hacia la pasarela y nos metimos en las oficinas, mientras Pike volvía al pasillo, disparaba muy rápido cuatro veces a la oscuridad y luego nos seguía.

Las oficinas de arriba estaban a oscuras y hacía calor. Podíamos oír a los rusos moverse debajo de nosotros, ruidos amortiguados y lejanos. Pensé que íbamos a lograrlo hasta que uno bajito con un mostacho apareció en un rincón, nos vio y retrocedió gritando. Yo empujé atrás y ordené a Jasper y a Clark que volvieran abajo. Entonces el bigotudo volvió a asomarse y soltó dos tiros que dieron contra el techo por encima de nosotros. Le devolví los tiros y en ese momento Alexei Dobcek cruzó mi campo de tiro y se metió por una entrada adyacente, disparando mientras corría.

—Éste muerde de verdad —dijo Jasper.

Retrocedimos por el pasillo y la pasarela, escalera abajo, hasta el taller. Al llegar abajo, Dimitri Sautin y el bigotudo aparecieron por la puerta de la pasarela, disparando al tiempo que entraban. Dimitri Sautin llevaba una camiseta de Disneyland en la que ponía EL LUGAR MÁS FELIZ DE LA TIERRA.

—¡Joe! —grité, antes de empujar a Clark al suelo tras la prensa litográfica y al tiempo que Joe Pike giraba sobre sí mismo y disparaba un solo tiro sobre Sautin con su 357.

El tipo del bigote se echó atrás y corrió por la pasarela hasta el pasillo del piso superior, Sautin no pudo. Sautin pesaba ciento cincuenta kilos, la 357 lo había empujado contra la pared y había hecho caer el arma de la mano. Se miraba el pecho, mientras el rojo teñía la camiseta en el LUGAR MÁS FELIZ.

—¿Alexei? —dijo.

Y entonces cayó de cabeza sobre la pasarela e impactó sobre el suelo de cemento como un saco de harina mojada.

Por la puerta del pasillo apareció un tipo rubio, que disparó dos veces antes de desaparecer.

No hubo más disparos. Nadie gritaba. Sólo se oían los latidos de mi corazón y el resuello de Dimitri Sautin. Tosió dos veces y luego empezó a llorar. Jasper se encontraba bajo la escalera.

—Estáis atrapados —dijo Dobcek—. ¿Qué os parece?

Hablaba desde detrás de la puerta de la pasarela.

—Creía que teníamos un trato, Dobcek.

—*Da*. Y yo pienso que nos ibas a tender una trampa.

Yo miraba hacia la puerta de entrada de camiones. Era grande y con un dispositivo eléctrico, un interruptor rojo para abrir y cerrar en la pared, a unos seis metros de donde me encontraba. No tenía más que correr hasta allí, accionar el interruptor y volver corriendo. Siempre y cuando nadie abriera fuego sobre mí.

Dimitri Sautin consiguió rodar sobre sí mismo y quedarse de lado, pero eso fue lo único que pudo hacer. Lloraba como lloran los niños, con pequeños gimoteos.

—Ooh, Alexei, ¡me duele mucho! Necesito ayuda.

—¡Cállate, estúpido! —contestó Dobcek.

Los sollozos se convirtieron en una tos cargada.

—Si nos entregáis a Hewitt es posible que os dejemos vivir, ¿de acuerdo? —gritó Dobcek.

Pike hizo restallar sus dedos y señaló la puerta de entrada de camiones.

Asentí. Ahí fuera quizás hubiera alguien esperando para matarnos, pero si la puerta estaba abierta por lo menos podríamos ver. Y si podíamos ver, quizá pudiéramos disparar un fuego de contención e intentar salir de allí.

Pike recargó la Python y yo recargué la Dan Wesson.

—Jasper, ¿preparado? —pregunté.

—Claro.

—Joe.

Joe Pike emergió de detrás de la prensa, disparó dos veces hacia la puerta del pasillo y luego otras tres hacia la pasarela. Me moví a la vez que él, corrí a toda velocidad hacia la puerta y le di un golpe al gran botón rojo. La puerta empezó a levantarse dando bandazos. Dobcek gritó algo y de pronto los rusos que estaban arriba y los del vestíbulo empezaron a disparar con tanta furia como pudieron y supe que se acercaban.

Las balas pegaron contra la gran puerta como martillazos. El ruido de los disparos me dolía en los oídos y me hizo entrecerrar los ojos. Intenté permanecer lo más cerca que pude del suelo mientras respondía a los disparos. El espacio cerrado se llenó de humo, del pestazo de las armas de fuego y los gritos en una lengua extranjera de los hombres. Oí que Jasper gritaba:

—¡Voy para allá!

Y luego empezó a vaciar el cargador. Pike volvía a aprovisionar su Python y yo estaba atareado haciendo lo mismo con la Dan Wesson cuando los rusos volvieron a abrir fuego. Uno de ellos avanzó agachado y con rapidez hasta el pie de la escalera y estableció una posición desde la que otro podía seguirlo. Entonces se oyó el sorprendente *bum-bum-bum* de un fusil de asalto. Los hombres del aparcamiento gritaron y la puerta se abrió lo bastante para que viéramos a Mon y a otros dos hombres corriendo desde las naves industriales del otro lado de la calle, al tiempo que un BMW negro con más vietnamitas derrapaba en la entrada al aparcamiento.

Los tres hombres que corrían al cruzar la calle eran los de los fusiles. Se detuvieron frente al almacén e interceptaron a dos rusos apostados allí. A uno lo frieron de tal manera que quedó tendido sobre el Pontiac. El otro ruso corrió a ponerse a cubierto detrás del coche.

Los rusos del vestíbulo gritaban y corrían y disparaban. Uno de ellos debía de haber corrido hasta la puerta del aparcamiento y habría visto a los vietnamitas. Dobcek seguía gritando en ruso y disparaba contra nosotros desde la entrada. De pronto los disparos cesaron y se oyó un estrépito en el segundo piso.

—Se retiran —dijo Pike.

—No te incorpores, Clark. ¿Estás bien?

—Ajá.

—¿Jasper?

—¿Qué cojones ha pasado?

Mon y otro tipo, con sus fusiles, entraron corriendo por la puerta grande y yo les señalé hacia arriba. Los dos subieron la escalera con movimientos que denotaban su preparación.

—Dak le habrá dicho a los suyos que nos mantuvieran vigilados. Estaban al otro lado de la calle y en cuanto han oído los disparos han venido.

Los disparos se sucedían todavía delante del edificio y en la calle. Se oyó que dos coches arrancaban y salían chirriando. Los disparos cesaron.

—Charles —dijo Pike.

Corrí hacia Sautin, chuté el arma que había junto a su mano y le agarré por la camiseta.

—¿Dónde está el chico, Dimitri?

Dimitri Sautin tenía estertores. Mon y el otro hombre volvieron al taller, miraron a su alrededor y finalmente chocaron sus manos como si acabaran de ganar un gran partido.

Volví a agitar a Dimitri agarrándole por la camiseta.

—¡Venga, dime dónde está el chico!

—Con Markov.

Apenas podía oírsele. Volví a tirar de él.

—¿Dónde está Markov?

Dimitri hizo un leve gorgoteo, los ojos se le fueron hacia atrás y sus ciento cincuenta kilos murieron.

Le golpeé el pecho para reanimarle, sin dejar de gritarle preguntando por Charles, exigiéndole que me dijera dónde tenía Markov al chico, pero Dimitri ya estaba lejos. Jasper dijo por fin:

—Cole, joder, déjalo. ¿No ves que está muerto?

Me quedé ahí agazapado. Las rodillas me dolían sobre aquel cemento.

—¡Mon! —grité.

Mon cesó en su algarabía, y me miró con una gran sonrisa, justo en el momento en que Dak entraba por la puerta con cara de susto.

—¿Han dejado algún coche?

Mon negó con la cabeza.

—Vinieron dos coches, se fueron dos. ¡Tenemos a tres de los hijos de puta!

—Yo me encargo —dijo Pike, antes de salir corriendo por la puerta.

Pasé entre Mon y su amigo.

—Coge el teléfono y describe los coches a la policía.

Mon abrió mucho los ojos y me apuntó con el fusil. En cuanto lo hizo se lo arrebaté de las manos y le pegué con el cañón en la barbilla.

—¡Estás a salvo de los polis, maldita sea! Ahora ve a buscar el teléfono y quizá podamos encontrar a esta gente antes de que maten al niño.

Por la expresión de Mon se hubiera dicho que quería matarme, pero Dak dijo algo en vietnamita y Mon desapareció corriendo.

La camiseta de Sautin estaba roja de sangre y el rojo seguía extendiéndose por sus pantalones y sobre el cemento. No me importaba. Hice rodar su cuerpo para desgarrar los bolsillos de la chaqueta y vaciarle los de los pantalones con la esperanza de encontrar algo que pudiera conducirnos a Markov. No había nada. Sentí que me ardían los ojos y quise patear ese cuerpo muerto. En lugar de eso, salí del edificio y corrí al aparcamiento para ayudar a Pike, pero Pike ya lo había encontrado.

Pike se apartó del tipo que había quedado sobre el Pontiac y me mostró una

tarjeta llave de hotel.

—Sé dónde están.

Era de un hotel de Disneyland.

Disneyland estaba a quince minutos de allí.

Utilicé el teléfono celular de Dak para llamar a Marsha Fields. Me dijo que contactaría con el departamento del *sheriff* de Orange County y que también enviaría tanto agentes del Servicio Secreto como del FBI de la oficina de Orange County al hotel de Disneyland. Me pidió que no abandonara la escena del crimen.

—Claro, Marsha.

Cuando interrumpí la conversación, Pike observó:

—Si Dobcek le dice a Markov que se ha acabado, Markov matará al chico solamente para evitar que testifique en un caso de secuestro.

—Lo sé. Tú conduces.

A Jasper no le gustó el asunto, pero también vino, de modo que los cuatro nos amontonamos en el *jeep* de Pike. Nos metimos a bandazos en la Garden Grove Freeway y luego nos dirigimos al este, hasta Anaheim. Garden Groove era un buen atajo, pero el tráfico matutino era denso, de modo que a Pike le llevó más tiempo abrirse paso que en la autopista: tocaba continuamente la bocina, frenaba y luego salía disparado para aprovechar los vacíos de la circulación.

—¿Tienes ganas de morir? —preguntó Jasper.

—Muy gracioso.

Tomamos la salida de Harbor Boulevard y luego giramos al norte hasta el parque, de modo que pronto pudimos ver la cima de la Matterhorn Mountain y enseguida llegamos al hotel. Un coche patrulla de la oficina del *sheriff* de Orange County esperaba bajo la estación del monorraíl. Los dos ayudantes del *sheriff* estaban en el asiento delantero con las puertas abiertas. Uno era un tipo alto y fibroso con bigote y la otra, una esbelta afroamericana. Jasper les enseñó la placa y el del bigote dijo:

—Nos han ordenado que esperemos aquí a que vengan los del FBI.

—Eso es.

Entramos. Jasper le enseñó la placa al recepcionista, luego le dio la llave tarjeta y le pidió que identificara a los hospedados en esas habitaciones. Markov ocupaba cuatro habitaciones contiguas en el noveno, una de ellas una *suite*.

—Bien, vamos a esperar a los demás —dijo Jasper.

—Venga, Jasper. Si ya se ha ido con el chaval vamos a perder un tiempo precioso.

—Pero si está ahí arriba —dijo con preocupación— sería mejor que fuéramos más.

Pike lo echó a un lado.

—Olvídalo, Jasper.

—Mierda, pues vale —dijo cuando por fin decidió seguirnos.

Los cuatro caminábamos deprisa más allá de la piscina en dirección al edificio de atrás y tomamos el ascensor hasta el noveno. Una vez allí, a lo largo del pasillo se veían los carros de la limpieza y la *suite* de Alexei Markov abierta. Se oía el ruido de la aspiradora en su interior. Markov se había ido. Recorriamos las cuatro habitaciones sin saber qué hacer cuando una de las empleadas de la limpieza nos sonrió.

—¿Están buscando al hombre con el niño?

Los cuatro la miramos. Era pequeña y robusta y probablemente venía de Ecuador.

—Exacto —le contesté.

Apretó los labios.

—Acaban de salir, hace unos minutos. Dijeron que iban al parque. El hombre grande decía que iban a subir a la montaña.

El hombre grande. Markov.

—¿Matterhorn Mountain? —preguntó Clark con extrañeza.

La empleada nos explicó cómo iban vestidos tan bien como pudo. Nosotros le dimos las gracias y volvimos a la planta baja. Oí que Clark emitía pequeños jadeos cuando pasamos junto a la piscina.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Bien —respondió sin mirarme.

Habían llegado dos policías más de Orange County, junto con un agente del FBI llamado Hendricks. Estaban de pie con el director y un hombre alto y rubio que se llamaba Bates, que se presentó como responsable de la seguridad del parque. Cuando presenté a Clark, dije:

—Es el padre del chico.

Tanto Hendricks como Bates asintieron.

—Tal vez debería usted esperar fuera, señor —dijo Hendricks.

—Pero es mi hijo.

—Por favor —insistió Hendricks, educadamente.

Clark salió. Jasper y yo les contamos lo que sabíamos y lo que nos había explicado la camarera de piso. Estaban en camino más federales y policías de Orange County, así como representantes del Servicio Secreto. Bates daba la impresión de ser una persona serena y competente. En cuanto le explicamos lo que nos había dicho la empleada, asintió.

—Si han entrado en el parque, son nuestros. Podemos poner a gente en cada salida y luego solamente hará falta esperar a que salgan. —Asentía, pero quizá lo hiciera para tranquilizarse y tranquilizarnos a nosotros—. Ya hemos trabajado con las autoridades en anteriores ocasiones. Sabemos cómo se hace.

Parecía factible. Markov no iría a hacer daño al chico en el interior del parque, por mucho que Dobcek los encontrara. Las posibilidades de que le vieran eran demasiado altas. Además, si decidiera matar al niño allí, ¿qué haría con el cuerpo? De manera que todo lo que teníamos que hacer era esperar. Luego ya recobraríamos a Charles con un riesgo mínimo.

Pike y yo salimos a discutir los detalles y volvimos al coche para explicárselo a Clark. Pero Clark no estaba allí, ni esperándonos en los alrededores del hotel, ni en la zona de comedores de la planta baja.

—Estará en el monorraíl —dijo Pike—. Ha ido a buscar a su hijo.

El monorraíl salía en ese preciso momento de la estación.

Llamé a gritos a Hendricks mientras subía con Pike la escalera hasta el monorraíl. Todos salieron corriendo del vestíbulo.

—Eh, ¿adónde van? ¿Y dónde está Clark? —preguntó Jasper.

Les expliqué lo que ocurría y les dije que íbamos tras él.

—Demonio, pero habíamos dicho que esperaríamos, ¿no? —insistió Hendricks—. Hay más gente que viene hacia aquí.

—Ha ido tras ellos, Hendricks. Si se acerca a Markov o a Dobcek, esos tíos le matarán. Y luego podrían matar al chico, también, de modo que todo este asunto nos explotará en la cara.

Hendricks subió corriendo por la escalera detrás de nosotros. Jasper, Bates y tres de los policías de Orange County subieron tras él. Bates habló con el guarda de la entrada para que nos dejara pasar y luego esperamos en el andén la llegada del siguiente monorraíl. Esperamos durante dos minutos que parecieron una eternidad, hasta que por fin llegó. Bates pidió a la gente del primer vagón que por favor saliera. Era educado y profesional, pero se notaba que eso que estaba haciendo lo ponía nervioso. Supongo que era porque ese tipo de cosas no ocurren en el lugar más feliz de la tierra. Cuando el vagón estuvo vacío, subimos a bordo como un escuadrón de ataque a un helicóptero, mientras Bates hablaba por su radio.

—No estoy seguro de que hagamos lo correcto —dijo.

—Todo irá bien —sostuvo Hendricks.

—El supervisor de turno viene a encontrarse con nosotros a la estación. Traerá a algunos de los nuestros.

—¡Todo va a salir bien, joder!

La mandíbula de Hendricks parecía tensa como si tuviera ganas de pegarle a alguien. A mí, quizá.

Nos deslizamos silenciosamente por encima del aparcamiento. Describí a Markov y a Dobcek, lo mismo que a Clark y Charles a los policías. Hendricks les explicó que nuestro primer objetivo era encontrar a Clark y sacarlo del parque antes de que diera con los rusos. Después de eso podíamos buscar a Markov y al chico, pero era necesario que no hicieran movimiento alguno hasta que hubieran salido del parque. Cuando lo explicó de esta manera, Bates pareció aliviado.

—Nos mantendremos detrás de ellos —dijo Hendricks— para vigilarlos hasta que estén en un lugar seguro. Así podremos neutralizarlos sin que el chico corra peligro.

«Neutralizarlos». Ésa es una buena palabra.

En la estación del monorraíl de Tomorrowland nos encontramos con un pequeño ejército de agentes de seguridad con radios en la mano. Eran mujeres y hombres

profesionales que con mucho gusto hubieran sofocado una pequeña rebelión. Hendricks volvió a explicarles el asunto y yo volví a describirles a Markov y a Charles y a Clark. Los de seguridad del parque no querían que Pike o yo nos involucráramos, pero éramos los únicos, aparte de Jasper, que realmente conocíamos a las personas a quienes estábamos buscando.

—¡Denles una radio, demonio! ¡Están aquí para ayudar! —dijo Hendricks.

Así que nos dieron una pequeñas Handie-Talkies, aunque se les veía que no estaban nada contentos con el asunto. Nos indicaron que si localizábamos a Markov no debíamos entrar en acción. Dijeron que de encontrarlos, volviéramos atrás y los llamáramos.

—Bien —dije.

Cuando Bates vio que íbamos armados enrojeció. Nos pidió que entregáramos las armas.

—Qué va —respondió Pike.

—Piensen una cosa, por favor —nos dijo Jasper—. Es una propiedad privada y se están mostrando bastante receptivos. No deseamos otra maldita guerra.

Hendricks puso los ojos en blanco, suspiró y me miró.

—Por favor, denles sus armas y vamos a hacer que este asunto acabe de una vez.

Pike me miró y yo me encogí de hombros. Yo les di mi Dan Wesson y Pike, su Python. El tipo de seguridad parecía más tranquilo, aunque no del todo. Supuse que estaría pensando en posibles pleitos.

Nos dieron las radios y nos dijeron que avisáramos. Poco después Pike y yo bajábamos por la escalera mecánica al parque. Los de seguridad se separaron en grupos, dispersándose enseguida en diferentes direcciones.

Pasábamos junto a un carro que vendía algodón de azúcar cuando Pike me dijo:

—Ven por aquí.

Se colocó al otro lado del carro, como si fuera a atarse el zapato, y se sacó una pequeña Sig 380 del tobillo izquierdo y me la puso en la palma de la mano.

—¡Vaya! —dije sonriendo—. ¿Y tú?

—Yo ya tengo algo.

Siempre a punto.

Avanzamos junto a la gruta del Submarino hacia Matterhorn Mountain. Hacíamos lo que podíamos para buscar entre las veinte o treinta mil personas que caminaban junto a nosotros, conscientes de que no podíamos verlo todo y de que tal vez Markov, Charles y Dobcek habían pasado a nuestro lado y no nos habíamos dado cuenta. Quizás estuvieran en el baño. Quizás estuvieran en la cola de los perritos calientes o condujeran uno de los submarinos.

En Matterhorn nos separamos: Pike dio el rodeo por la izquierda y yo por la derecha, pero nos encontramos al otro lado sin haberles visto.

—La empleada de limpieza dijo en la montaña.

—Sí, pero a lo mejor ya han subido al teleférico, o lo están haciendo. O quizás

estén haciendo alguna otra cosa y suban después.

Quizá mil cosas.

Las gafas oscuras de Pike no expresaban nada.

—Tú quédate por la montaña —le dije—. Yo seguiré el flujo de gente hacia Fantasy Castle. Iré hasta el puente y luego daré la vuelta.

Pike desapareció entre la multitud y yo continué el paseo. Pasé junto a una chica preciosa que vendía bananas congeladas y luego entre un pequeño grupo de marineros británicos cuando Markov, Charles y un tipo curtido de expresión feroz salieron de un quiosco de Kodak y se fueron en la otra dirección. El tipo curtido apoyaba una mano en el hombro de Charles. Éste llevaba una gorra de Mickey Mouse, pero no parecía demasiado contento con eso. Markov iba comiendo un cucurucho de helado y llevaba puestas unas orejas de Mickey Mouse. En su gorro rojo estaba bordado su nombre: «Andrei». Supuse que se trataba de un reino mágico, incluso para los mafiosos procedentes de Seattle.

Me puse detrás de una pareja de personas con sobrepeso y accioné el Handie-Talkie.

—Soy Cole. Los tengo.

—¿Dónde? —preguntó la voz de Hendricks.

Se lo estaba explicando cuando Dobcek pasó como una exhalación entre un grupo de jubilados de Florida, gritó algo en ruso y luego me disparó tres veces, muy rápido.

A mi alrededor, cuarenta mil personas salieron en estampida, como afectadas por una descarga eléctrica.

Los disparos fueron altos e impactaron contra un soporte del monorraíl. Luego Dobcek corrió hacia Markov. Éste se había tirado al suelo al oír los disparos, pero en ese momento se levantaba y tiraba del chico mientras escuchaba a Dobcek. Markov hizo que el chico se acercara más, utilizándolo como escudo, mientras retrocedía entre la gente asustada. Yo le di la situación a Hendricks.

—Haga el favor de mantenerse alejado de ellos —me dijo.

—Usted haga que su gente venga por aquí, Hendricks, pero dígales que lo hagan con cautela. Markov utiliza al niño como escudo.

Corrieron hacia Fantasyland y yo les seguí mientras le daba a Hendricks una explicación de la jugada y procuraba no perderlos de vista sin acercarme demasiado. Cuando cruzaron el puente en dirección a Fantasy Castle, los perdí. Se lo dije a Hendricks y corrí más, atravesé el puente para meterme en el castillo. Allí estaba Markov con Charles, el brazo de Markov apretaba el cuello del chico, una pequeña pistola en la mano libre, aguardando junto al *Mr. Toad's Wild Ride*, como si me estuvieran esperando a mí. Dobcek estaba unos diez metros atrás, pero no conseguía ver al tipo curtido.

—¡Míralo, el mentiroso! —dijo Markov—. Intentaste enredarme.

Quería que se tranquilizara. Quería que los de seguridad y los policías vinieran y le cortaran el paso y sacaran a la gente de ahí.

—Déjale marchar, Andrei. El parque está rodeado. No podrás escapar.

—Te llevarás una sorpresa, ya verás —respondió.

Fue entonces cuando el tipo curtido salió de detrás de un carro de zumos, me puso la pistola en la espalda y dijo:

—Adiós, muy buenas, gilipollas.

En ese mismo momento, Clark Hewitt apareció tambaleándose desde detrás de la fila que esperaba para embarcar en *Mr. Toad's Wild Ride* y gritó:

—¡Déjalo marchar!

Nadie esperaba a Clark.

Markov se echó a un lado y Dobcek hizo lo mismo. Al ver que se movían, me volví hacia el tipo curtido e hice que soltara el arma mientras yo le ponía mi pequeña Sig en las costillas. Apreté el gatillo una vez y su *pum* sonó hueco y lejano. Un *bang* más profundo y amplio sonó en ese mismo momento y Andrei Markov cayó de golpe al suelo. La gente, en ese espacio pequeño, presa del pánico, no sabía adónde ir y empezó a moverse en todas direcciones, como copos de nieve en una tormenta humana.

Joe Pike estaba, de pie, en el parapeto del castillo con un fusil de precisión. Dobcek disparó cinco tiros rápidos —*bangbang-bang-bang-bang*— para tumbar a Pike y luego corrió hacia Markov. Yo me lancé sobre Charles y Clark y les dije que se tiraran al suelo, que no se movieran. Creí que Pike iba a volver a disparar, pero no lo hizo.

Escuché los latidos de mi corazón y respiré con calma. Sentí a los gimientes padre e hijo debajo de mí mientras la gente corría a nuestro alrededor con la actitud reflexiva y el cuidado propios de una estampida de búfalos. Cuando aún estaba encima de ellos, Clark dijo:

—¡Ya te tenemos, Charlie! ¡Ya te tenemos!

Una y otra vez. Nunca hasta ese momento había pensado en Charles como Charlie.

Miré a mi alrededor hasta que vi a Pike, que seguía allá arriba, en el parapeto, como si de un ángel vengador se tratara. Conseguí pronunciar:

—¿Markov?

Pike negó con la cabeza.

Markov y Dobcek habían desaparecido.

Hendricks y Jasper llegaron corriendo y los policías de Orange County se desplegaron para despejar el área.

—¿Está todo el mundo bien? —preguntó Hendricks.

Clark asintió.

Charles resoplaba y sin soltarse de la cintura de su padre miraba de reojo al hombre curtido.

—¿Ese tipo está muerto?

—Todos están bien, Hendricks. Markov está herido.

Hendricks hizo un gesto con el puño cerrado y lanzó un alarido.

—¡En ese caso, ya tenemos a ese hijo de puta!

Jasper sacó un teléfono celular.

—¿Es grave la herida?

—Un disparo del número cuatro en el hombro derecho, arriba. Aquí —dijo Pike tocándose el hombro.

—Muy bien —añadió, mientras marcaba un número—. ¿Por dónde han ido?

Pike se lo dijo y Jasper le hizo una señal a Bates. Mientras éste venía hacia nosotros, Jasper intervino:

—Me hubiese gustado participar en esto, Cole, pero quiero darle las gracias. — Me tendió la mano para ayudarme a incorporar—. Lo ha hecho bien.

—Gracias.

—¿Dónde estará más tarde? Quiero llamarlo y hablar un poco más.

Le di el número del piso franco y luego Bates y él se marcharon corriendo. Jasper hablaba por teléfono y Bates desplegaba a sus agentes de seguridad. El reloj seguía avanzando y no pasaría mucho tiempo antes de que Markov cayera.

Hendricks nos miraba a Pike y a mí con el ceño fruncido.

—Creía que les habíamos quitado las armas.

Ninguno de los dos contestó.

—Pero bueno, en fin, al final todo ha salido bien.

Me llevé a Hendricks a un lado.

—¿Entiende la situación desde el punto de vista de Marsha Fields?

Hendricks asintió.

—Vamos a necesitar hablar con el padre para poder acusar a Markov de secuestro. También necesitaremos al chico.

—Lo sé.

Miró más allá de mí, hacia Clark y Charles. Seguían sentados en el suelo. Clark tenía a Charles en el regazo y lo rodeaba con sus brazos. Clark parecía impresionado y asustado; Charles, en absoluto. Seguía fascinado ante el hombre muerto y hacía

muecas al cuerpo.

—Quédense por aquí un rato más, hasta que tengamos todo esto recogido. No nos llevará mucho tiempo.

—Vale.

—Pueden ir a esperar al hotel, si lo desean. Que el chico coma algo.

—Claro.

—Estaré de vuelta pronto, en cuanto encontremos a ese payaso.

Llegaron más agentes del FBI, otra media docena de ayudantes del *sheriff* de Orange County y el representante del Servicio Secreto. Todos sonreían y se daban palmaditas en la espalda porque se figuraban que Markov ya estaba en el saco. Había muchas salidas, repetían a cada rato, pero todas estaban cubiertas.

Uno de los policías nos acompañó de vuelta al hotel, en contra de lo que esperaba Charles.

—Quiero ir a la Space Mountain —decía—. Quiero conducir submarinos. Quiero escalar el Matterhorn.

Algunas cosas nunca cambian.

Llamé a Teri desde la recepción del hotel y le dije que teníamos a Charles y que todo iba bien. Teri le pasó el auricular a Winona y las dos chillaron de alegría y aplaudieron. Eso me hizo sonreír.

Pedimos unas hamburguesas en la cafetería del hotel y luego estuvimos dando vueltas por allí y por la estación del monorraíl durante un par de horas más. Cuando Hendricks apareció por fin, seguían sin encontrar a Markov ni a Dobcek.

—¿Quiere que vuelva a buscarlos? —preguntó Pike.

—Creo que nos las podemos arreglar —contestó Hendricks con cara de pocos amigos—, pero gracias.

Pike se encogió de hombros.

—Quiero llevar a esta gente a casa, Hendricks —dije yo—. Por lo que respecta a las declaraciones, puede hablar con ellos más tarde.

—De acuerdo —respondió Hendricks, aunque se veía a la legua que no le gustaba el asunto.

—Gilipollas —se oyó toser a Charles.

Hendricks lo miró y luego se alejó, sin dejar de mirarlo de vez en cuando.

Pike nos llevó de nuevo al almacén para ir a buscar mi coche. El FBI y la policía de Long Beach seguían en el lugar, pero Dak y su gente se habían marchado, y los cuerpos habían desaparecido. La puerta de entrada de camiones seguía abierta y a la vista estaban el ordenador, la prensa litográfica y las planchas de impresión, pero nadie parecía prestarles atención. Marsha Fields y un representante de la Fiscalía General estaban allí. Ambos hablaban con un par de detectives supervisores del Departamento de Policía de Long Beach. Cuando Marsha Fields me vio, vino hacia nosotros y se presentó a Clark y a Charles sin necesidad de que lo hiciera yo. Luego sonrió a Joe.

—¡Hola, Joe!

Los labios de Pike temblaron. Yo diría que se conocen bastante bien.

Le sonrió un poco más y luego sonrió a Charles.

—Eres un diablillo muy guapo.

Charles adquirió un bonito tono rojo ciruela.

—Señor Hewitt —dijo Marsha luego—, tenemos muchas ganas de hablar con usted.

Clark seguía en el *jeep*. Estaba demasiado cansado para salir.

—Naturalmente. Cuando quieran.

Me llevé a Marsha a un lado y le dije:

—¿En qué punto estamos en relación con todo el asunto?

Miró a los tres policías de Long Beach que reían mientras conversaban al otro lado del aparcamiento. Nada había salido como habíamos planeado. Markov no había sido arrestado como falsificador y, en cambio, habíamos descerrajado tiros en Long Beach y Disneyland. Un pequeño ejército de policías había visto el equipo de impresión y cada uno de ellos había podido comprobar de qué se trataba. Había que dar una explicación por los cadáveres y yo seguía queriendo que Clark consiguiera su dinero, lo que significaba que tenía que imprimir para Dak. Le dije lo que pensaba.

Marsha volvió a mirar a los policías riéndose y asintió.

—Establecimos un acuerdo de buena fe, lo mismo que usted. Seguimos necesitando el testimonio de Clark para la acusación de secuestro. —Me miró de nuevo—. Un pacto es un pacto. Que Clark acabe lo que tenga que acabar, pero dígame a quien esté detrás de esa operación que si vuelven a quebrantar la ley, perseguirlos se convertirá en mi *hobby* personal. ¿Está claro?

—Muy claro.

Le ofrecí mi mano y ella la apretó. Le di el número del piso franco y ella me dijo que llamaría en cuanto supiese algo. Le di las gracias.

En cuanto hubo dado tres pasos, se volvió y me dijo:

—¿Dongs?

Le tendí mis manos. ¿Cómo lo habría sabido?

Cuando volví a reunirme con Pike y Clark y les dije que podíamos irnos de allí, Charles me pidió ir a casa conmigo. Le gustaba viajar en el Corvette descapotable. Pensaba que eso era cool. Nos llevó una hora y treinta y cinco minutos llegar a Studio City y Charles hablaba sin cesar de Marsha Fields. En ninguna ocasión mencionó a Markov. No me importó. Parecía estar bien y tuve la sensación de que se había enamorado.

Llegamos al piso franco quizás unos doce minutos después que Joe y Clark, con gran disgusto de Charles.

—¡Jo, nos han ganado!

Este chaval es un caso, ¿no?

En cuanto entramos, Teri y Winona se echaron encima de Charles para fundirse

en un gran abrazo. Todos lloraban, pero esta vez eran lágrimas de alegría. También yo recibí algunos abrazos y luego pregunté a Pike si Hendricks había llamado. No, no lo había hecho. Eso me preocupó. Si Markov y Dobcek conseguían escapar, volveríamos al punto de partida. No creía que eso fuera posible, pero nunca se sabe. Fui arriba, a la oficina, y telefoneé a Dak. No pareció contento de oírme, pero por lo menos fue cordial.

—¿Está bien el chico? —preguntó.

—Sí. Y Clark también. He hablado del asunto con Marsha Fields y el acuerdo sigue en pie.

—La policía ha estado haciendo preguntas.

—Olvídese de esas preguntas. No van a investigar al diario por la maquinaria de artes gráficas que encontraron en el taller. Tampoco le investigarán a usted.

—Y esos cadáveres, ¿cómo se explican?

—Eso ya está explicado. Los empleados del *Journal* descubrieron que se estaba cometiendo un robo y los chicos malos sacaron las pistolas. Sus empleados actuaron en defensa propia.

Dak no dijo nada.

—¿Tanto puede hacer esa chica? —preguntó por fin.

—Es el gobierno, Dak. Puede hacer lo que sea.

—Es usted un hombre de palabra, señor Cole —dijo Nguyen Dak—. Me merece mucho respeto.

—Ya le digo que no soy yo, Dak. Es ella.

Le expliqué que Clark iba a llamar al día siguiente para convenir la cita e imprimir. Luego colgué para contemplar el teléfono en la quietud de la estancia. Podía oír a los demás ahí abajo, pero arriba se respiraba paz y la paz resultaba tranquilizadora. No me sentía particularmente noble, ni siquiera sentía que hubiera ganado nada. Sentía que había tenido suerte, eso sí. Había faltado muy poco para que me dispararan. Charles y Clark podrían haber muerto. Yo había matado a hombres cuyo rostro no podría recordar. Me miré las manos. Tenía sangre de Dimitri Sautin incrustada en las uñas. Sentí que empezaba a temblar, de manera que cerré los ojos y esperé a que se me pasara. En cuanto estuve más tranquilo, fui al baño y me lavé las manos y los brazos. Tuve que hacerlo dos veces y luego me metí en la ducha.

Cuando bajé, Teri me dijo:

—Hemos decidido celebrarlo. Iremos a comprar *pizza*.

—Fantástico.

Se oyó entonces el timbre del teléfono. Creí que podía ser Marsha Fields, pero no era ella.

—¿Has oído ya la noticia? —me preguntó Reed Jasper.

—¿Qué noticia?

—Los tenemos. Hemos pillado a Dobcek y a Markov intentando reventar las cerraduras de una salida de mantenimiento de la cara norte del parque.

Con el auricular contra el hombro le dije a todo el mundo que habían capturado a Markov. Jasper se rio al oír los gritos y los aplausos.

—¿Seguiréis por allí un rato?

—¡Claro! Vamos a celebrar una pequeña fiesta y luego creo que los llevaré a casa.

—Me gustaría pasar por allí y hablar con Clark. Mañana por la mañana lo más probable es que ya esté camino a Seattle.

—Muy bien, Jasper, bien pensado. —Le di las indicaciones para llegar.

Encargamos la *pizza* y Joe y Winona fueron al pequeño supermercado a comprar refrescos y cerveza. Me ofrecí voluntario para hacer una ensalada. Los Hewitt querían irse a casa después de la *pizza* y pensé que ésa también era una muy buena idea. Había que dejarlos ser otra vez una familia. Había que dejar que durmieran bajo el mismo techo sin tener que pensar en la posibilidad de que alguien fuera a entrar por la puerta y dispararles. Teri y Charles fueron arriba para hacer el equipaje. Clark se quedó indeciso en la cocina y me miró mientras picaba ajo.

—Tendrás que decírselo —le recordé.

—Pues no sé cómo. —Se movía sin parar, inquieto—. Lo he pensado una y otra vez, pero nada de lo que se me ocurre me parece bien.

—No tienes más que decírselo, Clark. Haces que se sienten y les dices que estás enfermo y que vas a morir. Deja que lloren y tú llora con ellos.

—¡Son tan pequeños!

—Son más viejos de lo que crees. —Tomé unos cuantos tomates y un pepino de la nevera—. Si te sientes mal, ¿por qué no te echas ahí, en el sofá?

Miró el sofá con expresión de disgusto.

—¿Prefieres ayudar?

—¿Cómo?

Eso le sorprendió.

—¿Quieres ayudarme a hacer la ensalada?

Clark Hewitt me miró.

—¡Sí, claro!

Así que entró en la cocina. Le dije que limpiara los tomates y el pepino y que luego los cortara en rodajas. Mientras lo hacía asintió:

—Lo he pillado.

—¿Qué has pillado?

—Podía sentarme en el sofá de ahí fuera y sentirme mal, o bien ayudar a hacer la ensalada.

Puse el ajo en una jarrita y añadí aceite de oliva.

—Pues sí.

—De una manera u otra, voy a morir.

Asentí. No era ninguna novedad para él, como lo demostraba el acuerdo al que había llegado con Da.

—Tal vez se los explique esta noche.

—Eso estaría muy bien. Si quieres puedo estar con vosotros.

Lo pensó un momento, pero al final negó con la cabeza.

—Gracias, pero no será necesario. Puedo hacerlo solo.

Bien por ti, Clark.

Estábamos revolviendo la ensalada cuando alguien llamó a la puerta y Clark dijo:

—Ahí está la *pizza*.

Abrí la puerta, pero no era la *pizza*. Entró Reed Jasper. Detrás de él, Dobcek y Markov. Dobcek apuntó su pistola contra mí y luego me dio con ella dos golpes, que me echaron contra la pared.

—Oh, Dios mío —dijo Clark.

Entonces Dobcek apuntó el arma hacia él e hizo un gesto indicándonos que nos mantuviéramos en silencio mientras nos empujaba dentro.

Markov le seguía. Se le veía pálido y tembloroso, inclinado hacia un lado. Llevaba una chaqueta de chándal sobre los hombros para ocultar la sangre. Me miró como se mira a alguien a quien se querría comer a trocitos mientras siguiera vivo, mientras siguiera bombeando sangre y él pudiera sentirla tibia y caliente en su boca. Desvié la mirada para dirigirla a Jasper.

—Eres un hijo de la gran puta —dije.

Jasper se encogió de hombros. Llevaba el arma reglamentaria sujeta con negligencia junto al muslo.

—Son maneras de vivir —me dijo.

Markov sonrió cuando vio a Clark. Se pasaba la lengua continuamente por los labios acartonados. Supuse que uno se secaba por dentro cuando sangraba hasta morir.

—Me voy a encargar de ti personalmente, parásito asqueroso.

Clark palideció y se echó a temblar.

—Por favor, no hagáis daño a mis hijos —suplicó.

—Pike está arriba —dije—. Tiene una ametralladora.

—¡Cállate y siéntate! —me ordenó Jasper, apuntándome con la pistola.

Markov cayó pesadamente sobre el sofá y Dobcek subió la escalera.

Miré a Jasper.

—¿Cómo has conseguido sacarlos del parque?

Jasper miró en la ensaladera y escogió un trozo de pepino.

—No las tenía todas conmigo, pero al final lo he conseguido, vistiéndolos con uniformes del servicio de mantenimiento.

Markov se ladeó en el sofá. Era evidente que sufría.

—No le digas ni una palabra.

—¿Y qué más da? —respondió Jasper—. Ya no irá a ningún sitio.

—¿Cuánto hace que obedeces a Markov, Jasper? —Jasper comió más pepino—. Ya entiendo. Por eso asesinaron a tu compañero la noche que tenían que ocultar a Clark. Hace tres años que te vendiste y le costó la vida a un agente federal.

—Si no hubiese intentado portarse como un héroe no habría habido ningún problema.

Lo miré y luego miré a Markov. Pensé que Pike y Winona ya deberían de estar de vuelta. Solamente había dos calles hasta el supermercado, y dos de vuelta. Intentaba recordar si Pike conservaba el arma. Yo había dejado la mía en el coche.

—Ha perdido un montón de sangre, Markov. Quizá no lo consiga.

—Lo conseguiré. Primero voy a matar a este hijo de puta y luego ya me harán lo que tengan que hacer.

Miré a Markov y luego a Jasper.

—¿Y dejarás que se lleve a los niños por delante, también?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no?

Como si no fuera nada.

Arriba se oyeron golpes. Y también la voz de Charles:

—¡No me empujes, mamón!

Charles y Teri bajaron con Dobcek detrás. Sujetaba a Charles por el pescuezo; Teri parecía muy enfadada.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Dobcek.

No supe si se refería a Pike o a Winona.

Jasper parecía de mal humor.

—¿Y a quién coño le importa? Hagámoslo y salgamos de aquí.

—*Da* —dijo Markov.

Cuando lo dijo, alguien llamó a la puerta. Dobcek le tapó la boca a Charles con la mano y apuntó con su pistola a Clark.

—Chist...

Jasper fue hacia la puerta con el arma levantada y Markov tomó impulso y se puso de pie, sujetando a duras penas su pistola a un lado del cuerpo. Pike y Winona tenían una llave, pero quizá Pike había visto entrar a Markov y a Dobcek. Quizás hubiera visto el rastro de sangre de Markov hasta la puerta. O quizá fuera simplemente el tío de la *pizza*.

Jasper puso el ojo en la mirilla de la puerta y luego se apartó con expresión de disgusto.

—No veo una mierda.

Si fuera Pike, habría hecho algún movimiento.

Si fuera Pike, llamar a la puerta habría sido la manera de concentrar la atención ahí, mientras él hacía su incursión por otro lado.

Miré a Teri, a Charles y a Dobcek. Éste jadeaba y miraba hacia la puerta con los chicos delante y la boca de su arma a tres centímetros de la cabeza de Charles. Me levanté.

—Yo en vuestro lugar me rendiría —dije—. Es la policía.

Lo dije en un tono de voz muy neutro.

—Cállate —dijo Dobcek apuntando su arma hacia mí.

Markov agitó su pistola ante Dobcek y susurró:

—Haz que se calle.

Algo crujió por encima de nosotros y Dobcek miró escalera arriba, como si no estuviera seguro de haber oído bien. Una gota de sudor se deslizó desde la línea del cabello a lo largo de la sien.

—¿Y ese pestazo, Dobcek? —pregunté todavía más alto—. Estás tan asustado que te has cagado en los pantalones, ¿verdad?

Dobcek se desplazó un paso hacia mí, pero seguía entre los niños y lo que quería yo era que se alejara de ellos. Por eso intentaba atraerle. Claro que en cualquier momento podía decidir matarme y asunto concluido.

—¿Pero por qué sois tan gallinas? —pregunté en voz todavía más alta—. ¿Cómo es posible que no abráis para ver quién es? —Avancé hacia Markov—. Joder, ¿tengo que hacerlo yo?

Markov le susurró con rabia a Dobcek:

—¡Te digo que le hagas callar de una vez por todas!

Dobcek dejó a un lado a Charles y a Teri y me puso la pistola en la cabeza. Me tapó la boca con la mano, mantuvo apoyada el arma y sonreía con una sonrisa horrible. Tenía la cara roja y su cabello rubio platino, cortado a la moda, seguía en punta.

—Cuando haya acabado, voy a matarte muy despacio.

Capté la mirada de Teri y hice un movimiento señalándole el suelo. Ella agarró a Charles y le hizo agacharse.

Todo en la habitación se concentraba en la puerta cuando Markov se humedeció los labios y ordenó a Jasper:

—Abre.

Jasper abrió de par en par, pero allí no había nadie, excepto el pequeño gnomo de Winona, colgando de la mirilla. Parecía enfadado.

Jasper no se lo podía creer.

—Pero ¿qué...?

Una sombra se deslizó en lo alto de la escalera y Alexei Dobcek debió de percibir el movimiento porque, antes de que Joe Pike le disparara en la sien, sentí que se tensaba una décima de segundo. Dobcek se apartó de mí en su caída y sólo sentí una oleada de presión y pólvora quemada pasando como un silbido, como lluvia caliente.

Cuando Jasper se volvió con la explosión, yo ya estaba en movimiento. Empujé con el hombro a Markov, le arrebaté el arma y disparé a Jasper tres veces, tumbándolo ante la puerta abierta, haciéndolo retroceder hasta el descansillo; disparando hasta verlo acabado, fuera y muerto.

Cuando me volví hacia Markov, éste ya tenía encima a Joe Pike. Markov seguía en el suelo, confundido y pestañeando, profundamente sorprendido al comprobar lo deprisa que habían cambiado las cosas.

—Justito —dije.

—Ni eso —me dijo Pike, impasible.

Ese Pike es algo especial.

Los Hewitt estaban bien.

—Clark —le pregunté—, ¿qué tal si los arrestas tú, un ciudadano común, y llamamos a la policía?

—Ya les he llamado yo —dijo Pike—. Están en camino.

Charles corrió hacia Markov y le dio una patada.

—¡Gilipollas!

Pike tuvo que levantarlo y llevárselo.

La policía no llegó a tiempo.

Poco a poco, la rabia de lobo furioso había desaparecido de los ojos de Andrei Markov. Había fallecido, tras sangrar hasta la muerte, antes de que la policía llegara.

Pike salió y trajo a Winona. La había metido en su *jeep* después de llamar a la policía.

Rodeé con mis brazos a la familia Hewitt y les dije que todo había acabado. Esta vez era cierto.

El patio y la acera de la calle se llenaron de policías y mirones. Al rato estaban allí también los de la sección local de la cadena ABC.

Los policías se pusieron bastante nerviosos al encontrar tres cadáveres en la escena del crimen, especialmente cuando uno de ellos resultó ser un agente federal. Llamé a Marsha Fields, pero seguía en Long Beach. Finalmente, conseguí hablar con Emily Thornton. Ella se encargó de hablar con el mandamás de la patrulla y a partir de entonces éste aceptó encantado mi versión de los hechos. No hay como tener amigos influyentes. Cuando llegó la *pizza*, Charles comió un poco y los polis dieron cuenta del resto. Nadie más quiso probarla.

En cuanto el detective a cargo del caso le dijo a Clark que podía marcharse, éste acudió a mí porque quería hablar conmigo. Parecía preocupado.

Nos apartamos a un lado y él me preguntó:

—¿Qué hay de Dak?

—Llámale esta noche y queda para encontrarte con él mañana. Seguro que te envía una limusina: está ansioso por disponer de dongs.

Miró a sus hijos. Los tres estaban agrupados bajo un pino, fuera.

—En tal caso estaré por allí abajo un par de días. No querría irme y volver a dejarlos solos.

No pude dejar de sonreír al oírlo.

—Llámame, Clark. Ya verás, lo arreglaremos. Pueden quedarse conmigo.

Clark no parecía saber muy bien qué hacer. Luego fue con los suyos y Joe los llevó a casa.

Yo no tardé en dejar aquel lugar. Pasé por Gelson's a comprar un buen filete de salmón y un par de patatas para asar y un *pack* de seis Budweiser. Habría preferido Falstaff, pero no tenían. Como siempre, como con todo, uno hace lo que puede.

Cuando llegué a casa puse carbón en la barbacoa y las patatas a asar. Me di una ducha mientras se hacían. Después de la ducha llamé a Lucy. Cuando llamé eran más de las ocho en Baton Rouge, pero ella contestó al segundo timbre.

—Ya está —le dije.

Me preguntó por el asunto, como es natural, y se lo expliqué. Hablamos durante casi media hora, mientras yo observaba cómo enrojecía el carbón y su calor ascendía visiblemente en el aire cada vez más fresco del anochecer. Stuart Greenberg había cumplido su palabra y en esos momentos, un día después de que se reuniera con ella, había llegado a un acuerdo con David Saphiro, el acuerdo que iba a traerla a Los Ángeles, el acuerdo que, esperaba yo, iba a convertirla en parte de mi vida diaria.

Cuando el carbón estuvo en su punto para el salmón, le dije que tenía que cortar y

prometí que el domingo le enviaría la sección de anuncios inmobiliarios.

—Te quiero, Elvis.

—Yo también te quiero, Lucy.

Me bastaba hablar con ella para sonreír.

Regué el salmón con salsa de soja y lo coloqué en el grill. Entonces sonó el teléfono. Creí que se trataría de Lucy, o de Joe, o de Clark, para decirme cuándo necesitaba que cuidara de sus hijos... Pero no fue así. Una voz de hombre me dijo:

—No has ganado nada.

Era Richard Chenier.

—Crees que se ha acabado, pero no es así.

Y luego colgó.

Respiré hondo y luego volví al grill y le di la vuelta al salmón. Se seca enseguida si uno no lo vigila.

Podía haber llamado a Lucy, pero no lo hice, como la otra vez. En la otra ocasión no lo había hecho por no sentirme como un chivato. En este caso, no quería que él tuviera más peso en nuestras vidas del que ninguno de los dos deseábamos.

Me bebí la Budweiser y comí el salmón, sentado en la terraza bajo aquel cielo límpido, oyendo cantar a los coyotes contra las estrellas y mirando la silueta recortada de la montaña. Más tarde, esa misma noche, me dormí allí sin que me abandonara un pensamiento: lo afortunado que era, porque era a mí a quien amaba y no a otro.

Como decía Pike, siempre nos quedaría el recurso de matarlo más tarde.

Esa misma noche, Clark Hewitt dijo a sus hijos que tenía cáncer y que le quedaba un tiempo limitado en esta tierra. Más adelante me diría que a Teri y a Charles les había costado mucho aceptarlo, pero que Winona había sobrellevado mejor la situación. Me supo mal por Teri, pero al menos, afortunadamente, había reconocido su dolor. Lo consideré un progreso.

El martes de la semana siguiente, Clark ya había impreso un centenar de millones de dongs para Nguyen Dak y sus revolucionarios. Su recompensa por los servicios prestados era de 250.000 dólares en efectivo. Le pagó en billetes, ninguno de los cuales, como comprobó personalmente, era falso. Supongo que tiene una sensibilidad especial para ese tipo de cosas.

El gobierno federal exige que todos paguemos impuestos sobre cualquier ingreso, incluso cuando procede de actividades ilegales como la falsificación, pero Clark no tenía intención de compartir su dinero con los federales. Sus hijos lo necesitaban más que la deuda general del Estado, que el Estado del bienestar o que el complejo militar-industrial. Yo estaba de acuerdo con él. Llamé a una amiga mía, directora de un banco y le pedí ayuda. En principio, a los bancos se les exige que informen de cualquier transacción en efectivo mayor de diez mil dólares, pero dado que en una ocasión había ayudado al marido de mi amiga en un lío de mil demonios, mi amiga ahora estaba más que encantada de devolverme el favor. Abrió una cuenta en fideicomiso para los hijos de Clark conmigo como albacea y entre los dos distribuimos el dinero en diversos bonos y valores financieros conservadores. El gobierno no recibió ninguna información sobre el asunto.

Clark quiso pagarme, pero rechacé la idea.

A Clark le quedaban menos de cuatro meses de vida y después de sopesar con sumo cuidado las diversas opciones que podía escoger, decidió que sus hijos tenían que ir a un internado. Clark me preguntó si conocía alguno y yo le sugerí:

—¿Por qué no le pides esa información a Teri?

Así lo hizo. Tras cierto rechazo inicial, Teri se dedicó a buscar internados con la misma pasión con que había buscado investigadores privados. Ya había terminado el GED, pero en la escuela hay otras cosas que aprender aparte de lo que dicen los libros.

El lunes siguiente, los cinco fuimos en coche a un lugar llamado Rutgers Boarding Academy en Ojai, California, a una hora y media de Los Ángeles, en dirección noroeste. Fuimos en su Saturn. Clark delante conmigo y Teri, Charles y Winona detrás.

—¿A la vuelta podré conducir yo? —preguntó Charles.

—No digas tonterías —contestó Teri.

No parecía muy animada cuando salimos.

Hacía muy buen día y los ranchos y granjas por los que pasamos reverdecían con la primavera. La Rutgers Boarding Academy estaba entre unas lomas. Cuando pasamos la entrada y enfilamos la larga alameda hacia un grupo de modernos edificios, Clark dijo:

—Todo esto es muy bonito.

—Sí —concedió Winona.

—¿Nos enseñarán a disparar? —preguntó Charles.

Teri se inclinó para mirar entre los asientos delanteros y contempló los edificios. Quizá fuera más consciente que los demás de que, si así lo acordábamos, ése iba a ser su hogar durante los próximos años.

—¿Qué te parece? —pregunté.

—Tienen establos y caballos.

—Ajá.

Tres chicas de la edad de Teri llevaban al paso sendos caballos ruanos por un camino de herradura.

—Y en principio también hay pistas de tenis y una piscina.

—Seguro que ahora nos las enseñarán.

El director era un hombre de hablar pausado de unos cincuenta años llamado Adamson. Le había telefoneado y nos esperaba para hacer una visita completa. No esperaba solo. Una mujer muy elegante y algo gruesa, la señora Kennedy, estaba con él, así como un par de estudiantes de unos dieciséis años, Todd y Kimberly.

Nos presentamos, y la señora Kennedy preguntó:

—¿Les parece bien si le enseño los caballos a Winona? ¿Te gustaría, Winona?

—¡Sí!

Kimberly estaba allí para hacer de guía a Charles. En cuanto a Todd, estaba allí por Teri.

—Puedo enseñarte todo lo que quieras saber sobre este lugar —le dijo—. Llevo aquí desde que tenía diez años.

Todd se parecía a Robert Redford. De joven.

Los tres niños Hewitt salieron por tanto en distintas direcciones.

—Aquí tenemos muy en cuenta el apoyo personal —comentó el señor Adamson—. Están en buenas manos.

—Tengo un montón de preguntas que hacer —dijo Clark.

—Para eso estoy, señor Hewitt. ¿Qué les parece si entramos y hablamos del asunto?

Clark le acompañó, lo mismo que yo, pero no me quedé demasiado rato. Ya había hablado con Adamson de la situación de Clark y habíamos acordado todo lo concerniente a los honorarios y contratos. En cuanto Teri habló del lugar, comprobé la información a través de la administración y por mi propia cuenta. Por algo soy el mejor detective del mundo.

La Rutgers Boarding Academy tenía buena reputación desde el punto de vista académico y su entorno favorecía un crecimiento seguro y sano. Adamson tenía un doctorado, estaba casado y tenía tres hijos. Había resultado elegido Profesor del Año en Colorado dos veces, antes de asumir la dirección de Rutgers. Su currículum era impecable. Nunca se había presentado reclamación o cargo alguno contra la escuela ni contra ninguno de sus educadores o empleados.

Dejé a Clark con sus preguntas y salí al patio a respirar el aire fresco de las montañas. Un grupo de niños estaba sentado en círculo bajo un roble que parecía tener quinientos años. Hablaban y reían. Padres con sus hijos caminaban por los jardines, iban y venían con sus coches. Probablemente pensarán que yo también era un padre. Me gustaba aquel lugar, pero que me gustara a mí no tenía demasiada importancia. Lo que importaba era si el lugar resultaba conveniente o no para Teri, Charles y Winona.

No podía ver a Winona ni a Charles, pero sí vi a Teri. Todd y ella caminaban por el exterior de los establos en dirección a las tres chicas que montaban a caballo. Todd se las presentó. Las tres chicas sonrieron a Teri y ella también les sonrió. Hablaron unos minutos y luego las tres chicas siguieron con su actividad, mientras Todd y Teri se dirigieron hasta un grupo de edificios donde debían de estar las aulas. Todd dijo algo y Teri se echó a reír. Todd también rio y Teri lo empujó. Al final reían los dos abiertamente.

Desaparecieron en el interior de los edificios. Un rato después volvieron a aparecer y se reunieron conmigo junto al coche.

—¿Hay algo más que quieras saber? —le preguntó Todd.

Teri le dijo que creía que no y le dio las gracias por la visita.

—Cuando quieras, ya sabes...

Cuando Todd sonreía se le marcaban hoyuelos.

Teri y yo nos quedamos en el coche, esperando a los demás.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté.

Se mordisqueaba los labios.

—Está bien.

—Y ese chico parece muy simpático, ¿verdad?

Se sonrojó y se recolocó las gafas.

—¿Vendrás a vernos?

Estaba asustada. En su lugar, yo me hubiera sentido igual.

—Por supuesto que vendré. Tantas veces como quieras.

Se mordisqueó el labio un poco más y luego deslizó su mano en la mía. Yo la apreté.

—Todo irá bien, Teri. Y tú también estarás bien, ya verás.

—Lo sé.